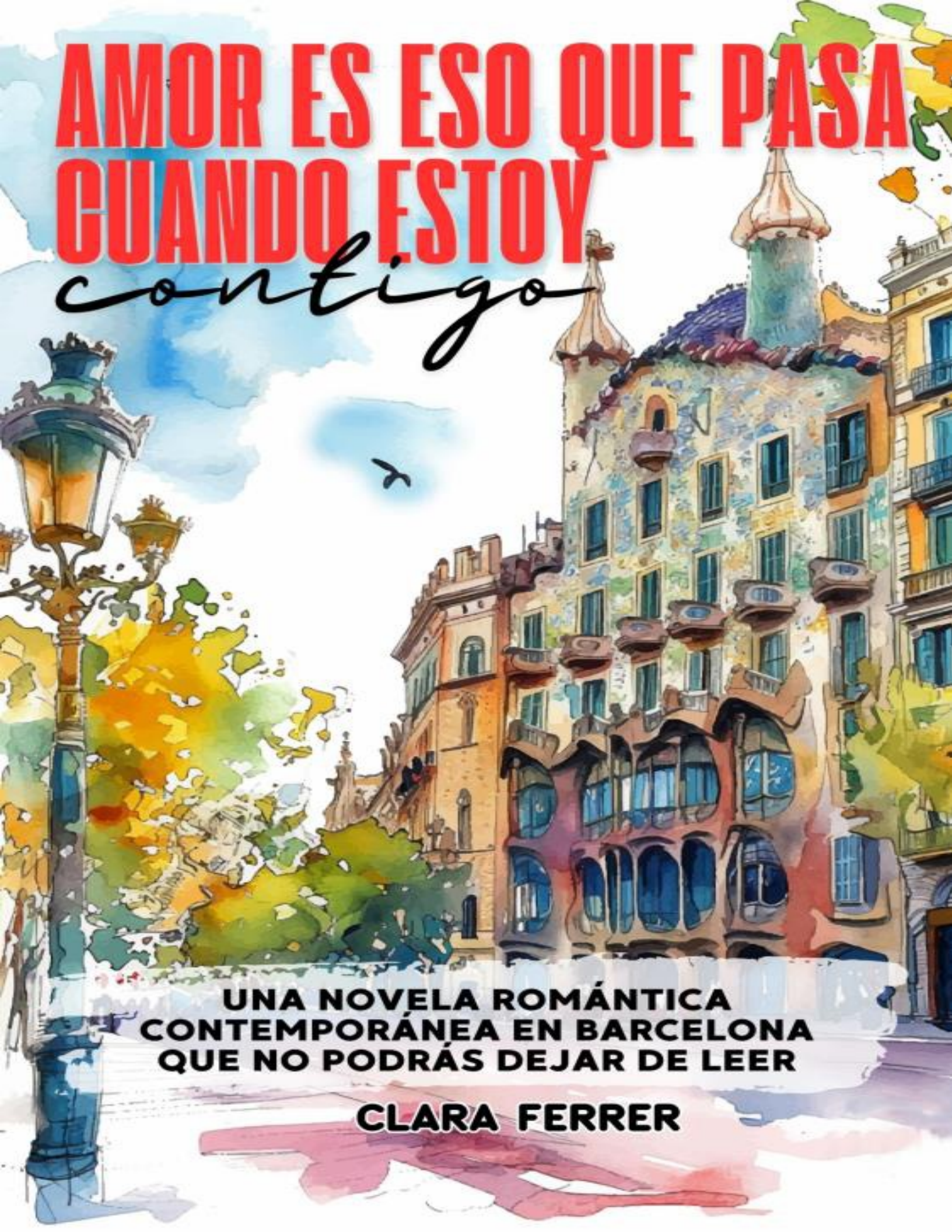
AMOR ES ESO QUE PASA CUANDO ESTOY *contigo*



UNA NOVELA ROMÁNTICA CONTEMPORÁNEA EN BARCELONA QUE NO PODRÁS DEJAR DE LEER

CLARA FERRER

AMOR ES ESO QUE PASA CUANDO ESTOY CONTIGO

CLARA FERRER

Copyright © 2025 Clara Ferrer
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798309972760

1

El ascensor estaba estropeado. Otra vez.

Claudia suspiró, ajustando la mochila de Valentina en un hombro mientras cargaba con la pequeña, que dormía profundamente con la cabeza apoyada en su hombro. Subir tres pisos con la niña en brazos después de un día agotador de trabajo era exactamente lo que necesitaba para coronar su jornada. Un asesinato especialmente cruento en un barrio cercano la había retenido en la comisaría más de la cuenta, y Mercedes había tenido que llevarse a Valentina a su casa cuando la recogió a las 5 del colegio.

Cuando finalmente llegó al tercer piso, con las piernas ardiendo y el cabello pegado a la frente, se encontró con algo que no esperaba: Xavi.

Él estaba de pie junto a la puerta de su apartamento, con una caja de cartón en los brazos, algo más informal que de costumbre con una camiseta ajustada que marcaba sus hombros y unos pantalones deportivos. Parecía estar inspeccionando la puerta de Claudia con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? —preguntó ella, más cortante de lo que pretendía, aunque el cansancio la tenía al límite.

Xavi levantó la vista, sorprendido. Durante un breve segundo, sus ojos se encontraron, y aunque ella intentó no darle importancia, no pudo ignorar el destello de curiosidad en su mirada.

—Tu puerta estaba entreabierta —dijo él, señalando el marco con la barbilla—. Me pareció raro.

Claudia frunció el ceño, avanzando hasta la puerta mientras Valentina seguía profundamente dormida en su hombro. —Eso es imposible —murmuró, cambiando a Valentina de brazo con un movimiento experto y rebuscando las llaves en el bolsillo de su chaqueta. Giró el pomo, y efectivamente, la puerta no estaba cerrada del todo.

Xavi la observó con los brazos cruzados, su caja ahora descansando en el suelo junto a él.

—Tal vez alguien la forzó —sugirió, aunque no parecía alarmado.

Claudia le lanzó una mirada afilada.

—Nadie ha forzado nada. Es una cerradura vieja. A veces no encaja bien si estás con prisas.

—¿Prisas? ¿Tú? Qué sorpresa —replicó Xavi, con una sonrisa apenas perceptible que la hizo fruncir más el ceño.

—Gracias por tu preocupación —dijo Claudia, empujando la puerta con el pie y entrando en el apartamento.

Pero antes de que pudiera cerrarla, Xavi la siguió, deteniéndose en el umbral.

—No quería meterme donde no me llaman, pero… deberías revisar la cerradura. O pedirle a alguien que lo haga.

—¿Y quién dices que lo haría? — preguntó Claudia, ladeando la cabeza al dejar a Valentina en el sofá con cuidado—. ¿Tú?

Xavi rió por lo bajo.—Yo no. Pero puedo recomendarte a alguien.

Claudia se giró hacia él, apoyándose en la pared y cruzando los brazos. Había algo en su tono tranquilo que la ponía de los nervios. Quizás era porque tenía razón. Quizás porque era alto, atractivo y hablaba con una seguridad que contrastaba con el caos que ella traía encima como un perfume invisible.

—Gracias, pero puedo apañármelas sola —dijo, y a pesar de sus palabras, su tono no sonó tan firme como esperaba.

—Claro —dijo él, levantando las manos en señal de rendición—. Tú sola contra el mundo, ¿verdad?

Claudia lo fulminó con la mirada, pero antes de que pudiera contestar, Valentina se movió en el sofá y murmuró algo en sueños. Automáticamente, ella suavizó su expresión y se acercó a cubrirla con una manta. Xavi se quedó en el umbral, observándola con algo que no pudo identificar del todo.

—¿Trabajas mucho, no? —preguntó, esta vez en un tono más neutral, casi curioso.

Claudia ni siquiera se giró hacia él. —Es lo que tiene mi trabajo.

—¿Policía, cierto?

—Inspectora de homicidios.

Xavi dejó escapar un leve silbido.

—Eso explica muchas cosas.

Claudia alzó una ceja, volviendo la cabeza hacia él.

—¿Qué cosas?

—Tu… cómo decirlo… falta de horarios.

Ella entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera responder, Xavi sonrió.

—Nada. Olvídalo. Buenas noches, Claudia. Y con esa despedida, se giró y desapareció en su apartamento, dejando a Claudia con la extraña sensación de que acababa de perder algún tipo de batalla, aunque no supiera cuál..

El sol bañaba las fachadas geométricas y limpias de la Vila Olímpica del Poblenou, arrancando destellos dorados del Pez Dorado de Frank Gehry, que parecía flotar sobre las terrazas del Port Olímpic. A esas horas, el barrio bullía con la energía de la mañana: vecinos saliendo con sus perros, corredores cruzando el Parc de la Nova Icària, y el inconfundible aroma de café recién

hecho escapando de los pequeños bares que salpican la zona.

Claudia caminaba apresuradamente por la acera, con Valentina de la mano. La niña llevaba una mochila casi más grande que ella y tarareaba una canción infantil mientras Claudia, móvil en mano, trataba de organizarse para el día. Mercedes había insistido en que ella misma llevara a Valentina al colegio hoy, argumentando que necesitaba un descanso. Claudia sabía que en realidad era su manera de decir que debía pasar más tiempo con su hija.

—Mamá, ¿me comprarás un helado después del cole? —preguntó Valentina, mirándola con esos grandes ojos marrones que siempre lograban derretirla, incluso en los días más caóticos.

—Val, todavía hace mucho frío para comer helados —respondió Claudia, acariciándole el cabello con una sonrisa—. Pero podemos pensar en algo rico para merendar, ¿te parece?

Valentina frunció los labios, claramente decepcionada, pero al cabo de un segundo, volvió a sonreír.

—Vale, pero que sea algo dulce, ¿eh?

Al cruzar la esquina hacia la pequeña plaza frente al colegio, Claudia notó cómo el barrio, a pesar de su diseño moderno y organizado, tenía esa calidez que otros lugares de Barcelona no conseguían. Aquí, los vecinos se conocían: el panadero saludaba a todos por su nombre, el hombre del quiosco discutía animadamente sobre fútbol con quien se acercará, y las familias intercambiaban saludos mientras dejaban a los niños en el colegio.

Dejó a Valentina en el colegio y volvió sobre sus pasos hacia el apartamento, repasando mentalmente su lista de tareas. Tenía que organizar el equipo para la reunión de las 10, revisar las últimas pruebas forenses de un caso, y, por supuesto, encontrar algún momento para comer, si es que eso era posible.

Pero al doblar la esquina que daba al Parc de la Nova Icària, lo vio. Xavi.

Vestido con ropa deportiva, corría por el parque con un ritmo constante, auriculares puestos y una expresión concentrada. Claudia intentó no fijarse, pero algo en la manera en que los primeros rayos de sol jugaban con su cabello castaño hizo que su mirada se quedara un poco más de lo necesario.

Él no la vio. O quizá sí, porque al cabo de unos minutos, cuando ella estaba a punto de entrar al edificio, escuchó pasos detrás de ella.

—¿Día libre? —preguntó Xavi, sin aliento, pero con esa sonrisa que parecía estar siempre al borde de la burla.

Claudia lo miró de reojo mientras abría la puerta del edificio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, no llevas a toda prisa una carpeta o el móvil pegado a la oreja. Es un cambio refrescante.

—Gracias por la observación —respondió ella, entrando en el vestíbulo.

—¿Sabías que aquí vive un vecino que escribe sobre crímenes? —dijo él, cambiando de tema mientras la seguía al ascensor.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Yo —dijo, con un toque de ironía.

Claudia no pudo evitar una pequeña risa, aunque intentó disimularla.

—¿Escritor? Pensé que eras runner profesional.

—Eso es solo mi hobby. Escribo guiones para series. Aunque, si te soy sincero, con las series de crímenes que escribo, quizá debería pedirte consejo profesional.

Ella lo miró con más atención mientras el ascensor subía.

—¿Crímenes? ¿Y qué sabes tú de crímenes?

—Todo lo que Google puede enseñar. Y créeme, es más de lo que parece.

Claudia negó con la cabeza, pero en su interior, no pudo evitar sentirse un poco impresionada. Aunque no lo diría en voz alta, había algo en Xavi que lograba captar su atención, incluso cuando lo encontraba irritantemente egocentrico.

Cuando el ascensor se detuvo en el tercer piso, donde ambos vivían, Claudia salió primero, pero Xavi la alcanzó justo cuando ella estaba sacando las llaves de su bolso.

—¿Has pensado en cambiar esa cerradura? —preguntó, inclinándose un poco hacia ella.

Claudia lo miró de reojo, pero esta vez no había burla en su tono, sino algo más cercano a la preocupación. —Lo haré —dijo, con un tono más suave de lo que esperaba.

Xavi asintió y, antes de entrar a su propio apartamento, dijo:

—Si alguna vez necesitas una historia para contarle a tu hija antes de dormir, dímelo. Estoy lleno de ideas.

—¿Historias de crímenes?—respondió Claudia, arqueando una ceja.

—No —sonrió él—. Para eso ya te tiene a ti.

Ella no pudo evitar reír suavemente antes de cerrar la puerta. En ese momento, mientras apoyaba la espalda contra la madera, se dio cuenta de que había algo en su vecino que no terminaba de descifrar. Y eso la inquietaba.

2

Claudia Ferrer, tiene 34 años y es una mujer decidida que equilibra las exigencias de ser madre soltera con su intensa carrera como Inspectora en la unidad de homicidios de los Mossos d'Esquadra en Barcelona. Valiente y testaruda por naturaleza, nunca retrocede ante un desafío, ya sea en el trabajo o en la vida personal. Tiene un sentido del humor agudo, a veces sarcástico, que utiliza tanto para lidiar con situaciones tensas como para relajarse en los pocos momentos que dedica a sí misma.

Desde su divorcio, vive con su hija Valentina, de cuatro años, en un luminoso apartamento en la Villa Olímpica, a pocos pasos de la playa. Allí, los amaneceres le ofrecen un breve respiro antes de sumergirse en los casos complejos que le asignan. Aunque adora a Valentina, Claudia lucha con la culpa de no pasar tanto tiempo con ella como quisiera. Su exmarido, quien vive en Madrid, mantiene una relación distante con su hija, lo que obliga a Claudia a apoyarse en Mercedes, una señora que la ayuda con las tareas del hogar y cuida a Valentina cuando su trabajo la reclama.

Su vida personal es un contraste constante: entre la calma del mar que observa desde su ventana y el caos de los crímenes que investiga. Claudia es una mujer que ha aprendido a ser fuerte por necesidad, pero bajo esa coraza de valentía se esconde un lado vulnerable que pocas personas logran conocer. El divorcio dejó cicatrices que aún no ha cerrado del todo, y aunque intenta llenar esos vacíos con su trabajo, en ocasiones siente que la soledad pesa más de lo que quisiera admitir.

A pesar de ello, Claudia se mantiene imparable. Sus compañeros la respetan por su intuición y su capacidad para resolver casos imposibles. En el trabajo, es meticulosa y algo obsesiva, una cualidad que le ha ganado tanto elogios como críticas. En casa, con Valentina, es una madre cariñosa y divertida, que encuentra en los pequeños momentos con su hija el motor para seguir adelante.

Claudia estaba en la sala de reuniones de la comisaría, rodeada de su equipo. En el centro de la mesa, un expediente grueso descansaba abierto, con fotografías esparcidas alrededor: la imagen de un hombre sonriente, Pedro Martínez Olivares, junto a una mujer de cabello teñido de rubio y ojos oscuros, Dolores Moreno. La pantalla del proyector mostraba una de las piezas más macabras del caso: una fotografía borrosa de un cráneo humano dentro de una bolsa de plástico.

—Vale, repasemos desde el principio —dijo Claudia, mirando a Pau y Marta—. Quiero todos los detalles claros antes de que esto llegue a la prensa.

Marta asintió y empezó a hablar.

—Pedro Martínez Olivares, 67 años, jubilado y antiguo empleado de banca, desapareció en octubre. Según su mujer, Dolores Moreno, se había marchado de viaje, aunque nunca explicó a dónde. Lo curioso es que, a pesar de la supuesta ausencia de Pedro, ella continuó retirando

grandes cantidades de dinero de sus cuentas.

Claudia tamborileó los dedos contra la mesa.

—¿Cuánto dinero?

—Unos 40.000 euros en total, distribuidos en varias retiradas realizadas entre septiembre y marzo de ese año. Pau intervino, pasando unas fotografías de documentos bancarios.

—La denuncia por desaparición no vino de Dolores, sino de un primo de Pedro. Al parecer, después de semanas sin tener noticias de él, decidió acudir a la policía. Para entonces, Dolores ya estaba ocultando su desaparición.

—¿Cómo llegamos al cráneo? —preguntó Claudia, mirando la imagen en la pantalla con una mezcla de asombro y repulsión.

—Dolores le pidió a una amiga que le guardara la caja. Según ella, contenía "juguetes sexuales" y no quería que su marido los viera. Pero hace unas semanas, la amiga empezó a notar un olor fuerte. Cuando abrió la caja… bueno, ya sabes lo que encontró.

Claudia se cruzó de brazos y respiró hondo. No era su primer caso macabro, pero no dejaba de sorprenderle la crueldad de algunos seres humanos.

—¿Tenemos análisis forense del cráneo?

—Sí —respondió Pau—. Confirmaron que pertenece a Pedro Martínez. Además, encontraron rastros de sangre en el domicilio de la víctima, en las escaleras, molduras y paredes.

Claudia cerró el expediente de golpe.

—Dolores Moreno. ¿Qué sabemos de ella?

Marta abrió su portátil y proyectó una serie de fotografías. Dolores era una mujer atractiva para sus 55 años, con un estilo llamativo y una sonrisa que podría considerarse encantadora.

—Andaluza, originaria de Cádiz. Se casó con Pedro menos de un año después de conocerlo. Según los vecinos, era simpática y a menudo se les veía juntos por el barrio. Pero en los últimos meses justo antes de su desaparición, las cosas parecían haberse tensado entre ellos.

—¿Tensado cómo?

—Los dueños de un restaurante al que iban con frecuencia dijeron que Pedro se veía más callado y reservado en las últimas visitas.

Claudia tomó nota mental.

—¿Motivo económico? —preguntó.

—Definitivamente —respondió Marta—. Dolores tenía deudas de más de 40.000 euros y dependía económicamente de Pedro para mantener a sus hijos, uno de los cuales también tenía problemas financieros serios. Según el informe, ella realizaba pagos regulares de unos 1.300 euros al mes para ayudar a su hijo, algo que no podía cubrir con su pensión.

Claudia asintió lentamente. Todo apuntaba a un móvil claro, pero todavía había muchas piezas del puzzle sin encajar.

—¿Qué hay de las herramientas? —preguntó, recordando un detalle que había leído en el informe preliminar.

Pau sacó un nuevo informe.

—Dolores compró varias herramientas en octubre, incluyendo una sierra de calar, un martillo de gran tamaño y una motosierra. Además, su historial de búsquedas en internet incluía cosas como "cómo montar una sierra eléctrica", "cómo desatascar una motosierra Bosch" y "cuánto tiempo tarda en descomponerse un cuerpo".

El silencio en la sala era palpable.

—Esta mujer estaba planeando el crimen —murmuró Claudia—.

Pau añadió:

—Dolores también pidió a su empleada doméstica que tirara varias bolsas de basura. La mujer declaró que las bolsas pesaban mucho, y Dolores insistió en que contenían "tierra". Loli, que así se llama la chica, no recuerda exactamente el día, solo ha sabido precisar que fue entre la segunda o tercera semana de octubre.

Claudia tomó una decisión.

—Bien. Quiero un equipo revisando cada uno de los movimientos de Dolores, desde septiembre del año pasado, hasta ahora. Cada cámara de seguridad, cada testigo, cualquier detalle que nos dé una pista sobre lo que hizo en estos últimos cinco meses —ordenó Claudia, con un tono firme que no dejaba lugar a dudas.

Los siguientes días fueron un torbellino de actividad. Claudia trabajó sin descanso desde su despacho, revisando con lupa cada informe que llegaba a sus manos, buscando algo que pudiera haberse pasado por alto.

Mientras estudiaba el historial de búsquedas en internet de Dolores, sintió una mezcla de rabia y asombro. "¿Cómo puede alguien hacer algo así?", pensó, apretando los dientes al leer las palabras frías y calculadoras que Dolores había escrito en Google.

Más tarde, Marta irrumpió en el despacho con una noticia que encendió todas las alarmas.

—Hemos encontrado algo —anunció, con la respiración agitada—. Dolores estuvo buscando pisos en Cádiz. Parece que está planeando mudarse allí.

Claudia se levantó de golpe, dejando caer el bolígrafo que tenía entre las manos.

—¿Qué tan reciente es esa búsqueda? —preguntó, su voz tensa.

—Empezo hace un mes —respondió Marta, pasándole una carpeta con capturas de pantalla y registros del historial de Dolores.

Claudia frunció el ceño y asintió, absorbiendo la información.

—No podemos dejar que escape —dijo finalmente Claudia, con un tono firme que dejaba entrever su frustración contenida. Se pasó una mano por el cabello, tratando de mantenerse serena—. Pero tampoco podemos apresurarnos.

—Necesitamos todas las pruebas posibles antes de detenerla—continuó Claudia, su mirada recorriendo los documentos esparcidos sobre la mesa—. No quiero que un juez la suelte a los dos días por falta de pruebas. Sería un golpe duro, y no podemos permitirnoslo.

Claudia exhaló con fuerza y apoyó ambas manos sobre la mesa, reflexionando en silencio. Cada paso debía ser calculado al milímetro. Un solo error, una prueba insuficiente, y toda la investigación se vendría abajo como un castillo de naipes. Sabía que el tiempo jugaba en su contra.

Claudia aparcó frente al edificio de Mercedes, una construcción modesta pero bien cuidada, típica de las zonas residenciales de Barcelona donde convivían matrimonios mayores y familias jóvenes. Era algo tarde, pasadas las siete y media, y lo último que quería era molestar a Mercedes y a su marido, pero había perdido la noción del tiempo en la comisaría. Otro día más en el que Valentina pasaba más tiempo con Mercedes que con ella.

Cuando llamó al telefonillo, la voz cálida de Mercedes respondió casi de inmediato.

—Sube, cariño, que Valentina está terminando de cenar.

Claudia sonrió ligeramente al escucharla. Mercedes siempre la trataba como si fuera parte de su familia, y eso le daba un poco de paz en medio del caos de su vida.

Cuando entró en el piso, el aroma a galletas recién horneadas y café llenó sus sentidos. Mercedes siempre tenía algo horneado a esa hora, una tradición que seguía desde que su propio hijo, ya adulto, vivía en casa. En la sala, su marido, un hombre de cabello blanco y lentes gruesos, estaba sentado en su sillón favorito, hojeando un periódico con gafas de lectura.

—Hola, Claudia —dijo él, alzando la vista y dedicándole una sonrisa amable.

—Hola, Enrique. ¿Cómo estás?

—Todo en orden. Tu niña nos ha dado una lección sobre princesas hoy.

Claudia rió mientras Mercedes salía de la cocina con Valentina, que corría hacia su madre con los brazos abiertos y una mancha de chocolate en la comisura de los labios.

—¡Mamá!

Claudia la levantó en brazos y la llenó de besos, olvidándose por un momento del cansancio.

—¿Cómo te has portado?

—Muy bien —respondió Valentina con una sonrisa traviesa que, según Claudia, significaba que seguramente había hecho de las suyas.

—Ha estado fantástica, como siempre —intervino Mercedes, limpiándole la cara con un pañuelo húmedo mientras Valentina se retorcía y protestaba—. Eso sí, no para quieta ni un segundo.

Claudia dejó a Valentina en el suelo y se giró hacia Mercedes.

—Gracias, de verdad. No sé qué haría sin ti.

Mercedes le restó importancia con un gesto de la mano.

—Es un placer, ya lo sabes. Ahora, llévatela antes de que pida otra galleta.

Tras una breve despedida, Claudia llevó a Valentina hasta el coche.

—Mamá, ¿sabes cómo llamaré a mi gato cuando lo tenga? preguntó Valentina desde el asiento trasero, abrazando su mochila.

Claudia suspiró, sin apartar la vista de la carretera.

—Valentina, no hemos dicho que vayamos a tener un gato.
—Pero, ¿y si lo tuviéramos? —insistió Valentina, inclinándose hacia adelante—.

Lo llamaría Queen. Como una reina. Porque sería la gata más bonita del mundo, y yo sería su princesa.

El apartamento de Claudia y Valentina era pequeño, pero acogedor. Estaba en un edificio moderno, con una decoración nórdica, acogedora y funcional que Claudia había elegido después del divorcio. Dos habitaciones, una para Valentina y otra para Claudia, además de un salón que servía de centro de operaciones y un balcón que daba al mar en la distancia, desde donde a veces se podía sentir la brisa salada.

La habitación de Valentina era, como decía Mercedes, “el reino del caos”. La pequeña cama estaba cubierta con un edredón de princesas, y los estantes desbordaban con peluches, muñecas y libros infantiles. Las paredes tenían dibujos que Valentina insistía en colgar con celo, y aunque Claudia a veces renegaba del desorden, en secreto le encantaba que su hija tuviera un espacio tan lleno de vida.

En contraste, la habitación de Claudia era un refugio de calma. Las paredes estaban pintadas de un blanco roto, cálido y acogedor, que reflejaba la luz natural que entraba por la ventana. En el centro, una cama amplia vestida con un mullido edredón estampado con delicadas flores en tonos pastel. A lo largo de una de las paredes, un armario empotrado blanco albergaba sus pertenencias, aunque daba la impresión de estar siempre al límite de su capacidad. En la mesilla de noche tenía siempre un libro que rara vez leía antes de quedarse dormida.

El apartamento de Claudia estaba lleno de vida gracias a las numerosas plantas que decoraban cada rincón. Le encantaban, y aunque no siempre disponía de mucho tiempo para cuidarlas, lograban mantenerse en buen estado. Su gusto por los detalles naturales también se reflejaba en las lámparas de ratán, que aportaban una cálida iluminación, y en los cestos del mismo material repartidos estratégicamente por la casa. Estos cestos no solo daban un toque acogedor, sino que también le ayudaban a mantener el orden. Valentina solía guardar sus juguetes en varios de ellos, mientras otros albergaban mantas, cojines, libros…

El salón era el corazón del hogar, donde se entremezclaban las funciones de comedor, oficina y zona de juego. Allí destacaba un sofá gris algo desgastado por el uso, junto a una mesa baja con

las inevitables marcas de rotuladores, obra de Valentina. En una esquina, un pequeño escritorio con su portátil y una pila de papeles desbordándose, junto con una estantería repleta de libros que Claudia nunca lograba mantener en orden, completaban el panorama.

La cocina era abierta, conectada al salón con una fluidez que hacía que ambos espacios se sintieran amplios y luminosos. Los electrodomésticos modernos relucían impecables, más por falta de uso que por limpieza, ya que Claudia rara vez se aventuraba a preparar algo más elaborado que pasta o una tortilla. Una mesa redonda de diseño sencillo, pero funcional, ocupaba el centro del espacio.

Las velas eran un elemento recurrente en toda la casa (salvo en la habitación de Valentina, claro), aportando calidez y una atmósfera acogedora. Cada noche, después de acostar a Valentina, Claudia encendía un par de velas y un incienso de sándalo; ese pequeño ritual marcaba el inicio de su momento de relax. Era como si, con el suave parpadeo de las llamas y el aroma envolvente del incienso, el resto del día quedara atrás, dando paso a una calma que la casa abrazaba con naturalidad.

Nada más llegar, Valentina dejó caer la mochila en el suelo y corrió a su habitación, anunciando que iba a buscar su pijama de unicornios para bañarse. Claudia recogió la mochila, suspiró y la dejó en el perchero antes de seguir a su hija.

—Valentina, no tardes. ¿Quieres que mamá se convierta en un monstruo?

La pequeña asomó la cabeza por la puerta de su habitación, riendo.

—¡Ya voy, ya voy!

El baño era un ritual que Claudia valoraba, un momento para reconectar con su hija después de un día largo. Valentina chapoteaba en la bañera, jugando con sus patitos de goma, mientras Claudia se sentaba en un taburete cercano, escuchando las historias que la pequeña inventaba.

—Mamá, hoy en el cole hice un dibujo de nosotras. Tú eres más alta que los árboles, y yo soy una princesa con una espada.

—¿Con una espada? —preguntó Claudia, riendo.

—¡Sí! Así puedo protegerte cuando luchas contra monstruos malos.

El comentario le llegó al corazón. Valentina no entendía del todo a qué se dedicaba su madre, pero había comprendido que su trabajo era enfrentarse a los “monstruos”.

Después del baño, Claudia le preparó un vaso de leche caliente a Valentina, que miraba los dibujos de la tele y daba cabezadas de sueño en el sofá. Poco después, se quedó dormida en su cama, rodeada de sus peluches. Claudia la tapó, le dio un beso en la frente y cerró la puerta con cuidado.

Con Valentina dormida, Claudia se permitió un momento para sí misma. Sirvió una copa de vino tinto y se dejó caer en el sofá, con el portátil en el regazo. Abrió el archivo del caso del cráneo y empezó a repasar las notas: los nombres, las fechas, las imágenes... Las preguntas en su mente parecían multiplicarse en lugar de resolverse.

¿Qué había pasado con Pedro? ¿Y por qué alguien guardaría un cráneo en una caja?

Claudia se pasó una mano por el pelo, agotada. El vino era suave y cálido, pero no bastaba para apaciguar su mente. Tecleó un par de correos, hizo algunas anotaciones y cerró el portátil. Solo quería dormir.

Se acomodó en el sofá con la intención de levantarse en un momento, pero el cansancio la venció. La copa vacía descansaba en la mesa, junto a un montón de papeles desordenados. Claudia se quedó dormida allí, con los restos del día a su alrededor, mientras en el balcón, la luz de la ciudad se reflejaba débilmente en el cristal.

3

Valentina Montalbán, es una niña de cuatro años que ilumina la vida de quienes la rodean con su risa contagiosa y su desbordante energía. Cariñosa, curiosa y tremendamente imaginativa, Valentina es el motor que impulsa a su madre, Claudia, a seguir adelante incluso en los días más difíciles. Su personalidad extrovertida y traviesa hace que siempre esté inventando juegos, llenando el apartamento de risas y sorpresas.

Con una melena castaña y ondulada que a menudo lleva en coletas o suelta con diademas de colores, sus ojos grandes y expresivos reflejan un mundo lleno de sueños y aventuras. Aunque es aún muy pequeña, Valentina es perceptiva y, a su manera, entiende que su madre tiene un trabajo importante. Sin embargo, a veces siente la ausencia de Claudia, algo que compensa con la compañía de Mercedes, su "abuela adoptiva", y sus juguetes favoritos, incluyendo un conejo de peluche llamado Nube.

En el colegio, Valentina es conocida por ser la líder de su pequeño grupo de amigos. Con una facilidad para entablar conversaciones con cualquiera, los profesores la describen como sociable y ocurrente, siempre con una respuesta ingeniosa en la punta de la lengua. Sin embargo, tiene momentos de terquedad, claramente heredados de su madre, en los que es difícil convencerla de cambiar de opinión.

Su creatividad no tiene límites: puede pasar horas dibujando o inventando historias donde ella es una valiente exploradora, una princesa guerrera o incluso una detective que "resuelve misterios", inspirada en la profesión de Claudia.

A pesar de su corta edad, Valentina muestra una gran empatía. Percibe cuándo Claudia está cansada o triste y, con sus abrazos o frases dulces como "Mami, todo estará bien", consigue reconfortar a su madre de un modo que nadie más logra.

Con su vitalidad arrolladora y su corazón de oro, Valentina es el faro que guía a Claudia. Su inocencia y ternura son una constante fuente de luz en la ajetreada vida de su madre.

***

El despacho de la comisaría estaba en silencio, salvo por el murmullo de teclas y el suave zumbido de los ordenadores. Claudia había llegado temprano, con el propósito de adelantarse al trabajo, pero como siempre, el tiempo parecía escapársele entre reuniones, llamadas y análisis forenses que no ofrecían las respuestas que necesitaba.

La pantalla de su ordenador mostraba los últimos informes del caso del cráneo. Marta había hablado con algunos vecinos de Carmen Merino, pero la información seguía siendo escasa. Nadie sabía nada concreto sobre la mujer, excepto que, en los meses previos a la desaparición de Pedro, parecía más nerviosa que de costumbre. Pau, por su parte, había conseguido rastrear las

compras de herramientas y comprobado que algunas de las transacciones bancarias aún se estaban investigando.

Claudia miró la imagen del cráneo en la pantalla y tamborileó los dedos contra el escritorio. Había algo que no terminaba de encajar en todo aquello.

—¿Dónde esta el resto del cuerpo? —preguntó Claudia, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

Marta negó con la cabeza, con expresión grave.

—Todavía no lo sabemos. Los forenses están revisando los informes preliminares, pero no parece que haya más restos en la casa de Dolores.
—Entonces... —dijo Claudia pensativa—. Hay que hablar con Loli. Llama a la chica; necesitamos saber la fecha exacta en la que se echaron las bolsas al contenedor. Seguramente era Pedro.

—Pau —dijo, sin levantar la vista.

El joven agente levantó la cabeza desde su mesa, donde había estado tecleando frenéticamente.

—Dime, jefa.

—¿Has averiguado algo sobre el testamento de Pedro? Quiero saber si efectivamente Carmen era la heredera y, si es así, quién tramitó todo.

Pau hizo una mueca y revisó rápidamente unos papeles.

—Lo estoy comprobando, pero necesitaré más tiempo. Parece que el testamento se gestionó a través de un abogado particular, un tal Albert R. Estoy intentando contactar con él.

Claudia asintió.

—Hazlo cuanto antes. Si es como creo, Carmen tenía motivos económicos más que suficientes, pero necesito pruebas, no suposiciones.

Marta con una carpeta bajo el brazo.

—Claudia, creo que deberías ver esto. —Dejó la carpeta sobre la mesa y abrió una hoja con una lista de números y fechas—. Es un extracto bancario de Pedro. Mira estas retiradas de dinero poco antes de que desapareciera. Cada semana, cantidades constantes de 2.000 euros en efectivo.

Claudia arqueó una ceja.

—¿Carmen?

—Probablemente. Estas retiradas eran constantes y, según sus vecinos, Jaime apenas salía de casa. Es raro.

Claudia frunció el ceño, sintiendo que el caso empezaba a encajar poco a poco en su mente. Miró el reloj y vio que se acercaba la una.

—De acuerdo, seguid con esto. Yo tengo que salir un momento. Pau, mantente alerta por si conseguimos contactar con el abogado.

—¿Otra reunión de trabajo? —preguntó Pau, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Algo así —respondió Claudia, tomando su chaqueta. No iba a entrar en detalles sobre su comida con Elena, una de sus mejores amigas y su excompañera de la universidad.

Elena la estaba esperando en la terraza del restaurante, con un vestido elegante y unas gafas de sol que le daban un aire de diva que solo ella podía llevar con tanta naturalidad.

—¡Claudia! —exclamó Elena, levantándose para saludarla con un beso en cada mejilla—. Llegas tarde, como siempre.

—Cinco minutos, no exageres —replicó Claudia, quitándose la chaqueta y sentándose frente a ella.

—Cinco minutos en mi mundo son un mundo. Pero, en fin, ¿cómo estás? ¿Cómo va el caso? ¿Y Valentina?

Claudia suspiró mientras dejaba el móvil sobre la mesa.

—Es complicado. Tenemos un cráneo y un posible móvil económico, pero nada encaja del todo.

Elena apoyó el codo en la mesa y la miró con interés.

—Suena a uno de esos casos que te obsesionan. ¿Cuánto tiempo llevas sin desconectar?

—¿Desconectar? —preguntó Claudia, levantando una ceja.

—Exacto, desconectar. Salir, relajarte, hacer algo que no implique crímenes o delincuentes.

Claudia iba a responder, pero en ese momento vio una figura familiar entrando en el restaurante. Xavi. Vestía unos vaqueros oscuros y una camisa azul remangada, que destacaba con el aire relajado del local. Sus ojos recorrieron la sala hasta encontrarse con los de Claudia. Él sonrió y se acercó.

—¿También comes? —preguntó Xavi, inclinándose ligeramente hacia ella con esa confianza que empezaba a resultarle irritante… e irresistiblemente atractiva.

—Estoy de descanso, ¿tú qué haces aquí? —replicó Claudia, intentando mantener la compostura mientras Elena la observaba con una sonrisa divertida.

—Almuerzo con un cliente, pero parece que llegué antes de tiempo

—respondió Xavi, mirando de reojo a Elena—. ¿No nos presentas?

Claudia suspiró. —Xavi, esta es Elena, una amiga. Elena, este es Xavi, mi vecino.

—Ah, el famoso vecino del que nunca hablas —dijo Elena, que levantándose de la mesa, le dio dos besos a Xavi.

Xavi rió suavemente y miró a Claudia con curiosidad.

—¿Nunca hablas de mí? Me siento ofendido.

—Tampoco es que haya mucho que contar —respondió Claudia, intentando sonar indiferente.

—No lo creo —dijo Elena, observando a Xavi como si estuviera evaluándolo.

Antes de que la conversación pudiera alargarse más, el móvil de Xavi vibró en su bolsillo. Él lo sacó, lo miró y luego volvió a guardarlo.

—Es mi productor. Ya llegó. Un placer conocerte, Elena.

Cuando Xavi se alejó hacia otra mesa, Elena no tardó ni un segundo en volver a centrar su atención en Claudia.

—¿Vecino, eh?

—Sí, vecino —repitió Claudia, esforzándose por no sonrojarse.

—Por la manera en que te mira, diría que es algo más que eso.

Claudia tomó un sorbo de agua y negó con la cabeza.—No seas ridícula.

—Claudia, por favor. Soy abogada, y si algo sé hacer es leer entre líneas. Y lo que vi ahí fue… intensidad.

Claudia bufó.—Él es así con todo el mundo. Seguro que tiene una lista de mujeres que suspiran por él.

—¿Y tú no estás en esa lista?

—Claro que no.

Cuando Claudia volvió al apartamento esa noche, todavía sentía las palabras de Elena resonando en su cabeza. Lo que menos necesitaba en ese momento era distraerse con un hombre, y mucho menos con su vecino. No estaba acostumbrada a bajar la guardia con nadie, y aún menos a disfrutarlo. Pero, por mucho que quisiera negarlo, había algo en la forma en que Xavi la miraba, algo que la hacía sentir que, por un momento, no tenía que ser la fuerte. Y aunque no lo admitiera, empezaba a gustarle.

La mañana comenzó como todas en casa de Claudia: con el caos cronometrado de alguien que intenta manejar demasiadas cosas a la vez.

—¡Valentina, ponte las zapatillas! ¡Llegamos tarde otra vez! —gritó desde la cocina, mientras

ponía la tapa a la botella para llevarse el batido al trabajo. El sonido de una muñeca cayendo al suelo resonó en el pasillo. Valentina apareció con el pelo enredado, un calcetín mal puesto y el jersey del revés.

—Mamá, no encuentro a Nube.

Claudia suspiró, dejando el batido sobre la encimera y poniéndose en cuclillas frente a su hija.

—Cariño, no podemos buscarlo ahora. Tienes que vestirte bien, ¿vale? Vamos, te ayudo.

Mientras le ponía el jersey bien y le ajustaba los leggins, echó un vistazo al reloj. Ocho y veinticinco. Si no salían en cinco minutos, el tráfico la devoraría. Mercedes estaría esperándola en la puerta del colegio, siempre puntual, siempre salvándola de perder la cordura.

—¡Ayyy! —se quejó Valentina, haciendo una mueca de dolor mientras Claudia intentaba peinarla en una cola alta.

—Cariño, perdona, no quiero hacerte daño, pero tienes el pelo demasiado enredado —respondió Claudia con tono paciente, soltando el peine por un momento para desenredar con los dedos una parte más rebelde.

Valentina suspiró, cruzando los brazos con expresión resignada.
—Siempre se me enreda, mamá.

Claudia sonrió con ternura y le acarició suavemente la cabeza.
—Esta noche te haré un baño de crema, y ya verás que mañana será mucho más fácil peinarte.

—¿Un baño de crema? ¿Con el que huele rico? —preguntó Valentina, con un brillo de ilusión en los ojos.

—Ese mismo —contestó Claudia, mientras ataba finalmente la coleta—. Y prometo ser más cuidadosa la próxima vez.

Cinco minutos después, salieron a toda prisa, casi atropellándose entre sí. El ascensor se abrió justo en el momento en que Xavi salía de su apartamento. Lucía impecable en su ropa deportiva, con los auriculares alrededor del cuello y una botella de agua en la mano. Su expresión relajada contrastaba con el frenesí de Claudia, como si el único asunto importante para él fueran los kilómetros que lo esperaban en la playa.

—Buenos días, vecina —saludó con una sonrisa tranquila, haciendo un gesto amistoso hacia Valentina, que trotaba con su mochila al hombro como si fuera una mini versión apresurada de su madre.

—Buenos días… —masculló Claudia, casi sin aliento, sin detenerse. Llevaba el bolso colgado de un brazo, sostenía a Valentina del otro, y sujetaba las llaves entre los dientes en un precario equilibrio.

Xavi observó la escena con diversión. Había algo caótico pero admirable en la manera en que ella se movía, siempre a mil por hora, como si cada segundo fuera crucial. La vio salir disparada del edificio y correr hacia el coche aparcado enfrente. Las llaves tintinearon cuando abrió la puerta del vehículo y, tras ayudar a Valentina a subir, la cerró.

Él se quedó de pie unos segundos más de lo necesario, viendo cómo el motor rugía y Claudia aceleraba, dejando una estela de intensidad a su paso. Siempre igual. Siempre en mil direcciones al mismo tiempo. Pero, por alguna razón, ese torbellino de energía lo tenía completamente cautivado. Era como si todo en ella estuviera a punto de explotar, y Xavi no podía evitar sentirse intrigado, fascinado por ese caos que parecía mantenerla en movimiento constante.

—Increíble —murmuró con una sonrisa mientras ajustaba los auriculares y se preparaba para su carrera matutina.

Esa noche, Claudia llegó más tarde de lo habitual. Había tenido que quedarse en la comisaría para revisar un informe de última hora, y cuando finalmente logró salir, el cansancio le pesaba tanto como las bolsas bajo sus ojos.

Al bajar del coche, notó algo extraño: el portal estaba completamente oscuro. Al entrar al edificio, pulsó el interruptor, pero la luz no respondió. Bufó con frustración.

"¿En serio?"

Con Valentina profundamente dormida sobre su hombro, subió los dos primeros escalones en completa oscuridad. Luego tropezó con algo.

—¡Jo-der!

—¿Estás bien? —la voz profunda y familiar de Xavi resonó en la penumbra.

Claudia alzó la vista y lo vio bajando las escaleras con una linterna en la mano. Vestía un suéter gris que le quedaba casualmente perfecto y unos pantalones de algodón que parecían hechos para pasar una noche relajada.

—Estoy bien. Solo… el típico final de un día perfecto. —Trató de sonar tranquila, pero el cansancio en su voz era evidente.

Xavi le apuntó con la linterna para iluminarle el camino.
—¿Quieres ayuda?

Claudia vaciló un momento.

—No, gracias. Estoy bien.

—Claro, como siempre. —Xavi sonrió levemente, como si ya supiera cuál sería su respuesta. Pero antes de que pudiera protestar, se acercó y la miró con calma, evaluando la situación.

—Mira, dame a Valentina.

—¿Qué? No, no hace falta, de verdad.

Xavi dejó escapar una pequeña risa, baja y grave.

—Claudia, estás agotada. Te recuerdo que son tres pisos.

Antes de que pudiera negarse de nuevo, Xavi ya había extendido los brazos. Claudia vaciló un segundo más, pero el peso de Valentina y el cansancio acumulado terminaron por vencer su

terquedad. Con cuidado, Xavi cogió a la niña.

—Ten cuidado con su cabeza —advirtió automáticamente, aunque Xavi ya la sostenía como si lo hubiera hecho mil veces antes.

—¿En serio crees que no sé cómo cargar a una niña? —respondió él con una sonrisa burlona, pero con la voz baja para no despertar a Valentina.

Claudia lo observó mientras él empezaba a subir los escalones con la linterna apuntando hacia adelante. Era extraño ver a alguien tan aparentemente perfecto, con su vida tan ordenada, sosteniendo a su hija como si no hubiera nada más natural en el mundo. Algo en esa imagen le provocó un nudo en la garganta que no esperaba.

—Vamos, ¿vienes? —La voz de Xavi la sacó de sus pensamientos.

—Sí, claro —dijo, a la vez que le pedía a Siri que encendiera la linterna de su móvil.

Subieron juntos en silencio, con Claudia unos pasos detrás, viendo cómo él sostenía a Valentina con una facilidad que la desarmaba. Cuando llegaron a su puerta, Xavi esperó pacientemente mientras ella sacaba las llaves.

—Déjala en el sofá —murmuró Claudia mientras abría. Xavi asintió y entró, cruzando el pequeño salón como si lo hubiera hecho antes. Con cuidado, recostó a Valentina en el sofá, asegurándose de que su cabeza estuviera bien apoyada. Después, se enderezó y le echó una mirada rápida, como para confirmar que estaba bien.

Claudia se quedó junto a la puerta, observando la escena. Hubo algo en ese gesto, en la naturalidad con la que lo hizo, que la hizo sentir incómoda… pero también extrañamente aliviada.

Cuando Xavi volvió hacia ella, Claudia apenas pudo reunir las palabras para agradecerle.

—Gracias. No hacía falta, pero… gracias.

Xavi se encogió de hombros, restándole importancia.

—Claro que hacía falta. A veces podrías aceptar ayuda sin pelear tanto, ¿sabes?

Claudia bufó, pero no pudo evitar sonreír levemente. —Peleo solo contigo porque me ofreces ayuda sin apenas conocerme.

Xavi la miró durante un segundo más, inclinando la cabeza ligeramente.
—Bueno, siempre hay una primera vez.

Y con esa última frase, salió del apartamento, dejándola de pie junto a la puerta, preguntándose por qué había algo en todo aquello que no podía quitarse de la cabeza.

Eran casi las diez cuando Claudia escuchó unos golpes en la puerta. Al principio, pensó que se lo estaba imaginando. Sin embargo, los toques volvieron, más firmes esta vez, resonando en el silencio del apartamento. Claudia suspiró con resignación, dejando a un lado el portátil que acababa de abrir. A regañadientes, se levantó del sofá, caminó hacia la puerta, preguntándose

quién podría ser a esa hora.

Al abrir la puerta, encontró a Xavi. Sostenía una botella de vino tinto y dos copas.

—¿Qué haces? —preguntó, alzando una ceja.

—La luz sigue sin funcionar, y pensé que, ya que ambos estamos despiertos, podríamos compartir una copa. Solo si no estás demasiado ocupada salvando el mundo.

Claudia dudó. Su instinto le decía que debía decir que no, pero la soledad y el cansancio pesaban más que su orgullo esa noche.

—Está bien. Pero solo una copa.

Se sentaron en el sofá y Xavi colocó la botella de vino y las dos copas en la pequeña mesa de delante. Xavi sirvió el vino con una precisión que hizo sonreír a Claudia—¿Qué? —preguntó él, al notar su expresión.

—Eres ridículamente perfecto. Incluso al servir vino.

—Y tú eres ridículamente complicada. Pero no estoy juzgando. —Le guiñó un ojo, levantando su copa.

El primer sorbo relajó a Claudia más de lo que esperaba. Se apoyó en el respaldo, dejando que el silencio llenara el espacio por un momento.

—¿Por qué haces esto? —preguntó finalmente, sin mirarlo directamente.

—¿Esto? —Xavi levantó una ceja, su tono ligero, pero con un brillo de curiosidad en los ojos.

—Ser… amable. Conmigo —Claudia levantó la mirada esta vez, con los labios fruncidos y una expresión que mezclaba desconfianza y algo más difícil de descifrar.

Xavi soltó una pequeña risa, apenas un suspiro, y apoyó el codo en la pierna mientras la observaba detenidamente.

—¿De verdad es tan raro que alguien sea amable contigo? —preguntó, ladeando la cabeza.

—No es eso —replicó Claudia, enderezándose un poco, como si estuviera a la defensiva—. Es solo que… no entiendo por qué lo haces. La mayoría de la gente se conforma con mantener las distancias, evita involucrarse, pero tú… no. Tú siempre estás ahí, rompiendo barreras como si nada.

Xavi asintió lentamente, como si reflexionara sobre su respuesta. Luego, con un leve encogimiento de hombros, dijo:

—Porque quiero. Porque puedo. Y porque, aunque no lo creas, no es tan difícil.

Claudia parpadeó, algo sorprendida por la simpleza de su respuesta.

—¿Eso es todo? —inquirió, sin saber si estaba decepcionada o aliviada.

—Eso es todo —confirmó él, con una sonrisa que suavizó sus facciones.

El silencio regresó, pero esta vez no pesaba. Claudia bajó la vista hacia su copa y, sin poder evitarlo, una sonrisa leve se dibujó en sus labios.

—Eres un caso raro, Xavi.

—Lo sé. —Se inclinó hacia atrás, cruzando los brazos detrás de la cabeza con aire despreocupado—. Pero te acostumbrarás.

Claudia negó con la cabeza, divertida, mientras llevaba la copa de vino a sus labios una vez más. Tal vez no necesitaba entenderlo. Tal vez, por una vez, solo debía aceptarlo.

Xavi no insistió, y por eso, ella se permitió dejar caer un poco la coraza.

—Gracias por el vino y por subir a Valentina tres pisos—

—De nada. Pero que conste, sigo pensando que deberías dejar que alguien te ayude más seguido.

—¿Alguien como tú?

—Tal vez. —Su tono era ligero, pero había algo en su mirada que decía lo contrario.

Cuando Xavi se levantó para irse, Claudia lo acompañó hasta la puerta con pasos lentos, casi como si quisiera alargar un poco más el momento. Al llegar a la entrada, él se giró, dispuesto a despedirse, pero justo antes de que pudiera abrir la puerta, Claudia lo llamó en voz baja, como si no estuviera segura de querer detenerlo.

—Xavi…

Él se detuvo, con la mano ya en el picaporte, y la miró con esa expresión serena que solía descolocarla.

—¿Sí?

Claudia vaciló por un instante, bajando la mirada un segundo antes de levantarla de nuevo.

—La próxima vez… no hace falta que traigas las copas —dijo con una media sonrisa, intentando sonar casual, aunque su voz delataba un pequeño atisbo de nerviosismo.

Xavi soltó una risa suave, esa risa con la que siempre parecía tan seguro de sí mismo.

Cuando el sonido del pestillo resonó en el pasillo, Claudia se quedó un momento inmóvil, observando la puerta cerrada como si pudiera todavía sentir la presencia de Xavi al otro lado. El eco de sus pasos se desvanecía lentamente, dejando tras de sí un extraño vacío. Había algo en él que despertaba emociones que llevaba demasiado tiempo ocultando, emociones que creía haber enterrado para siempre. Una mezcla extraña de curiosidad, alivio… y un leve temblor de inquietud, casi como si estuviera a punto de cruzar una línea que había jurado no volver a cruzar.

Un peligro tentador, pensó. Y aunque la idea le asustaba, no podía ignorar que, en el fondo, deseaba saber hasta dónde la llevaría. Algo en esa incertidumbre le resultaba irresistible, como si estuviera despertando de una larga hibernación emocional.

4

Javier Salvatierra, 37 años, es guionista freelance, especializado en escribir series de televisión, especialmente thrillers y dramas psicológicos. Aunque trabaja desde casa, su profesión exige mucha disciplina, plazos ajustados y largas sesiones de escritura, lo que se alinea perfectamente con su personalidad ordenada y metódica. Su apartamento es un reflejo de él mismo: limpio, minimalista y cuidadosamente organizado, con una pared decorada con pizarras y notas adhesivas que utiliza para estructurar sus ideas y planificar las tramas de sus proyectos. Cada objeto tiene su lugar, desde los libros en perfecto orden alfabético en su estantería hasta los utensilios de cocina, que usa para preparar comidas sencillas pero perfectamente equilibradas.

Su vida profesional le da la libertad que tanto aprecia y le permite mantener su independencia, que considera uno de los pilares fundamentales de su bienestar. Sin embargo, su rutina meticulosa y su aversión al caos a veces chocan con el desorden que percibe en la vida de su vecina Claudia. Aunque la respeta por ser madre soltera y trabajar en un campo tan exigente como la policía, no puede evitar notar lo caótico de su día a día: horarios siempre cambiantes, carreras de última hora y una dinámica de "malabares" entre trabajo y maternidad que le parecen agotadores.

Claudia, desde el punto de vista de Xavi, es una mujer fascinante pero que parece estar siempre al límite de su capacidad. A menudo la oye llegar tarde en la noche, con su hija Valentina medio dormida en brazos, mientras intenta contestar llamadas del trabajo. Si bien sabe que Claudia tiene a Mercedes, que la ayuda con la niña y las tareas del hogar, Xavi se pregunta cómo logra mantener todo en pie.

Hay algo en Claudia que intriga a Xavi. Quizás sea su valentía, su capacidad para enfrentarse a todo sin perder el humor o el caos controlado que parece rodearla y que es completamente opuesto a su propia forma de vida. Aunque al principio se mantiene distante, prefiere observar desde la barrera, hay algo en su relación cordial de vecinos que empieza a despertar en él una curiosidad inesperada.

***

Claudia caminaba de la mano de Valentina por las calles de la Vila Olímpica, cargando la mochila de la pequeña en el hombro. Era una tarde agradable, con el sol descendiendo y bañando los edificios modernos del barrio con tonos anaranjados. Valentina saltaba con cada paso, como si tuviera un muelle en los pies, y no paraba de hablar.

—¡Mamá, mamá! ¿Podemos ir a casa de Xavi?

Claudia casi tropezó al escuchar la pregunta. Giró la cabeza hacia su hija, confusa.

—¿A casa de Xavi? ¿Por qué quieres ir a casa de Xavi?

—¡Porque tiene cuentos! —respondió Valentina, con ese tono de obviedad que solo los niños manejan bien—. Me dijo que tiene una colección de cuentos de cuando era pequeño. Me prometió que me los enseñaría.

Claudia apretó los labios, intentando encontrar una excusa convincente.

—Cariño, seguro que Xavi está ocupado. No podemos ir sin avisar.

—¡Pero mamá, por favor! Él me dijo que cuando quisiera podía ir a verlos. ¡Seguro que está en casa!

Claudia bufó. Valentina había sacado su testarudez, eso era evidente. Intentó resistirse un poco más, pero entre las súplicas de su hija y la idea de parecer grosera si rechazaba la invitación implícita de Xavi, al final no tuvo más remedio.

—Vale, pero si no contesta, no insistas, ¿de acuerdo?

Valentina asintió emocionada y prácticamente tiró de su madre hacia el portal. Claudia respiró hondo cuando pulsó el timbre del apartamento de Xavi. Apenas pasaron unos segundos antes de escuchar la voz grave del vecino.

—¿Sí?

—Soy Claudia —dijo, incómoda—. Valentina insiste en que... bueno, en que le prometiste enseñarle unos cuentos.

Hubo una breve pausa antes de que Xavi abriera.

Cuando Xavi abrió la puerta, Claudia tuvo que admitir que la escena era diferente a lo que imaginaba. Vestía una camiseta negra y unos vaqueros gastados, sencillo pero, para su disgusto, atractivo. Valentina corrió hacia él como si lo conociera de toda la vida.

—¡Xavi, los cuentos! Dijo Valentina.

Él sonrió, inclinándose para darle un beso en la cabeza antes de mirarla con una calidez que a Claudia le sorprendió.

—Hola, terremoto. Vamos a buscarlos.

Mientras Valentina entraba corriendo al apartamento, Xavi se giró hacia Claudia con una expresión más seria.

—Pasa.

Claudia tragó saliva y entró.

El piso de Xavi era un reflejo de él: ordenado, funcional, pero con personalidad. La sala estaba decorada con muebles de líneas limpias, en tonos grises y madera natural, y las paredes estaban adornadas con fotografías en blanco y negro, probablemente hechas por él mismo. Una estantería alta y abarrotada dominaba una de las paredes, llena de libros, vinilos y pequeños recuerdos que parecían de viajes.

Claudia se sintió fuera de lugar al principio, pero también algo reconfortada por lo acogedor del espacio. Xavi no hizo mucho esfuerzo por disimular su naturaleza organizada, y eso la hacía reflexionar sobre lo diferente que era su propia casa, donde el caos de Valentina dejaba huella en cada rincón.

—Tienes un piso bonito —dijo finalmente, rompiendo el silencio.

Xavi se limitó a asentir, mientras sacaba una caja de madera de la estantería y la colocaba en la mesa de café.

—Aquí están los cuentos. Valentina, ¿cuál quieres leer?

Valentina se lanzó sobre la caja, sacando libros ilustrados con dibujos coloridos. Algunos parecían antiguos, con las esquinas gastadas, y otros estaban tan bien cuidados que parecían recién comprados.

—¡Este, este! —gritó Valentina, sujetando un libro de tapa dura.

Xavi se sentó en el sofá junto a la pequeña y empezó a leerle, señalando los dibujos y cambiando la voz para los personajes. Valentina reía a carcajadas, y Claudia, que estaba sentada en una butaca al otro lado de la mesa, los observaba en silencio. Había algo entrañable en la forma en que Xavi interactuaba con su hija.

Sin embargo, cada vez que Claudia intentaba entrar en la conversación, Xavi volvía a su tono más serio.

—¿Has cambiado ya la cerradura? —preguntó de repente, mientras Valentina pasaba las páginas del cuento.

Claudia parpadeó, sorprendida por el cambio de tema.

—Todavía no. No he tenido tiempo.

Xavi la miró fijamente, y en su expresión había algo que casi parecía decepción.

—Hazlo. No lo dejes pasar.

Claudia asintió, sintiéndose como una niña a la que acaban de regañar.

—Lo haré —murmuró, aunque no estaba acostumbrada a que alguien le hablara en ese tono.

Cuando Xavi terminó de leer otro cuento, Valentina empezó a dar vueltas por el salón, inspeccionando todo con una mezcla de curiosidad y entusiasmo.

—¿Podemos quedarnos a cenar? —preguntó la pequeña de repente, mirando a su madre y luego a Xavi.

—Valentina, no podemos quedarnos. Xavi tiene cosas que hacer —intervino Claudia rápidamente, deseando desviar la conversación.

—No me importa. Puedo preparar algo rápido —dijo Xavi, encogiéndose de hombros.

Claudia se quedó callada, dudando, pero Valentina ya estaba dando saltos de alegría.

—¡Sí! ¡Cenamos aquí!

Xavi sonrió a la pequeña y se levantó para dirigirse a la cocina.

—Dejadme un momento. Haré algo sencillo.

Claudia suspiró, resignada, y se levantó.

—Te importa si voy a mi casa un momento? Necesito traer el pijama de Valentina y… darme una ducha rápida.

Xavi la miró por encima del hombro mientras abría la nevera.

—Tómate tu tiempo.

Cuando Claudia volvió, llevaba un pijama de corazones para Valentina, colgando del brazo, y un conjunto cómodo de pantalones negros y una camiseta blanca que se había puesto después de la ducha. Llevaba el pelo húmedo recogido en una coleta y sintió un leve nerviosismo al entrar de nuevo en el apartamento de Xavi.

Valentina estaba sentada en la mesa del comedor, coloreando unos dibujos que Xavi le había impreso. La cena ya estaba lista: pasta con verduras y una ensalada sencilla.

—Huele muy bien —comentó Claudia, sorprendida.

—No es nada complicado —respondió Xavi, quitándose el delantal y colocándolo sobre el respaldo de una silla.

La cena fue sorprendentemente tranquila. Valentina charlaba sin parar, contando historias del colegio y hablando de los cuentos que Xavi le había enseñado. Claudia, por su parte, comía en silencio, observando cómo su hija y su vecino se habían hecho amigos tan rápidamente.

Cuando Valentina empezó a cabecear de sueño después del postre, Xavi se ofreció a llevarla en brazos.

—Yo puedo… —empezó a decir Claudia, pero Xavi ya estaba recogiendo a la niña con cuidado.

Valentina se acurrucó contra su pecho, murmurando algo ininteligible mientras Xavi la llevaba al dormitorio.

—Es ligera como una pluma —comentó con una leve sonrisa mientras la dejaba en su cama y Claudia la arropaba.

Cuando volvieron al salón, Xavi recuperó su tono distante.—Deberías descansar tú también.

Claudia lo miró, buscando algo más en su expresión, pero no encontró nada.

—Gracias por la cena. Y… por todo.

Xavi asintió, serio. —De nada. Buenas noches, Claudia.

Mientras Xavi regresaba a su apartamento, no pudo evitar sentirse un poco desconcertada. Xavi tenía una forma de ser que la descolocaba: protector, cercano, pero a la vez inaccesible. Y aunque no quería admitirlo, eso era justo lo que más le atraía de él.

La comisaría estaba más animada de lo habitual esa tarde. Por primera vez en semanas, las caras de cansancio de los agentes habían dado paso a sonrisas de satisfacción. Habían cerrado el caso. Dolores Moreno estaba bajo custodia y las pruebas en su contra eran irrefutables: un historial de mentiras, compras sospechosas, pruebas forenses, y, sobre todo, su intento fallido de huida. No había escapatoria.

Claudia salía de una de las reuniones finales con la fiscalía cuando Pau se le acercó, con un café en la mano y una sonrisa triunfal.

—Hoy no trabajamos hasta tarde, ¿verdad?

—Eso espero —respondió Claudia, estirando los brazos tras horas frente a informes y presentaciones.

—Perfecto, porque vamos a celebrarlo. Marta ya ha reservado una mesa en La Marina. No acepto excusas.

Claudia rodó los ojos con una sonrisa. Sabía que necesitaba desconectar, aunque el cansancio y el estrés todavía la pesaban.

—Está bien, pero no puedo quedarme hasta tarde.

—Eso dices siempre —bromeó Pau, dándole un suave empujón antes de desaparecer hacia su escritorio.

Clara llegó al apartamento de Claudia media hora antes, como siempre. Llevaba un vestido largo manchado de pintura, el cabello recogido en un moño desordenado y una bolsa de lona que sonaba a pinceles y latas de pintura.

—Perdón por el look, salí corriendo del taller —dijo Clara, entrando al apartamento como si fuera su casa.

—No pasa nada, tú siempre tienes pinta de artista bohemia, aunque vayas de gala —bromeó Claudia, mientras Clara le sacaba la lengua.

Valentina corrió hacia su tía con los brazos abiertos.

—¡Tieta! ¿Pintamos algo esta noche?

—¡Claro que sí! Pintaremos unicornios, galaxias o lo que tú quieras.

Claudia observó la escena con una mezcla de cariño y alivio. Sabía que Clara no tenía la vida más organizada del mundo, pero cuando se trataba de Valentina, era la mejor tía que una niña podía tener.

—Gracias por esto, Clara.

—No digas tonterías, me encanta quedarme con Val. Además, llevo días queriendo enseñarle a usar las acuarelas que compré.

Claudia sonrió, dándole un beso rápido en la mejilla antes de agarrar su bolso.

—Mercedes ha dejado una tortilla de patatas en la encimera y hay helado en el congelador. No la acuestes muy tarde, ¿vale?

Clara le guiñó un ojo.

—Relájate, disfruta de tu noche. Yo me encargo.

El restaurante La Marina era uno de los favoritos de los agentes de la comisaría para celebrar. Situado en el Port Olímpic, tenía vistas al mar y un ambiente animado que siempre conseguía que los problemas parecieran lejanos, al menos por unas horas.

Cuando Claudia llegó, Pau y Marta ya estaban allí, acompañados de otros compañeros del equipo. Habían reservado una mesa en la terraza, iluminada por guirnaldas de luces que colgaban sobre las cabezas de los comensales.

—¡Por fin llega la jefa! —exclamó Pau, levantando su cerveza para saludarla.

Claudia se dejó caer en una silla con una sonrisa, dejando que el ambiente relajado la envolviera.

Las risas se hicieron eco en la mesa. Marta le acercó una copa de vino tinto y, con una sonrisa cómplice, propuso un brindis:

—Por Dolores en el talego y porque la inspectora Ferrer, alias nuestra Wonder Woman, vuelve a ser humana al menos por una noche.

—¡Por la jefa! —corearon todos al unísono, levantando sus copas.

—Gracias. Sois los mejores compañeros que podría tener.

La conversación derivó en bromas, chismes de la semana y, por supuesto, anécdotas del último caso. Pau imitaba con tanto dramatismo los interrogatorios que todos acabaron llorando de risa. Marta añadió sus comentarios ácidos, convirtiendo la velada en una sucesión de carcajadas.

Claudia sabía que esa noche necesitaba relajarse, celebrar el cierre del caso de Dolores con sus compañeros y dejarse llevar. Sin embargo, lo último que esperaba era encontrarse con Xavi… y mucho menos acompañado de una mujer que parecía salida de una portada de revista. La rubia, despampanante y segura de sí misma, llevaba un vestido rojo ceñido que realzaba cada curva, con labios a juego que destacaban bajo las luces del lugar. No apartaba las manos de Xavi ni un segundo, rozándole el brazo o riéndose de algo que él había dicho. Era una interacción casual, sí… demasiado casual para su gusto. Los pequeños toques, las miradas cómplices y las sonrisas encantadas la irritaban más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Claudia se enderezó y ajustó la coleta alta que llevaba. No iba a dejarse intimidar, ni por Xavi ni por la muñeca de escaparate que lo acompañaba.

—¿Todo bien? —le preguntó Marta, notando el cambio en su expresión.

—Perfectamente —contestó Claudia, forzando una sonrisa.

La noche continuó, con más copas, risas y bailes. Pero la tensión entre ella y Xavi era palpable. Él la observaba desde la distancia, aunque cada vez que la rubia se le acercaba, Xavi parecía volver al presente y sonreírle con esa galantería fácil que tanto sacaba de quicio a Claudia.

Cuando llegó a casa, encontró a Clara dormida en el sofá, con pinceles y papeles desparramados por todas partes. Se acercó para recoger el desastre y se detuvo al ver uno de los dibujos: una galaxia llena de colores vibrantes, con dos figuras diminutas en el centro que parecían estar cogidas de la mano.

Sonrió, guardando el dibujo en un rincón antes de entrar en la habitación de Valentina. Su hija dormía profundamente, con las mejillas rosadas y el peluche apretado contra su pecho. Claudia se inclinó para darle un beso en la frente.

Encendió la luz del baño y se miró en el espejo. Su maquillaje estaba intacto, pero los ojos reflejaban el cansancio acumulado de los últimos días. Se recogió el cabello en una coleta improvisada y comenzó a desmaquillarse con movimientos lentos, dejando que el algodón con agua micelar se llevara el rímel y la base, como si con cada pasada pudiera desprenderse también del peso de las últimas semanas.

Después de lavarse la cara con agua fría, se puso una camiseta blanca suave y unos pantalones de algodón gris. No era elegante, pero era cómodo, y eso era lo único que le importaba en ese momento. Se observó en el espejo por un instante, notando las ligeras ojeras que marcaban el cansancio acumulado. Suspiró profundamente y se pasó una mano por el cabello.

Caminó descalza hasta la cocina a buscar un vaso de agua. El apartamento estaba en completo silencio, pero su mente no lo estaba.

"¿Qué estará haciendo ahora?", pensó, sin poder evitar que su mente vagara hacia él. Había algo en su presencia que siempre la hacía sentir segura, pero también incómoda, como si le estuviera recordando algo que no quería enfrentar: que no podía ser siempre tan independiente como le gustaba aparentar.

Antes de ahondar más en esos pensamientos, el cansancio la venció. Se tumbó en la cama, abrazando un cojín, y dejó que el silencio nocturno la envolviera mientras caía en un sueño profundo.

La noche en la Villa Olímpica estaba sorprendentemente tranquila. Las luces de los edificios proyectaban reflejos dorados sobre las olas, y el viento marino soplaba suavemente. Claudia regresaba a casa tras un día agotador en la comisaría. Mientras subía en el ascensor, todo lo que quería era una ducha y un rato de paz… pero, como siempre, la vida tenía otros planes.

—¡Mami, Nube se ha perdido! —gritó Valentina en cuanto Claudia abrió la puerta.

Mercedes estaba buscando en el salón, tratando de calmar a Valentina, que lloriqueaba mientras removía los cojines del sofá y volcaba una caja llena de juguetes.

—No llores, cariño, seguro que Nube está por aquí escondido —decía Mercedes, agachándose para mirar debajo de la mesa.

—¡No está, Mercedes! ¡Lo he perdido! —sollozaba la niña, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tranquila, cariño, ya aparecerá. Seguro que Nube está escondido en algún rincón.

Pero Valentina no estaba dispuesta a aceptar eso como respuesta. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la respiración agitada, como si la desaparición de su conejo de peluche fuera una tragedia épica.

La puerta se cerró tras Mercedes, quien se despidió con una sonrisa, su marido la esperaba abajo para dar su paseo habitual hasta su casa. Claudia se apoyó en la puerta por un momento, dejando escapar un suspiro agotado. La casa estaba hecha un caos: juguetes esparcidos por el suelo, una pila de ropa limpia sobre el sofá y Valentina, llorosa y cansada.

—Vale, terremoto, ¿dónde lo viste por última vez? —preguntó, intentando mantener la calma.

—En el sofá… creo. O en mi cama… —murmuró Valentina, mordiéndose el labio—. ¡No lo sé!

—¡Lo necesito para dormir! —lloriqueó Valentina.

Claudia se quitó los zapatos y la americana, dejando ambas cosas en un rincón. El largo día en la comisaría había dejado su huella. Su falda gris ajustada, combinada con una camisa blanca, seguía impecable, pero el cansancio se reflejaba en su rostro. Con un gesto rápido, se recogió el pelo en un moño improvisado mientras intentaba calmar a su hija.

—Tranquila, terremoto, Nube tiene que estar aquí en algún sitio —dijo, tratando de mantener la paciencia mientras se agachaba para mirar debajo del sofá.

La escena debía ser casi cómica: Claudia, con su elegante atuendo de trabajo, rastreando el apartamento en busca de un peluche perdido. Sin embargo, no había nada de divertido en la creciente desesperación de Valentina, que se resistía al sueño como podía.

Desde el pasillo, Xavi, que acababa de llegar de correr, oyó el llanto de la niña. La puerta estaba solo entornada. Frunció el ceño, preocupado, y, sin pensarlo demasiado, entró en el apartamento.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó desde la puerta mientras entraba con paso rápido.

Claudia alzó la vista, agachada junto al sofá y suspiró.

—Valentina ha perdido a Nube. Está cansada y no para de llorar… y yo estoy a punto de perder la paciencia.

Xavi sonrió ligeramente, intentando aliviar la tensión.

—Un peluche fugitivo. Parece un caso para los servicios de rescate de emergencias.

—Xavi, no estoy de humor para chistes.

—Vale, vale. —Él levantó las manos en señal de tregua antes de entrar al salón—. Vamos a encontrar a Nube.

Mientras Valentina lo miraba con ojos esperanzados, Xavi comenzó a buscar entre los juguetes

esparcidos por el suelo. Los dos adultos se cruzaban constantemente en el reducido espacio, y cada vez que Claudia pasaba junto a él, Xavi no podía evitar fijarse en los detalles: la forma en que la falda se ceñía a sus caderas, el brillo de unos mechones sueltos que caían de su moño... Se veía preciosa, incluso con el ceño fruncido y un rastro de cansancio en sus ojos. Pero, por supuesto, no lo dijo.

—¿Estás segura de que Nube no tiene un escondite secreto? —bromeó Xavi mientras levantaba una pila de juguetes y cojines.

—Xavi, céntrate. Hay que encontrarlo —dijo Claudia.

—Ay, inspectora Ferrer, qué carácter. Pensé que eras más paciente con las búsquedas complejas.

Claudia se irguió y lo fulminó con la mirada, aunque no pudo evitar que una sonrisa se asomara a sus labios.

—Alguien tiene que aliviar la tensión, ¿no? —replicó con un guiño.

Finalmente, Xavi vio algo que sobresalía detrás de la cortina del ventanal. Se acercó y sacó al escurridizo peluche.

—¿Buscabas esto?

—¡Nube! —Valentina soltó un grito de alegría y corrió a abrazar su peluche. Sus lágrimas se evaporaron en un instante, y la niña se aferró a Xavi en un arrebato de cariño.

—Xavi. Eres el mejor — Dijo con una gran sonrisa, abrazándolo.

—Bueno, no sé si el mejor, pero sí bastante eficiente —contestó él, con una expresión divertida.

Claudia se pasó una mano por el cabello, mirándolo con una mezcla de gratitud y cansancio.

—Debería darte una medalla por tus servicios al caos familiar.

—No hace falta. Me conformo con que me invites a un café la próxima vez. —Xavi le dedicó una sonrisa encantadora antes de mirar el reloj—. Me tengo que ir. Buenas noches, terremoto. Buenas noches, inspectora.

Claudia lo acompañó hasta la puerta, sintiendo que el ambiente entre ellos había cambiado ligeramente. Había algo más cálido, más cercano.

—Mil gracias Xavi.

—Para eso están los vecinos —dijo con naturalidad, aunque sus ojos parecían decir algo más.

Cuando se fue, Claudia cerró la puerta y dejó escapar un largo suspiro de alivio. Miró a su alrededor, contemplando el desorden. Decidió que lo mejor sería darse una ducha rápida antes de enfrentarse al caos del apartamento. Cruzó la sala y se detuvo al ver a Valentina, completamente rendida, dormida encima de la alfombra, abrazada a Nube.

Claudia sonrió con ternura y se agachó cuidadosamente para cogerla en brazos. Al hacerlo, la niña emitió un leve murmullo, pero no despertó. Claudia la estrechó contra sí, sintiendo el suave

y dulce aroma del champú infantil que aún se aferraba a sus rizos. Aquel momento, sencillo y cotidiano, le llenó el corazón.

Estaba deseando llegar a casa. Había pasado el día saltando de una reunión a otra, rodeada de informes, estadísticas y decisiones burocráticas. Añoraba los tiempos en los que era una simple agente y pasaba la mayor parte del día en la calle, investigando, siguiendo pistas, sintiendo la adrenalina de cada caso. Ahora, como inspectora, su trabajo parecía limitarse a supervisar, coordinar y a interminables horas redactando y revisando documentación.

Se quitó los tacones nada más cruzar el umbral de la puerta, agradeciendo el frío del suelo bajo sus pies. Mercedes la recibió con una sonrisa amable desde el salón.

—¡Mamá! —gritó Valentina, corriendo hacia ella con la cara y las manos llenas de pintura. ¡Mira lo que hice!

Claudia sonrió y abrazó a su hija, aunque apenas tuvo tiempo de ver el dibujo antes de que Mercedes se acercara con una mirada de complicidad.

—Hoy estuvo diciendo todo el día que quiere ir a casa de Xavi y, por supuesto, un gato.

Claudia se tensó al escuchar su nombre, pero intentó disimular. —¿Ah, sí? —respondió, fingiendo indiferencia.

—Sí, me preguntó si esta noche cenaríamos con él. Parece que le gusta mucho vuestro vecino.

Claudia soltó una risa suave y dejó a Valentina en el suelo.

—Pues Xavi tiene su vida, cariño. No podemos invadirlo todo el tiempo.

—Pero tú quieres verlo, ¿verdad? —preguntó Mercedes con una sonrisa pícara.

—No empieces —dijo Claudia, en un tono apacible. Pero en el fondo, sabía que Mercedes tenía razón.

—Yo me marcho, Claudia. Todo está bajo control, pero ya sabes que me tienes a un grito de teléfono si necesitas algo.

—Gracias, Mercedes. De verdad, no sé qué haríamos sin ti.

La mujer recogió su abrigo, intercambió unas palabras más con Valentina y se despidió, dejando a madre e hija en el cálido silencio del hogar.

Más tarde esa noche, Claudia y Valentina estaban en el sofá mirando dibujos. Claudia revisaba mentalmente las notas del caso, pero no podía concentrarse. El rostro de Xavi seguía apareciendo en su mente: su voz, su manera de mirarla, como si pudiera ver más allá de la fachada que siempre intentaba mantener.

Con Valentina dormida finalmente, se rindió. Tomó el móvil y, sin pensarlo demasiado, marcó su número.

—¿Claudia? —respondió él al segundo tono, con una mezcla de sorpresa y calidez en la voz.

—Hola. ¿Estás en casa?

—Sí, ¿por?

Claudia se quedó en silencio por un momento, luchando contra la tentación de colgar. Pero ya había llegado demasiado lejos.

—Nada, es que Valentina se acaba de quedar dormida en el sofá... y he recordado que tengo una botella de vino en la nevera...

Xavi no tardó en responder.

—Claro. Dame 5 minutos.

Valentina dormía profundamente en su cama, rodeada de sus peluches y bajo el suave cobijo de un edredón con unicornios. Claudia cerró la puerta de la habitación con cuidado, dejando solo una rendija abierta por si su hija necesitaba algo durante la noche. Cuando giró la cabeza, se encontró con Xavi esperándola en el salón, apoyado contra el marco de la ventana.

El apartamento estaba casi en penumbra, iluminado únicamente por la luz plateada de la luna llena que entraba a través de los grandes ventanales. El silencio del barrio a esa hora era casi palpable, roto solo por el lejano sonido de las olas. Xavi tenía las manos en los bolsillos de sus vaqueros y la mirada perdida hacia el exterior, como si evitara mirarla directamente.

—¿Te apetece esa copa de vino? propuso Claudia, algo incómoda pero decidida a romper la tensión que se había instalado entre ellos desde que Xavi había llegado.

Xavi la miró por un momento, sus ojos oscuros brillando bajo la tenue luz. Luego asintió.

—Claro.

Claudia fue a la cocina y sacó una botella de vino de la nevera. Sirvió dos copas y volvió al salón, donde Xavi ya estaba sentado en el sofá, con los brazos apoyados en el respaldo y la postura relajada, pero el rostro serio.

—¿Siempre te quedas tan serio cuando te invitan a una copa? —bromeó ella, ofreciéndole una copa y sentándose en el otro extremo del sofá.

—No siempre —respondió él, aceptando la copa con una leve sonrisa—. A veces pienso demasiado.

—¿En qué piensas?

Xavi giró la cabeza hacia ella, dejando que su mirada se clavara en la de Claudia. Había algo en esa intensidad que le hizo olvidarse del vino por un segundo, como si el mundo entero se redujera a ese instante.

—En ti, a veces. —Su voz era suave, casi un susurro, pero lo suficientemente firme como para hacer que a Claudia se le acelerara el corazón.

Ella intentó mantener la compostura, llevándose la copa a los labios para ganar tiempo.—¿En mí? ¿Por qué?

Xavi sonrió, esa media sonrisa suya que siempre parecía esconder algo.

—Porque no te tomas las cosas en serio, como lo de la cerradura. —Su tono era mitad reproche, mitad broma, pero había algo más ahí. Algo que Claudia no podía descifrar del todo.

—¿Eso es lo único en lo que piensas cuando se trata de mí? —preguntó ella, alzando una ceja mientras apoyaba la copa en la mesa.

La pregunta salió antes de que pudiera detenerse, y el aire en la habitación pareció hacerse más denso de repente. Xavi dejó su copa al lado de la de ella, y durante un instante solo se miraron. La distancia entre ellos en el sofá parecía mínima, y el peso de esa cercanía lo llenaba todo.

—No —admitió él finalmente, su voz más baja ahora, más íntima.

Claudia sintió un leve escalofrío recorrerle la espalda. Había algo magnético en la forma en que Xavi la miraba, como si estuviera viendo más allá de su fachada de madre trabajadora y mujer independiente. Como si viera a la Claudia que había olvidado cómo es sentirse deseada.

—Entonces, ¿en qué más piensas? —insistió ella, sin darse cuenta de que su voz también había bajado.

Xavi no respondió de inmediato. En lugar de eso, se inclinó ligeramente hacia ella, con movimientos medidos, como si le estuviera dando tiempo para detenerlo. Su mirada se mantenía fija en la de Claudia.

—¿Quieres saberlo de verdad? —preguntó, su aliento rozando la piel de Claudia.

Ella no respondió. No podía. Su mente estaba dividida entre el instinto de retroceder y el deseo de seguir adelante. Cuando finalmente asintió, casi imperceptiblemente, Xavi movió una mano hacia su rostro, deslizando los dedos con suavidad por la línea de su mandíbula.

El primer roce fue apenas un susurro contra su piel, pero bastó para que su respiración se volviera irregular. Claudia sintió cómo su cuerpo respondía, su corazón latiendo más rápido con cada segundo.

—Pienso en cómo consigues sacarme de mis casillas… y al mismo tiempo hacer que quiera quedarme —murmuró él, sin apartar los ojos de los suyos.

Claudia no supo qué responder. No había palabras que pudieran describir lo que estaba sintiendo en ese momento. Era una mezcla de nerviosismo, deseo y algo que no había sentido en mucho tiempo: vulnerabilidad.

Cuando Xavi se inclinó un poco más, sus labios rozaron los de ella con una suavidad que la hizo contener el aliento. No fue un beso inmediato ni desesperado; fue una exploración, un permiso tácito. Claudia respondió con un movimiento lento, dejando que sus labios se encontraran por completo en un beso que empezó siendo suave pero que pronto se volvió más intenso.

El sabor del vino aún estaba en sus bocas, pero eso pasó a un segundo plano mientras las manos de Xavi subían hacia su rostro, atrapándola con delicadeza pero con firmeza. Claudia se dejó llevar, olvidando todo lo demás: Valentina, la comisaría, incluso su propio temor a abrirse a

alguien de nuevo.

Cuando Xavi la atrajo hacia él, haciéndola sentarse a horcajadas sobre sus piernas, ella sintió cómo el calor entre ambos crecía con cada segundo. Notó la firmeza de su erección contra ella. Las manos de Xavi se deslizaron por su cintura, subiendo lentamente por su espalda, mientras los labios de ambos se buscaban con una desesperación contenida.

La luna llena seguía siendo la única luz en la habitación, bañándolos en un resplandor plateado que hacía que todo pareciera más íntimo, más irreal.

Claudia deslizó las manos por el pecho de Xavi, sintiendo los músculos bajo la fina tela de su camiseta. Por un momento, perdió la noción de todo, excepto de él. Pero justo cuando la pasión estaba a punto de desbordarse, un sonido suave rompió la magia: el murmullo de Valentina moviéndose en su cama.

Ambos se detuvieron, respirando con dificultad, sus frentes apoyadas la una contra la otra. Xavi fue el primero en hablar, con un tono que aún sonaba cargado de emoción.

—Deberías ir a ver a Valentina.

Claudia asintió, separándose de él a regañadientes y levantándose del sofá. Cuando volvió del cuarto de su hija, Xavi ya estaba de pie junto a la ventana, su silueta recortada contra la luz de la luna.

—Xavi… —empezó a decir, pero él se giró hacia ella, y la seriedad en su rostro la detuvo.

—Buenas noches, Claudia. —Su voz era suave, pero la distancia emocional estaba de vuelta, como si lo que acababa de ocurrir no hubiera sucedido.

Claudia lo miró por un largo momento antes de asentir lentamente.

—Buenas noches.

Cuando Xavi cruzó la puerta para volver a su apartamento, el aire frío del pasillo la golpeó, pero no pudo sacarse de la cabeza el calor de las manos de Xavi y el sabor de sus labios.

Claudia cerró la puerta de su apartamento detrás de ella, apoyando la espalda contra la madera como si necesitara anclar su cuerpo al mundo real. El silencio de la casa contrastaba con el tumulto de emociones que todavía sentía. Su corazón latía con fuerza, y el recuerdo de los labios de Xavi sobre los suyos seguía fresco, como si aún pudiera sentir su calor.

"¿Qué demonios estoy haciendo?" pensó, dejando caer la cabeza hacia atrás con un suspiro.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien había conseguido atravesar las murallas que llevaba tanto tiempo construyendo. Y no era solo el beso, aunque había sido devastador en el mejor sentido de la palabra. Era lo que representaba. Xavi no era alguien pasajero, alguien que pudiera mantener a una distancia segura. Él estaba allí, viviendo justo en el piso de al lado, formando una conexión inesperada con Valentina y, sin que ella lo hubiera planeado, también con ella misma.

Caminó hasta la cocina con movimientos automáticos, abrió la nevera y saco la botella de vino.

Aunque sabía que no necesitaba más vino esa noche, la idea de sentarse con algo en las manos la hacía sentir que podía recuperar algo de control sobre sí misma. Se sentó en la encimera, con la copa apoyada en su rodilla, y dejó que la quietud del apartamento la envolviera.

"Solo fue un beso," se dijo, intentando racionalizarlo. Pero sabía que era mucho más que eso. Había algo en la forma en que él la miraba, como si pudiera ver a través de todas sus capas, que la hacía sentir expuesta y, al mismo tiempo, increíblemente viva.

Por otro lado, estaba Valentina. "No puedo permitirme un error que pueda afectarla a ella." Esa era la frase que siempre usaba para justificarse, pero esta vez sonó más a una excusa.

Mientras tanto, en casa de Xavi…

Xavi cruzo la puerta de su piso, cerrando la puerta detrás de él con un suspiro profundo. Dejó las llaves en la mesa del recibidor y cruzó el salón a oscuras, sin molestarse en encender la luz. Sus pensamientos estaban demasiado desordenados como para preocuparse por algo tan mundano como el interruptor.

Se dejó caer en el sofá, pasando una mano por su rostro mientras el eco de lo que acababa de ocurrir seguía reproduciéndose en su cabeza. El sabor de Claudia, la forma en que había respondido a su beso, la suavidad de su piel bajo sus dedos… todo seguía presente, como si su cuerpo se negara a olvidar.

Por mucho que intentara convencerse de que lo mejor era mantener las cosas sencillas, sabía que ya era demasiado tarde. Estaba enredado con ella de una forma que no había planeado. Y no se trataba solo de la atracción, aunque eso era innegable. Se trataba de cómo ella lograba mantenerlo alerta, cómo lo hacía reír con sus respuestas rápidas, cómo lo desafiaba sin siquiera intentarlo.

Pero había algo más. Valentina.

Xavi sonrió al pensar en la pequeña terremoto que había llenado su vida de colores que no sabía que necesitaba. Había algo en la relación con esa niña que lo hacía sentir completo, como si tuviera un propósito más allá de su propia existencia. Y sabía que no podía fallarles, ni a ella ni a Claudia.

"Mierda," pensó, dejando caer la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá. "Estoy jodido."

Por un lado, quería salir y llamar a su puerta, terminar lo que habían empezado esa noche. Pero por otro lado, sabía que Claudia no estaba lista. Podía verlo en sus ojos cada vez que bajaba la guardia, ese miedo a abrirse, a dejar entrar a alguien en su vida. Si se lanzaba demasiado rápido, lo perdería todo.

Finalmente, se levantó y caminó hacia la cocina, donde se sirvió un vaso de agua. Desde la ventana, podía ver el reflejo de la luna llena iluminando el barrio. Algo en esa quietud nocturna lo calmó.

"Un paso a la vez," se dijo a sí mismo. "ella necesita tiempo."

Después de terminar su copa de vino, Claudia se dirigió a su dormitorio. Se puso el pijama

lentamente, su mente todavía atrapada en la escena del sofá. Los dedos de Xavi en su mandíbula, el calor de su cuerpo, la intensidad de su mirada… No recordaba la última vez que alguien la había mirado así, como si ella fuera lo único importante en ese momento.

Pero el recuerdo también venía acompañado de dudas. "¿Y si esto lo complica todo? ¿Y si Valentina se encariña demasiado con él y después desaparece de nuestras vidas?" Esa era la herida que nunca dejaba de doler, el miedo constante a que algo o alguien volviera a romper las pequeñas piezas de su vida que había logrado reconstruir después de su divorcio.

Se metió en la cama y apagó la luz, pero dormir fue imposible. Durante horas permaneció despierta, con los ojos fijos en el techo, mientras su mente no dejaba de dar vueltas. A veces, una sonrisa involuntaria se asomaba a sus labios al recordar el beso, esa calidez inesperada que aún podía sentir. Pero, apenas un segundo después, esa misma sonrisa se desvanecía, reemplazada por una mueca de preocupación. ¿Qué significaba realmente aquello? ¿Era solo un momento fugaz o estaba abriendo una puerta que no debería?

Cuando finalmente el sueño empezó a vencerla, solo un pensamiento quedó claro en su mente: "Xavi no es como los demás."

La suave luz grisácea que entraba por las cortinas entreabiertas fue lo que primero notó Claudia. Aún con los ojos cerrados, sintió algo caliente y mullido a su lado. Cuando se giró lentamente, abrió los ojos y la vio: Valentina, completamente despatarrada, con su pijama de florecitas y el cabello enredado sobre la almohada. Su hija dormía profundamente, con una mano extendida hacia ella y la otra descansando sobre su pequeño vientre.

Claudia no pudo evitar sonreír. Tan pequeña, tan lista y tan bonita. A veces le costaba creer que aquella personita, con sus risas, sus dibujos y su testarudez, fuera su hija. Le apartó con cuidado un mechón de cabello de la cara y, con un suspiro, miró hacia el reloj de su mesilla.

¡Las 11 de la mañana!

El sobresalto fue tan grande que casi se cayó de la cama. Por un instante pensó que algo iba mal. Ella, que jamás dormía tanto. ¿Qué hacía todavía en la cama a esas horas? Los fines de semana que no tenía guardia solía permitirse dormir un poco más, pero nunca pasaba de las ocho. Y mucho menos hasta casi mediodía.

Sin embargo, cuando se sentó en el borde de la cama y estiró los brazos, sintió el peso acumulado de la semana en su cuerpo. "Lo necesitaba", pensó mientras volvía a mirar a Valentina, que seguía profundamente dormida. Decidió no despertarla. Después de todo, la lluvia golpeando las ventanas le daba la excusa perfecta para tomarse las cosas con calma.

Claudia se lavó los dientes y salió del baño aún en pijama, con el pelo desordenado y los pies descalzos. Se dirigió a la cocina, encendió la cafetera y sacó una cápsula de su café favorito. Mientras la máquina empezaba a emitir esos sonidos familiares, se quedó apoyada en la encimera, mirando la lluvia caer detrás del cristal. Las gotas resbalaban por la ventana como pequeños ríos, y el sonido de los coches pasando por los charcos le daba una sensación de calma inesperada.

Cuando el café estuvo listo, le añadió un chorrito de leche y, rompiendo la promesa que se había hecho a sí misma hacía meses, una cucharada de azúcar. "La vida ya es lo suficientemente dura como para tomar el café amargo," se justificó en silencio. Se llevó la taza caliente entre las manos hasta el salón y se sentó en el sofá, disfrutando del primer sorbo. Era raro estar en casa tan tarde, sin prisas, sin casos que resolver. "Esto también es necesario de vez en cuando," pensó, mirando cómo el cielo gris cubría la ciudad.

No pasó mucho tiempo antes de que Valentina apareciera en el salón, frotándose los ojos con los puños y arrastrando su manta detrás de ella como una capa de superhéroe.

—¡Mamá, tengo hambre! —dijo, con un tono más dulce que quejoso.

Claudia dejó la taza en la mesa y abrió los brazos. Valentina corrió hacia ella y se subió al sofá, acurrucándose en su regazo.

—Buenos días, princesa. ¿Has dormido bien?

—Sí —respondió Valentina, bostezando—. Pero tengo hambre, ¿podemos desayunar tortitas?

Claudia le dio un beso en la frente y asintió.

—Claro que sí. Vamos.

Madre e hija pasaron la siguiente media hora en la cocina, Claudia batiendo la mezcla de tortitas mientras Valentina insistía en añadir trozos de plátano y chocolate al suyo. Cuando terminaron, se sentaron juntas en la mesa, riéndose mientras Valentina se ensuciaba la cara con sirope.

—¡Quiero un gato! Todas mis amigas tienen una mascota, menos yo —protestó Valentina, cruzando los brazos y haciendo un pequeño puchero, con los labios ligeramente fruncidos. Sus ojos brillaban con una mezcla de determinación y esperanza.

Claudia suspiró mientras se llevaba el café caliente a los labios, disfrutando por un momento de su aroma antes de responder. Aquella no era la primera vez que tenían esta conversación, y probablemente tampoco sería la última.

—Valentina, ya hemos hablado de esto. Tener un gato no es solo jugar con él. También hay que cuidarlo: alimentarlo, limpiar su arena, llevarlo al veterinario… Es mucha responsabilidad.

Valentina no se dejó intimidar. Sus ojos brillaban con una mezcla de ilusión y determinación.

—¡Yo lo cuidaré! —dijo Valentina, con los ojos brillando de emoción—. Le daré de comer, le pondré agua…

—Muy bien, muy bien... pero ahora termina de desayunar —dijo, con una sonrisa paciente.

—Vale, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Valentina, con la boca llena.

Claudia miró hacia la ventana, donde la lluvia seguía cayendo con fuerza.

—Creo que hoy nos quedamos en casa.

Valentina no pareció molesta. Saltó de la silla y corrió hacia su habitación, regresando poco después con su corona de princesa dorada y un montón de juguetes en los brazos. Con una sonrisa traviesa, los esparció por el suelo del salón…

—Mamá, tú eres la reina y yo soy la princesa. Tenemos que salvar el reino.

Claudia rió, pero se levantó para empezar a recoger los platos.

—Dame unos minutos, princesa. La reina tiene que hacer algunas cosas primero.

Con la lluvia de fondo, Claudia se puso a ordenar la casa, aprovechando el sonido relajante que acompañaba el día. Primero metió una lavadora llena de ropa de Valentina. Después de eso, se dedicó a recoger los objetos dispersos y a dejarlos en su sitio, finalmente barrió el suelo, recogiendo pequeños restos de juguetes y papeles.

Recogió las habitaciones, sacudiendo las camas y colocando sábanas limpias, disfrutando del olor fresco que llenaba el ambiente. Todo quedaba más ordenado y reconfortante.

Mientras tanto, Valentina se entretenía en el salón con sus muñecas, organizando un mundo propio. Sentada entre sus "súbditos", daba órdenes con la autoridad de una pequeña reina, enviando a cada muñeca a cumplir misiones imaginarias. Claudia no pudo evitar sonreír al oírla hablar, encontrando en esa escena un momento de calma entre sus tareas.

Mientras doblaba la ropa limpia en la habitación, su mente empezó a divagar. Inconscientemente, volvió a Xavi. Pensó en su piso ordenado, en la forma en que había llevado a Valentina en brazos la otra noche, en cómo la miraba de esa manera que siempre la dejaba descolocada. Y, por supuesto, en el beso.

Se detuvo por un momento, con una camiseta de Valentina entre las manos. "Fue solo un beso," se dijo a sí misma. "No significa nada. Él es reservado, distante. No va a pasar de ahí."

Pero por mucho que lo intentara, no podía negar que había algo en Xavi que la atraía. Era su calma, su forma de cuidar de Valentina sin esfuerzo aparente, y esa mirada intensa que parecía atravesarla cada vez que estaban a solas.

Cuando terminó de ordenar, volvió al salón, donde Valentina estaba sentada en el suelo, rodeada de castillos de Lego y muñecas. Llevaba su corona de princesa y un vestido de tul que había sacado de su baúl de disfraces.

—¡Mamá! Mira lo que he hecho. Es el castillo donde viviremos tú y yo.

Claudia se sentó junto a ella y observó su creación. —Es precioso, Val. ¿Y dónde está el cuarto de la reina?

Valentina señaló una torre hecha con piezas rosas y lilas.—Aquí. Pero tienes que subir por las

escaleras mágicas.

Claudia rió, sintiéndose más relajada de lo que había estado en días.

—¿Y qué pasa si alguien quiere venir a visitarnos?—Solo pueden venir los amigos buenos. Como Xavi.

El comentario de Valentina la tomó por sorpresa. —¿Xavi?

—Sí. Me cae muy bien. ¿Podemos invitarlo al castillo?

Claudia no pudo evitar sonreír. "Tan inocente," pensó, aunque no pudo evitar preguntarse si Xavi estaba pensando en ellas en ese momento, como ella estaba pensando en él.

El resto del día pasó tranquilo. Claudia y Valentina se sentaron juntas en el sofá a ver películas de dibujos mientras la lluvia continuaba golpeando las ventanas. Comieron palomitas, rieron, y Valentina se quedó dormida acurrucada contra su madre al final de la tarde. Claudia acarició suavemente su cabello, disfrutando de la calma que les rodeaba.

Cuando cayó la noche y la lluvia comenzó a amainar, Claudia miró el reloj y suspiró. Era uno de esos días que, aunque no había pasado nada extraordinario, quedaría grabado en su memoria por la simple felicidad compartida.

Mientras llevaba a Valentina a la cama, pensó en cuánto necesitaba esos momentos.

Y, sin poder evitarlo, se preguntó si Xavi tendría días así.

5

El despertador sonó a las 6:30 en punto, como cada mañana. Claudia alargó la mano para apagarlo, todavía medio dormida, y se quedó tumbada un momento, escuchando el silencio de la casa. Un silencio que a esas horas resultaba reconfortante, pero que siempre duraba poco.

Se levantó con esfuerzo, sintiendo el peso del lunes caer sobre sus hombros como una losa. El fin de semana había sido una montaña rusa emocional: la calma del sábado lluvioso con Valentina y los constantes pensamientos sobre Xavi. Era increíble cómo alguien podía ocupar tanto espacio en su cabeza sin estar presente.

"Dos días sin verlo. Ningún mensaje, nada," pensó mientras se dirigía al baño. La última vez que habían estado juntos, esa noche bajo la luz de la luna, ella había bajado todas sus defensas. Se había mostrado vulnerable, algo que no hacía nunca, y había confiado en él.

"Y el muy cerdo desaparece."

Abrió la ducha y dejó que el agua caliente cayera sobre su cabeza, relajando sus músculos tensos. Cerró los ojos, pero los recuerdos de aquella noche volvieron a inundarla. Su cercanía, el calor de sus manos, el sabor de su beso. Era como si su piel aún recordara el contacto.

Sintió un nudo en la garganta, una mezcla de rabia y tristeza. "No, no. No voy a llorar," se dijo a sí misma, apretando los dientes. Claudia sabía bien cómo gestionar estos sentimientos: cabrearse. Eso siempre le había funcionado. Cuando estaba enfadada, se sentía fuerte. Era como ponerse una coraza que nadie podía atravesar.

Salió de la ducha con el ceño fruncido, secándose con brusquedad. "Que le den. Yo no necesito a nadie."

El ritual del "Yo puedo"

Claudia se vistió rápidamente, optando por unos vaqueros oscuros, una camisa blanca y una chaqueta negra. Era una combinación sencilla, pero con los pendientes de aro y un toque de maquillaje ligero, se sentía lo suficientemente bien como para enfrentarse al día. "Yo puedo," se dijo frente al espejo, con un gesto decidido.

Con el móvil en la mano, consultó la previsión del tiempo: lluvias intermitentes, pero con intervalos de nubes. Marzo en Barcelona siempre era caprichoso con el clima. Decidió que Valentina debía ir abrigada pero cómoda para cualquier imprevisto. Regresó al dormitorio de la niña y abrió el armario, recorriendo las prendas con la mirada. Finalmente, escogió un jersey de punto color crema, unos pantalones térmicos oscuros y su chaquetita impermeable favorita. También sacó unas botas de agua rosas para protegerla de los charcos y dejó todo perfectamente doblado sobre la silla.

El reloj marcaba las 8 en punto cuando escuchó la cerradura girar. Como cada día, Mercedes

entró con su energía habitual. Traía consigo ese aire maternal y acogedor que siempre lograba tranquilizar a Claudia, aunque esta nunca lo admitiera. Un pequeño suspiro de alivio se le escapó mientras terminaba los últimos detalles de la rutina matinal. Era hora de empezar el día.—¡Buenos días! —dijo Mercedes, dejando su bolso en la entrada y quitándose la chaqueta.

—Buenos días —respondió Claudia, asomándose al pasillo.

Se dirigió a la habitación de Valentina, que seguía durmiendo como si no existiera el tiempo. Se inclinó hacia ella y le susurró:

—Buenos días, princesa. En diez minutos Mercedes te levanta. Esta tarde mamá te recoge del cole. —Le dio un beso en la frente, sintiendo el calorcito de su piel, y se levantó con cuidado.

De vuelta en el salón, cogió las llaves, el bolso, la chaqueta y la mochila donde llevaba su portátil.

—Mercedes, me voy. Esta tarde recojo yo a Valentina—dijo, ya abriendo la puerta.

—¡Que tengas un buen día, cariño!

Huyendo… pero no lo suficiente

Claudia bajó las escaleras del edificio a toda velocidad, los tacones resonando en el eco del portal. Cada paso era como un mantra silencioso: "No quiero verlo. No quiero verlo. No quiero verlo."

Pero el universo tenía otros planes. Justo cuando salió a la calle, chocó de frente con él. Xavi, con su camiseta negra empapada de sudor y el cabello húmedo, volvía de su habitual carrera matutina. El golpe la dejó sin aire, pero lo que realmente la descolocó fue su olor: una mezcla de sudor, piel cálida y esa esencia masculina que, para su desgracia, parecía grabada en su memoria.

Antes de que pudiera reaccionar, Xavi la agarró suavemente por los hombros para estabilizarla.

—Claudia —dijo él con voz suave, inclinándose un poco hacia ella—Deja de ir siempre corriendo.

Claudia levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Había algo en esa mirada que la desconcertaba, una mezcla de ternura y algo más que no podía descifrar. Durante un segundo, pensó en responderle, en decir algo ingenioso o mordaz, pero el contacto de sus manos en sus hombros la dejó congelada.

Finalmente, se soltó de su agarre, enderezándose como si nada hubiera pasado.

—Voy tarde —dijo con tono cortante, como si eso bastara para explicar su prisa.

Sin mirar atrás, caminó rápidamente hacia el coche de Pau, que ya la esperaba frente al edificio. Subió de un salto y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Arranca —ordenó, su respiración acelerada mientras miraba al frente.

Pau la miró de reojo, levantando una ceja, pero no dijo nada. Encendió el motor y comenzaron a avanzar por las calles mojadas de Barcelona. Claudia sabía que Xavi seguía ahí, en la acera,

mirándola. Podía sentirlo. Pero no se permitió girar la cabeza.

Cuando llegó al colegio de Valentina, la niña ya estaba esperando junto a Mercedes, que la había recogido a la salida y la había cuidado hasta entonces. Valentina corrió hacia ella, pero a diferencia de otras veces, no traía la energía de siempre.

—Mamá, estoy cansada —se quejó, colgándose de su pierna.

—Lo sé, cariño. Vamos a casa.

—¡Pero no quiero caminar!

Claudia suspiró. El cansancio de Valentina no era nada comparado con el suyo propio, pero sabía que con su hija no valía la pena discutir.

—Venga, súbete —dijo finalmente, agachándose para cargarla.

Valentina se acomodó en sus brazos, pero el peso, aunque ligero, se sentía como una tonelada después de un día tan largo. Claudia avanzó con dificultad por las calles desiertas, mientras la niña se quejaba suavemente en su oído. El sonido de la brisa y las farolas titilantes acompañaban su lento recorrido.—Mamá, ¿cuánto falta?

—Dos minutos.

—Pero quiero ir con Xavi.

El nombre resonó en su cabeza como una bomba.

—Xavi no está, Valentina —respondió con un tono más cortante de lo que pretendía.

—Sí está. Siempre está.

Claudia no respondió. Lo último que quería era pensar en Xavi, y mucho menos que Valentina siguiera hablando de él. Pero justo cuando giraron la esquina de su edificio, su corazón se detuvo.

Xavi estaba allí, apoyado en la pared junto a la puerta, vestido con unos vaqueros oscuros y una sudadera gris. Tenía las manos en los bolsillos y los ojos fijos en ellas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Claudia, sin molestarse en ocultar su enfado.

—Quería hablar contigo —respondió él con su voz tranquila de siempre.

Claudia apretó los dientes. No podía creer su descaro. Después de días sin aparecer, después de ignorarla por completo, ahora él decidía que era el momento de hablar.

—Pues yo no quiero hablar contigo. —Apuró el paso, ignorándolo.

—Mamá, quiero ir con Xavi —insistió Valentina, estirando los brazos hacia él.

Claudia se detuvo, suspiró con derrota y dejó a la niña en el suelo, estirando la espalda mientras

soltaba un leve quejido de cansancio.

—Me rindo, toda tuya —dijo, mirando a Xavi con los ojos entrecerrados—. Te traigo un pijama. Cuando se duerma, me avisas y vengo a buscarla.

Xavi asintió, pero no dijo nada. Simplemente extendió la mano hacia Valentina. En brazos dijo Valentina con una media sonrisa.

Claudia subió a su apartamento, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Estaba enfadada, sí, pero sobre todo estaba dolida. Y lo único que quería hacer era olvidarse de todo.

Sacó una botella de vino de la cocina, se sirvió una copa y se dejó caer en el sofá. Después de la primera copa, vino la segunda. Y luego la tercera. Cada sorbo era como un pequeño escape, un intento de silenciar los pensamientos que la atormentaban. "Maldito Xavi. Maldito caso. Maldito todo."

Se había prometido bajar a buscar a Valentina cuando se quedara dormida, pero en algún momento perdió la noción del tiempo. Estaba recostada en el sofá, con las piernas estiradas y los ojos fijos en el techo, cuando escuchó el sonido de la puerta.

—Claudia.

Abrió la puerta y lo vio. Xavi estaba allí, de pie en la entrada, con Valentina dormida en sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con la voz algo pastosa por el vino.

—La traigo a su cama.

Xavi caminó con cuidado, metió a Valentina en su cama y la arropó con la delicadeza de alguien acostumbrado a tratar con niños.

Cuando volvió al salón, encontró a Claudia medio recostada en el sofá, descalza, pero aún vestida. con las mejillas sonrojadas por el alcohol y una expresión que mezclaba enfado y vulnerabilidad.

—Estás borracha —dijo él, con una sonrisa ligera.

—¿Y qué? —respondió ella, mirándolo desafiante—. ¿Vas a darme un sermón?

Xavi negó con la cabeza y se acercó, sentándose a su lado.

—Claudia…

Ella lo miró, esperando que dijera algo, cualquier cosa. Pero cuando él alzó una mano para apartarle un mechón de cabello de la cara, algo cambió en el aire. La tensión entre ellos era palpable, como un hilo invisible que los atraía el uno hacia el otro.

—No hagas esto —susurró ella, aunque no hizo nada por detenerlo.

Xavi bajó la mano y suspiró.

—No voy a hacer nada. Estás borracha.

Se levantó y la tomó suavemente por los brazos, ayudándola a ponerse de pie.

—¿Qué haces? —murmuró ella, intentando resistirse.

—Llevarte a la cama.

La guió hasta su habitación y la acostó con cuidado. Le sacó los pantalones, intentando no mirarla, y le desabrochó la camisa, que salió con facilidad, pero no fue más allá. A pesar de que su cuerpo reaccionaba a la cercanía de ella, se obligó a apartarse.

Cuando terminó de arroparla, se quedó un momento junto a la cama, mirándola. Claudia tenía los ojos entreabiertos y lo observaba en silencio.

—Buenas noches, Claudia —dijo él antes de salir de la habitación.

Cuando la puerta se cerró, Claudia cerró los ojos, sintiendo cómo el alcohol y el cansancio la arrastraban lentamente hacia el sueño. La calidez de la habitación la envolvían en una especie de letargo reconfortante. Sin embargo, en el fondo, no pudo evitar preguntarse qué habría pasado si Xavi no hubiera tenido tanto autocontrol.

El día había empezado tranquilo en la comisaría, lo cual era un lujo raro. Claudia estaba en su despacho, revisando un expediente sobre un caso cerrado la semana pasada, cuando Pau irrumpió sin previo aviso.

—Claudia, tienes que ver esto.

—¿No sabes llamar a la puerta? —respondió ella, dejando los papeles a un lado y frunciendo el ceño.

Pau tragó saliva y alzó una ceja, como si el comentario fuera innecesario, pero no se atrevió a replicar. En cambio, dejó caer un dossier grueso sobre el escritorio y lo abrió por una página marcada.

—Lo siento, pero esto no podía esperar. ¿Recuerdas el asesinato de Paloma Ortega?

Claudia asintió. Era un caso complicado que había cerrado hacía un año. La víctima, una abogada de renombre, había sido asesinada en circunstancias sospechosas, y aunque lograron condenar al culpable, siempre hubo flecos sueltos que no terminaron de encajar.

—¿Qué pasa? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Mira esto. —Pau le mostró una transcripción de una llamada anónima recibida la noche anterior. La voz del informante, distorsionada, había hablado de detalles que nunca se hicieron públicos. Cosas que solo el asesino o alguien muy cercano al caso podría saber.

Claudia sintió un escalofrío.

—¿Crees que es alguien relacionado con el caso?

—Eso, o un idiota con demasiado tiempo libre. Pero aquí viene lo interesante. —Pau sacó un

segundo documento y lo dejó frente a ella. Era una descripción de personajes.

—¿Qué es esto? —preguntó, hojeando las páginas.

—Es de un guion. Encontramos una copia en un foro de cine. Un thriller. ¿Reconoces algo?

Claudia leyó en silencio. No tardó en sentirse inquieta. El guion describía un asesinato ficticio… pero los detalles coincidían demasiado con el caso Ortega. Las similitudes eran alarmantes: la escena del crimen, el arma utilizada, incluso la relación de la víctima con el sospechoso.

—¿Quién escribió esto? —preguntó finalmente, cerrando el archivo con un golpe seco.

Pau se rascó la nuca, incómodo.

—Eso es lo que quería hablar contigo. Según las fuentes del foro… lo escribió tu vecino.

Claudia parpadeó, incrédula.

—¿Xavi?

—Sí. Javier Salvatierra, guionista freelance. ¿Te suena?

Claudia se llevó una mano a la frente, intentando procesar. Claro que le sonaba: su vecino, el hombre que había llevado a su hija en brazos tantas veces, con quien habían cenado en su casa, el que la besó. ¿Cómo podía ser posible?

—Voy a hablar con él —dijo, levantándose de golpe.

Pau levantó las manos.

—Claudia, calma. No estamos diciendo que esté involucrado. Podría ser una coincidencia.

—Sí, claro. Una coincidencia muy conveniente.

Claudia tocó la puerta del apartamento de Xavi con más fuerza de la necesaria. Sentía un torbellino de emociones: incredulidad, molestia… y, para su sorpresa, un leve rastro de decepción.

Cuando Xavi abrió, llevaba una camiseta blanca y vaqueros desgastados. Su expresión relajada se tensó ligeramente al ver su rostro.

—Claudia. ¿Qué pasa?

—Necesitamos hablar. Ahora. —Su tono era firme, casi cortante.

Xavi dio un paso atrás para dejarla pasar.

—Parece serio. ¿Quieres un café o algo?

—No. Esto no es una visita social.

Xavi cerró la puerta detrás de ella y la siguió hasta el salón. Claudia apenas registró el orden impecable del espacio antes de girarse hacia él, cruzándose de brazos.

—¿Escribiste un guion basado en el caso de Paloma Ortega?

Xavi la miró, sorprendido. —¿Qué?

—No te hagas el inocente, Xavi. Hay un guion circulando en un foro de cine que describe su asesinato con detalles que no eran públicos. ¿Me vas a decir que no tienes nada que ver?

Xavi frunció el ceño, su postura relajada endureciéndose.
—Espera un momento. ¿Estás acusándome de algo?

Claudia sintió cómo la sangre le subía al rostro, pero mantuvo su posición.
— Solo estoy diciendo que las coincidencias son demasiadas como para ignorarlas. No creo en las casualidades cuando todo encaja tan perfectamente, es como si alguien hubiera planeado cada detalle.

Xavi la miró en silencio durante un instante que se sintió eterno. Luego, se dio la vuelta y fue hacia su escritorio. Regresó con un manuscrito encuadernado y se lo entregó.

—Aquí tienes. Léelo. Si encuentras algo que me haga culpable de lo que sea, házmelo saber.

Claudia tomó el guion con las manos tensas, pero antes de irse, Xavi habló de nuevo, su voz más baja pero cargada de reproche.
—Pensé que confiabas en mí, Claudia.

En su despacho, Claudia leyó el guion con atención. Página tras página, su tensión fue disminuyendo. La trama era buena, intensa y bien construida, pero las coincidencias con el caso Ortega no eran más que eso: coincidencias. Los detalles que había creído únicos no lo eran tanto cuando se pensaban desde una perspectiva general, y algunos incluso habían sido modificados de manera significativa en el guion.

Cerró el manuscrito y soltó un suspiro cargado de frustración.

“Idiota,” se dijo a sí misma. Había saltado a conclusiones demasiado rápido, cegada por la presión del caso y su propio cansancio. Xavi no tenía nada que ver con esto. Y ahora tendría que enfrentarse a algo que le costaba más que un interrogatorio con un sospechoso hostil: pedir disculpas.

Claudia tocó la puerta de Xavi, esta vez con menos fuerza. Cuando él abrió, llevaba una taza de café en la mano y una expresión neutra que no dejaba claro si estaba molesto o simplemente expectante.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella, con un tono más suave del que había usado antes.

Xavi la dejó entrar sin decir una palabra, apartándose para hacerle espacio. Claudia pasó lentamente, observándolo de reojo. Notó una pizca de tensión en su mandíbula, como esperando que ella rompiera el silencio y comenzara a hablar.

—He leído tu guion —comenzó, mientras cruzaba los brazos, incómoda—. Y tienes razón. No tiene nada que ver con el caso Ortega.

Xavi arqueó una ceja.

—¿Eso es todo lo que has venido a decir?

Claudia resopló y desvió la mirada hacia la ventana, intentando ganar tiempo.

—No… también quería… —Suspiró, odiando cada segundo—. Quería disculparme. Me equivoqué al pensar que podías estar involucrado en algo tan… grave.

Xavi apoyó su taza en la mesa y se cruzó de brazos.—¿Y?

Claudia lo miró, frunciendo el ceño.—¿Y qué?

—¿Te cuesta tanto pedir disculpas como para hacerlo sonar como si estuvieras pasando un mal trago?

—Porque lo estoy pasando. Esto no es fácil para mí, ¿vale? —espetó, con el orgullo herido pero sin poder controlarlo del todo.

Xavi la miró fijamente durante unos segundos. Luego, para su sorpresa, sonrió.

—Vienes a pedirme disculpas, y no te salen ni tres frases seguidas. Eres increíble.

—¿Eso significa que las aceptas? —preguntó, impaciente.

Xavi dio un paso hacia ella, acortando la distancia lo suficiente como para que Claudia sintiera un leve cosquilleo en la piel.

—Las acepto. Pero espero que recuerdes esto la próxima vez que quieras acusarme de algo.

Claudia levantó la barbilla, intentando no dejarse intimidar por la proximidad.
—No es algo que pase a menudo.

—Ya lo veremos. —Xavi esbozó una sonrisa torcida, la misma que tanto le molestaba como la intrigaba.

Cuando Claudia se giró para irse, Xavi habló de nuevo.
—Por cierto… si alguna vez necesitas ayuda para resolver un caso, cuenta conmigo, inspectora.

—Ni lo sueñes. —Claudia le lanzó una mirada asesina, aunque sus labios se curvaron en una sonrisa casi imperceptible antes de que cerrara la puerta.

Cuando llegó a la comisaria, Claudia dejó escapar un suspiro. Había sido más difícil de lo que pensaba. Pero en el fondo, sabía que la forma en la que Xavi había manejado la situación solo lo hacía más… interesante. Aunque jamás lo admitiría en voz alta.

Era jueves, y después de una mañana agotadora en la comisaría, Claudia y Marta decidieron tomarse un respiro para almorzar. Marta, vegetariana militante, insistió en ir a un restaurante recién inaugurado llamado Verde Vida. Estaba a solo una calle de la comisaría y, según Marta, tenían las mejores hamburguesas de tofu de toda Barcelona.

—Te va a encantar. Tienen quinoa en todas sus versiones, ensaladas frescas y batidos détox —anunció Marta con entusiasmo mientras atravesaban la puerta de cristal del local.

Claudia hizo una mueca.—¿Batidos détox? Yo prefiero una copa de vino.

Marta soltó una carcajada.

—¡Qué mente tan cerrada! Vamos, amplía tus horizontes culinarios, inspectora.

Claudia rodó los ojos mientras las acomodaban en una mesa cerca del ventanal. A su alrededor, todo era verde, minimalista y ligeramente pretencioso. Parecía el tipo de sitio que prometía una vida mejor con solo comer sus semillas de chía. Suspiró, resignada a sobrevivir con una ensalada y agua con gas.

Sin embargo, justo cuando se sentaba, algo captó su atención. Allí, al fondo del restaurante, estaba Xavi. Él. Con una mujer que parecía sacada directamente de una portada de revista. Morena, con una melena brillante, ojos penetrantes y unos labios rojos perfectos. Iban elegantemente vestidos, y la morena reía mientras le ponía la mano en el brazo a Xavi, inclinándose ligeramente hacia él.

Claudia sintió cómo se le tensaba el estómago. Era una reacción irracional, lo sabía, pero verla tocar a Xavi así le provocó un nudo de celos que no esperaba. No es que tuviera derecho a sentirse así. ¡Era solo su vecino, por el amor de Dios! Pero el hecho de que estuviera en *su* restaurante, a una calle de *su* comisaría, comiendo con una espectacular mujer, le resultaba… ¿sospechoso? ¿Casualidad? No lo creía.

—¿Qué pasa? —preguntó Marta, notando su cambio de expresión.

Claudia disimuló rápidamente.

—Nada, es solo que… ¡Mira quién está allí! —Señaló discretamente con la cabeza.

Marta siguió la dirección de su mirada y se quedó boquiabierta.
—¡Guau! es tu vecino. Y vaya… no está solo.

—Gracias, Marta, no me había dado cuenta —replicó Claudia con ironía, tratando de parecer indiferente.

En ese momento, como si Xavi tuviera un radar para detectarla, alzó la vista y la vio. Sus ojos se encontraron, y el rostro de Xavi se iluminó con una sonrisa que la desarmó por completo. No era una sonrisa casual. Era de esas que decían “vaya, qué sorpresa más agradable”. La mujer morena también se percató de la presencia de Claudia y arqueó una ceja, evaluándola como si fuera competencia.

“Estupendo, esto es justo lo que necesitaba”, pensó Claudia.

—¿Nos han visto? —preguntó Marta con entusiasmo—. Sí que nos han visto. Él no aparta los ojos de ti.

Claudia bufó.

—Déjalo. No quiero darles el gusto de pensar que me importa.

Pero Xavi no se lo iba a poner tan fácil. Se disculpó con su acompañante y se levantó, caminando

hacia su mesa con esa seguridad natural que siempre la ponía de los nervios. Llevaba una camisa azul ajustada, con las mangas remangadas, y unos vaqueros oscuros que le quedaban demasiado bien.

—Claudia —saludó, inclinándose ligeramente hacia ella—. ¿Qué haces aquí?

—Comiendo en un restaurante que está justo al lado de mi comisaría. ¿Y tú? —Su tono era casual, pero la mirada intensa que le lanzó hablaba de todo lo contrario.

Xavi sonrió de lado.—Una amiga me recomendó este sitio.

—Oh, una amiga, ¿eh? —replicó Claudia con una ligera sonrisa sarcástica. No pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia la morena, que ahora los observaba desde su mesa con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Xavi, ignorando deliberadamente la indirecta.

—Muy bien. Aquí, intentando sobrevivir a la quinoa y al tofu. Ya sabes, cosas emocionantes.

Xavi rió suavemente. Marta se levanto y saludo a Xavi con dos besos.

—Bueno, no todo es tofu en este mundo.

—No me digas. — Claudia alzó una ceja con desafío.

Antes de que pudiera responder, la morena se levantó y se acercó con paso firme. Sus tacones resonaban suavemente contra el suelo de madera, y cuando llegó a su lado, se presentó con una voz melosa.
—Hola, soy Eva. ¿Y tú eres…?

—Claudia —respondió ella, apretando la mano de Eva con una firmeza que delató sus intenciones. No iba a dejarse intimidar por esa mujer.

—Claudia es mi vecina —intervino Xavi rápidamente, como si quisiera evitar cualquier malentendido. Pero eso solo hizo que la tensión en el aire aumentara.

Eva sonrió de manera forzada, y Claudia notó el brillo competitivo en sus ojos.

—Oh, qué interesante. Debe ser agradable tener a alguien tan atento como Xavi cerca.

—Sí, es… una experiencia —dijo Claudia con ironía, lanzándole una mirada a Xavi que decía "te odio por meterme en esto".

Marta, divertida con todo el intercambio, no pudo contenerse más y soltó una carcajada. —Esto se está poniendo bueno —susurró.

—Bueno, no os interrumpo más. Disfrutad de la comida —dijo Xavi finalmente, visiblemente divertido. Se volvió hacia Claudia y añadió en voz baja—: Luego hablamos, ¿vale?

Claudia asintió, manteniendo su expresión neutral. —Claro. Que aproveche.

Cuando Xavi y Eva regresaron a su mesa, Marta se inclinó hacia Claudia con una sonrisa

maliciosa.

—Oh, por favor, dime que no te ha molestado esa mujer. Porque, a juzgar por tu cara, parece que estabas a punto de lanzarle el plato de quinoa.

—No exageres —replicó Claudia, aunque sabía que Marta tenía razón.

Desde su mesa, Claudia observaba a Xavi y a Eva con el rabillo del ojo, intentando no parecer demasiado evidente, aunque por dentro hervía.

Eva no dejaba de tocarlo. Que si una mano en el brazo, que si se inclinaba para susurrarle algo al oído, que si lanzaba una risita exagerada que resonaba por todo el restaurante. Y Xavi… él no se apartaba, aunque parecía ligeramente incómodo. O eso quería creer Claudia.

Mientras Xavi hablaba con Eva al otro lado del restaurante, Claudia no pudo evitar lanzarle una última mirada. Él la sorprendió mirándolo y le guiñó un ojo, lo que hizo que su estómago se revolviera. Sí, definitivamente, este no iba a ser un almuerzo relajante.

—¿Sabes qué? —dijo Marta, rompiendo el silencio—. Me apuesto lo que quieras a que esa tal Eva está intentando conquistar a tu vecino

—No es asunto mío —respondió Claudia, tomando un sorbo de su agua con gas y apretando los labios.

Marta se echó a reír.

—Claro que no. Por eso estás fulminando su mesa con la mirada.

Claudia soltó un suspiro exasperado.

—Es que… ¡míralos! Parece una escena de una comedia romántica barata. Ella no para de tocarlo, y él, bueno… se deja querer, como siempre.

—¿Y te molesta por qué? —insistió Marta con una sonrisa divertida—Vamos, admítelo. Estás celosa.

Claudia dejó los cubiertos en el plato.—No estoy celosa. Solo… me parece ridículo que se comporten así en público. Un poco de dignidad no les vendría mal.

—Claro, porque tú nunca te has sentido tentada a tocarlo así, ¿no?

Claudia abrió la boca para replicar, pero en ese momento, Xavi volvió a mirarla. Y esta vez no fue solo una mirada casual. Sus ojos se encontraron durante unos segundos, y algo en la forma en que la observó la hizo sentirse descubierta, como si pudiera leerle los pensamientos.

"Maldito", pensó Claudia, desviando la vista rápidamente.

—Ay, amiga, estás en problemas —canturreó Marta mientras mordía un trozo de su hamburguesa de lentejas—. Y, sinceramente, me encanta.

Claudia no respondió. En ese momento, Eva se levantó para ir al baño, dejando a Xavi solo en la mesa. No habían pasado ni treinta segundos cuando él se levantó también y se dirigió

directamente hacia ellas.

—¿Ya has terminado de analizarme desde tu trinchera? —preguntó Xavi en un tono ligeramente burlón cuando llegó a su lado.

Claudia levantó una ceja.

—¿Analizarte? No te hagas ilusiones, Salvatierra. Solo estábamos comentando lo apasionante que es este lugar. Quinoa, tofu… y espectáculos gratuitos.

Xavi rió suavemente, inclinándose un poco hacia ella.
—¿Espectáculo, eh? ¿No será que te molesta?

Claudia le lanzó una mirada fulminante, mientras Marta intentaba contener la risa detrás de su servilleta.

—No me molesta nada —respondió Claudia con voz tensa—. Pero me alegra ver que te diviertes.

—¿Divertirme? No, la verdad es que esto es mucho más interesante que mi compañía actual. —Xavi le guiñó un ojo, provocando que Claudia se tensara aún más.

—¿Así que la pobre Eva no te entretiene lo suficiente? Qué pena —dijo con falsa lástima—. Parecía muy… aplicada.

Xavi sonrió, claramente disfrutando del juego.—Bueno, tiene sus encantos, pero creo que le falta ese toque irónico que tanto me gusta en algunas personas.

Marta no pudo más y estalló en carcajadas.

—Vale, esto es demasiado. Os dejo solos, a ver si os matáis o… ya sabéis.

—Se levantó con una sonrisa cómplice—. Voy al baño.

Claudia la fulminó con la mirada mientras Marta se alejaba.

Xavi aprovechó el momento para sentarse en la silla que Marta había dejado libre, acercándose peligrosamente.

—¿Estás segura de que no estás celosa? Porque diría que llevas toda la comida intentando contenerte —dijo Xavi con una sonrisa ladeada, observando cada una de sus reacciones.

—¿Celosa de qué? — Claudia lo miró—. Por favor, Xavi. He visto documentales más emocionantes que vuestra escena pastelosa.

Él rió suavemente, bajando la voz. —Vaya, eso ha dolido. Pero no te preocupes, Claudia. Si quieres monopolizarme, solo tienes que pedirlo.

Claudia se quedó sin palabras por un segundo. Esa manera de mirarla, como si todo lo demás en el restaurante desapareciera, la desarmaba por completo. Pero no iba a ceder tan fácilmente.

—En tus sueños, Salvatierra.

Xavi se levantó despacio, aún con esa sonrisa ladeada que tanto la sacaba de quicio como la atraía.

Más tarde, en el pasillo del edificio.

Claudia estaba a punto de entrar a su apartamento con Valentina ya dormida, cuando escuchó pasos tras de ella. Xavi, recién llegado, aún con la camisa ligeramente desabotonada, se apoyó en la pared a su lado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó en voz baja, señalando a la niña que descansaba sobre el hombro de Claudia.

—No, puedo sola, gracias —respondió ella automáticamente, ajustando el peso de Valentina.

Xavi arqueó una ceja, esa mirada de incredulidad mezclada con diversión que la sacaba de quicio.

—Claudia, está profundamente dormida. Déjame ayudarte a acostarla. Abre la puerta.

—De verdad, no hace falta —replicó, en tono firme.

Xavi suspiró con una sonrisa suave, pero cargada de intención.
—¿Por qué eres siempre tan cabezota? —Se inclinó un poco hacia ella, bajando la voz—. Solo estoy intentando hacerte la vida más fácil.

Claudia lo miró, como si estuviera valorando si debía ceder o no. Finalmente, soltó un suspiro resignado y sacó las llaves.
—Vale, pero solo esta vez —dijo, mientras abría la puerta.

—Claro —murmuró Xavi, tomando a Valentina con cuidado de sus brazos—. Como siempre.

Con Valentina ya en su camita—¿Y bien? ¿Ya se te pasó el mal humor?

Claudia se cruzó de brazos.—No sé de qué hablas.

—Oh, claro que lo sabes. Te molestó ver a Eva conmigo, ¿verdad?

—No me molestó en absoluto —mintió ella descaradamente.

Xavi se inclinó un poco más, bajando la voz.

—Sabes, Claudia, me encantaría que fueras tú la que me toqueteara en público. Pero mientras sigas negándolo, supongo que tendré que “soportar” escenas como la de hoy.

Claudia tragó saliva, sintiendo cómo el ambiente se cargaba de tensión. Xavi estaba demasiado cerca, su mirada demasiado intensa. Pero en lugar de retroceder, se acercó un poco más, desafiándolo con los ojos.

—En tus sueños, Xavi —susurró.

—No lo dudes. Y créeme, son muy, muy detallados.

Con esa última frase cargada de intención, Xavi se marchó, dejando a Claudia completamente sin

aliento. Cerró la puerta tras él con manos temblorosas y se apoyó contra ella, tratando de recuperar la calma. "Maldito Xavi", pensó, mientras el cosquilleo de su cercanía aún recorría su piel. Respiró hondo, pero no fue suficiente para disipar el torbellino en su interior. Definitivamente, ese hombre era un problema.

El aire en la sala de reuniones de la comisaría estaba cargado de café, papeles y tensión. Claudia tenía los brazos cruzados mientras escuchaba a Pau explicar las últimas novedades de un caso que llevaba semanas sin moverse. El sonido de las teclas del portátil de Marta acompañaba de fondo.

—Entonces, ¿estamos seguros de que el supuesto chantajista es el mismo hombre que desapareció hace dos años? —preguntó Claudia, frunciendo el ceño.

Pau asintió, pasándole un informe.

—Eso parece. Cruzamos las llamadas recientes con la ubicación de una cuenta falsa que abrió, y la conexión es innegable. Pero esto es lo interesante: en lugar de exigir dinero, parece que está vendiendo información.

—¿Información sobre qué? —intervino Marta, levantando la vista de su pantalla.

Pau hizo una pausa, como si dudara en hablar, antes de entregar un dossier con varias páginas impresas.

—Sobre casos cerrados… de alto perfil.

Claudia se inclinó para mirar las primeras hojas y su corazón dio un vuelco. Entre los nombres y detalles que mencionaba el informe estaba el caso Ortega.

—No puede ser —murmuró, hojeando las páginas rápidamente—. Este caso no está completamente cerrado, pero no hay forma de que alguien externo tenga tanta información.

—Lo sé —respondió Pau—. Pero, por lo visto, alguien está recopilando detalles confidenciales y filtrándolos. La pregunta es: ¿cómo?

El silencio que siguió fue pesado. Claudia sabía que los documentos confidenciales de los casos no salían de la comisaría sin autorización, pero también era consciente de que algo estaba fallando.

—Quiero un análisis completo de las conexiones de este tipo con otras personas. Si alguien más está involucrado, lo averiguaremos. Y mientras tanto, nadie habla de esto fuera del equipo.

El equipo asintió, pero Claudia apenas escuchaba. Su mente volvía al guion de Xavi, a las coincidencias, a esa duda fugaz que había sentido aunque ya había comprobado su inocencia. ¿Y si alguien más lo estaba usando como fuente, manipulando la información?

Horas después, Claudia regresó a su edificio con Valentina. La pequeña estaba inquieta, señalando un avión que surcaba el cielo mientras tarareaba una canción de dibujos animados.

Cuando cruzaron la puerta del portal, se encontraron con Xavi delante del ascensor. Vestía una camisa azul remangada y llevaba una mochila colgada al hombro.

—¿Tarde de trabajo o escapada creativa? —preguntó Claudia, intentando sonar casual.

Xavi sonrió mientras Valentina corría hacia él.

—Un poco de ambas. ¿Y tú? Pareces más cansada que de costumbre.

—Es mi estado natural últimamente.

El ascensor llegó al tercer piso y Valentina, como siempre, insistió en que quería mostrarle algo a Xavi. Mientras la niña hablaba emocionada sobre un dibujo que había hecho, Claudia observó cómo Xavi se inclinaba para prestarle atención. Había algo en su forma de interactuar con Valentina que la desarmaba por completo.

Xavi le revolvió el pelo a Valentina antes de dirigirse hacia su puerta. Pero cuando Claudia fue a abrir la suya, él se giró.

—Por cierto, ¿va todo bien?

Claudia dudó, sorprendida por la pregunta. —Sí, ¿por qué?

Xavi la miró por un momento antes de encogerse de hombros.
—No sé, parecía que tenías algo en mente. Pero no tienes por qué decirlo.

Claudia sintió un leve nudo en el estómago. Xavi era perceptivo, demasiado para su gusto.

—Estoy bien. Solo… un caso complicado.

Él asintió y entró en su apartamento, pero Claudia se quedó mirando la puerta cerrada durante un segundo más. Sabía que debería dejarlo estar, pero algo en su instinto la empujaba a confiar en él.

Esa misma noche, cuando Valentina ya estaba dormida, Claudia llamó a la puerta de Xavi. Él la abrió casi al instante, sorprendido de verla allí a esas horas.

—¿Algún problema?—preguntó.

—Necesito hacerte una pregunta. —Claudia entró antes de que él pudiera invitarla, cerrando la puerta detrás de ella.

—Adelante —dijo Xavi, con una mezcla de curiosidad y cautela.

—Ese guion que escribiste, el que leí… ¿dónde encontraste la inspiración?

Xavi frunció el ceño.

—Claudia, ya hablamos de esto. No tiene nada que ver con tus casos.

—Lo sé, lo sé. —Claudia levantó las manos para calmarlo—. Pero tengo la sensación de que alguien está usando información confidencial y no sé cómo.

Xavi la observó por un momento antes de asentir. Caminó hacia su escritorio y sacó una carpeta con algunas notas.

—Investigué en foros y noticias locales. No fue fácil conectar las piezas, pero las bases están en los periódicos y algunos blogs. Nada confidencial, te lo aseguro.

Claudia revisó las notas. Reconoció parte de la información como pública, pero algunos detalles eran lo suficientemente precisos como para inquietarla.

—¿Podrías mostrarme esos foros?

Xavi la miró, intentando descifrarla. Finalmente, se sentó frente a su ordenador y empezó a teclear.

—Aquí están. Pero Claudia, si alguien está filtrando información confidencial, no soy yo.

Ella lo miró, sabiendo que tenía razón. Pero necesitaba estar al 100 % segura.

Mientras revisaban juntos las páginas en el ordenador, Claudia no pudo evitar notar lo cerca que estaban. Su proximidad parecía hacer que la tensión entre ellos creciera con cada segundo.

—Gracias —murmuró finalmente, rompiendo el silencio.

—Para eso estoy —respondió Xavi, volviendo a mirarla con esa mezcla de seriedad y complicidad que siempre la desarmaba.

La tensión entre ellos había sido palpable durante días. Cada vez que Claudia y Xavi se cruzaban en el ascensor o en el portal, sus intercambios se reducían a un simple "hola" o "buenas noches", cargados de una incomodidad que ninguno de los dos quería nombrar. Para Claudia, El silencio de Xavi después de aquel beso en el sofá era un vacío incómodo que se sentía como un peso en el pecho, imposible de ignorar.

"¿Por qué?" se preguntaba cada noche mientras se tumbaba en la cama. ¿Por qué había retrocedido? ¿Acaso no lo había sentido? ¿La estaba utilizando como el machito alfa que fingía ser?

Por su parte, Xavi estaba completamente perdido. Sabía que algo no iba bien, que había una barrera invisible entre ellos que antes no estaba. Había pasado noches enteras reprendiéndose a sí mismo por haber dejado que las cosas se enfriaran tras aquel momento en su sofá. Pero al mismo tiempo, el miedo lo paralizaba. ¿Y si Claudia no quería lo mismo? ¿Y si lo que para él había sido un momento lleno de verdad y deseo, para ella no había significado nada?

Era sábado por la noche. Valentina se había quedado a dormir en casa de Clara, lo que dejaba a Claudia con algo que rara vez tenía: tiempo para sí misma. Pero no podía disfrutarlo. Su mente estaba demasiado ocupada con Xavi y con todas las cosas que no se habían dicho.

Decidida a poner fin a esa incertidumbre, Claudia tomó una copa de vino, quizás para envalentonarse. La dejó vacía en la mesa y salió de su apartamento. Delante de la puerta de Xavi, dudó un momento, pero al final tocó el timbre.

Pasaron unos segundos antes de que se oyera el giro del pomo. Cuando la puerta se abrió, Xavi apareció con una camiseta negra que se le ajustaba al pecho y unos vaqueros descoloridos. Tenía el pelo un poco revuelto, como si hubiera estado pasándose la mano por él una y otra vez.

—Claudia —dijo, sorprendido al verla allí.

Ella no perdió el tiempo. —Necesitamos hablar.

Xavi asintió y se apartó para dejarla pasar. Claudia cruzó el umbral con pasos firmes, sin saber muy bien qué iba a decir pero con la determinación de no marcharse hasta que aclararan las cosas.

—Tengo una duda. Necesito saberlo, si quieres responder, claro —le dijo, girándose para mirarlo directamente. Luego, se abrazó a sí misma, pensativa.

Xavi cerró la puerta con cuidado, aunque su corazón latía acelerado.

—¿Qué duda?

—Lo que pasó en mi casa… ese beso… —espetó Claudia, dando un paso hacia él. Su voz era firme, pero había una vulnerabilidad en sus ojos que lo desarmó por completo—. ¿Significó algo para ti o fue solo un error?

La pregunta cayó como una bomba entre ellos. Xavi abrió la boca para responder, pero las palabras parecían atascadas en su garganta.

—Claro que significó algo —dijo finalmente, su voz baja pero cargada de emoción—. No tienes idea de cuánto.

—Entonces, ¿por qué has estado comportándote como si no hubiera pasado? —preguntó Claudia, su voz quebrándose ligeramente al final. No quería mostrarse tan vulnerable, pero ya no podía contenerse.

Xavi dio un paso hacia ella, acercándose lo suficiente como para que Claudia sintiera el calor de su cuerpo.

—Porque no sé cómo manejarlo, Claudia. No sé cómo manejar todo lo que siento por ti.

Claudia lo miró, sorprendida por la sinceridad de su confesión. Sus palabras la golpearon con fuerza, pero también derribaron parte de las barreras que había construido en su mente.

—¿Y qué sientes? —susurró, su voz casi inaudible.

Xavi levantó una mano, dudando un momento antes de acariciar suavemente su mejilla. Su piel se estremeció y sus ojos se encontraron en una mirada que decía más que cualquier palabra.

—Siento que me estás volviendo loco —murmuró, inclinándose ligeramente hacia ella—. Que cada vez que te veo, quiero besarte. Que cada vez que te alejas, quiero detenerte.

Claudia cerró los ojos por un momento, permitiéndose sentir el peso de sus palabras. Cuando los abrió de nuevo, sus manos ya estaban en su pecho, deslizando los dedos por la tela de su camiseta.

—Entonces bésame —dijo, sin apenas aliento.

Xavi no necesitó más. Su boca capturó la de Claudia en un beso que fue todo menos suave. Fue

intenso, urgente, como si estuviera compensando cada momento perdido entre ellos. Las manos de Xavi bajaron hasta su cintura, atrayéndola hacia él mientras sus labios se movían con una sincronía perfecta.

Claudia respondió con igual intensidad, aferrándose a él como si estuviera en caída libre y él fuera lo único que la mantenía anclada. Sus dedos se enredaron en su pelo, y un pequeño gemido escapó de su garganta cuando sintió que Xavi la levantaba ligeramente, haciéndola retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Claudia… —murmuró él entre beso y beso, su voz ronca y cargada de deseo—. Dime si quieres que pare.

—No pares —susurró ella, agarrando la parte trasera de su cuello para profundizar el beso.

Xavi no necesitó más confirmación. Sus labios abandonaron los de Claudia solo para recorrer su mandíbula y descender por su cuello, dejando un rastro de besos que la hizo arquearse contra él. Las manos de Claudia se deslizaron bajo la camiseta de Xavi, explorando la piel cálida y firme de su espalda mientras él le desabrochaba lentamente los botones de la camisa.

El aire entre ellos era eléctrico, cargado de una pasión contenida durante demasiado tiempo. Cada toque, cada beso, cada susurro era una confesión no dicha, una entrega total al momento.

—Eres increíble —murmuró Xavi contra su piel, mientras sus labios se movían por su clavícula y sus manos bajaban por sus caderas.

Claudia no respondió con palabras. En lugar de eso, lo atrajo más cerca, sus cuerpos encajando como si hubieran sido hechos el uno para el otro.

Pero justo cuando el momento parecía alcanzar su punto culminante, Claudia se detuvo, apoyando las manos en el pecho de Xavi para crear algo de espacio entre ellos.

—Espera —susurró, su respiración entrecortada.

Xavi se congeló al instante, sus ojos buscando los de ella con preocupación.
—¿Qué pasa?

Claudia tomó un momento para recuperar el aliento. Sus manos aún descansaban en el pecho de Xavi, sintiendo el ritmo acelerado de su corazón bajo sus palmas.

—Esto es… mucho —admitió, bajando la mirada por un momento antes de volver a encontrar la suya—. No sé si estoy lista para todo esto.

Xavi asintió lentamente, su expresión suavizándose.

—Está bien. No tienes que estar lista ahora.

Ella lo miró, sorprendida por su paciencia. —¿No te importa?

Xavi sonrió, acariciando su mejilla con el pulgar. —Claudia, quiero lo que tú quieras. Si eso significa esperar, esperaré.

La sinceridad en su voz la conmovió más de lo que esperaba. Y aunque parte de ella quería

seguir adelante, sabía que necesitaba tiempo para procesar todo lo que estaba sintiendo.

—Gracias —susurró, y se marchó a su casa.

Se duchó con agua muy caliente y se puso el pijama: una camisa de manga larga con botones y un pantalón recto que le caía holgado sobre las piernas, sujeto únicamente por una cinturilla elástica ajustada con un cordón a tono. Se metió en la cama con la intención de dormir, pero no paraba de dar vueltas, recordando sus manos, sus besos...

Sabía que era una locura, pero también sabía que esa noche quería estar con Xavi. Inspiró profundamente, intentando calmar los latidos acelerados de su corazón, y tocó la puerta con los nudillos, lo suficientemente suave como para no despertar a los vecinos.

Tardó unos segundos, pero escuchó el crujido de la cama de Xavi y luego unos pasos lentos. Cuando la puerta se abrió, él estaba allí, con el torso desnudo y un pantalón de pijama que apenas colgaba de sus caderas. Tenía el cabello desordenado, y sus ojos estaban medio cerrados por el sueño. Sin embargo, en cuanto vio a Claudia, su expresión se despertó por completo.

—¿Claudia? ¿Qué haces aquí? —preguntó, su voz ronca y grave.

—No quiero estar sola esta noche. ¿Puedo dormir contigo? Dijo Claudia con su pijama estampado de cuadros clásicos en tonos rosa palido.

Xavi frunció el ceño, mirándola como si no hubiera escuchado bien.

—¿Conmigo? —repitió, cruzándose de brazos, lo que solo acentuó los músculos de su torso.

Claudia asintió, mordiéndose el labio inferior.

—Sí. Solo dormir, Xavi. Lo prometo.

Xavi soltó una carcajada incrédula, pasando una mano por su rostro.

—Claudia, ¿te das cuenta de lo que me estás pidiendo? ¿Te crees que soy de piedra?

Ella bajó la mirada, pero no retrocedió. Había algo en su postura que la hacía parecer tan frágil como determinada.

—Lo sé, Xavi. Pero te necesito. Solo esta noche.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Xavi apretó la mandíbula, luchando contra algo que Claudia no podía identificar, y finalmente se hizo a un lado.

—Adelante —murmuró, cerrando la puerta tras ella.

El dormitorio estaba sumido en penumbra, iluminado solo por la luz tenue que entraba desde la calle. Claudia se sintió repentinamente consciente de la proximidad de Xavi cuando la guio hacia la cama. Su calor, su aroma y algo más íntimo, la envolvieron.

—Tú duermes aquí —dijo, señalando el lado izquierdo de la cama.

—Gracias —respondía ella en un susurro.

Mientras Claudia se deslizaba bajo las sábanas, Xavi permaneció de pie por un momento, indeciso. Luego se metió en la cama con ella, manteniendo un espacio prudente entre los dos. O al menos, lo intentó.

Pero la cama no era lo suficientemente grande para contener la electricidad que llenaba el aire. Claudia podía sentir el calor de su cuerpo, el leve movimiento de su respiración. Él también debía estar consciente de ella, porque se removió, tratando de acomodarse sin tocarla.

—Claudia … —comenzó, su voz un susurro cargado de tensión.

—Lo sé, Xavi. No tienes que decir nada.

Ella se giró hacia él, sus ojos encontrándolo en la penumbra. El silencio se volvió casi insoportable, cargado de palabras no dichas, de emociones contenidas. Cuando ella levantó una mano y la posó sobre su brazo, el contacto fue como un disparo. Xavi se tensó, pero no se apartó.

—Esto es una locura —murmuró él, con un tono casi desesperado.

—Lo sé … —repitió ella, pero no quitó la mano.

Poco a poco, Xavi se giró hacia ella, hasta que sus rostros estuvieron a solo unos centímetros de distancia. Podía sentir su aliento, cálido y entrecortado. Sus ojos se encontraron, y Claudia sintió que el mundo entero se detenía.

—Claudia … si sigues así, no voy a poder detenerme.

Ella no respondió con palabras. En su lugar, se inclinó ligeramente hacia él, dejando que sus frentes se tocaran. Era un gesto tan íntimo como cualquier beso, y Xavi cerró los ojos, dejando escapar un leve gemido de frustración.

Sus manos se encontraron entre las sábanas, dedos entrelazándose como si estuvieran hechos para ello. Era un gesto inocente, pero cargado de una química tan explosiva que ninguno de los dos pudo moverse durante un largo rato. La tensión era palpable, como un hilo a punto de romperse.

Finalmente, Xavi llevó su mano libre al rostro de Claudia, acariciando su mejilla con el pulgar. Era una caricia suave, pero el efecto fue devastador. Claudia cerró los ojos, inclinándose hacia su toque.

—No deberíamos … —murmuró él, pero sus palabras carecían de convicción.

—Lo sé … pero quiero dormir contigo.

Xavi se inclinó un poco más, hasta que sus labios casi rozaron los de ella. La tensión era insoportable, y ambos sabían que estaban jugando con fuego. Pero justo cuando el momento estaba a punto de desbordarse, Xavi retrocedió ligeramente, respirando hondo.

Él cerró los ojos, dejando que esas palabras se hundieran en su mente. Luego, con una determinación que apenas lograba mantener, la atrajo hacia su pecho, envolviéndola en sus brazos.

—Solo dormir … esta noche —dijo, como si estuviera intentando convencerse a sí mismo.

Claudia se acomodó contra él, escuchando los latidos acelerados de su corazón. Xavi la rodeó con sus brazos, abrazándola con una ternura que hizo que Claudia se sintiera más segura de lo que había estado en mucho tiempo.

Y así se quedaron, mientras el reloj seguía su curso y el mundo se desvanecía a su alrededor.

Claudia despertó con una sensación extraña: una mezcla de inquietud y calidez. Había algo en él que la descolocaba por completo. Su paciencia, su ternura… y, al mismo tiempo, esa intensidad que la hacía perder el control. Se levantó intentando no hacer ruido; Xavi dormía.

Cuando volvió a su casa, Clara y Valentina ya estaban allí. Clara se preparaba un café y Valentina estaba en el suelo con sus muñecas, rodeada de rotuladores y un papel lleno de dibujos. La pequeña levantó la vista y le dedicó una de esas sonrisas que siempre lograban derretirla—¡Mamá! ¡Mira! —dijo, señalando su última obra maestra.

Claudia se acercó para observarlo. Era un dibujo simple, pero reconocible: una figura alta con pelo oscuro (definitivamente Xavi), una mujer con pelo largo (seguramente ella) y una niña con un vestido rosa. Los tres estaban de la mano.

—Es Xavi, tú y yo —anunció Valentina con orgullo, mirándola con ojos brillantes—. ¿Hoy podemos ir a su casa?

Claudia sintió un nudo en el estómago. Valentina había mencionado a Xavi con más frecuencia últimamente, como si él se hubiera convertido en una figura constante en su pequeña vida.

—No podemos ir cada día, Val. Xavi tiene cosas que hacer —respondió, intentando sonar firme pero con una leve sonrisa para no apagar su entusiasmo.

—Pero me dijo que tiene cuentos nuevos. ¡Y prometió que podemos hacer más pasta! —insistió Valentina, cruzándose de brazos.

Claudia suspiró, viendo cómo su hija empezaba a formar un puchero. Antes de que pudiera responder, su móvil sono y interrumpió la conversación. Era Pau, desde la comisaría.

—Claudia, Tenemos una pista nueva sobre el caso Ortega. Necesito que vengas cuanto antes.

Claudia lanzó una mirada a Valentina, que seguía jugando en el suelo, y luego a su reloj. Clara, que la miraba con curiosidad, no podía quedarse con la niña. Aunque fuese domingo, su turno en la cafetería empezaba en apenas una hora.

—Dame 30 minutos —respondió.

Colgó y se agachó frente a Valentina.

—Cariño, mamá tiene que ir al trabajo un rato. ¿Te parece si le preguntamos a Xavi si puede cuidarte mientras vuelvo?

El rostro de Valentina se iluminó como si le hubieran ofrecido un viaje a Disneyland.

—¡Sí! ¡Xavi!

—¿Claudia, estás bien? —le preguntó su hermana.

—Claro, ¿por qué lo preguntas? —le contestó mientras se preparaba un café.

—¿Has pasado la noche con Xavi? —preguntó casi en un susurro para que Valentina no lo oyera.

—Sí, pero solo hemos dormido —contestó Claudia con una sonrisa.

—A mí no me la pegas. Bueno, me voy, no quiero llegar tarde.

Claudia sintió una mezcla de alivio y nerviosismo mientras cruzaba el pasillo y llamaba a la puerta de Xavi. Tardó apenas unos segundos en abrir, y aunque estaba vestido informalmente —con una camiseta de algodón gris y vaqueros—, había algo en su postura que sugería que acababa de levantarse de su escritorio.

— ¿Estáis bien? —dijo Xavi con una sonrisa al ver a Claudia y Valentina.

—Tengo que salir por un rato —comenzó Claudia, tratando de sonar relajada, aunque el calor de su mirada le dificultaba mantener la compostura—. Valentina insiste en que quiere quedarse contigo.

Xavi miró a la niña, que lo miraba con ojos grandes y expectantes. Sonrió, inclinándose hacia ella.

—¿Tú qué dices, terremoto? ¿Podemos sobrevivir unas horas sin tu mamá?

Valentina asintió vigorosamente, y Claudia soltó un suspiro.

—Gracias, de verdad. No tardaré mucho.

Xavi le hizo un gesto despreocupado.

—Tranquila. Estaremos bien.

Claudia bajó la mirada hacia Valentina, que ya estaba entrando al apartamento de Xavi como si fuera su segunda casa. Antes de irse, le lanzó una última mirada.

—Cualquier cosa, llámame.

Xavi sonrió de lado. —No te preocupes —dijo, y se giró para ver a Valentina. Al ver que estaba distraída, besó a Claudia rápidamente.

—¿Sabes que los gatos traen suerte? —dijo Valentina, con voz curiosa, mientras jugaba junto a Xavi, concentrada en sus movimientos pero esperando una respuesta.

—¿Ah, sí? —preguntó Xavi, arqueando una ceja.

—¡Sí! Me lo dijo mi amiga Lia. Y también hacen que la gente sea más feliz. Mamá trabaja mucho y tú siempre estás escribiendo. Un gato nos haría reír.

Xavi la miró, tratando de no reírse.

—Así que ahora eres experta en gatos, ¿eh?

—¡Sí! Además, dormiría conmigo y nunca estaría sola en mi habitación. —Valentina le lanzó una mirada cargada de esperanza—

Cuando Claudia regresó tres horas después, estaba agotada, pero aliviada de haber avanzado un poco en el caso. Tocó la puerta de Xavi y, para su sorpresa, nadie abrió.

Preocupada, volvió a tocar, esta vez con más fuerza. Unos segundos después, la puerta se abrió y encontró a Xavi con el pelo algo despeinado, su camiseta ligeramente arrugada y una sonrisa cansada pero satisfecha.

—Estábamos jugando en la terraza. Pasa.

Claudia entró y lo primero que vio fue a Valentina sentada en el suelo con una manta, rodeada de juguetes y un tazón vacío que parecía haber contenido helado.

—¡Mamá! —gritó Valentina, corriendo hacia ella para abrazarla—. ¡Xavi me enseñó a jugar al ajedrez!

—¿Al ajedrez? —preguntó Claudia, sorprendida, mientras miraba a Xavi con una ceja arqueada.

—Me gano —dijo él con fingida seriedad, encogiéndose de hombros—. Creo que tenemos una futura campeona aquí.

Claudia sonrió, pero no pudo evitar sentir cómo una cálida oleada de gratitud la invadía. Se agachó frente a Valentina.

—¿Lo has pasado bien?

—¡Sí! Xavi es el mejor.

Claudia levantó la vista hacia él, y sus ojos se encontraron. Durante unos segundos, el resto del mundo desapareció. Había algo en la forma en que Xavi la miraba, como si estuviera viendo más allá de su fachada, que la dejó sin aliento.

—Gracias —murmuró finalmente, sintiendo cómo sus mejillas se calentaban.

—Siempre que lo necesites, Claudia —respondió Xavi, su voz suave pero firme.

Horas después, con Valentina ya dormida, Claudia no pudo quitarse a Xavi de la cabeza. Su paciencia con Valentina, su sonrisa… y esa conexión que parecía intensificarse cada vez que estaban cerca. Finalmente, decidió que no podía seguir ignorando lo que sentía.

Tocó su puerta de nuevo. Xavi abrió con un gesto de sorpresa, pero la dejó pasar sin decir nada. Claudia no perdió el tiempo.

—No entiendo cómo haces esto —dijo, cruzándose de brazos mientras lo miraba—. Cómo puedes ser tan… constante.

Xavi cerró la puerta y se giró hacia ella.

—¿A qué te refieres?

—A esto. A cuidar a Valentina como si fuera tuya, a estar aquí cada vez que necesito algo, incluso cuando no te lo pido.

Xavi dio un paso hacia ella, su mirada oscureciéndose ligeramente.
—Claudia, lo hago porque quiero.

—¿Por qué? —preguntó ella, su voz quebrándose ligeramente.

Xavi tardó un momento en responder, pero cuando lo hizo, su voz era un susurro.

—Porque me importas. Porque me importáis.

Claudia sintió cómo su coraza empezaba a resquebrajarse. Dio un paso hacia él, acortando la distancia.

—Xavi… —susurró, pero no pudo continuar.

Él no esperó más. Sus manos tomaron su rostro con delicadeza y determinación, y la besó. Fue un beso lento, profundo, lleno de todo lo que no habían dicho. Claudia se entregó a él, enredando los dedos en su pelo mientras sus cuerpos se acercaban más.

El mundo desapareció, dejando solo el sonido de sus respiraciones entrecortadas y el calor creciente entre ellos.

Entre besos y caricias, Claudia y Xavi cruzaron la línea que los había mantenido separados durante tanto tiempo. No hubo prisa, solo deseo contenido, exploración y el principio de algo que ninguno de los dos podía negar: estaban cayendo, juntos, sin posibilidad de retorno.

El mundo parecía haberse reducido a ellos dos. La respiración de Claudia chocaba contra los labios de Xavi mientras sus dedos se deslizaban con desesperada suavidad por la piel de su espalda. Cada beso era un paso más allá de esa línea que los había mantenido separados durante tanto tiempo, un terreno nuevo que ambos exploraban con una mezcla de intensidad y cautela.

Las manos de Xavi se movieron hacia su cintura, atrapándola con una firmeza que envió un escalofrío por su columna. Claudia cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, entregándose a la sensación de sus labios bajando lentamente por su cuello, como si estuviera trazando un mapa secreto en su piel.

—Claudia… —murmuró él, su voz grave y cargada de deseo.

Ella apenas pudo responder, enredando los dedos en su cabello, atrayéndolo más cerca. Sus labios volvieron a encontrarse, hambrientos, sin espacio para dudas ni para el mundo exterior.

Pero justo cuando las cosas parecían desbordarse, un sonido agudo rompió el hechizo. Un *ping* seguido de una musiquita infantil que provenía del móvil de Claudia.

Ambos se congelaron. Xavi frunció ligeramente el ceño, respirando con dificultad, mientras Claudia abrió los ojos de golpe, parpadeando como si acabara de despertar de un sueño.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó él, su voz aún ronca por el deseo.

Claudia se separó a regañadientes, apartando sus manos de los brazos de Xavi, aunque su piel aún ardía donde él la había tocado. Sus labios aún hormigueaban, y su respiración seguía desacompasada, como si le costara aceptar que tenía que detenerse.

El sonido agudo de su móvil rompió la burbuja de deseo que los rodeaba, y ella giró la cabeza hacia el dispositivo, abandonado sobre una silla junto a la entrada.

—Es… el móvil —murmuró, todavía recuperándose, mientras se apresuraba a cogerlo.

Xavi, aún con la respiración acelerada, la observaba. La intensidad en sus ojos no se había apagado del todo, pero ahora estaba teñida de curiosidad.

Claudia desbloqueó la pantalla, y su expresión cambió de inmediato, pasando de confusión a exasperación.

—Está activado el sensor de movimiento… —comenzó a explicar, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Sensor de movimiento? —repitió Xavi, frunciendo el ceño mientras se recuperaba un poco.

—Es una aplicación que usé para Valentina cuando era más pequeña, y todavía funciona como un monitor. Si se mueve mucho o dice algo mientras duerme, envía una alerta al móvil…

De repente, su rostro cambió, y una sombra de preocupación cruzó por sus ojos.

—Espera. —Xavi ya sintiendo la tensión en el aire—. ¿Está despierta?

Sin responder, Claudia móvil en mano, se giró hacia Xavi con una disculpa silenciosa en la mirada.

—Lo siento. Tengo que ir a ver qué pasa.

Xavi asintió de inmediato, dejando a un lado cualquier otra reacción que pudiera haber tenido.

—¿Quieres que te acompañe?

Claudia negó con la cabeza, su instinto de madre protectora tomando el control.

—No, quédate aquí. No creo que sea nada, pero… necesito asegurarme.

Xavi observo cómo Claudia desaparecía rápidamente por el pasillo. Aunque sabía que probablemente no era grave, no podía evitar sentir una pizca de inquietud, como si algo invisible estuviera tensando el aire entre ellos.

▪

Claudia entró en la habitación de su hija con pasos rápidos, preocupada por lo que pudiera haberla despertado. Para su sorpresa, Valentina no estaba llorando ni inquieta. De hecho, estaba sentada en su cama, despeinada y con los ojos entrecerrados, sosteniendo su conejito de peluche con fuerza.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Claudia acariciando a su hija.

Valentina la miró con una mezcla de sueño y confusión.
—Mamá… tengo sed.

Claudia soltó un suspiro y sonrió con ternura. —Y también soñé que el conejito quería un helado… pero no había helados en la nevera.

Claudia rió suavemente y le acarició el pelo.

—Si hay helados cariño. Voy a buscarte un vaso de agua.

Valentina se recostó de nuevo en la cama mientras Claudia iba a la cocina a buscar el agua. Cuando volvió, la niña ya estaba medio dormida otra vez. Claudia dejó el vaso en la mesilla y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, mi amor.

Mientras salía de la habitación y cerraba la puerta con cuidado, no pudo evitar reírse por lo bajo. “Conejitos y helados… Menudo desastre, Valentina. Vaya manera de cortar el momento.”

De vuelta en el salón, Claudia vio su móvil parpadeando con una notificación de llamada perdida. Xavi. El simple hecho de leer su nombre en la pantalla hizo que el calor de antes regresara en oleadas a su cuerpo.

Sin pensarlo mucho, deslizó el dedo por la pantalla.

Xavi respondió al primer tono.

—¿Valentina está bien? —preguntó, su voz preocupada.

—Está perfectamente. Soñó con su conejito pidiendo helados y se despertó con sed —respondió Claudia, con una mezcla de cansancio y humor en su voz.

Xavi dejó escapar una risa grave al otro lado de la línea.
—Eso suena… muy Valentina.

Claudia no pudo evitar sonreír. Había algo en esa risa que siempre conseguía desarmarla.

—Gracias por entender. Y… siento haber cortado lo que sea que… bueno, ya sabes.

Hubo un silencio breve, pero Claudia sintió el peso de su significado.

—No te disculpes —dijo Xavi finalmente, su tono más suave ahora—Entiendo que Valentina es lo primero. Siempre lo será.

Claudia sintió un nudo en la garganta. Quería decirle lo mucho que significaba escuchar eso, pero sabía que no era buena expresando ese tipo de emociones.

—Gracias, Xavi. Por entenderlo… por todo.

—Claudia… —La forma en que dijo su nombre la hizo detenerse. Podía imaginarlo en ese momento, con esa mirada intensa que parecía verla más allá de lo que ella misma se permitía mostrar—. Esto no ha terminado.

Ella cerró los ojos, dejando que sus palabras calaran hondo.
—Lo sé —respondió, casi en un susurro.

Sintió que podía respirar. Aunque aún anhelaba el calor de Xavi, su mente estaba en paz. Esta noche no terminó como esperaban, pero el camino entre ellos seguía abierto.

Claudia estaba terminando de preparar el desayuno cuando Valentina apareció en la cocina, todavía con el cabello alborotado por el sueño y abrazando a su conejito de peluche.

—Mamá, ¿hoy me puede llevar Xavi al cole? —preguntó con un tono inocente, como si lo que acababa de pedir no fuera nada fuera de lo normal.

Claudia se detuvo con la taza de café a medio camino de sus labios, mirando a su hija como si le hubieran pedido que fuera a la luna.

—¿Xavi? ¿Por qué Xavi? —preguntó, tratando de sonar neutral.

Valentina se encogió de hombros y se subió a una silla, dejando caer al conejito sobre la mesa.

—Porque Xavi cuenta chistes y me compra croissants antes de llegar al cole.

Claudia parpadeó, claramente sorprendida.

—¿Te compra croissants?

Valentina asintió, con una sonrisa de oreja a oreja.
—Sí. Una vez me lo compró cuando me vio con Mercedes. ¿Puedo pedirle que me lleve?

Antes de que Claudia pudiera responder, el timbre del apartamento sonó, y su corazón dio un pequeño salto. Se dirigió a la puerta con Valentina pegada a sus talones. Al abrirla, allí estaba Xavi, con una bolsa de papel llena bollos de canela.

—¡Buenos días, vecinas! —saludó Xavi con su habitual energía, sin notar la forma en que Claudia lo miraba, como si acabara de aparecer con un ramo de flores.

Por el amor de Dios, ¡qué bien huelen! —exclamó Claudia, cogiendo uno de los rollos de canela, mientras el cálido aroma a especias la envolvía. Dio un pequeño mordisco, cerrando los ojos por un segundo para saborear el dulce glaseado que se deshacía en su boca.

—¿Qué son? —preguntó Valentina, alzándose de puntillas para ver mejor la bolsa.

Xavi sonrió. —Rollos de canela. ¿Quieres probar uno? Ya verás cómo te gustan.

La niña asintió con entusiasmo y tomó uno, dejando que el glaseado le manchara los dedos. Apenas tardó unos minutos en terminarlo y, con una sonrisa manchada de glaseado, pidió otro bollo.

Claudia arqueó una ceja.—Valentina, eres una tragona —le dijo reprimiendo una sonrisa—. Si no fuera porque no paras, estarías redonda.

—Xavi, ¿me llevas al cole hoy? —preguntó Valentina de repente, antes de que Claudia pudiera decir algo.

Xavi parpadeó, ligeramente sorprendido, pero su sonrisa se amplió al instante.

—Claro que sí, terremoto. Pero tendrás que darte prisa, o llegaremos tarde.

Claudia cruzó los brazos, fulminándolo con la mirada, aunque con un leve gesto de resignación.

—Xavi, por favor, hay que aprender a decir "no" de vez en cuando.

Xavi levantó ambas manos en señal de inocencia, con una sonrisa divertida. —Solo sigo órdenes. ¿Qué puedo decir? La jefa aquí es ella.

Valentina soltó una risita, orgullosa de su papel en la conversación, mientras Claudia resoplaba y negaba con la cabeza.

—Vale, pero no le compres más croissants. Luego no quiere comer su desayuno.

—Entendido, inspectora —bromeó Xavi, guiñándole un ojo antes de tomar la mochila de Valentina.

Claudia le lanzó una mirada divertida. —Muy gracioso, Salvatierra.

Xavi y Valentina rieron al unísono mientras se preparaban para salir, llenando la casa de una calidez familiar que Claudia no podía negar que le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Claudia los vio marcharse, con una mezcla de alivio y algo más profundo que no quería llamar cariño. Se cruzó de brazos, como si ese gesto pudiera protegerla de los sentimientos que afloraban en su pecho. Había algo en la forma en que Xavi interactuaba con Valentina que la desarmaba por completo: su paciencia inquebrantable, la manera en que sonreía incluso en los momentos más simples, y cómo lograba crear un ambiente cálido sin esfuerzo, como si el mundo alrededor se volviera más ligero cuando él estaba cerca. No solo era atento, sino que parecía saber exactamente lo que cada situación requería, desde una broma para aliviar tensiones hasta un silencio reconfortante.

Era como si tuviera una habilidad innata para conectar con las personas, para hacerlas sentir seguras, aceptadas. Eso la desconcertaba profundamente, porque Claudia no estaba acostumbrada a abrirse de esa manera. Había construido muros altos tras años de desilusiones y responsabilidades que la obligaban a ser fuerte, a no depender de nadie. Y sin embargo, allí estaba, con esos muros tambaleándose, deseando que él se quedara, aunque jamás lo admitiría en voz alta.

Se mordió el labio con nerviosismo. No era solo ternura lo que sentía; era algo más intenso, más profundo… algo que comenzaba a asustarla. Un fuego lento que había empezado a encenderse en su interior, amenazando con consumir las defensas que había construido durante tanto tiempo.

Inspiró profundamente, intentando aclarar su mente, pero la imagen de Xavi sonriendo seguía ahí, clavada en sus pensamientos, como si se hubiera instalado en cada rincón de su vida sin que

ella se diera cuenta.

6

Ese mismo día, Claudia estaba revisando un expediente en su despacho cuando su móvil vibró sobre la mesa. Lo tomó sin mirar la pantalla, esperando que fuera un mensaje de Pau o Marta sobre el caso que estaban investigando. Pero cuando vio el remitente, su cuerpo entero se tensó.

Pablo Montalbán.

El nombre de su exmarido era suficiente para encender todas las alarmas en su interior. Respiró hondo antes de abrir el mensaje.

"Tenemos que hablar. He tomado una decisión sobre Valentina. Llámame cuando tengas tiempo."

Claudia sintió que la sangre le hervía. Pablo apenas había mostrado interés por su hija en los últimos tres años, y ahora quería “tomar decisiones” sobre ella. Sabía que el tono frío y distante del mensaje era solo un reflejo de lo que él siempre había sido: controlador, arrogante y seguro de que el mundo giraba a su alrededor.

Marcó su número antes de que pudiera pensarlo dos veces.

—Claudia, gracias por llamar —dijo Pablo, con esa voz calmada y carente de emociones que tanto la irritaba.

—Pablo, no tengo tiempo para rodeos. ¿Qué significa tu mensaje?

Hubo un breve silencio antes de que él respondiera.

—Significa que quiero que Valentina pase temporadas conmigo en Madrid. Es su derecho, Claudia.

—¿Ahora decides preocuparte por sus derechos? —replicó ella, su tono cargado de sarcasmo.

—He cometido errores, lo sé. Pero eso no significa que no tenga derecho a formar parte de su vida. Además, mi esposa y yo creemos que sería bueno para Valentina pasar tiempo con sus hermanos.

Claudia sintió cómo el nudo en su estómago se apretaba.
—¿Hermanos?

—Sí, Claudia. Tengo dos hijos, gemelos. Creo que sería bueno que Valentina los conociera y creara una relación con ellos.

Claudia se mordió el labio, tratando de no gritar.

—Sé perfectamente que tienes dos hijos —dijo, con la voz afilada como un cuchillo—, pero aunque Valentina lleve tu ADN, eso no significa que vayan a ser sus hermanos porque a ti y a tu

mujer se os haya ocurrido ahora que es una idea chachi piruli.

Claudia...

—¿Sabes lo que significa ser padre? —continuó—. No es soltar "la semillita" y esperar que el resto del mundo haga el trabajo. Ser padre es estar ahí cuando tienen miedo en mitad de la noche. Es calmar su llanto cuando no entienden por qué el mundo es tan cruel. Es sentarte en el suelo a jugar con ella, aunque estés agotado, y aun así dedicarles tu tiempo, porque eso es lo que un padre hace.

Hizo una pausa breve, pero no flaqueó. —Valentina no te necesita. Nunca te necesitó porque no estuviste. Y ahora vienes aquí, con tu nueva familia perfecta, queriendo que sea la hermana que complete vuestro puzle. Pues no. Mi hija no es una pieza que podáis encajar donde os convenga.

Su voz tembló al final, pero no por debilidad, sino por la fuerza que emanaba de sus palabras.

—Puedes seguir con tu vida, y yo seguiré con la mía —dijo, finalmente—, pero Valentina se queda conmigo. Y te aseguro algo: jamás permitiré que puedas herirla.

El silencio que siguió fue absoluto, cargado de una tensión que parecía apretar el aire en la habitación. Claudia sabía que no necesitaba añadir nada más. Todo estaba dicho.

—Por eso estoy dispuesto a discutirlo en persona. Voy a Barcelona la próxima semana. Podemos hablar entonces.

Claudia cerró los ojos, sintiendo cómo la ira y el miedo se mezclaban en su interior. No podía negar que Pablo tenía ciertos derechos como padre, pero la idea de perder a Valentina, aunque fuera por unos días, le resultaba insoportable.

Claudia colgó sin despedirse, sintiendo cómo la tensión en su pecho crecía con cada segundo. Necesitaba aire, necesitaba espacio. Pero más que nada, necesitaba a alguien con quien hablar.

Xavi estaba en su apartamento, sentado frente a su ordenador, cuando escuchó un golpe en su puerta. Al abrir, se encontró con Claudia, claramente alterada, sus ojos brillando con una mezcla de rabia e incertidumbre.

—¿Puedo pasar?

Él asintió, apartándose para dejarla entrar.

—¿Qué ha pasado?

Claudia se giró hacia él, cruzando los brazos como si intentara protegerse de sus propias emociones. —Pablo quiere que Valentina pase temporadas con él en Madrid.

Xavi frunció el ceño. —¿Pablo? ¿El padre de Valentina?

Claudia asintió, dejándose caer en el sofá.

—No tiene ningún derecho a aparecer ahora, después de todo este tiempo. Valentina apenas lo conoce, y ahora quiere llevarla a vivir con él y su nueva familia.

Xavi se sentó a su lado, su postura relajada pero sus ojos llenos de preocupación.

Xavi se quedó inmóvil, dejando que el peso de esa confesión se asentara en el aire antes de acercarse lentamente.

—Dice que quiere que sea hermana de sus hijos, que tiene derecho —continuó, con la voz temblando de rabia y angustia. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, pero no hizo ningún esfuerzo por detenerlas—.

Sé que ningún juez le daría la razón, porque no ha estado presente en la vida de Valentina ni un solo día. ¡Ni uno! Pero…

—hizo una pausa, tratando de tomar aire—, pero él y su familia son muy poderosos. Tienen contactos. Dinero. Y yo… yo tengo miedo, Xavi. Tengo miedo de lo que pueda hacer.

Xavi no dijo nada al principio. Cerró la distancia entre ellos y, sin pedir permiso, la abrazó. La atrajo hacia su pecho, envolviéndola con una firmeza que parecía decirle que estaba a salvo.

—No va a pasar nada, Claudia —murmuró contra su cabello—. No voy a dejar que te haga daño, ni a ti ni a Valentina.

Ella apretó los labios contra su camiseta, intentando reprimir un sollozo, pero él lo sintió de todos modos. Sus manos le acariciaban la espalda con lentitud, tratando de calmarla.

—Mi padre es abogado —dijo, con un tono más seguro ahora—. Y no cualquier abogado; es uno de los buenos, de los que no se rinden hasta ganar. Le llamaré mañana, le contaré todo, y te prometo que Pablo no tendrá ninguna posibilidad.

Claudia se separó un poco para mirarlo a los ojos, los suyos todavía húmedos pero con un brillo de esperanza que no había estado allí antes.

—¿De verdad crees que puede ayudarme?

Xavi sonrió, y con una ternura que hizo que el aire entre ellos cambiara, le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Claudia, mi padre no pierde casos. Y no va a empezar ahora, menos cuando se trata de ti y Valentina.

Ella intentó sonreír, pero la emoción la venció de nuevo, y unas lágrimas silenciosas volvieron a caer. Xavi las borró con el pulgar, inclinándose ligeramente para estar a la altura de su rostro.

—No estás sola en esto, ¿vale? Yo estoy aquí. Mi familia está aquí. Y te prometo que, pase lo que pase, no vamos a dejar que te quiten a Valentina.

Claudia asintió, incapaz de hablar por el nudo en su garganta. No sabía cómo expresar lo que sentía en ese momento: miedo, alivio, gratitud, todo mezclado. Y cuando Xavi se inclinó un poco más y presionó un suave beso en su frente, entendió algo.

Tal vez ya no tenía que enfrentarlo todo sola.

El viaje en coche fue en su mayoría silencioso. Xavi conducía con la misma tranquilidad de siempre, con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla, pero Claudia notaba la tensión en su mandíbula.

Ella, por su parte, iba en el asiento del copiloto, con la vista fija en el paisaje que pasaba por la ventanilla. No quería pensar demasiado en lo que estaba a punto de hacer, pero su estómago estaba en un nudo desde que se despertó esa mañana.

Ir a casa de los padres de Xavi no era solo un almuerzo familiar. No era una presentación formal ni un paso en su relación. No.

Esto era una reunión de trabajo.

O, al menos, eso intentaba repetirse a sí misma.

El padre de Xavi, Fernando Salvatierra, era un abogado de prestigio con una trayectoria impecable. Un hombre al que pocos podían permitirse contratar y que, si Xavi no hubiera insistido tanto, ella jamás habría considerado para su caso. Pero ahí estaba, camino a su casa, con una mezcla de inseguridad y resistencia.

Detestaba pedir ayuda. Detestaba sentirse vulnerable.

Pero más que nada, detestaba la sensación de que el control de su vida podía escaparse de sus manos en cualquier momento.

—Deja de morderte el labio. —La voz de Xavi la sacó de su ensimismamiento.

Claudia parpadeó y se giró hacia él. —¿Qué?

—Siempre haces eso cuando estás nerviosa. —Xavi le lanzó una mirada de reojo antes de volver a la carretera—. Y desde que salimos de casa, llevas el ceño fruncido como si fueras a un interrogatorio.

Claudia suspiró, cruzándose de brazos. —En cierto modo, lo es.

Xavi dejó escapar una risa suave.

—Mi padre no es un fiscal ni un juez. Es un abogado. Y un buen tipo. No muerde.

—Aún.

Él negó con la cabeza con una sonrisa, pero no insistió más. Sabía que presionarla no servía de nada.

Mis padres saben que vienes porque necesitas ayuda legal, y mi padre está encantado de asesorarte. Nada más.

Claudia lo miró en silencio, analizando sus palabras.

Xavi respiró hondo y luego giró la cabeza hacia ella un breve segundo antes de volver a mirar la carretera.

—Quiero que duermas tranquila sabiendo que Pablo no tiene ninguna posibilidad de hacerte daño.

Las palabras la golpearon con más fuerza de la que esperaba. Bajó la vista a sus manos y jugueteó con el borde de su chaqueta, sin saber qué responder.

La casa de los padres de Xavi era imponente pero acogedora. Un lugar que reflejaba la estabilidad de una familia acomodada, sin excesos ostentosos, pero con ese aire de solidez que solo el dinero bien administrado podía comprar.

Cuando entraron, fueron recibidos por Laura, la madre de Xavi, que abrazó a su hijo con afecto y saludó a Claudia con una sonrisa cálida y sincera. Valentina, ajena a toda la tensión, aceptó encantada las galletas caseras que le ofrecieron y se perdió en la casa, corriendo detrás de los primos que ya estaban allí.

Claudia casi suspiró de alivio.

No pasó mucho tiempo antes de que Fernando Salvatierra apareciera.

Alto, de cabello entrecano y ojos analíticos, el hombre tenía una presencia imponente sin necesidad de alzar la voz. Vestía de manera impecable, con una camisa sin corbata que le daba un aire relajado pero profesional.

Cuando su mirada se posó en Claudia, ella sintió que la estaba evaluando de inmediato. No con juicio, sino con esa aguda inteligencia de alguien que sabía leer a las personas con facilidad. Así que tú eres Claudia —dijo finalmente, tendiéndole la mano.

Ella la estrechó con firmeza, sin apartar la vista.

—Inspectora de homicidios. Xavi me ha hablado mucho de ti.

—Espero que no haya exagerado demasiado.

El hombre dejó escapar una sonrisa casi imperceptible.

—No lo creo. Pero vamos a lo importante. Acompáñame a mi despacho.

Claudia miró a Xavi, que le hizo un leve gesto de aliento, y luego siguió a Fernando por un pasillo que los llevó a una elegante oficina de madera oscura y grandes ventanales.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, el ambiente cambió.

Ya no era un almuerzo familiar. Era una consulta legal.

Fernando se sentó detrás de su escritorio y le indicó que hiciera lo mismo. Luego, entrelazó los dedos sobre la mesa y la observó con la misma seriedad que un médico que está a punto de dar un diagnóstico.

—Cuéntame todo.

Claudia tomó aire y comenzó a hablar.

Le contó sobre Pablo, sobre cómo había desaparecido de sus vidas sin mirar atrás, sobre su repentina reaparición reclamando derechos sobre Valentina. Habló de su miedo, de la influencia que su familia tenía y de la sensación constante de que, por mucho que la ley estuviera de su lado, el dinero de Pablo podía inclinar la balanza en su contra.

Fernando la escuchó en silencio, sin interrumpirla. Solo cuando terminó, se reclinó en su silla y asintió con la cabeza.

— Tu exmarido es poderoso, pero no tiene nada que hacer. Aun así, preferiría no tener que llegar a juicio; sería un desgaste muy grande para ti, y no tienes por qué pasar por eso.

Claudia sintió un nudo en el estómago. —¿Qué posibilidades tengo?

—Las suficientes como para que él no pueda tocar a Valentina sin tu consentimiento. — Fernando entrecerró los ojos, pensativo—. Pero tendremos que ser estratégicos.

Claudia asintió, tensa.

—Haré lo que sea necesario.

Fernando la observó durante un largo momento antes de hablar.

—Eres fuerte.

Ella dejó escapar una risa seca. —No tengo otra opción.

El abogado sonrió levemente.

Se levantó, y Claudia hizo lo mismo.

—Reuniré un equipo para esto —continuó Fernando—. Pero quiero que sepas algo.

Ella lo miró con atención.

—Xavi se preocupa por ti más de lo que te imaginas.

Claudia sintió que su cuerpo se tensaba, pero Fernando solo le dio una palmada en el hombro y abrió la puerta del despacho.

—Vamos, nos esperan para almorzar.

Y mientras Claudia lo seguía de vuelta al bullicio del comedor, se dio cuenta de algo. Ya no estaba sola en esto.

Le gustara o no, los Salvatierra habían decidido que era una de los suyos.

Y eso no le pareció tan malo.

La noticia de Pablo había dejado a Claudia más agotada de lo habitual. Desde que Valentina había nacido, había tenido que llevar el peso de todo sobre sus hombros: trabajo, maternidad, las responsabilidades de una vida que no le daba tregua. Y aunque normalmente podía con todo, esta vez sentía que sus fuerzas flaqueaban.

El mensaje de Xavi llegó cuando ella estaba preparándose para dormir.

Xavi: "Tengo una idea. Haz las maletas. Tú y Valentina. Este fin de semana os secuestro."

Claudia leyó el mensaje tres veces, insegura de cómo responder. Era tan típico de Xavi: decidido, protector, y siempre un poco imprevisible. Pero también era tentador. La idea de escapar, aunque solo fueran un par de días, sonaba como el respiro que necesitaba.

Sin embargo, su lado práctico no pudo evitar activarse.

Claudia: "No puedo. Tengo trabajo. Además, Valentina tiene décimas. No es nada, pero prefiero que no salga de casa."

El móvil vibró apenas unos segundos después con su respuesta.

Xavi:
"¿Clara puede quedarse con Valentina? Solo serán un par de días. Prometo que te vendrá bien."

Claudia soltó una risa seca, negando con la cabeza. La forma en que Xavi parecía saber siempre lo que necesitaba era irritante y, al mismo tiempo, reconfortante.

—¿Por qué no? —murmuró para sí misma, mientras escribía una respuesta breve.

Claudia:
"Está bien. Pero no me prometas croissants ni amaneceres perfectos. Primero tengo que hablar con Clara."

Xavi:
"No prometo nada. Habla con Clara; espero impaciente su respuesta."

El sábado por la mañana, Clara llegó al apartamento para quedarse con Valentina, quien estaba emocionada por pasar el fin de semana con su "tieta".

Claudia, mientras tanto, permanecía de pie frente a su maleta, mirando el contenido con una mezcla de incertidumbre y anticipación. ¿Qué se suponía que debía llevar para un viaje cuyo destino era un misterio?

Cuando Xavi llamó a la puerta, su sonrisa traviesa lo decía todo. Llevaba una mochila al hombro y una chaqueta de cuero que le daba un aire casual pero increíblemente atractivo.

—¿Lista para tu rescate? —preguntó, sin siquiera ocultar la diversión en su voz.

Claudia levantó una ceja. —Todavía puedo arrepentirme.

—No lo harás —respondió él, tomando la maleta de sus manos antes de que pudiera protestar.

—¿Y Valentina, duerme? — Que va, no tenía fiebre, y mi hermana se la ha llevado a desayunar churros y a una exposición.

—¿Una exposición? —preguntó Xavi, incrédulo, alzando una ceja—. Pero si tiene 4 años.

Claudia soltó una carcajada ligera, negando con la cabeza.

—Valentina, por unos churros con chocolate, hace lo que sea. —Hizo una pausa, su sonrisa suavizándose—. Además, ha heredado el amor por la pintura de su tía. Le encanta. Si vieras cómo se queda mirando los cuadros... Parece que entiende más de arte que todos nosotros juntos.

—Vaya… —Xavi se pasó una mano por la nuca, aún sorprendido—Con cuatro años ya le saca partido a los churros y al arte. Es toda una estratega.

Claudia rió de nuevo, disfrutando del tono despreocupado que había vuelto a instalarse entre ellos.

El coche de Xavi estaba aparcado frente al edificio, con música suave sonando en la radio y el maletero ya preparado. Claudia se acomodó en el asiento del copiloto, sintiéndose extrañamente ligera por primera vez en semanas.

—¿Me vas a decir a dónde vamos? —preguntó, mirando a Xavi mientras él arrancaba.

Él sonrió, sus ojos fijos en la carretera.

—No.

Claudia suspiró, cruzando los brazos sobre el pecho.
—Eres imposible.

—Y tú necesitas aprender a relajarte. Vamos, Claudia, confía un poco en mí.

Y, por extraño que pareciera, Claudia lo hizo.

Cuando el coche finalmente se detuvo, Claudia parpadeó, sorprendida. Frente a ellos había una pequeña cabaña de madera, rodeada por un bosque denso y bañada por el sol. Era como sacada de un cuento, con una chimenea humeando suavemente y una terraza que daba a un pequeño lago.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Claudia, todavía asimilando el paisaje.

—Es de un amigo. Me la presta de vez en cuando. Pensé que sería el lugar perfecto para desconectar.

Claudia salió del coche, respirando profundamente el aire fresco y frío de la montaña. Había algo en ese lugar que era casi mágico.

—¿Qué te parece? —preguntó Xavi, acercándose a ella con las manos en los bolsillos.

Claudia lo miró de reojo, tratando de no parecer demasiado impresionada. —Aceptable.

Xavi soltó una risa grave, esa que siempre hacía que un escalofrío recorriera la espalda de Claudia.

—Aceptable, dice… Dame un par de horas, y cambiarás de opinión.

Entraron en la cabaña, que era acogedora y cálida, con muebles rústicos y una enorme alfombra junto a la chimenea. Mientras Xavi se encargaba de echar leña al fuego, Claudia se quitó la chaqueta y exploró el lugar, sintiéndose extrañamente tranquila.

—Voy a preparar algo de comer —anunció Xavi.

Claudia se dejó caer en el sofá, observándolo mientras se movía por la cocina con una naturalidad que solo hacía que lo encontrara más atractivo.

—¿Siempre eres tan organizado? —preguntó, apoyando el mentón en una mano.

—También tengo mis desastres —respondió él, sin mirarla.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

Xavi se giró, con una sonrisa traviesa en los labios. —Tú.

Claudia sintió cómo el calor subía a sus mejillas, pero no respondió. En lugar de eso, aceptó la copa de vino que él le ofrecía y dejó que el silencio cómodo se instalara entre ellos.

La cena fue sencilla pero deliciosa: pasta con una salsa cremosa que Xavi preparó de memoria, acompañado de pan caliente y más vino. Para cuando terminaron, Claudia experimentaba una relajación que hacía mucho que no sentía.

Ambos se sentaron frente a la chimenea, con las llamas proyectando sombras cálidas en la habitación. Claudia estaba acurrucada en una manta, mientras Xavi estaba reclinado en la alfombra, con un vaso de vino en la mano.

—No te imaginas cuánto necesitaba esto —admitió Claudia, rompiendo el silencio.

Xavi la miró, con una calidez en sus ojos que la hizo sentirse vulnerable y segura al mismo tiempo.

—Me alegra haber insistido.

El silencio volvió a caer, pero esta vez estaba cargado de algo más. Claudia sentía la mirada de Xavi sobre ella, y cuando finalmente lo miró, el aire pareció volverse más denso.

—Claudia… —murmuró él, acercándose ligeramente.

—¿Sí? —respondió ella, su voz apenas un susurro.

Xavi alargó una mano, apartando un mechón de cabello que caía sobre su rostro. Su toque era suave, casi reverente, y Claudia sintió cómo su corazón se aceleraba.

—Eres increíblemente bonita —dijo, su voz baja y cargada de deseo.

Antes de que pudiera responder, Xavi cerró la distancia entre ellos, sus labios encontrando los de ella en un beso lento, profundo y lleno de todo lo que habían contenido hasta ahora.

Claudia se dejó llevar, perdiéndose en la calidez de su abrazo, en el sabor del vino en sus labios, en el calor de las llamas que crepitaban delante de ellos.

El beso de Xavi era todo lo que Claudia no sabía que necesitaba: lento al principio, lleno de una promesa contenida, pero pronto se volvió más profundo, más urgente, como si ambos hubieran estado conteniéndose demasiado tiempo. Las manos de él la sujetaron con firmeza, una en la

cintura y la otra en su nuca, acercándola más, haciéndola olvidar todo salvo el momento.

Claudia sintió el calor de las llamas de la chimenea en su piel, pero era nada comparado con el calor que Xavi despertaba en su cuerpo. Cuando se separaron apenas un segundo para tomar aire, sus ojos se encontraron, y en esa mirada había tantas emociones que a Claudia le costaba nombrarlas todas.

—Dime que pare —murmuró él, con la voz ronca, pero su tono indicaba que no tenía intención de detenerse si ella no lo hacía.

Claudia negó con la cabeza, apenas capaz de formar palabras.
—No pares.

Esas dos palabras parecieron romper cualquier resistencia que quedara entre ellos. Xavi la besó de nuevo, esta vez con más intensidad, sus labios explorando los de ella mientras sus manos se movían por su cuerpo, trazando cada curva a través de la fina tela de la camiseta que llevaba.

Claudia se aferró a sus hombros, sintiendo los músculos tensos bajo sus dedos, la fuerza contenida en cada movimiento de Xavi. Cuando sus manos se deslizaron bajo la manta que la envolvía, subiendo lentamente por sus costados hasta alcanzar el borde de su camiseta, Claudia se arqueó ligeramente hacia él, invitándolo a continuar.

—Claudia… —susurró él contra sus labios, su voz cargada de deseo, pero también de una ternura que la desarmó por completo.

Ella respondió inclinándose hacia atrás, dejando que la manta cayera al suelo, sus manos moviéndose con decisión hacia los botones de la camisa de Xavi. El tejido suave cedió bajo sus dedos, revelando la piel cálida de su pecho. Lo recorrió con las manos, disfrutando de la sensación de los músculos firmes bajo su palma, mientras Xavi dejaba escapar un suspiro bajo y gutural que resonó en su pecho.

La alfombra junto a la chimenea se convirtió en su mundo. Xavi la guió hacia abajo con cuidado, como si fuera algo frágil, pero la intensidad en sus ojos decía todo lo contrario. Cuando sus labios se movieron desde su boca hasta su mandíbula, y luego descendieron por la curva de su cuello, Claudia dejó escapar un suspiro tembloroso, incapaz de controlar la ola de sensaciones que la recorrían.

Sus dedos encontraron el borde de la camisa de Xavi y la empujaron hacia arriba, sus movimientos impacientes mientras él se la quitaba de un tirón, arrojándolo al suelo sin preocuparse de dónde caía. Ahora con el torso desnudo, Xavi se inclinó sobre ella, sus manos firmes pero suaves al recorrer su cuerpo.

—Eres preciosa —murmuró, sus labios rozando la piel de su clavícula antes de bajar lentamente por el centro de su pecho.

Claudia sintió que el aire la abandonaba cuando los labios de Xavi llegaron al borde de su camiseta. Con cuidado, él la levantó lo justo para besar la piel expuesta, enviando un escalofrío por todo su cuerpo. Con un movimiento decidido, Claudia se desabrochó el sujetador.

Los dedos de Xavi la ayudaron a deshacerse de la prenda, y cuando finalmente quedó desnuda ante él, sintió el peso de su mirada recorrer cada centímetro de su piel, cálida e intensa, como una llama que no quemaba pero encendía todo a su paso.

—No me mires así —susurró ella, intentando sonreír, aunque su voz traicionaba la vulnerabilidad que sentía en ese momento, tan entregada y expuesta.

Xavi negó suavemente con la cabeza, inclinándose hacia ella. Sus labios volvieron a encontrar los suyos, esta vez con una pasión cruda y envolvente que le robó el aliento.

—No puedo evitarlo —murmuró contra su boca, como si esas palabras fueran una confesión y una promesa al mismo tiempo.

Las manos de él se movieron con una mezcla perfecta de paciencia y urgencia, explorando cada centímetro de su piel, como si estuviera memorizándola. Cuando sus labios siguieron el rastro de sus dedos, bajando por su abdomen y deteniéndose justo antes de la cinturilla de sus pantalones, Claudia sintió cómo su cuerpo se tensaba, cada nervio al borde.

—Xavi… —murmuró, y él levantó la mirada hacia ella, sus ojos oscuros llenos de una devoción que la hizo sentir más desnuda que la falta de ropa.

—Dime qué quieres, Claudia —susurró, su voz baja y grave, mientras sus manos jugueteaban con el borde de sus pantalones.

Claudia lo miró, dejando que sus dedos se enredaran en su cabello.
—Te quiero a ti.

Esa declaración fue todo lo que Xavi necesitó. Con movimientos firmes pero llenos de cuidado, se deshizo de la ropa que quedaba entre ellos, sus cuerpos encontrándose por completo por primera vez. El calor de las llamas iluminaba sus pieles, sus sombras danzando en las paredes como si también fueran parte de su pasión.

Xavi trazó un sendero ardiente con sus labios desde la clavícula de Claudia hasta el valle entre sus pechos, deteniéndose para saborearla lentamente. Su lengua dibujó círculos en torno a sus pezones erectos, atrapándolos entre suaves mordiscos que hicieron que Claudia se arqueara instintivamente, un gemido ahogado escapando de sus labios.

—Dios… Xavi… —jadeó, aferrándose a su cabello mientras él descendía aún más, devorando cada parte de su piel con una reverencia que la hizo temblar.

—Me encanta cómo reaccionas a cada toque —susurró él, su voz ronca y cargada de deseo.

Sus manos, grandes y firmes, se deslizaron por sus caderas, agarrándolas con una mezcla de delicadeza y posesión, como si no pudiera decidir si la quería cuidar o consumir por completo. Los dedos de Xavi se detuvieron en el borde de la fina tela de su ropa interior, sus ojos oscuros clavados en los de Claudia mientras esperaba algún indicio para seguir.

Claudia lo miró, perdida en el deseo. Sin decir nada, levantó ligeramente las caderas, dándole permiso. Él sonrió con esa mezcla irresistible de ternura y lujuria antes de bajar la prenda lentamente, dejando un rastro de besos húmedos a lo largo de sus muslos.

Cuando quedó completamente expuesta ante él, el aire pareció electrificarse. Los ojos de Xavi se detuvieron un momento en su cuerpo desnudo, admirándola con una intensidad que hizo que Claudia sintiera calor en cada rincón de su piel.

—Eres perfecta, Claudia… —susurró antes de inclinarse de nuevo hacia ella.

Sus labios encontraron los suyos, y el beso fue más profundo esta vez, lleno de una promesa implícita. El cuerpo de Xavi, cálido y firme, se alineó con el de ella mientras se deshacía de sus propios pantalones. Claudia suspiró al sentir su erección presionando contra su vientre, su necesidad palpable igualando la de ella.

Claudia lo acarició lentamente, sus dedos explorando con descaro, deleitándose con los gruñidos bajos que él emitía. Xavi cerró los ojos por un momento, intentando mantener el control, pero la paciencia parecía haber llegado a su límite.

—No puedo esperar más… —confesó, con voz ronca.

—Entonces no esperes —le respondió ella con urgencia.

Él guió sus caderas con cuidado, sus cuerpos finalmente uniéndose en un movimiento lento pero profundo. El primer contacto fue devastador para ambos. Claudia contuvo el aliento, aferrándose a los hombros de Xavi mientras una ola de placer puro la recorría de arriba abajo.

Los movimientos de Xavi fueron lentos al principio, explorándola, conectando en un nivel más allá del simple deseo físico. Sus ojos nunca se apartaron de los de ella, creando una corriente de intimidad que los envolvía en un mundo solo para ellos. Los jadeos suaves de Claudia se mezclaban con los gruñidos profundos de Xavi, mientras el ritmo entre ellos se aceleraba poco a poco.

Claudia sentía cómo cada roce, cada embestida, encendía fuegos en su interior. Su cuerpo se estremecía, atrapado en esa delgada línea entre el placer y el clímax inevitable. Las uñas de ella volvieron a marcar la espalda de Xavi, quien se inclinó hacia abajo, atrapando uno de sus pezones entre los labios mientras se movía más rápido, más profundo.

—Xavi… —gimió ella, temblando mientras la presión en su vientre aumentaba—. No pares, por favor…

Él obedeció, sus movimientos más intensos, pero nunca perdiendo esa mezcla de pasión y ternura. El calor entre ellos se intensificó hasta que Claudia no pudo contenerse más. Su cuerpo se arqueó completamente, un gemido fuerte y rasgado escapó de su garganta mientras alcanzaba el clímax, temblando bajo el peso del placer que la envolvía.

Xavi la siguió poco después, su cuerpo tensándose antes de dejarse ir, su rostro enterrado en el cuello de Claudia mientras gemía su nombre con una voz quebrada. Sus respiraciones entrecortadas llenaron la habitación, mezclándose con el crepitar del fuego en la chimenea.

Cuando ambos se calmaron, Xavi la abrazó, manteniéndola cerca, como si no quisiera separarse de ella nunca. Claudia apoyó la cabeza en su pecho, escuchando los latidos aún acelerados de su corazón.

—Salvatierra. Superaste por completo mis expectativas— susurró ella, sonriendo levemente.

Xavi rió suavemente, besando su frente.

—Esto es solo el principio, inspectora.

Horas después, Claudia despertó con la luz tenue del amanecer filtrándose por las ventanas. Xavi todavía dormía a su lado, su rostro relajado, una mano descansando sobre su cintura como si se negara a soltarla incluso en sueños.

Claudia lo observó en silencio, sintiendo cómo una sonrisa se formaba en sus labios. Había temido cruzar esa línea, pero ahora que lo había hecho, sabía que no había vuelta atrás.

Se inclinó hacia él, rozando sus labios contra los de Xavi en un beso suave. Él se despertó lentamente, sus ojos encontrando los de ella mientras una sonrisa perezosa aparecía en su rostro.

—Buenos días —murmuró, su voz ronca por el sueño.

Claudia respondió con un pequeño susurro.—Buenos días.

Xavi la atrajo hacia él, abrazándola mientras el sol comenzaba a iluminar la habitación. Ninguno de los dos dijo nada más. En ese momento, todo lo que necesitaban estaba allí, en el calor del otro.

Claudia cerró la puerta del coche, abrochándose el cinturón. Miró a Xavi con una media sonrisa.

—Xavi, ¿puedo decirte algo sin miedo a que te enfades?

Xavi, intrigado, frunció ligeramente el ceño mientras arrancaba el coche.

—Dime lo que tengas que decir, Claudia —respondió, aunque no pudo evitar ponerse un poco alerta.

Ella se giró hacia él, soltando la bomba sin rodeos:

—¡Vaya polvazo!

Hubo un segundo de silencio antes de que ambos estallaran en carcajadas. Xavi negó con la cabeza entre risas.

—¿De verdad creías que me iba a enfadar?

—Estaba segura de que no, Salvatierra, pero tenía que preguntarlo —contestó ella, encogiéndose de hombros, aún riendo—.

—Bueno, gracias por el cumplido —dijo Xavi, con una sonrisa traviesa—. ¿Tú crees que repetiremos?

—Ya veremos —respondió Claudia, burlona, mientras los dos seguían riendo de camino a casa.

El trayecto de vuelta a la ciudad estaba envuelto en una calma que ninguno de los dos quería romper. Claudia estaba apoyada contra la ventanilla del coche, mirando el paisaje pasar mientras sus pensamientos se mezclaban con los recuerdos de la noche anterior. La cabaña, las llamas de

la chimenea, el tacto de la piel de Xavi contra la suya... Era como si esa escapada hubiera sido un paréntesis en su vida, un lugar donde el tiempo y los problemas no existían.

Pero la realidad se estaba acercando, y Claudia lo sabía.

Xavi, por su parte, mantenía los ojos fijos en la carretera, pero su atención estaba dividida. Había algo en la expresión de Claudia, en la forma en que su cuerpo parecía más relajado pero su mirada más distante, que le hacía pensar que ya estaba preparándose para levantar de nuevo esas murallas que la protegían del mundo. Y, quizás, también de él.

—¿En qué piensas? —preguntó Xavi finalmente, rompiendo el silencio.

Claudia giró la cabeza hacia él, sonriendo levemente. —En lo caótica que será la semana.

Xavi soltó una risa baja, pero sus ojos seguían fijos en la carretera.
—¿Eso es lo que tienes en mente ahora?

—Soy práctica, Xavi. Ya sabes cómo soy.

—Lo sé —respondió él, con un tono que mezclaba comprensión y algo de resignación—

Claudia no respondió. Sus dedos jugueteaban con el borde de su jersey, un gesto inconsciente que Xavi ya había notado que hacía cuando estaba nerviosa.

Cuando llegaron al edificio, Clara estaba esperándolos con Valentina, quien salió corriendo hacia su madre.

—¡Mamá! ¡Xavi! —gritó, lanzándose hacia ellos con los brazos abiertos.

Claudia se agachó para recibirla, abrazándola con fuerza.
—Hola, mi cielo. ¿Te lo has pasado bien con Clara?

—Sí, pero te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti —respondió Claudia, cubriéndola de besos.

Valentina giró la cabeza hacia Xavi, con esa sonrisa traviesa que siempre lograba arrancar una risa de él.

—¿Tú también me has echado de menos?—Muchísimo —respondió Xavi, inclinándose para levantarla en brazos—. La próxima vez, te llevamos con nosotros.

Valentina soltó una risita, mientras Clara se acercaba con una sonrisa cómplice.

—Espero que el fin de semana haya sido bueno para vosotros —comentó, lanzándole una mirada a Claudia que dejaba claro que sabía más de lo que estaba diciendo.

Claudia se limitó a asentir, agradeciendo a Clara antes de despedirse y entrar al edificio con Valentina y Xavi a su lado.

Cuando finalmente llegaron al apartamento, Claudia sintió el peso de la rutina caer sobre sus hombros. Valentina corrió hacia su habitación, mientras Claudia se apoyaba en la encimera de la

cocina, suspirando profundamente.

Xavi se acercó por detrás, colocando suavemente las manos en su cintura.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz baja y preocupada.

—Sí, solo… ya sabes, la vida. —Claudia se giró para mirarlo, intentando sonreír. Pero Xavi no se lo tragó.

—Claudia…

Ella levantó una mano para detenerlo.

—No hagas eso. No me mires como si estuviera a punto de romperme.

Xavi frunció el ceño, pero no insistió. Sabía que Claudia tenía que lidiar con las cosas a su manera. En cambio, se inclinó y la besó suavemente en la frente.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Esas palabras, simples pero sinceras, hicieron que Claudia sintiera un nudo en la garganta. Pero antes de que pudiera responder, su móvil vibró sobre la mesa.

Lo tomó automáticamente, leyendo el nombre en la pantalla. Su rostro se endureció al instante.

—Es Pablo.

Xavi se tensó visiblemente.—¿Quieres que me quede?

Claudia negó con la cabeza, aunque la verdad era que no sabía qué quería. —No, mejor que hable con él a solas.

Xavi asintió, aunque la preocupación era evidente en sus ojos. Besó su mejilla y se dirigió hacia la puerta. —Llámame si necesitas algo.

Cuando Xavi salió, Claudia respiró hondo y respondió la llamada.

—Pablo, ¿qué quieres? —preguntó, con el tono profesional que usaba en interrogatorios.

—Claudia, necesito que confirmemos la hora para reunirnos esta semana —dijo Pablo, con esa voz calmada y arrogante que siempre lograba sacarla de sus casillas.

—¿Reunirnos? —repitió ella, entrecerrando los ojos.

—Sí, Claudia. Ya te lo dije. Estaré en Barcelona el miércoles, y quiero hablar sobre los tiempos de visita con Valentina.

—Pablo, ya te dije que esto no es algo que puedas decidir tu. Valentina no es un paquete que puedas recoger cuando te apetezca.

—No estoy decidiendo nada, Claudia. Solo quiero lo mejor para ella.

—¿Lo mejor para ella o lo mejor para ti? —espetó ella, incapaz de contenerse.

Pablo soltó un suspiro exasperado.

—Claudia, esto no es una discusión. Hablaremos el miércoles. Espero que puedas ser razonable.

La línea se cortó antes de que Claudia pudiera responder, dejándola con una mezcla de ira y frustración que parecía hervir bajo su piel.

Enfrentarse a Pablo no era tan sencillo como parecía. Había un tiempo en el que él tenía el poder de hacerla dudar de sí misma, y aunque ya no era esa mujer, una parte de ella temía que pudiera encontrar una forma de controlarla de nuevo.

Dejó el móvil sobre la mesa y se pasó una mano por el cabello, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en su pecho.

Esa noche, mientras Valentina dormía profundamente, Claudia se sentó en el sofá, mirando su teléfono sin saber si escribirle a Xavi. Parte de ella quería dejarlo fuera de todo aquello, pero otra parte sabía que él no lo permitiría.

Finalmente, recibió un mensaje de él:

Xavi: “¿Cómo estás?”

Claudia sonrió levemente, agradeciendo su tacto. Respondió:

Claudia: "Todo bien. Gracias, Xavi."

Sabía que Xavi no solo estaba preocupado por Valentina. Estaba preocupado por ella.

Claudia se recostó en el sofá, mirando el techo, preguntándose cómo haría para mantener todo bajo control. La cabaña ya parecía un recuerdo lejano, pero el calor de las manos de Xavi y el fuego en sus ojos seguían vivos en su memoria.

La realidad los había alcanzado, pero Claudia sabía que no quería enfrentarla sin él.

Con la reunión con Pablo acercándose, la tensión comenzó a aumentar. Claudia trataba de actuar con normalidad, enfocándose en su trabajo y en Valentina, pero Xavi podía ver cómo el estrés la afectaba.

Por las noches, cuando Valentina ya estaba dormida, Xavi solía aparecer en su puerta con una excusa cualquiera: un libro que quería devolverle, una botella de vino, o simplemente un "¿puedo quedarme un rato?" que siempre parecía desarmarla.

Y aunque Claudia intentaba mantener la distancia emocional, sabía que se estaba apoyando en él más de lo que había planeado. Cada gesto, cada palabra de Xavi parecía recordarle que no estaba sola, y aunque eso la aterraba, también la hacía sentir más fuerte.

Pero Pablo era una sombra que seguía acechando, y Claudia sabía que el miércoles marcaría un antes y un después.

Claudia apenas había dormido esa noche. Después de la llamada de Pablo, los recuerdos de su relación con él habían vuelto como una ola implacable, arrastrando consigo emociones que creía enterradas. No era solo el miedo lo que la mantenía en vela; era la rabia de que Pablo apareciera

ahora, con exigencias, después de haber desaparecido sin más.

Por la mañana, mientras Valentina terminaba su desayuno frente a los dibujos animados, Claudia se encerró en su dormitorio y marcó el número de su superiora, Laura Beltrán, la inspectora jefe con quien mantenía una relación de confianza que iba más allá del trabajo.

—Claudia, ¿todo bien? —preguntó Laura al responder, su voz firme pero cálida.

—Laura, necesito hablar contigo. Es algo personal.

—Claro, dime.

Claudia respiró hondo antes de comenzar.—Pablo ha vuelto. Quiere que Valentina pase tiempo con él en Madrid.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea antes de que Laura respondiera.
—¿Cómo lo estás llevando?

—No lo sé. Estoy… agotada, Laura. Entre el trabajo, Valentina y esto, siento que no puedo más.

—Claudia, escúchame. Eres una de las personas más fuertes que conozco, pero incluso los más fuertes necesitan un respiro. Si necesitas tiempo, pídelo. No te lo voy a negar.

Claudia apretó los labios, sintiendo cómo la tensión en su pecho aflojaba un poco.

—¿Podría tomarme unos días? Solo para pensar, organizarme.

—Por supuesto. Delegaremos tus casos en Marta y Pau. Tómate el tiempo que necesites, Claudia.

La llamada terminó con un suspiro de alivio. Claudia sintió que estaba permitiéndose algo que nunca hacía: apoyarse en los demás.

Una hora después, Clara llegó al apartamento. Su hermana pequeña era un torbellino: llegó con un vestido de lino blanco, un moño caótico en la cabeza y una bolsa llena de croissants recién horneados.

—¡Claudia! —exclamó al entrar, dejando la bolsa en la mesa y abrazándola con fuerza.

—¿A qué debo esta visita? —preguntó Claudia, aunque en el fondo sabía que Clara había sentido su angustia incluso a través de un mensaje de texto.

—Valentina está en el cole, tienes ojeras del tamaño de la Sagrada Familia, has estado evitando mis llamadas y cuando llamé a la comisaría me dijeron que te habías cogido unos días... Así que, vine.

Clara se sentó en la mesa de la cocina, sirviendo dos cafés como si estuviera en su propia casa.

—¿Quieres hablar de Pablo? —preguntó con suavidad.

—No— Angustiada, añadió: —Es su padre, Clara, aunque me duela admitirlo.

Clara tomó un sorbo de café, mirando a su hermana con esos ojos que parecían leer todo lo que

no decía en voz alta.

—Claudia, entiendo que tengas miedo, pero no estás sola. No esta vez. Tienes a Mercedes, a mí… y a Xavi.

El nombre de Xavi hizo que Claudia alzara la mirada, sorprendida.

—Clara, no metas a Xavi en esto.

—¿Por qué no? Está claro que él te importa, Claudia. Y no me lo niegues, porque es evidente. Se nota en cómo lo miras, en cómo hablas de él, aunque intentes disimularlo. Y, por si no te has dado cuenta, tú también le importas a él, más de lo que imaginas. Solo hay que ver la manera en que te busca con la mirada o cómo se preocupa por cada detalle cuando estás cerca. No seas tan terca, no sigas poniendo barreras donde no las hay. A veces, las cosas buenas llegan sin avisar. ¿Por qué no permites que esto suceda?

Claudia suspiró, sabiendo que su hermana tenía razón. Pero admitirlo en voz alta era otra cosa.

A pocos metros de distancia, en el apartamento de Xavi, la situación no era mucho mejor. Había pasado la mañana intentando trabajar en su último guion, pero las palabras no fluían. Las imágenes de Claudia llenaban su mente: su sonrisa tímida, su mirada vulnerable cuando hablaba de Pablo, el calor de su cuerpo junto al suyo durante el fin de semana.

Había intentado concentrarse. Tenía la pizarra llena de notas y post-its con ideas, pero nada parecía encajar. Finalmente, frustrado, se levantó de la silla.

—Necesito despejarme —murmuró, agarrando sus auriculares y sus zapatillas deportivas.

Salir a correr era su forma de ordenar las cosas en su mente. Cruzó las calles de la Vila Olímpica, pasando por el Parc de la Nova Icària y siguiendo el paseo marítimo. El aire salado y la brisa del mar le ayudaban a liberar la tensión que llevaba acumulada.

A medida que corría, no podía evitar imaginar cómo sería todo si Pablo realmente insistía en su presencia en la vida de Valentina. La idea de que ese hombre pudiera perturbar la tranquilidad que habían empezado a construir lo llenaba de una mezcla de rabia y preocupación.

Cada zancada sobre el asfalto resonaba en su cabeza como un eco de pensamientos que no podía silenciar. Desde la llamada de Pablo, sentía que Claudia se había encerrado en una especie de caparazón. Y lo que más le dolía era que él no tenía cabida allí. No importaba cuánto intentara acercarse, sus palabras chocaban contra una barrera invisible que Claudia había construido para protegerse…

No podía evitar recordar el fin de semana en la cabaña. Las risas, las caricias, los momentos en los que ella se había permitido ser completamente vulnerable con él. Qué lejos le parecía todo eso ahora. Como si en lugar de días, hubieran pasado años. El recuerdo se le clavaba en el pecho, más por lo que significaba que por lo que ya no tenía. Porque, aunque no lo admitiera en voz alta, empezaba a temer que ese muro que Claudia había levantado no solo la protegiera de Pablo, sino también de él.

Esa noche, cuando Xavi llamó a la puerta de Claudia, ella lo recibió con una mezcla de sorpresa

y alivio.

—¿Te apetece sushi para cenar? —dijo él, levantando una bolsa con el delicioso aroma a comida japonesa recién preparada—. ¿Te gustaría cenar conmigo?

—Ummm, qué bien huele, me apetece mucho, Salvatierra.

Con Valentina profundamente dormida en su habitación, Claudia y Xavi se acomodaron en el sofá, con las piernas cruzadas como si estuvieran en su propio pequeño picnic. Xavi sacó varios boles que desprendían un delicioso aroma a comida japonesa recién preparada: sushi, gyozas, y un par de cajas de ramen humeante que prometían calidez en cada bocado.

La conversación comenzó ligera, girando en torno a cosas triviales, desde recomendaciones de series hasta anécdotas del día. Entre risas, ambos intentaron usar los palillos, aunque no sin torpeza. Cada fallo terminaba en carcajadas compartidas, con Xavi imitando exageradamente a un maestro de sushi y Claudia recuperando el trozo de sashimi que había dejado caer en el bol de soja.

A medida que la noche avanzaba y las risas se transformaban en sonrisas cómodas, Claudia empezó a sentirse más ligera. Algo en la tranquilidad de Xavi, en su forma de bromear sin pretensiones, le hacía bajar la guardia sin darse cuenta. El sofá, el calor de la comida, las cervezas y la conexión que iba creciendo entre ambos convirtieron esa noche en algo más que una cena. Era un momento para recordar.

—Tengo miedo —admitió finalmente, dejando su plato en la mesa.

Xavi la miró a los ojos.

—Es normal tener miedo, pero no tienes que enfrentarte a esto sola, Claudia. Estoy aquí, ¿de acuerdo?

Ella lo miró, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con aparecer. Pero antes de que pudiera decir nada, Xavi la envolvió en un abrazo, fuerte y cálido, como si quisiera protegerla de todo.

Claudia sintió que no tenía que cargar con todo sola.

Mientras tanto, Pablo...

En un elegante piso en el centro de Madrid, Pablo estaba sentado en su despacho, revisando unos papeles legales. Su nueva esposa, Camille, entró con dos copas de vino.

—¿Estás seguro de que esto es lo correcto? —preguntó ella, dejando las copas sobre la mesa.

Pablo miró la foto de Valentina en su escritorio y apretó los labios.
—Es mi hija. No puedo quedarme al margen.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que no era solo por Valentina. Parte de él quería recuperar algo que había perdido mucho antes de que Claudia lo echara de su vida.

La mañana siguiente comenzó con un aire tenso en el apartamento de Claudia. Aunque intentaba

mantener una fachada tranquila para Valentina, el peso de la reunión con Pablo la asfixiaba. Había dejado a su hija en el colegio más temprano de lo habitual, queriendo tomarse unos minutos para sí misma antes del encuentro.

Recibió en el móvil un mensaje de Mercedes: 'Todo va a salir bien'
—Si pasa algo, me llamas. Estoy pendiente de Valentina hasta que vuelvas.

Mientras caminaba hacia el café donde había quedado con Pablo, el sonido de sus propios pasos la hacía sentir vulnerable. Recordó las palabras de Xavi la noche anterior: “No tienes que enfrentarte a esto sola”. Aunque no lo admitiera, esas palabras la habían sostenido.

Cuando llegó al lugar, Pablo ya estaba allí, sentado en una mesa junto a la ventana, con un traje impecable y una taza de café delante. Parecía sacado de una revista de abogados exitosos, con esa confianza que siempre había tenido, pero que ahora se le antojaba más como arrogancia que como seguridad.

Claudia respiró hondo antes de acercarse.

—Pablo. —Su voz era firme, aunque por dentro su corazón latía con fuerza.

Él se levantó para saludarla, pero ella lo ignoró, sentándose directamente frente a él.

—No tengo mucho tiempo, así que hablemos claro. ¿Qué quieres?

Pablo levantó las manos, como si intentara apaciguarla.
—Claudia, no estoy aquí para pelear. Solo quiero… reconectar con mi hija.

—¿Reconectar? —Claudia dejó escapar una risa sarcástica—. ¿Después de tres años sin una sola llamada, un mensaje, nada?

—Sé que me equivoqué. Pero quiero arreglarlo.

Claudia lo fulminó con la mirada.

—¿Y cómo crees que se arregla algo así, Pablo? Valentina no te conoce. Eres un extraño para ella.

—Por eso quiero empezar poco a poco. Visitas, fines de semana. Que se acostumbre a mí.

Claudia sintió un nudo en el estómago.

—¿Y tu nueva familia? ¿Dónde encaja Valentina en eso?

—Claudia, no tienes que hacerlo tan complicado. Mis hijos también son sus hermanos.

—No, Pablo. Tú lo hiciste complicado al desaparecer corriendo hacia tu nueva vida. No voy a permitir que aparezcas y cambies la vida de Valentina como si nada.

Pablo frunció el ceño, visiblemente molesto.

—Claudia, tengo derechos legales como padre. Podríamos resolver esto de otra manera, pero estoy intentando hacerlo de forma civilizada.

El corazón de Claudia se aceleró. Ese era su temor desde el principio: que Pablo intentara usar la ley para forzar una relación.

—¿Derechos? —repitió, con la voz temblando de rabia—. La única razón por la que estoy aquí sentada es porque quiero proteger a mi hija. Si crees que puedes usar algún tribunal para obligarla a quererte, estás muy equivocado.

Pablo se inclinó hacia adelante, con el tono más suave, como si intentara apelar a su razón.

—Claudia, no quiero pelear contigo. Quiero hacer las cosas bien.

—Entonces empieza por ganarte la confianza de Valentina. Y de mí. Porque si intentas imponerte, te advierto que no me voy a quedar de brazos cruzados.

Pablo asintió lentamente, como si estuviera considerando sus palabras.
—Está bien. Empezaremos despacio.

Claudia no confió en esa respuesta. Pero, al menos por ahora, la conversación había terminado.

Estaba agotada después de la conversación con Pablo. No quería hablar con nadie, así que decidió enviar el mismo mensaje a los tres. Solo le apetecía recoger a Valentina, irse a casa con ella, abrazarla y estar juntas, sin nadie más. Así que escribió: "Todo bien. Me voy a casa con Valentina. Gracias por todo, hablamos mañana."

Cuando Xavi leyó el mensaje, no pudo evitar sentir un poco de decepción. Quería estar allí con ella, abrazándola y susurrándole "todo va a ir bien". Pero sabía que, si de verdad quería a Claudia, debía respetar su espacio y sus tiempos.

Era un domingo por la mañana cuando Pablo llamó a Claudia. Ella estaba en el parque con Valentina, observándola jugar con otros niños mientras disfrutaba del cálido sol de primavera. La llamada la tomó por sorpresa.

—Pablo —contestó, manteniendo su tono neutral, aunque el nombre aún le provocaba un leve nudo en el estómago.

—Claudia, he tomado una decisión.

Ella no respondió de inmediato, pero su mente ya había imaginado todo tipo de escenarios.

—¿Qué decisión?

—He decidido volver a Madrid. Camille, mi mujer, y yo creemos que es lo mejor para los gemelos y para nuestra estabilidad familiar.

Claudia sintió una mezcla de alivio y escepticismo, pero se limitó a responder con cautela.

—Entendido.

—Antes de irme, me gustaría despedirme de Valentina. Solo quiero verla una vez más antes de regresar.

Claudia lo pensó unos instantes. Valentina no parecía haber sido muy afectada por la breve interacción con Pablo, pero tampoco quería que su hija sintiera que algo se quedaba pendiente.

—Está bien. ¿Cuándo quieres verla?

—Mañana, en el parque donde siempre la llevabas. Será solo un rato, prometo no interferir más.

Claudia accedió, aunque sus instintos aún estaban alerta.

El lunes por la tarde, Claudia y Valentina llegaron al parque acordado. Pablo ya estaba allí, vestido con un abrigo elegante, el gesto serio pero algo relajado.

—¡Hola, Pablo! —exclamó la pequeña, con su entusiasmo infantil intacto.

Claudia observó desde una distancia prudente, manteniendo una vigilancia discreta mientras Pablo y Valentina hablaban. Por primera vez en mucho tiempo, él parecía genuino, atento a las historias de la niña y riendo con sus ocurrencias.

Cuando la despedida llegó, Pablo se arrodilló frente a Valentina y le dio un beso en la frente.

—Sé buena, ¿vale? Y escucha siempre a tu madre.

—¡Vale! —respondió Valentina con una sonrisa, antes de regresar corriendo hacia Claudia.

Claudia le dio una última mirada a Pablo antes de marcharse. Algo en su interior le dijo que este capítulo, de momento, estaba cerrado. Con Pablo fuera de sus vidas, las semanas que siguieron se sintieron como un respiro. Claudia notó cómo su relación con Xavi se fortalecía día a día. Había gestos simples, como las cenas improvisadas, las noches de película y los paseos en familia con Valentina, que le recordaban lo bien que encajaban.

El lunes siguiente, Claudia llegó temprano a la comisaría, con la mente más clara y lista para empezar la semana. Marta estaba esperándola con un café en la mano y un gesto tenso.

—Tenemos un caso. Es... complicado. Nos vamos. Te están esperando.

Claudia frunció el ceño, tomando el café mientras Marta le pasaba un expediente. La primera página mostraba fotos de una lujosa mansión en la parte alta de Barcelona.

—Vamos. Te lo explico por el camino. —La chica del servicio encontró esta mañana a toda la familia asesinada. Padre, madre, tres hijos.

Claudia sintió cómo su estómago se hundía al ver las imágenes. Las escenas eran brutales: la familia había sido encontrada en diferentes habitaciones, cada uno con heridas de arma blanca.

—¿Sabemos algo del móvil? —preguntó, tratando de mantener la profesionalidad mientras analizaba los detalles.

—Por ahora, nada claro. Pero... ¿has visto la foto de la habitación? Esa donde aparece un mensaje escrito con sangre en la pared. Es perturbador, ¿verdad? Dice: “La justicia llegará”. Algo así no se escribe sin un propósito. Es como si quien lo dejó quisiera enviar un mensaje directo, asegurándose de que nadie lo pasara por alto. Claudia sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Era un mensaje críptico, pero había algo en él que le resultaba inquietante.

—¿Quién es la familia?

—Los Castañeda. Empresarios conocidos en la ciudad. Tenían bastantes enemigos, pero aún estamos investigando.

Claudia cerró el expediente, tomando aire profundamente. Sabía que este caso iba a ser complicado, no solo por la brutalidad del crimen, sino por las implicaciones que podía tener.

Claudia llegó a la escena del crimen con paso firme, acostumbrada a esa rutina que jamás dejaba de ser perturbadora. Frente a la casa, una cinta amarilla de seguridad ya delimitaba el área. Los agentes uniformados controlaban el acceso, manteniendo alejados a los curiosos que se agolpaban en la acera. Respiró hondo antes de cruzar el perímetro, sabiendo que cada detalle de aquel lugar podía ser crucial para esclarecer lo ocurrido.

—Inspectora, la escena está asegurada —le informó uno de los agentes al acercarse—. La científica ya está trabajando en la inspección preliminar.

Claudia asintió y avanzó. En el interior de la casa, el ambiente era denso, como si el propio aire cargara con el peso del crimen. A primera vista, el desorden parecía casual, pero sus ojos entrenados notaron algunas incongruencias: un jarrón roto junto a la puerta, rastros de sangre que llevaban hacia una habitación del fondo. Los flashes de las cámaras fotográficas iluminaban intermitentemente el espacio mientras los peritos forenses tomaban imágenes desde diferentes ángulos.

—¿Posible hora de la muerte? —preguntó Claudia al forense, que estaba inclinado junto al cuerpo.

—Es un resultado preliminar, pero estimo un rango entre 24 y 48 horas. Necesitaré completar las autopsias para ofrecer una estimación más precisa.

—Recopilad todo. Huellas, pisadas, cualquier fibra o cabello extraño. No quiero que se nos escape nada.

Mientras los forenses seguían con su labor, Claudia sacó su cuaderno y comenzó a tomar notas. Sabía que cada paso debía estar documentado con precisión. Un pequeño error en el proceso podía comprometer todo el caso en el tribunal. Las herramientas especializadas brillaban bajo las luces forenses: pinzas, bolsas herméticas y lámparas ultravioleta, que revelaban rastros invisibles a simple vista.

Marta le señalo la inscripción de la pared—. Está cubierta por salpicaduras de sangre. "La justicia llegará".

Sabía que las respuestas estaban allí, ocultas entre las pruebas. Y ella se aseguraría de encontrarlas.

Claudia recorrió las habitaciones, examinando cada detalle. Las marcas de lucha en el suelo, los objetos rotos, las manchas de sangre. Todo hablaba de una violencia desmedida, pero también de algo planeado.

En la sala principal, donde se encontraba el cuerpo del padre, notó algo que llamó su atención:

un sobre en la mesa, dirigido a la comisaría.

—¿Alguien lo tocó? —preguntó, señalando el sobre.

—No. Lo encontramos ahí cuando llegamos —respondió Pau, que estaba tomando notas.

Claudia tomó el sobre con cuidado, usando guantes, y lo abrió. Dentro, había una papel escrito a mano:

"¿Sabes lo que hicieron? Ahora te toca a ti descubrir la verdad."

El mensaje era inquietante y parecía dirigirse a alguien en específico. Claudia se preguntó si era una advertencia para la familia asesinada o, peor aún, para alguien en la comisaría.

Mientras guardaba la carta en una bolsa de evidencia, su mente no dejaba de trabajar. ¿Quién había orquestado esto? ¿Y qué significaba realmente “la justicia llegará”

Esa noche, cuando regresó a casa, Xavi la estaba esperando con una cena ligera y una copa de vino.

—Pareces agotada —dijo él, observándola mientras se quitaba los zapatos y se dejaba caer en el sofá.

—El caso… es brutal. No puedo sacármelo de la cabeza.

Xavi se sentó a su lado, tomándole la mano. —No tienes que hablar de ello si no quieres.

Claudia lo miró, sintiendo cómo su tensión disminuía un poco. Se inclinó hacia él, dejando que la calidez de su cercanía la envolviera.

—Gracias, Xavi.

Él sonrió, acariciándole el cabello.

Mientras el caos seguía creciendo fuera, en ese momento, Claudia sintió que tenía un refugio en Xavi. Pero sabía que las sombras de este nuevo caso no tardarían en alcanzarlos.

Las luces de la ciudad iluminaban el salón de Claudia, donde ella y Xavi compartían una copa de vino. Era tarde, y el cansancio del día pesaba sobre sus hombros. Pero a pesar del agotamiento, Claudia no podía dejar de mirar a Xavi, que estaba sentado frente a ella, con la misma calma que siempre lograba equilibrar su caos interno.

—¿Por qué siempre pareces tan sereno? —preguntó, rompiendo el silencio.

Xavi levantó una ceja, divertido. —¿Sereno? Eso es solo práctica.

Claudia dejó escapar una pequeña risa. Se inclinó hacia él, dejando la copa en la mesa, y apoyó la cabeza en su hombro.

—Eres un misterio, Salvatierra.

—Y tú un terremoto, Claudia. —Xavi pasó un brazo por sus hombros, atrayéndola más hacia él.

El calor de su cercanía la reconfortaba, y por un momento, todo el horror del caso Castañeda quedó fuera de su mente.

—Hoy vi algo que no podré olvidar. —Confesó en un susurro.

Xavi no la presionó para que hablara, pero su silencio fue suficiente para que ella continuara.

—Esa casa… Era como entrar en una película de terror. La sangre, los cuerpos, ese mensaje en la pared… Nunca había visto algo tan frío, tan calculado.

Xavi la abrazó más fuerte, como si su cercanía pudiera alejar las imágenes que la perseguían.

Claudia levantó la vista hacia él, y en sus ojos vio algo más que apoyo. Había devoción, una ternura que la desarmaba cada vez más. Sin decir una palabra, se acercó a sus labios, besándolo lentamente, como si quisiera asegurarse de que ese momento fuera real.

El beso se volvió más intenso, y pronto el salón se llenó del sonido de sus respiraciones entrecortadas. Xavi la tomó de la cintura, mientras sus labios se buscaban con urgencia.

Pero antes de que las cosas se descontrolaran, Claudia se detuvo, apoyando la frente contra la de Xavi.

—No quiero que pienses que estoy huyendo del caso contigo.

—Claudia... si te estoy abrazando es porque quiero, no porque necesites una distracción. —Su voz era firme pero suave, cargada de una honestidad que la desarmó por completo. Le acarició la mejilla con los dedos, trazando un camino lento y cálido sobre su piel, como si quisiera transmitirle seguridad en ese simple gesto. Sus ojos se encontraron, y en ellos había una seriedad que no dejaba espacio a malentendidos—.

—No tienes que cargar con todo tú sola. Yo estoy aquí… y no voy a irme a ninguna parte.

Ella sonrió.

Los ojos de Claudia se oscurecieron un instante, atrapados en aquella mirada profunda que desarmaba cualquier duda. Sus labios se entreabrieron en un suspiro, y sin soltarlo, deslizó sus manos por su espada y fue bajando las manos…

—Sigue, susurró Xavi... —Su voz temblaba de deseo, rozando su nariz con la de ella en un gesto tan íntimo que hizo que la piel de Claudia se estremeciera.

La cercanía se hizo aún más palpable, como si el aire entre ambos se hubiera evaporado por completo. Xavi dejó que sus labios apenas tocaran los de ella, prolongando la tensión deliciosa del momento. Sus dedos se deslizaron por la curva de su espalda, deteniéndose justo en la base, donde su tacto envió un torrente de calor que la dejó temblando.

Claudia respondió a ese deseo con una audacia que hizo que el aire a su alrededor pareciera arder. Sus dedos temblaron apenas un instante antes de encontrar la cremallera del pantalón de Xavi, bajándola con una lentitud intencionada que hizo que él contuviera el aliento. Al deslizar su mano dentro, el calor de su piel se encontró con la firmeza ardiente de su erección.

Un suspiro profundo, casi un gruñido, escapó de los labios de Xavi, vibrando en el espacio entre ambos como una promesa. Cerró los ojos un instante, saboreando cada caricia, cada roce delicado pero cargado de intención. El control que solía dominar se desmoronó ante la forma en que Claudia lo tocaba, como si ella conociera exactamente lo que él necesitaba, lo que ambos necesitaban.

—Claudia… —murmuró con voz entrecortada, pero ella no se detuvo.

Los dedos de ella se deslizaron lentamente, explorándolo con una mezcla perfecta de curiosidad y deseo. Sus labios se acercaron al oído de Xavi, apenas rozando el lóbulo con un susurro cargado de tensión.

—Salvatierra… me pones a mil —murmuró, su voz cargada de una mezcla de deseo y diversión.

Xavi se echó a reír suavemente, pero el sonido pronto se desvaneció en un jadeo profundo cuando ella volvió a deslizar sus dedos por su piel ardiente. Él la miró, sus ojos brillando con una mezcla de lujuria y adoración.

—Eso es bueno saberlo —dijo con una sonrisa torcida, sus manos explorando ahora la curva de sus caderas, tirando de ella más cerca.

Claudia se dejó llevar por el calor que crecía entre ellos, sintiendo la presión firme del cuerpo de Xavi contra el suyo. Su corazón latía con tanta fuerza que apenas podía distinguirlo del de él. Sus manos se movieron con decisión, explorando cada línea de su pecho, los músculos tensos bajo sus dedos.

Él bajó la cabeza, dejando un rastro de besos ardientes por su cuello, cada uno más profundo que el anterior. Claudia cerró los ojos, mordiéndose el labio para no dejar escapar un gemido que amenazaba con romper el aire cargado de tensión entre ellos.

El mundo alrededor se desvaneció. No existían el caso. Solo ellos, enredados en una urgencia desbordante, donde sus cuerpos se entendían sin necesidad de palabras. El calor subió como una ola imparable, atrapándolos en una espiral donde el control no tenía cabida y solo quedaba el deseo compartido.

A la mañana siguiente, Claudia regresó a la comisaría, donde Pau y Marta ya estaban sumidos en la investigación. En el tablón de la sala de reuniones, habían colgado fotos de la escena del crimen, detalles de las pruebas y un organigrama de los posibles implicados.

—¿Alguna novedad? —preguntó Claudia, dejando su bolso sobre la mesa.

—Sí, y ninguna buena —respondió Marta, señalando una foto ampliada del mensaje en la pared.

"La justicia llegará."

—Hemos analizado la caligrafía, pero no coincide con ninguno de los antecedentes de los Castañeda ni con sus empleados. Además, la sangre utilizada pertenece al padre, Alejandro Castañeda.

Claudia sintió un escalofrío.

—Entonces el asesino quiso enviar un mensaje claro. No es solo un crimen pasional. Es algo más

grande.

Pau asintió, mostrando un informe forense.

—El análisis confirma que los niños fueron sedados antes de ser asesinados —informó Marta, con el rostro más serio de lo habitual—No sufrieron.

Claudia cerró los ojos por un momento, apretando los labios para contener la mezcla de rabia y tristeza que la invadía.
—¿Y los padres?

—Aquí viene lo más inquietante: los cortes en los cuerpos indican que el asesino tenía experiencia. Sabía exactamente dónde cortar para maximizar el sufrimiento sin matarlos de inmediato.

—¡Qué horror! —exclamó, llevando una mano a la boca, incapaz de procesar la crudeza de lo que escuchaba.

—Misma sustancia en el sistema —continuó él, con un tono sombrío—, pero en una dosis mínima. Estaban conscientes durante el ataque. Quienquiera que fuera, quería verlos sufrir.

Valentina frunció el ceño, su mente inquieta trabajando rápidamente mientras procesaba las palabras.

—¿Quizás los torturaron para sacarles información? —preguntó con una mezcla de curiosidad y espanto, buscando respuestas en sus ojos.

El silencio que siguió fue aún más pesado, cargado de la posibilidad de que aquella teoría no estuviera tan lejos de la verdad.

Claudia apretó los puños, sintiendo una rabia contenida.

—¿Qué hay del sobre que encontramos en la mesa?

Marta abrió un archivo en su portátil.

—Lo analizamos, pero no encontramos huellas claras. Sin embargo, en el reverso de la carta había restos de ceniza, como si el papel hubiera estado cerca de una chimenea o una fogata.

Claudia frunció el ceño, tratando de conectar las piezas.

—¿Y los enemigos de los Castañeda? ¿Tenemos algo?

Pau se levantó y señaló una lista en el tablón.

—Hay docenas de posibles sospechosos. Alejandro Castañeda era un empresario sin escrúpulos. Sobornos, despidos masivos, pleitos con exsocios… La lista es interminable.

—Pero no todos los enemigos planean un asesinato tan metódico —intervino Marta—. Esto no fue un crimen impulsivo. Fue una ejecución.

Claudia asintió, sintiendo el peso del caso sobre sus hombros.

—Tenemos que encontrar un nexo entre las víctimas y el mensaje. Alguien quiere que descubramos algo, pero no nos lo va a poner fácil.

Esa noche, Claudia regresó a casa más tarde de lo habitual. Encontró a Valentina dormida en su habitación y a Xavi sentado en el sofá, con un guion en el regazo.

—¿Te quedaste todo el día aquí? —preguntó, sorprendida.

Xavi levantó la vista y sonrió.

—Me estaba inspirando. Además, Valentina me hizo prometer que jugaríamos a las muñecas antes de cenar.

Claudia dejó escapar una risa suave, sintiendo cómo la tensión del día se desvanecía ligeramente.

—Gracias, Xavi. Por todo.

—No tienes que agradecerme nada. —Él se levantó y se acercó a ella, rodeándola con los brazos —. ¿Quieres hablar de tu día o prefieres que hablemos de cualquier otra cosa?

—Prefiero que me recuerdes que hay cosas buenas en este mundo —respondió, apoyándose en su pecho.

Xavi la besó en la coronilla.

—Entonces ven. Te tengo una sorpresa.

La llevó al balcón, donde había colocado unas velas y una pequeña mesa con un plato de pasta casera y una botella de vino.

—No es mucho, pero pensé que necesitabas algo para relajarte.

Claudia lo miró, sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas.

La velada transcurrió entre risas y miradas llenas de complicidad. Y aunque el caso de los Castañeda seguía rondando en la mente de Claudia, esa noche decidió dejarlo a un lado y simplemente disfrutar del hombre que había transformado su mundo.

Al día siguiente, una llamada de Marta la sacó de su breve paz.

—Claudia, encontramos algo importante.

—¿Qué? —Una conexión entre los Castañeda y un caso de hace cinco años. Una empleada despedida sin indemnización. Su esposo se suicidó poco después, y el caso quedó enterrado.

Claudia sintió cómo su corazón latía con fuerza.

—¿Tienes nombres? —Sí. Rosa López, la empleada. Su esposo era Ramón Bermejo. Trabajaba como maestro carpintero.

—¿Rosa sigue en Barcelona? —Eso es lo interesante. Hace tres años desapareció del radar, pero

hay registros de que alguien con su nombre compró una propiedad en la montaña hace poco.

Claudia asintió, sintiendo que estaban más cerca de la verdad.

—Envía la dirección. Vamos a investigar.

Mientras colgaba, Claudia sabía que las cosas estaban a punto de intensificarse. Pero esta vez, sentía que podía enfrentar lo que fuera, porque no estaba sola.

La investigación de los Castañeda había absorbido a Claudia por completo. Los días se le mezclaban entre reuniones interminables, análisis de pruebas y pistas que parecían conducir a un callejón sin salida. Pero lo que realmente la estaba desbordando era el peso emocional del caso. No podía sacarse de la cabeza las imágenes de los tres niños, sus rostros inocentes congelados en un último instante de terror.

No era la primera vez que lidiaba con un asesinato múltiple, pero esto era diferente. Había algo profundamente personal que la conectaba con este caso, algo que no quería admitir ni siquiera a sí misma.

—Claudia, necesitas dormir —le dijo Marta una noche, después de una jornada que se había extendido hasta bien entrada la madrugada.

Claudia negó con la cabeza, apretando los labios mientras revisaba por quinta vez las declaraciones de los vecinos de los Castañeda.
—No puedo. Algo se me está escapando, Marta. Hay un nexo que no estamos viendo.

Marta suspiró, pero sabía que no tenía sentido discutir con ella.
—Solo prométeme que te cuidarás. No puedes resolver este caso si te rompes en el proceso.

Claudia asintió sin mirar a su compañera, sus ojos fijos en las fotografías del crimen.

Mientras tanto, en el apartamento de Claudia, Xavi había asumido el papel de cuidador a tiempo parcial. Valentina, con su energía inagotable, había decidido que Xavi era su compañero oficial de juegos.

—¡Xavi, mira! —gritó la niña desde el suelo del salón, donde estaba construyendo una torre de bloques que desafiaba todas las leyes de la física.

—Impresionante, terremoto. Pero si sigues subiendo, vas a necesitar un permiso de construcción —bromeó él, sentado en el sofá con su portátil en el regazo.

Valentina soltó una carcajada y siguió añadiendo bloques. Xavi observó a la niña con una mezcla de cariño y admiración. Había algo en su inocencia que le hacía olvidar, aunque fuera por un momento, todos los problemas del mundo exterior.

Pero mientras Valentina llenaba la casa de risas, Xavi no podía dejar de pensar en Claudia. Sabía que el caso la estaba destrozando por dentro. Había algo en su voz cada vez que hablaban por teléfono, una fragilidad que ella intentaba esconder bajo su habitual fortaleza.

Eran las dos de la madrugada cuando el móvil de Xavi vibró. Se había quedado dormido en el sofá, con el portátil abierto sobre él. Al ver el nombre de Claudia en la pantalla, sintió una

punzada de preocupación.

—Claudia, ¿estás bien? —preguntó, su voz grave y cargada de sueño.

—Xavi… —La voz de ella sonaba apagada, casi temblorosa—. Necesito que vengas a buscarme.

Xavi se sentó, ya completamente despierto.

—Claro, dime dónde estás.

—En la comisaría. Es que… —Claudia hizo una pausa, y él pudo escuchar cómo exhalaba profundamente—. No quiero volver sola a casa.

La confesión lo sorprendió. Claudia no era del tipo de persona que pedía ayuda, mucho menos de esa manera. Pero no perdió ni un segundo.

—Voy en camino. Dame quince minutos.

—Xavi… Valentina está durmiendo. No la puedes dejar sola.

—No te preocupes, la subo al coche conmigo. Estará segura.

Claudia sintió cómo un nudo de emoción se formaba en su garganta. Xavi siempre sabía qué decir para hacerla sentir que todo estaría bien.

Cuando Xavi llegó a la comisaría, Claudia estaba esperándolo en la entrada, con los brazos cruzados y el rostro visiblemente cansado. Vestía sus jeans oscuros y su anorak north face que siempre usaba cuando el frío apretaba, pero esta vez no había ni rastro de la confianza que solía irradiar.

—Gracias por venir —dijo mientras subía al coche, evitando mirarlo directamente.

En el asiento trasero, Valentina dormía profundamente, envuelta en su mantita de unicornios, con la cabeza apoyada en su pequeño peluche favorito.

—Siempre vendría, Claudia —respondió Xavi con suavidad, arrancando el motor.

El camino a casa transcurrió en silencio al principio. La ciudad estaba desierta, y las luces de las farolas proyectaban sombras alargadas sobre las aceras vacías.

—¿Quieres hablar de lo que te pasa? —preguntó finalmente Xavi. Cogió la mano de Claudia y la llevó a su regazo.

Claudia exhaló un suspiro, dejando que sus hombros cayeran.
—No sé si puedo seguir viendo cosas como las de este caso. No sé cómo cerrar los ojos sin ver a esos niños…

Xavi apretó el volante con más fuerza, sintiendo la impotencia de no poder aliviar su dolor. —Sé que amas tu trabajo, pero no te defines solo por ello. No tienes que ser invencible.

Ella lo miró, sorprendida por sus palabras. Nadie le había dicho algo así antes.

—A veces siento que sí tengo que serlo. Por Valentina, por mi equipo…

El resto del camino lo hicieron en silencio, pero esta vez, era un silencio más cálido, más reconfortante.

Cuando Xavi terminó de dejar a Valentina arropada en su cama, volvió al salón, donde encontró a Claudia con la mirada perdida en la ventana. Ella sostenía una copa de vino que apenas había tocado, y su postura, habitualmente recta y firme, estaba ligeramente encorvada, como si el peso de todo lo que llevaba dentro la estuviera aplastando.

—Gracias por venir.

—Siempre lo haré.

—Xavi… —comenzó, girándose hacia él con una expresión que mezclaba vulnerabilidad y decisión—. No quiero estar sola esta noche.

Xavi parpadeó, sorprendido por su franqueza, pero no dudó ni un segundo.
—Entonces no lo estarás.

Claudia asintió, dejando la copa sobre la mesa. Sin decir nada más, se acercó a él, posando una mano en su brazo.

—Gracias. Por quedarte.

Él la miró, permitiéndose un pequeño gesto de ternura: deslizó los dedos por su cabello, apartando un mechón de su rostro.
—No tienes que darme las gracias.

Después de unos segundos en silencio, Claudia murmuró:
—Voy a darme una ducha rápida.

Xavi asintió, observándola desaparecer por el pasillo. Cuando escuchó el sonido del agua corriendo, suspiró profundamente, tratando de calmar la mezcla de emociones que sentía. Claudia lo estaba dejando entrar, y aunque sabía que debía manejar la situación con cuidado, no podía evitar sentir la chispa de deseo que siempre le provocaba estar cerca de ella.

Decidió que también aprovecharía para ducharse. El día había sido largo y, si iba a quedarse, quería estar cómodo. Se dirigió al baño de invitados, donde se dio una ducha rápida que lo ayudó a despejar la mente… o al menos, lo intentó.

Cuando salió, encontró una pila de ropa limpia. Eligió un pantalón de pijama de rayas azules y blancas que, aunque no era su estilo y le quedaba pequeño, decidió ponerse y resultó ser increíblemente cómodo. Con el cabello aún húmedo y los pies descalzos, caminó hacia el dormitorio de Claudia, donde el olor a su perfume lo envolvió de inmediato.

El cuarto era acogedor: paredes de un blanco roto, una cama grande con sábanas blancas y un edredón gris, y una luz tenue que creaba un ambiente íntimo. Xavi se sentó en la cama, esperando pacientemente, aunque no pudo evitar que su mente divagara hacia el baño donde Claudia estaba.

Minutos después, la puerta del baño se abrió. Claudia entró con pasos silenciosos, con el cabello

húmedo cayendo sobre sus hombros. Llevaba una camiseta blanca, fina, que dejaba poco a la imaginación, y unas braguitas rosas que resaltaban su piel bronceada. La luz suave del cuarto acentuaba sus curvas de una manera que dejó a Xavi completamente sin palabras.

—Espero que no te importe que me ponga cómoda —dijo con un leve tono de humor, notando cómo él no podía apartar la mirada.

—Por supuesto que no —respondió Xavi, aclarando su garganta y desviando la mirada con una leve sonrisa.

Claudia apagó la luz principal y dejó encendida una pequeña lámpara de noche. Se metió en la cama, moviéndose hacia el lado donde Xavi la esperaba. Sin dudarlo, se acomodó junto a él, apoyando la cabeza en su pecho y envolviendo sus brazos alrededor de su torso.

Xavi se quedó inmóvil por un momento, atrapado entre la ternura de la situación y el innegable efecto que el cuerpo de Claudia tenía sobre él. Sentirla tan cerca, con su respiración tranquila y su calor envolviéndolo, lo estaba volviendo loco. Pero sabía que esa noche no era sobre él ni sobre el deseo que lo consumía. Era sobre Claudia, sobre darle el refugio que necesitaba.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja, sus dedos acariciando suavemente su brazo.

Claudia asintió, cerrando los ojos.

—Sí… pero no quiero pensar en nada más ahora. Solo quiero estar aquí, contigo.

Xavi apretó los labios, tragándose las ganas de besarla, de hacerle saber cuánto la deseaba.

—Entonces duerme, Claudia. Estoy aquí.

—Prométeme que no te moverás —murmuró ella, casi en un susurro, ya entrelazando sus piernas con las de él.

—No me voy a ninguna parte.

Claudia sonrió débilmente contra su pecho, su cuerpo relajándose mientras el cansancio empezaba a vencerla.

Xavi, por su parte, pasó la noche en una especie de tormento dulce.

Sentir a Claudia tan cerca, oír su respiración tranquila, y saber que confiaba en él lo llenaba de calidez. Pero también lo mantenía despierto, luchando contra el deseo de moverse, de besarla…

Con el amanecer, Xavi finalmente se permitió cerrar los ojos, con el corazón lleno y el cuerpo agotado. Estaba seguro de una cosa: no había lugar en el mundo donde preferiría estar que allí, con Claudia y su pequeña familia improvisada.

El sol apenas había comenzado a filtrarse por las persianas cuando Claudia sintió el peso de un brazo sobre su cintura. Durante unos segundos, se permitió disfrutar del calor de Xavi, de la forma en que su respiración tranquila rozaba su cuello. Pero el sonido inconfundible de la alarma de su móvil la devolvió bruscamente a la realidad.

—Xavi, despierta —susurró, dándole un suave empujón en el hombro.

—Mmm… cinco minutos más —gruñó él, enterrando la cara en la almohada.

Claudia bufó, pero una sonrisa juguetona apareció en sus labios.
—Xavi, ¡en serio! Mercedes está a punto de llegar, y no quiero que te encuentre en mi cama.

El comentario surtió efecto inmediato. Xavi abrió los ojos, parpadeando mientras se incorporaba en la cama. Su cabello estaba desordenado, y aún tenía marcas de la almohada en la mejilla.

—Sabes, Claudia, cada vez más me siento como si fuera un adolescente —murmuró, bostezando mientras se pasaba una mano por el rostro—. "Corre, que viene Mercedes; cuidado, que Valentina no nos pille…" ¿Qué sigue? ¿Esconderme en el armario?

Claudia lo fulminó con la mirada, pero no pudo evitar que una carcajada escapara de sus labios.

—Pues no te vendría mal. Aunque con ese pijama a rayas, dudo que pases desapercibido.

—¿Qué pasa con mi pijama? —preguntó Xavi, fingiendo indignación mientras se levantaba de la cama y se estiraba.

— ¡Que es mío!

Él arqueó una ceja y se acercó a ella con una sonrisa pícara.
—Claudia, siento mucho que mi pijama no sea de tu agrado. Pero en cambio a mí me encanta tu camiseta. —Su mirada descendió deliberadamente—. Puedo ver perfectamente tus pezones erectos.

Claudia sintió cómo el calor subía por su cuello hasta sus mejillas, pero se negó a retroceder.

—¿En serio? ¿De eso tienes ganas ahora?

—Siempre tengo ganas de ti —respondió él, inclinándose para susurrar en su oído—. Pero esta noche, me ocuparé de ellos como se merecen. Ahora, voy a mi casa a darme una ducha helada antes de que Valentina se despierte.

Antes de que Claudia pudiera replicar, Xavi le dio un beso rápido en la mejilla y salió del dormitorio con pasos sigilosos, dejando un rastro de calor y un hormigueo en su piel.

Cuando se giró hacia la cama para recoger las sábanas desordenadas, se dio cuenta de que estaba sonriendo como una tonta. Pero la tranquilidad duró poco. La voz alegre de Valentina resonó desde el pasillo.

—¡Mamá! ¿Estás despierta? —¡Sí, cariño! Estoy en mi habitación, vistiéndome —respondió, moviéndose rápidamente para ponerse unos pantalones cortos y evitar más preguntas incómodas.

Horas más tarde, Claudia ya estaba inmersa en la comisaría, el caos de la mañana quedando como un lejano recuerdo. El caso de los Castañeda había adquirido un cariz aún más oscuro. A pesar de las horas invertidas y las pistas recopiladas, seguían sin identificar a un sospechoso claro.

En la sala de reuniones, el ambiente era tenso. Claudia repasaba las fotografías de la escena del crimen, colocándolas en la pizarra junto a un cronograma de los eventos.

—¿Qué tenemos hasta ahora? —preguntó, girándose hacia Marta y Pau.

Marta revisó su libreta antes de hablar. —Según la empleada doméstica, la última vez que vio a la familia fue el viernes por la tarde. Los niños estaban jugando en el jardín, y los padres discutían en el despacho sobre algo que ella no pudo escuchar con claridad. Cerraron la puerta y, cuando ella se marchó, seguían discutiendo.

Algún testigo más? —preguntó Claudia, cruzando los brazos.

—Los vecinos no notaron nada fuera de lo normal —intervino Pau, acercándose a la pizarra—. Nadie escuchó gritos ni vio movimientos sospechosos durante el fin de semana. Es como si el asesino hubiera entrado y salido sin dejar rastro.

Claudia frunció el ceño, estudiando las imágenes. La escena del crimen había sido meticulosamente ejecutada: no había señales de lucha, pero el nivel de violencia empleado sugería una rabia contenida, un odio profundo.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad? —preguntó finalmente.

—Estamos revisándolas. Hay un par de grabaciones que podrían darnos algo, pero el sistema de la casa no estaba funcionando bien desde hacía semanas —respondió Pau con frustración.

Claudia exhaló profundamente, sintiendo cómo el peso del caso se hacía más denso.

—Quiero que hablemos con todos los empleados de los Castañeda. Jardineros, chóferes, profesores particulares, amigos… Cualquiera que tuviera acceso a la casa.

—Entendido —asintió Marta, anotando rápidamente en su libreta.

Mientras el equipo se dispersaba, Claudia permaneció frente a la pizarra, intentando encajar las piezas del rompecabezas. Pero cuanto más lo miraba, más desconcertante se volvía.

Esa noche, cuando llegó a casa, el cansancio era palpable en cada uno de sus movimientos. Valentina ya dormía, gracias a Mercedes, que había pasado la tarde con ella mientras Claudia trabajaba.

Mientras se servía una copa de vino en la cocina, su móvil vibró sobre la encimera. Era un mensaje de Xavi.

Xavi: ¿Todo bien? ¿Quieres que vaya?

Claudia sonrió débilmente, agradeciendo el simple gesto.
Claudia: Estoy bien. Solo… es un caso complicado.

Unos segundos después, el móvil volvió a vibrar.

Xavi: ¿Complicado como para una copa juntos?

Claudia dudó, pero finalmente respondió:

Claudia: No esta noche. Pero mañana te invito a desayunar. Si te apetece, claro. Valentina no estará.

Xavi: Me apetece siempre…

Dejó el móvil a un lado y se dirigió al salón, donde se dejó caer en el sofá. Mientras el silencio del apartamento la envolvía, no pudo evitar pensar en lo fácil que sería bajar la guardia y dejar que Xavi la ayudara a sobrellevar todo aquello. Pero una parte de ella seguía resistiéndose, demasiado acostumbrada a luchar sus batallas sola.

El calor de mayo se colaba por las ventanas abiertas del apartamento de Claudia, mezclándose con el aroma de café recién hecho. Era sábado, un día sin urgencias de trabajo, y aún así, el ambiente estaba cargado de una expectación invisible, casi eléctrica.

Mercedes había recogido a Valentina para pasar la mañana en el parque junto con sus nietos y hacer una visita a una amiga suya. Eso significaba algo raro para Claudia: unas horas completamente libres.

También sabía que Xavi estaba en casa. No es que lo hubiera espiado desde la ventana… Bueno, tal vez un vistazo. Pero aún recordaba con claridad el momento en que le prometió, con esa seguridad desarmante, que se ocuparía de ellos como se merecían en otro momento.

Y ese "otro momento" parecía haber llegado.

Claudia, intentando mantener la calma, se encontraba en la cocina, moviendo la cuchara en su taza de café con leche sin siquiera prestar atención. Estaba distraída, demasiado consciente de los latidos acelerados de su corazón y del calor que parecía instalarse entre sus piernas cada vez que pensaba en Xavi.

Justo en ese momento, tres golpes suaves en la puerta rompieron el silencio.

"¿Será él…?"

Se secó las manos rápidamente en la servilleta y fue a abrir. Allí estaba Xavi, con su camiseta de tirantes negra y unos vaqueros que parecían haber sido hechos a medida. Su cabello estaba ligeramente despeinado, como si acabara de salir de la ducha, y el brillo travieso en sus ojos no ayudaba a calmar sus nervios.

—Buenos días, vecina —saludó con una voz grave, apoyándose en el marco de la puerta.

Claudia intentó mantener una postura relajada.

—¿Vecina? Creía que ya nos habíamos saltado esas formalidades.

—¿Ah, sí? Entonces tal vez debería saludarte con algo más… cercano.

Antes de que pudiera responder, Xavi dio un paso adelante, obligándola a retroceder unos centímetros. La puerta se cerró detrás de él con un suave clic. Claudia sintió cómo el espacio entre ellos se volvía inexistente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, aunque en realidad lo sabía. Su voz salió más ronca de lo que esperaba.

—Cumpliendo mi palabra. Te dije que me ocuparía de ti, ¿no lo recuerdas? —dijo mientras

sonreía. Su tono era suave, pero cargado de una promesa velada.

Claudia tragó saliva. Claro que lo recordaba. Cada palabra, cada mirada. Su cuerpo también lo recordaba.

Xavi alzó una mano y, con delicadeza, trazó la línea de su mandíbula con el dorso de los dedos. Era un gesto sutil, pero su piel se encendió al contacto.

—Xavi… —intentó decir algo, cualquier cosa, pero él se adelantó.

—Claudia, no me digas que no lo estás deseando tanto como yo. Porque si lo haces, te aseguro que no te voy a creer.

Ella se quedó en silencio, atrapada en su mirada. Su cuerpo se tensó, anticipando el momento, mientras el aire a su alrededor parecía volverse más denso. Entonces, sin más preámbulos, Xavi bajó la cabeza y tomó sus labios.

El beso fue suave al principio, una exploración lenta, pero pronto la intensidad se disparó. Claudia respondió con un gemido bajo, enredando los dedos en su cabello, tirando suavemente de él mientras sus lenguas se encontraban en una danza desesperada.

Sus manos descendieron por la cintura de ella, deteniéndose justo en el borde de la fina camiseta que llevaba.

—No llevas sujetador… —murmuró contra sus labios, con una mezcla de sorpresa y placer.

—¿Te molesta? —preguntó Claudia, con una sonrisa desafiante.

—En absoluto.

Claudia se arqueó ligeramente cuando Xavi deslizó sus labios por la curva de su cuello, descendiendo con una lentitud desesperante. Sus manos, firmes pero suaves, exploraban la piel de su cintura mientras ella se aferraba a sus hombros. Cuando sus labios llegaron al borde de la fina camiseta blanca, Xavi la miró con una sonrisa cargada de picardía, sus ojos oscuros ardiendo de deseo.

—Te prometí que me ocuparía de ellos —murmuró, tirando suavemente del dobladillo de la camiseta. Claudia sintió cómo el calor la envolvía por completo al oír esas palabras. Con un movimiento preciso, Xavi dejó que la tela se deslizara hacia arriba, liberando sus senos al aire.

Los pezones de Claudia estaban erectos, tensos de anticipación, y Xavi los recorrió primero con la punta de los dedos, provocando que un estremecimiento le recorriera la columna. Ella dejó escapar un suspiro entrecortado, y eso fue todo lo que él necesitó. Su boca descendió con hambre, atrapando uno de los pezones entre sus labios. Lo rodeó con la lengua, lento al principio, aumentando la presión poco a poco antes de mordisquearlo con suavidad, lo justo para que Claudia soltara un gemido involuntariamente.

—Xavi... —jadeó ella, enterrando los dedos en su cabello, tratando de anclar su cuerpo al suyo mientras las sensaciones la inundaban. Él rió suavemente contra su piel, el sonido bajo y ronco vibrando sobre su pecho. Pasó al otro pezón, repitiendo el proceso, lamiendo, chupando y

mordisqueando, llevándola al borde de la locura con cada caricia.

—Me encanta cómo reaccionas a cada toque —susurró contra su piel antes de levantar la cabeza y besarla en los labios con una mezcla de ternura y desenfreno—. Podría pasarme horas haciendo esto.

Claudia apenas podía formar una respuesta coherente. Su cuerpo estaba ardiendo, cada terminación nerviosa en alerta máxima. Lo único que pudo hacer fue devolverle el beso con desesperación, hundiéndose en el placer que solo él sabía darle.

Él la empujó suavemente hacia el sofá del salón, haciéndola retroceder sin dejar de besarla. Xavi se detuvo un momento para admirarla.

—Eres preciosa —susurró, sus ojos oscuros recorriendo cada centímetro de su piel.

Claudia, en lugar de sentirse intimidada, lo agarró por el cuello y lo atrajo de nuevo hacia ella.—Menos hablar y más acción, Salvatierra.

Él rió suavemente, pero no necesitó más invitación. La camiseta terminó en el suelo en cuestión de segundos, seguida de las braguitas negras que apenas ocultaban nada. Claudia se quedó expuesta ante él, con las mejillas enrojecidas pero con una mirada decidida.

—Tienes demasiado control sobre mí, ¿lo sabías? —confesó Xavi, mientras desabrochaba lentamente los botones de sus vaqueros.

Ella le sonrió, mordiéndose el labio inferior.—Es mutuo.

Cuando finalmente quedaron desnudos, Xavi la tomó en sus brazos y la llevó hasta la alfombra frente al sofá. El sol entraba por la ventana, bañando sus cuerpos entrelazados con una luz dorada.

Cada caricia, cada beso, era un recordatorio de todo lo que habían reprimido. Sus cuerpos se movían al unísono, como si hubieran estado destinados a encontrarse de esa manera. Claudia sentía que el mundo desaparecía a su alrededor, que solo existían ellos dos en ese momento, enredados en una maraña de deseo y emoción.

Los gemidos suaves de ambos llenaron el salón, acompañados por el crujido de la alfombra bajo sus cuerpos. Xavi besaba cada rincón de su piel, sus labios trazando caminos ardientes desde su cuello hasta sus caderas. Claudia lo sujetaba con fuerza, aferrándose a él como si fuera lo único que la anclara al presente.

Finalmente, el clímax los alcanzó a ambos como una ola imparable. Claudia se arqueó bajo él, sus uñas dejando marcas en la espalda de Xavi mientras un grito ahogado escapaba de su garganta. Él la siguió poco después, enterrando el rostro en el hueco de su cuello mientras su cuerpo temblaba con la intensidad del momento.

Durante varios minutos, permanecieron abrazados, sus respiraciones entrelazadas mientras el sudor perlaba sus pieles.

—Me vas a volver loco, Claudia —murmuró Xavi.

—Eso espero —respondió ella, con una risa suave.

Se quedaron así, disfrutando del calor del otro, sin prisa por separarse. Afuera, el mundo seguía girando, pero en ese instante, nada más importaba.

El reloj marcaba las siete y media de la mañana cuando Xavi abrió los ojos, aún con la sensación del sábado en su cuerpo. Había soñado con Claudia. De nuevo. Pero la realidad no tardó en despertarlo completamente. Un pequeño terremoto llamado Valentina esperaba su atención.

Al salir de su habitación, fue directo a la cocina, donde ya tenía todo preparado para la misión del día: llevar a Valentina al colegio. Aunque no era la primera vez que pasaba tiempo con ella, cada día con la pequeña era un mundo nuevo, lleno de risas, preguntas inesperadas y más energía de la que podía manejar.

Oyó cómo tocaban a la puerta y, sin pensarlo demasiado, fue a abrir. Allí estaba Claudia, impecable en su traje azul marino que se ajustaba con precisión a su figura, acompañado de una blusa blanca de tejido ligero que aportaba un contraste perfecto. Sus zapatos oxford de un rojo vibrante añadían un toque inesperado, irradiando una confianza difícil de ignorar. Su cabello suelto caía en ondas suaves, enmarcando su rostro de manera natural, mientras un maquillaje discreto realzaba sus rasgos

Xavi se quedó petrificado en el umbral, incapaz de reaccionar.

—Xavi, me voy —dijo ella, rompiendo el hechizo con una voz que parecía más distante de lo habitual.

Presionó el botón del ascensor y, justo antes de que las puertas se abrieran, se giró hacia Xavi. Sin previo aviso, se puso de puntillas y le dio un suave beso en los labios, apenas un roce, pero suficiente para dejarlo sin aliento.

Con la impactante imagen de Claudia aún grabada en su mente, Xavi caminó casi en piloto automático hacia el dormitorio de Valentina y abrió la puerta con cuidado. La niña estaba completamente arropada, con un brazo abrazando a su conejito y la cabeza hundida en la almohada. Xavi se inclinó sobre ella y le dio un suave empujón en el hombro.

—Valentina, terremoto, hora de despertar.

La niña murmuró algo ininteligible y se giró hacia el otro lado, claramente decidida a seguir durmiendo.—Vamos, princesa. —Xavi sonrió, adoptando un tono más juguetón—. Si no te levantas, me voy a comer yo todas las galletas de chocolate que dejó Mercedes.

Los ojos de Valentina se abrieron al instante.

—¡Nooo! ¡Son mías!

—Entonces, arriba —respondió él, poniéndose de pie y extendiéndole la mano.

Valentina se levantó a regañadientes, con el cabello alborotado y un puchero que no tardó en convertirse en una sonrisa cuando Xavi le despeinó aún más el cabello.

—Vamos a desayunar a mi casa, terremoto. Hoy tengo el turno de ser el jefe.

—¿Eres el jefe? —preguntó Valentina, siguiéndolo hacia su apartamento mientras arrastraba su peluche por el suelo.

—Por supuesto. Hoy mando yo, y eso significa que vamos a desayunar tortitas.

—¡Tortitas! —gritó la niña, emocionada, olvidando por completo su pereza matutina.

Entre risas, harina derramada y sirope de arce por todas partes, Xavi logró que Valentina estuviera lista para el colegio a tiempo. La niña insistió en llevar su mochila rosa con lentejuelas, y Xavi, por supuesto, le cedió el mando.

—¿Puedo llevarme las tortitas que sobraron? —preguntó Valentina mientras caminaban hacia el colegio.

—Claro, pero no te las comas todas de golpe, ¿vale?

Valentina asintió solemnemente, aunque Xavi sabía que era una promesa que probablemente no cumpliría.

Al llegar al colegio, la niña se despidió con un abrazo y un beso en la mejilla, dejando a Xavi con una sensación de calidez que no pudo sacudirse durante todo el día. Había algo en la forma en que Valentina lo miraba, con esa mezcla de confianza y cariño genuino, que hacía que todo lo demás pareciera menos importante. Mientras la veía entrar al edificio, con su mochila rebotando a cada paso, Xavi no pudo evitar sonreír.

De camino a casa, Xavi decidió que era el momento perfecto para darle a Claudia una sorpresa. Sabía lo mucho que estaba pasando con el caso Castañeda, y aunque no podía hacer desaparecer el peso que cargaba, al menos podía ofrecerle un momento de tranquilidad.

Pasó por una tienda de ultramarinos en el barrio, donde saludó al dueño con la familiaridad de alguien que había vivido allí durante años.

—Buenos días, Xavi. ¿Qué necesitas hoy? —preguntó el dueño, un hombre mayor con bigote y una sonrisa cálida.

—Algo especial. Quiero preparar una cena para alguien importante.

El hombre arqueó una ceja, divertido.

—¿La inspectora?

Xavi rió entre dientes.

—Sí, pero no le digas nada. Es una sorpresa.

El dueño lo ayudó a seleccionar una botella de vino tinto, una pasta fresca artesanal y algunos ingredientes para una salsa especial. Xavi también añadió un queso curado que sabía que le encantaría a Claudia.

Cuando llegó a casa, colocó todo en la cocina y se dedicó a planificar la noche. Encendió velas para probar cómo se vería el ambiente y seleccionó una lista de reproducción suave en su

portátil. Todo estaba listo, solo faltaba Claudia.

Mientras tanto, en la comisaría, Claudia apenas tenía tiempo para respirar. Las fotos de los Castañeda estaban sobre la mesa de reuniones.

—¿Quién haría algo así? —preguntó Pau, aunque nadie tenía una respuesta.

Claudia suspiró y se pasó una mano por el cabello.
—¿Qué hay del círculo cercano? ¿Empleados, amigos, familiares?

—Estamos investigando. Pero hasta ahora, no hay nada que apunte directamente a alguien —respondió Marta.

—¿Y el móvil? ¿Algo financiero? —Claudia caminaba de un lado a otro, tratando de encontrar alguna pista que les diera un punto de partida.

Recogió a Valentina, quien irradiaba energía mientras corría hacia él al salir del colegio.

—¿Qué llevas ahí, Xavi? —preguntó la niña mientras lo ayudaba a dejar las bolsas en la cocina.

—Ingredientes para una sorpresa —respondió, guiñándole un ojo.

Valentina lo miró con los ojos brillando de curiosidad.
—¿Es para mamá?

Xavi asintió mientras empezaba a sacar los productos de las bolsas.
—Sí. Está teniendo unos días difíciles en el trabajo, así que pensé que podríamos hacer algo bonito para ella.

—¡Yo quiero ayudar! —gritó Valentina, subiéndose a una silla para alcanzar la encimera.

—Está bien, pero tendrás que seguir las instrucciones del chef.

—¡Sí, chef! —respondió Valentina, imitando un saludo militar.

Xavi no pudo evitar reír. Esa niña tenía un entusiasmo contagioso que hacía que incluso las tareas más simples fueran divertidas.

Durante la siguiente hora, la cocina se convirtió en un pequeño caos organizado. Xavi se encargó de la salsa para la pasta mientras Valentina decoraba las servilletas con dibujos hechos con rotuladores.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó Xavi mientras removía la salsa en la sartén.

—Un corazón gigante —respondió Valentina, concentrada—. Es para mamá. Y este pequeñito es para ti.

Xavi sintió un nudo en el pecho, pero disimuló con una sonrisa.
—Gracias, terremoto.

Después, Valentina insistió en colocar las velas sobre la mesa, aunque casi tira una al suelo en su entusiasmo.

—¡Cuidado, Val! —dijo Xavi mientras atrapaba la vela justo a tiempo.

—Lo siento, Xavi… —respondió, con una expresión de culpabilidad que hizo que él se agachara para mirarla a los ojos.

—No pasa nada, princesa.

Valentina asintió y volvió a su tarea, esta vez con más cuidado.

Claudia llegó a casa mucho más tarde de lo esperado. Lo último que esperaba era encontrar la escena que la recibió al entrar al salón.

La mesa del comedor estaba iluminada por velas, con un mantel blanco impecable y dibujos coloridos hechos a mano que decoraban cada servilleta. El aroma de la pasta y la salsa invadió el apartamento, mezclándose con el sonido de risas provenientes de la cocina.

—¿Qué… es esto? —preguntó, dejando caer su bolso en el suelo.

Valentina salió corriendo de la cocina con una sonrisa radiante.
—¡Sorpresa, mamá!

Claudia se inclinó para abrazar a su hija mientras Xavi aparecía detrás de ella, con el delantal aún puesto y una sonrisa de orgullo en los labios.

—Bienvenida a la cena más exclusiva de la Vila Olímpica —anunció Xavi, extendiendo una mano hacia la mesa.

Claudia miró la escena, todavía incrédula, y sintió cómo una cálida sensación de gratitud la envolvía.

—No puedo creer que hayáis hecho todo esto…

—Yo hice los dibujos —dijo Valentina con entusiasmo, señalando las servilletas—. Y también puse las velas.

—Gracias, cariño —respondió Claudia entre risas y la cubrió de besos tiernos—

La cena fue sencilla pero deliciosa. Xavi sirvió la pasta con una salsa que Claudia calificó como “digna de restaurante”, aunque él insistió en que no era para tanto. Valentina, por su parte, llenó la velada con sus ocurrencias.

—Mamá, ¿sabías que Xavi no sabe bailar? —dijo de repente, con la boca llena de pasta.

Xavi levantó las manos en señal de protesta.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Te vi bailando en la cocina y era muy raro.

Claudia soltó una carcajada, y Xavi la miró con fingida indignación.
—Bueno, al menos no soy yo quien dejó caer una vela en la mesa.

—¡Eso fue un accidente! —respondió Valentina, cruzándose de brazos.

Claudia observó la escena con una sonrisa que no podía borrar de su rostro. Por un momento, se permitió imaginar que aquello era normal, que no había casos oscuros esperándola al día siguiente, que no había miedos ni heridas del pasado. Solo ellos tres, riendo juntos.

Cuando terminaron de cenar, Valentina insistió en que había que bailar. Xavi intentó escabullirse, pero la niña no le dio opción.

—¡Vamos, Xavi! ¡Tú también, mamá!

—Creo que prefiero mirar —dijo Claudia, recostándose en el sofá mientras su hija arrastraba a Xavi al centro de la sala.

Xavi, resignado, empezó a mover los pies torpemente mientras Valentina lo guiaba con movimientos exagerados. Claudia se rió tanto que terminó uniéndose a ellos, y durante esos minutos, se olvidaron de todo lo demás.

—Gracias por todo, Xavi.— Ha sido muy divertido—

—Y que lo digas. ¿Tú crees que podríamos alquilar a Valentina para amenizar las fiestas?

Los dos estallaron en carcajadas.

Después de acostar a Valentina, Claudia se encontró a Xavi en el sofá, desde donde la miraba sin poder apartar los ojos de ella. Estaba preciosa, descalza, con esos pantalones azules que le quedaban como un guante y su camisa blanca. Su cabello despeinado caía en mechones sueltos sobre los hombros, el rostro ligeramente acalorado por el vino y el baile.

Ella se sirvió otra copa de vino, con pasos tranquilos pero sensuales, se acercó a él. Xavi seguía mirándola, embelesado, como si todo a su alrededor se hubiese desvanecido. Claudia se sentó sobre él, a horcajadas, con una sonrisa pícara en los labios. Bebió un sorbo de vino antes de inclinarse para besarlo profundamente. Sus lenguas se encontraron.

Xavi dejó escapar un leve gemido al sentir el calor de su cuerpo presionando contra el suyo. Las manos de Claudia recorrían con urgencia su pecho mientras le desabrochaba la camisa. Entre jadeos y suspiros, bajó sus labios hasta su piel, lamiéndolo con una mezcla de ternura y deseo. Él respondió a sus caricias, perdiéndose en ella, en un momento que parecía no tener fin.

Xavi respiró con dificultad mientras las manos de Claudia se deslizaban por su torso desnudo, dejando un rastro ardiente a su paso. Ella lo miró a los ojos, con un brillo intenso que lo encendía aún más. Lentamente, bajó la cabeza y deslizó su lengua por su clavícula, saboreando su piel salada por el calor del momento. Xavi entrecerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, perdido en las sensaciones.

—Claudia… —jadeó, apretando suavemente sus caderas contra ella. La respuesta fue inmediata; Claudia se arqueó hacia él, su respiración errática mientras sus manos recorrían la línea de sus abdominales.

—¿Qué pasa, Salvatierra? —murmuró ella, sonriendo con malicia—¿Te estoy torturando demasiado?

Xavi soltó una carcajada grave, entrecortada.

—¿Tortura? No, pero... estás jugando con fuego, inspectora.

Ella rió suavemente y lo mordisqueó en el lóbulo de la oreja, provocando que él apretara las manos en sus caderas con más fuerza. Sentía su erección creciente presionando contra ella, y la intensidad del contacto hizo que ambos dejaran escapar un suspiro profundo al unísono.

—¿Qué dices si jugamos un poco más? —sugirió ella, mordiendo suavemente su labio inferior, sus ojos fijos en los de Xavi.

—Me encanta cómo suena eso —susurró él, pasando las manos por debajo de la camisa de Claudia, acariciando su espalda desnuda con dedos firmes. El contacto envió una descarga eléctrica directa a su núcleo.

Claudia gimió suavemente, dejando caer la cabeza hacia atrás, mientras Xavi aprovechaba para besarle el cuello, recorriendo con su lengua cada centímetro de piel. Sus manos continuaron explorando, desabrochando lentamente los botones de su camisa, dejando que esta se deslizara por sus hombros.

Claudia lo abrazó más fuerte, disfrutando del calor de su cuerpo, de su voz grave, de todo lo que él era. —Gracias por la cena —dijo en un susurro, mientras sus dedos encontraban el cinturón de Xavi y lo desabrochaban con destreza. La presión que ambos sentían estaba llegando a un punto insoportable.

—Claudia, susurro, la voz de Xavi cargada de deseo.

La giró suavemente, tumbándola en el sofá con cuidado. Se posicionó sobre ella, su cuerpo cubriendo el suyo mientras sus ojos la devoraban. Claudia, con las mejillas encendidas y la mirada perdida en él, respondió acariciando su mandíbula con suavidad. Sigue Xavi, por favor— Esas palabras rompieron cualquier control que quedara en Xavi. Sus labios la reclamaron con una pasión voraz, mientras sus manos deslizaban los pantalones ajustados de Claudia por sus muslos. Ella hizo lo mismo con los suyos, los movimientos urgentes, casi desesperados, mientras el vino y el deseo los envolvían en una nube de placer.

Cuando finalmente quedaron completamente desnudos, sus cuerpos se encontraron en un roce ardiente y profundo. Xavi se detuvo un segundo, mirándola con una devoción que la dejó sin aliento.

—Te quiero, Claudia…

Claudia lo atrajo hacia sí. Su voz, un susurro cargado de deseo y provocación. —Entonces no esperes más, Salvatierra…

Y cuando finalmente lo hizo, todo a su alrededor desapareció. Solo existían ellos dos, sus respiraciones entrecortadas, y la intensidad de un amor que era innegablemente real.

Los movimientos se volvieron frenéticos, sus cuerpos ardiendo en sincronía. Un grito contenido escapó de sus labios cuando el orgasmo los alcanzó a ambos, una ola interminable de placer que los dejó flotando en el abismo. Las contracciones de su cuerpo alrededor de él prolongaron el

éxtasis hasta que ambos quedaron exhaustos, sus cuerpos entrelazados en un nudo de pasión y sudor.

Xavi se desplomó junto a ella, envolviéndola con sus brazos mientras recuperaban el aliento.

Claudia apartó la mirada, sintiendo cómo el peso del caso volvía a instalarse en sus hombros.

—A veces pienso que este trabajo me está pasando factura… esos niños… —La voz de Claudia se quebró, y sus ojos brillaron por un momento.

Xavi, sin decir nada, acercó su mano y le tapó suavemente la boca.

—Shhh... Claudia, estás haciendo todo lo posible. No te castigues más.

Ella cerró los ojos y dejó que esas palabras la calmaran, aunque el caso Castañeda seguía acechando en algún rincón de su mente.

El sol del sábado entraba por los grandes ventanales del apartamento de Claudia, bañando la sala en una luz cálida y reconfortante. Era una de esas mañanas raras en las que no tenía que preocuparse por crímenes, informes o reuniones de última hora. Por primera vez en semanas, podía respirar tranquila.

Desde la cocina llegaba el sonido del chisporroteo de los huevos en la sartén y la risa de Valentina. Xavi, con un delantal atado de manera un poco torcida, estaba intentando enseñarle a dar la vuelta a las tostadas francesas sin que se desmoronaran.

—¡Cuidado, Val! ¡No tan rápido! —exclamó Xavi mientras Valentina giraba una tostada con un entusiasmo que acabó con un pedazo fuera de la sartén.

—¡Ups! —dijo la niña entre risas.

Claudia, aún con su pijama —un pantalón corto de algodón y una camiseta blanca—, se asomó a la puerta de la cocina con una sonrisa.

—¿Qué está pasando aquí?

Xavi se giró, con la espátula en la mano y el cabello algo revuelto.
—Estamos preparando un desayuno digno de un sábado libre.

—Y yo soy la ayudante de chef —añadió Valentina, alzando las manos con orgullo.

Claudia cruzó los brazos, observándolos. Esa imagen, de Xavi y Valentina juntos, la llenaba de una calidez que no podía explicar. Era como si, poco a poco, él hubiera encontrado la manera de convertirse en una parte imprescindible de sus vidas.

—Bueno, ayudante de chef, ¿qué hay en el menú? —preguntó Claudia, entrando en la cocina.

—Tostadas francesas, huevos revueltos y zumo de naranja —dijo Valentina, contando con los dedos.

Xavi le guiñó un ojo a Claudia. —Y café. Mucho café.

Ella lo abrazó por detrás, apoyando suavemente la cabeza en su espalda.

—Sí... mucho café —susurró, con voz adormilada—. ¿Qué hicimos anoche? Estoy hecha polvo.

Xavi sonrió sin girarse, disfrutando del calor de Claudia.

Después de desayunar y de que Valentina insistiera en que ella podía recoger los platos (solo logró dejar caer uno), Xavi anunció su plan.

—Hoy salimos los tres.

Claudia lo miró con curiosidad, arqueando una ceja mientras recogía el bolso que Valentina había dejado tirado en el sofá.
—¿Ah, sí? ¿Y adónde vamos?

—Eso es una sorpresa —respondió Xavi, cruzándose de brazos con una sonrisa que dejaba claro que no iba a decir más.

—¡Una sorpresa! —gritó Valentina, saltando emocionada.

—No me gustan las sorpresas —murmuró Claudia, aunque la sonrisa en sus labios la delataba.

—Te va a gustar esta, confía en mí —dijo Xavi, tomando las llaves del coche.

—Eso me preocupa aún más —bromeó Claudia mientras ayudaba a Valentina a vestirse.

Xavi las llevó al parque de atracciones Tibidabo, situado en lo alto de Barcelona, dominando la ciudad con una vista espectacular. Desde allí, se podía admirar el horizonte hasta donde alcanzaba la vista: los edificios icónicos, el azul brillante del mar y las calles que parecían trazos delicados desde esa altura. El parque ofrecía una curiosa mezcla de atracciones clásicas, como el carrusel y la noria centenaria, y otras más modernas y llenas de adrenalina, diseñadas para desafiar incluso a los más valientes. Era el lugar perfecto para desconectar, sumergirse en risas y emociones, y dejarse llevar por la magia. Era el lugar perfecto para pasar una mañana divertida.

—¡Esto es increíble! —gritó Valentina mientras corría hacia la noria.

Claudia, por su parte, miró a Xavi con una mezcla de incredulidad y gratitud.
—No puedo creer que hayas planeado todo esto.

—Quería que los tres tuviéramos un día especial —respondió él, tomando su mano.

Durante las siguientes horas, subieron a la noria, a los coches de choque y al carrusel. Valentina se emocionaba con cada atracción, y su risa era tan contagiosa que incluso Claudia terminó gritando de emoción en una de las montañas rusas.

—Eso fue increíble —respondió Claudia, respirando con dificultad mientras Xavi se reía a su lado.

Cuando llegó la hora del almuerzo, se sentaron en una mesa al aire libre con vistas a la ciudad. Mientras Valentina devoraba su bocadillo de jamón, Claudia y Xavi compartieron una mirada cómplice.

Después de regresar a casa y de que Valentina cayera rendida en el sofá durante el trayecto, Xavi y Claudia la dejaron descansar un rato en su habitación. La niña estaba tan exhausta que apenas se quejó cuando la arroparon.

Claudia cogió su portátil y empezó a repasar todas las transcripciones del caso, cada vez más convencida de que se trataba de una venganza. Mientras tanto, Xavi sacó una manta del armario, preparó un bol gigante de palomitas y seleccionó una serie de suspense que sabía que le encantaría a Claudia.

Luego se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para que sus piernas se rozaran, pero sin cruzar la línea.

—No se vale —protestó Claudia sin apartar la vista del portátil.
—Lo que no se vale es que no sepas desconectar —replicó Xavi, su voz más seria de lo habitual.

Claudia suspiró y, tras un momento de duda, cerró el portátil. Se acurrucó en el sofá con la manta cubriéndola hasta la cintura, dejando que el aroma de las palomitas la envolviera.

Durante las siguientes dos horas, se sumergieron en la serie, haciendo comentarios sarcásticos sobre los personajes y discutiendo las teorías sobre quién era el asesino. Pero, a pesar de la trama intrigante, lo que realmente capturó la atención de Xavi fue la forma en que Claudia se relajaba poco a poco, apoyándose en él sin darse cuenta.

Cuando Valentina se despertó apareció en el salón con leotardos y una camiseta, y un dibujo en la mano, se unió a ellos sin dudarlo, metiéndose entre ambos bajo la manta.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó mientras metía la mano en el bol de palomitas.

—Nada para ti, terremoto —respondió Xavi, cambiando rápidamente el canal a algo más infantil.

—¡Otra vez me cambiáis los dibujos! —protestó Valentina, aunque se acurrucó contra Xavi, dejando claro que no estaba realmente molesta.

—Mamá, he hecho un dibujo —dijo Valentina.

Claudia miro intrigada. —¿Qué has dibujado?

Valentina extendió el papel. En él, había un dibujo de una niña (claramente ella) abrazando a un gato gris y una corona.

—Esta soy yo y esta es Queen. Mi gata.

Xavi se inclinó para mirar el dibujo y sonrió.

—¿Y por qué tiene una corona?

—Porque será la reina de la casa—respondió Valentina, como si fuera lo más lógico del mundo.

Claudia observó la escena con una sonrisa divertida. Por unos instantes, toda la tensión acumulada por el caso Castañeda se desvaneció, relegada a un rincón remoto de su mente. Sabía que el problema no se iría por arte de magia, pero en ese momento se permitió algo inusual: dejarlo a un lado. Por un día, podía permitirse ser solo Claudia. La madre, la mujer que se reía

del caos encantador que ahora llenaba su casa.

Era martes, un día aparentemente normal en la rutina del día a día.
Mercedes llegó, como siempre, a las 8. Claudia se había despedido con un beso en la frente de su hija y, con el café en una mano y el móvil en la otra, salió corriendo hacia la comisaría.

Pero, por primera vez en semanas, Xavi tenía un secreto que no compartía con Claudia. Bueno, casi.

Xavi la esperaba en la puerta del edificio. Cuando Claudia lo vio, le sonrió y lo besó en los labios.

—Claudia, escucha un momento —la detuvo antes de que subiera al coche.
—¿Qué pasa? Voy tarde.

—Sobre lo de Valentina y el gato… —empezó él, con una sonrisa traviesa—. ¿Qué pensarías si…? Bueno, si yo me encargara de encontrarlo.

Claudia lo miró con una mezcla de incredulidad y cansancio.
—¿En serio, Xavi? ¿Vas a defender la causa del gato ahora?
—Un gato no solo es una mascota, es un compañero que da amor y momentos divertidos todos los días. Y encontré una raza perfecta: el British Shorthair. Dulce, mimoso y fantástico con niños. Lo he investigado.

Claudia dejó escapar un suspiro.

—Xavi, no puedo con más cosas ahora mismo…

—Entonces deja que me encargue yo. Tú solo di que sí. —Él le lanzó esa sonrisa que siempre la desarmaba.

—¿Y si digo que no? —replicó ella, cruzándose de brazos.
—No lo dirás. Lo he visto en tus ojos, te encanta la idea. Solo que no quieres admitirlo. —Xavi arqueó una ceja y le dio un leve empujón en el hombro.

Claudia negó con la cabeza, pero no pudo evitar una sonrisa.
—Vale, pero que conste que esto es cosa tuya. Y si Valentina no lo cuida como promete, te lo llevas a tu casa.

—Trato hecho.

Esa tarde, Xavi condujo hasta la tienda de animales donde ya había reservado a la gata. Queen era exactamente como había imaginado: un British Shorthair de pelaje gris plateado y ojos grandes y expresivos que parecían hablar por sí mismos.

Cuando Xavi llegó a casa de Claudia, llevaba en brazos una pequeña jaula con la gata dentro, y en la otra mano, un saco con todo lo necesario: arenero, comedero, juguetes y una manta suave.
Claudia, que había hecho un esfuerzo por salir antes del trabajo, lo esperaba en casa. Se había quitado los zapatos y llevaba el cabello recogido en un moño desordenado.

—¿De verdad tienes que traer todo eso? —dijo, observando la cantidad de accesorios.

—Es lo que necesita un gato bien cuidado. —Xavi colocó la jaula en el suelo con cuidado y abrió la puerta para dejar que la gata explorara el apartamento.

Queen salió con cautela, moviendo su cola con gracia mientras olfateaba el ambiente. En cuanto llegó al sofá, se subió con agilidad y se acurrucó en un rincón, como si ya supiera que ese era su lugar.

—Mírala —dijo Xavi, señalando a la gata—. La reina de la casa.
Claudia cruzó los brazos, pero no pudo evitar sonreír.

—Valentina se va a morir cuando la vea.

A las cinco en punto, Xavi llegó al colegio para recoger a Valentina. La niña salió corriendo en cuanto lo vio, con su mochila rebotando en la espalda.

—¡Xavi! ¿Dónde está mamá?

—Nos espera en casa. Tenemos una sorpresa para ti, pero no puedo decirte nada hasta que lleguemos.

Valentina lo miró entornando los ojos. —¿Es una sorpresa buena?

—Es la mejor sorpresa del mundo.

Durante el trayecto de regreso, Valentina intentó sonsacarle pistas, pero Xavi se mantuvo firme. Cuando llegaron al apartamento, la pequeña ya estaba al borde de la impaciencia.

Claudia estaba en el salón, esperando junto a Queen, que dormía acurrucada en su manta. Cuando Valentina entró, su madre fingió casualidad.
—Hola, cariño. ¿Qué tal el colegio?

—Bien. —Valentina dejó caer la mochila y frunció el ceño, mirando a su alrededor—. ¿Qué pasa? Xavi dijo que había una sorpresa.

En ese momento, Queen se desperezó y se levantó de la manta, dejando escapar un suave maullido.

—¡Queen! —gritó Valentina, llevándose las manos a la cara.
Xavi sonrió mientras la niña corría hacia la gata, que la recibió con un movimiento elegante de la cola.

—Es tuya… bueno, de todos nosotros, pero sobre todo tuya.

Valentina se arrodilló en el suelo, acariciando a Queen con cuidado. La gata, lejos de mostrarse esquiva, se tumbó de lado, dejando que Valentina le rascara la barriga.

—¡Es la gata más bonita del mundo! ¡Gracias, mamá! ¡Gracias, Xavi! —gritó Valentina, mirando a ambos con los ojos llenos de alegría.

Claudia miró a Xavi por encima de la cabeza de su hija. Él le devolvió la mirada con una sonrisa

tranquila, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—Bueno —dijo Claudia, suspirando—, parece que Queen ya ha encontrado su lugar.

—Y creo que nosotros también —respondió Xavi en voz baja, mirando cómo Valentina jugaba con la gata.

Esa noche, después de cenar, Valentina insistió en que Queen debía dormir en su habitación. Claudia y Xavi se quedaron en el sofá, disfrutando de un momento de calma mientras escuchaban a Valentina hablarle a la gata a través de la puerta entornada.

—Creo que Valentina y Queen se llevan a la perfección —dijo Xavi.

—Valentina está tan feliz... —dijo Claudia, sonriendo.

Hacía al menos un año que me lo pedía... Y todo esto es gracias a ti, Xavi.

Le dirigió una mirada agradecida, sus ojos reflejando una mezcla de emoción y calidez. Él le devolvió la sonrisa, encogiéndose de hombros con modestia.

Y mientras Queen dormía plácidamente en la habitación de Valentina, Claudia se quedó dormida en el regazo de Xavi, mientras él le acariciaba el cabello.

El reloj marcaba las dos de la madrugada cuando Claudia salió del despacho de reuniones de la comisaría. Llevaba horas revisando informes forenses, declaraciones y análisis de cámaras de seguridad. Nada encajaba en el caso de los Castañeda. Los investigadores estaban exhaustos, y la presión sobre ellos era cada vez más sofocante.

La prensa no daba tregua, y las llamadas del concejal de seguridad se habían convertido en una rutina diaria, exigiendo avances que parecían imposibles de alcanzar. Para Claudia, todo aquello era como intentar encajar piezas de un puzzle al que le faltaban varias partes clave.

Caminó hasta su escritorio y se dejó caer en la silla, pasando una mano por su rostro cansado. El caso no era el único peso que cargaba. Había algo más, algo que llevaba días evitando pensar, pero que ahora, en medio del silencio de la madrugada, se hacía imposible de ignorar.

No me ha venido la regla.

Claudia se obligó a mirarse al espejo que colgaba en el lateral de su escritorio. Su reflejo le devolvió una imagen que no reconocía del todo: el cabello desordenado, las ojeras profundas y esa sombra de incertidumbre en los ojos que siempre había evitado mostrar.

“No puede ser,” se dijo a sí misma, intentando encontrar una explicación lógica. “Es el estrés, nada más. He estado trabajando demasiadas horas, comiendo mal y durmiendo peor. Es normal.”

Pero esa voz racional no podía acallar el eco de su miedo. ¿Y si no era el estrés? ¿Y si estaba embarazada?

Claudia intentó apartar esos pensamientos mientras volvía a concentrarse en el caso. Abrió el informe del forense por enésima vez, buscando algún detalle que se le hubiera pasado por alto.

Los Castañeda eran una familia adinerada y aparentemente perfecta: empresarios exitosos, tres hijos encantadores, una casa en la zona alta de Barcelona que parecía sacada de una revista. Pero debajo de esa fachada impecable había secretos. Claudia lo sabía. Nadie mata a toda una familia sin un motivo contundente.

—Esto es personal —murmuró en voz baja, repasando la lista de contactos de la familia.

Pau, su compañero más cercano, apareció junto a ella con dos cafés en la mano. Le ofreció uno y se sentó en la esquina del escritorio.

—Claudia es muy tarde.

—No puedo dejarlo. Hay algo que no estamos viendo, y no soporto la idea de que el asesino esté ahí fuera, viviendo su vida mientras tres niños… —Su voz se quebró ligeramente, y tuvo que respirar hondo para recuperar la compostura.

Pau la miró con comprensión.

—Vamos a atraparlo, Claudia. Pero necesitas descansar. Si sigues así, vas a reventar.

Claudia negó con la cabeza, apartando el café. —No puedo.

Pau suspiró y se levantó.

—Vale, pero prométeme que te irás a casa antes del amanecer.

Ella no respondió. En su mente, las imágenes de los Castañeda yaciendo sin vida en su casa se mezclaban con ese miedo que no podía ignorar. ¿Qué demonios voy a hacer si estoy embarazada?

Cuando finalmente llegó a casa, el reloj marcaba las seis de la mañana. El apartamento estaba en completo silencio. Queen dormía en el sofá junto a Xavi, quien tenía su portátil abierto sobre las piernas. Valentina estaba profundamente dormida en su cama, con un brazo colgando por el borde del colchón. Claudia era consciente de cuánto daba Xavi de sí mismo, "con la vida tan tranquila que tenía", y ahora, el pobre apenas tenía tiempo ni siquiera para escribir.

Claudia se quedó en la puerta de la habitación de su hija, observándola con el corazón encogido. Había algo en su respiración tranquila que la calmaba, pero al mismo tiempo, la llenaba de dudas. ¿Podría con otra responsabilidad?

Se dirigió al baño y se quedó de pie frente al espejo. Se sentía ridícula, pero no podía evitarlo: levantó el borde de su camiseta, observando su abdomen plano como si esperara encontrar alguna señal. “No tiene sentido preocuparse antes de tiempo,” pensó. Pero sabía que no podría ignorarlo por mucho más tiempo.

A la mañana siguiente, Xavi llegó temprano con el desayuno. Se había encargado de llevar a Valentina al colegio y, al regresar, encontró a Claudia con la mirada perdida frente a una montaña de documentos en la mesa del comedor.

—Buenos días, inspectora. ¿Dormiste algo? —preguntó, dejando una bolsa de croissants sobre la mesa.

—Un poco —mintió ella, sin levantar la vista de los papeles.

Xavi se sentó frente a ella, observándola con atención. Sabía que algo no estaba bien, pero también sabía que Claudia no hablaría si no estaba preparada.

—Tienes que parar, Claudia. Este caso va a terminar contigo.

Ella levantó la mirada, molesta. —No puedo parar, Xavi. Hay tres niños muertos.

—Lo sé, pero si te derrumbas, no vas a poder ayudar a nadie. —Xavi extendió una mano y le tocó suavemente el brazo—. Estoy aquí, ¿vale? Para lo que necesites.

Claudia asintió, aunque no dijo nada. Una parte de ella quería contarle lo que le estaba pasando, pero no podía. Ni siquiera había confirmado nada aún.

A las dos de la tarde, Claudia recibió una llamada urgente de la comisaría. Habían encontrado a un testigo que decía saber un secreto de los Castañeda, pero que solo hablaría con la inspectora. Sin pensarlo dos veces, se puso la chaqueta y salió corriendo, dejando a Xavi a cargo de Queen y del apartamento.

Mientras conducía hacia la comisaría, su mente no dejaba de divagar. ¿Y si el testigo tenía información clave? ¿Y si aquello finalmente les daba una pista para avanzar en el caso? Pero al mismo tiempo, otra pregunta no dejaba de rondarle la cabeza: ¿Y si estaba embarazada?

El testigo resultó ser un vecino, un hombre de unos sesenta años que conocía a Alejandro Castañeda desde hacía tiempo. Según explicó, nunca se había llevado bien con él, lo consideraba una mala persona.

—Siento no haber venido antes, pero tengo un hermano que, desde que se jubiló, vive en Panamá, y suelo hacerle un par de visitas al año. No sabía nada de los asesinatos hasta que aterricé esta mañana

Claudia asintió con seriedad.

—Bien, soy la inspectora Ferrer. Me han dicho que quería hablar conmigo.

El testigo tomó aire antes de soltar la bomba: —Alejandro Castañeda tenía un hijo secreto, ahora debe tener unos 30 años.

El silencio llenó la sala. Claudia frunció el ceño, visiblemente sorprendida.
—¿Qué quiere decir con "un hijo secreto"? —preguntó, intentando asimilar la información.

—Un hijo ilegítimo —repitió el hombre—. Alejandro nunca se ocupó de él ni de la madre del chico, que pasó verdaderas penurias. Eran otros tiempos.

—¿Y usted cree que ese hijo podría estar relacionado con los crímenes?

—Ni lo creo ni lo dejo de creer. Solo les informo. Son ustedes los que tienen que averiguarlo —respondió con tono firme.

Cuando ya se despedían, el hombre añadió algo más, con un gesto serio.
—Si solo hubiesen asesinado a Alejandro Castañeda, jamás habría dicho nada… pero habiendo tres niños de por medio… no podía quedarme callado.

Las palabras quedaron flotando en el aire mientras Claudia procesaba el alcance de aquella

revelación.

Claudia convocó una reunión de emergencia. Necesitaban averiguar todo sobre ese hijo secreto de Alejandro Castañeda. ¿Cuándo había nacido? ¿Quién era la madre? ¿Habían mantenido contacto? ¿A qué se dedicaba?

Mientras sus compañeros tomaban asiento, Claudia se frotó las sienes. Le dolía la cabeza, pero no podía permitirse distracciones. Tenían demasiadas preguntas y pocas respuestas.

—Tenemos algo más —anunció Marta, activando una grabación en la pantalla.

La imagen mostraba a un hombre encapuchado caminando por una calle de madrugada el sábado. Llevaba las manos en los bolsillos, moviéndose con calma, pero sin levantar la vista.

—¿Reconocemos a esta persona? —preguntó Claudia, cruzándose de brazos y observando el video con atención.

—Todavía no —respondió Marta—. Pero hay otra cosa. Al revisar los registros bancarios de los Castañeda, descubrimos que Alejandro retiró una gran suma de dinero de una cuenta offshore poco antes de ser asesinado.

Claudia alzó una ceja. —¿Qué tipo de suma?

—Dos millones de euros —informó Pau, dejando caer la bomba.

El silencio se apoderó de la sala. Claudia se acercó a la pizarra y repasó mentalmente los hechos: una familia aparentemente perfecta, un crimen brutal, y ahora un hijo ilegítimo al que Alejandro nunca había querido reconocer.

—¿Podemos rastrear esa cuenta? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.—Ya estamos en ello —contestó Pau—, pero va a llevar tiempo. La cuenta está registrada en un paraíso fiscal.

Claudia asintió despacio, su mente trabajando a toda velocidad. Todo indicaba que esto no era un simple crimen de odio. Había algo mucho más grande detrás de aquellos asesinatos, algo que todavía se les escapaba.

El sábado por la mañana comenzó con un toque de caos… y mucho ronroneo. Queen, que ya se había adueñado del apartamento, decidió que era su misión despertar a todos. Se había instalado cómodamente en la cama de Valentina, pero no tardó en escaparse hacia la habitación de Claudia, donde saltó al colchón y se colocó junto a su nuevo humano favorito: Xavi.

—¡Queen! —murmuró Xavi entre sueños, cuando notó las patas de la gata caminando por su pecho. Abrió un ojo justo a tiempo para ver cómo Valentina entraba corriendo en la habitación, llena de energía.

—¡Buenos días! —gritó Valentina, lanzándose sobre la cama.
—¿Y si vamos más despacito, como una tortuguita? —bostezó Xavi, apartando un mechón de pelo de su cara. Claudia, que estaba aún medio dormida, los miró desde el otro lado de la cama, incapaz de ocultar una sonrisa.

—¿Sabes, mamá? Queen está tan feliz de vivir con nosotros. Hoy me ha despertado dándome golpecitos con la cabeza. ¡Creo que ya me quiere muchísimo! —anunció Valentina, abrazando a la gata.

—Claro que sí, terremoto —dijo Xavi, rascándole las orejas a Queen, que ronroneó con satisfacción—. Aunque creo que yo también necesito un poco de cariño para poder despertarme.

—¿Te traigo un café? —preguntó Valentina, muy seria.

Claudia dejó escapar una carcajada mientras Xavi la miraba, fingiendo estar ofendido.

—Tu hija es más considerada conmigo que tú, Claudia.

Claudia le lanzó una almohada a la cabeza.

—¿Sabes qué, Xavi? Quizás deberías considerar dormir en tu propio apartamento esta noche.

Él atrapó la almohada al vuelo, devolviéndole una sonrisa pícara.
—Solo si prometes que vendrás a despertarme tú misma.

Valentina los observaba con la cabeza ladeada, ajena al juego de miradas que se intercambiaban.

—¿Estáis peleando? —preguntó con total inocencia.

—No, cielo, estamos bromeando. —Claudia se inclinó para besar la frente de su hija, que ya se estaba levantando de un salto.

—¡Voy a preparar mi desayuno! ¿Me ayudas, Xavi? —preguntó Valentina, tirando de la mano de Xavi.

Él le guiñó un ojo a Claudia antes de levantarse.—Claro, terremoto. Vamos a hacer unas tostadas épicas.

Después de un desayuno que incluyó demasiada mermelada y risas, Xavi anunció que tenía una sorpresa planeada para ese día.

—¿Otra sorpresa? —preguntó Valentina con los ojos muy abiertos.

—Así es. Vamos a pasar la mañana los tres juntos. ¿Qué te parece una excursión al Parque de la Ciutadella? Puedo alquilar una barca para que demos un paseo por el lago.

—¡Sí! —gritó Valentina, saltando de emoción. Luego miró a Claudia, con las manos juntas como si estuviera rezando—. Por favor, mamá, di que sí.

Claudia, que llevaba los últimos días trabajando sin parar, se sorprendió a sí misma aceptando con un simple: —Vale, pero vosotros remáis.

La mañana transcurrió entre risas y chapoteos en el lago. Valentina insistió en llevar ella un remo, aunque terminó completamente empapada. Xavi se encargó de hacerle bromas a Valentina, mientras Claudia disfrutaba del sol. Fue un respiro necesario para todos. Una burbuja de calma en medio del caos del caso Castañeda.

Al regresar al apartamento, Claudia le puso un pijama a Valentina que cayó rendida en el sofá junto a Queen, que se acurrucó sobre su regazo mientras la pequeña miraba su serie favorita. Claudia aprovechó el momento para prepararse un café y revisar algunas notas del caso. Aunque era sábado, su mente no podía desconectarse del trabajo.

Xavi, por su parte, se encerró en su apartamento para intentar avanzar con el guion en el que estaba trabajando. Pero no podía concentrarse. Cada vez que miraba la pantalla, su mente volvía a Claudia, a la forma en que se había reído esa mañana en el parque, o al leve temblor de sus manos cuando pensaba que nadie la miraba.

Después de veinte minutos de mirar en blanco la página de su ordenador, decidió salir a correr. Sabía que solo el ritmo constante de sus zapatillas contra el pavimento lo ayudaría a despejar su cabeza.

Mientras tanto, Claudia seguía trabajando en la mesa de la cocina. Estaba revisando un informe sobre los Castañeda cuando una fotografía llamó su atención: un colgante encontrado en la escena del crimen, que no pertenecía a ninguna de las víctimas.

—¿De quién es esto? —murmuró para sí misma, sintiendo un escalofrío recorrerle la columna.

Esa noche, después de una cena sencilla, Xavi propuso una sesión de películas. Valentina estaba encantada con la idea.

—¿Puedo elegir yo la película? —preguntó Valentina mientras se acomodaba junto a Xavi.

—Claro que sí, pero nada de princesas esta vez. —Xavi le lanzó una mirada cómplice.

Valentina puso cara de indignación, pero terminó eligiendo una comedia familiar que hizo que los tres se rieran a carcajadas. Incluso Queen parecía disfrutar del momento, acurrucada en el regazo de Claudia mientras ronroneaba suavemente.

Al final de la noche, Valentina se quedó dormida apoyada en el hombro de Xavi. Claudia observó la escena con una mezcla de ternura y temor. Había algo increíblemente natural en la forma en que Xavi encajaba en su vida y en la de su hija, pero al mismo tiempo, esa naturalidad la asustaba. ¿Qué pasaría si todo se desmoronaba?

—¿Qué estás pensando? —preguntó Xavi en voz baja, sacándola de sus pensamientos.

—Nada importante —mintió. Claudia lo miró con una media sonrisa, aunque su mente seguía lejos, ocupada en una decisión que ya no podía postergar. “Mañana sin falta me hago la prueba del embarazo”, pensó, mientras trataba de enfocarse en el momento.

Xavi, siempre perceptivo, notó el brillo distante en sus ojos. Sabía que algo más que el caso Castañeda la tenía inquieta, pero también entendía que Claudia no era de las que hablaba de sus preocupaciones fácilmente. Se lo diría cuando estuviera lista, a su debido tiempo. Por ahora, él decidió no presionarla, ofreciéndole en silencio el apoyo que sabía que ella necesitaba.

Xavi la observó por un momento antes de sonreír.

—¿Sabes qué? Hacía tiempo que no te veía tan relajada.
Claudia lo miró con una media sonrisa.

—Eso es porque me haces olvidar lo complicado que es todo.
Él le tomó la mano, apretándola con suavidad.—Entonces intentaré que te olvides más a menudo.

Y aunque Claudia no dijo nada, el calor de la mano de Xavi en la suya fue suficiente para hacerla sentir, que todo iba a estar bien.

Esa noche, cuando finalmente llegó a casa, Claudia estaba agotada. Xavi la recibió con una sonrisa, sosteniendo un vaso de vino.

—He dejado cenar a Queen en tu plato. Espero que no te importe.

Claudia dejó escapar una risa suave, aunque su mente seguía en otro lugar.

—Xavi… necesito salir un momento.

Él la miró con sorpresa. —¿Ahora? ¿Estás bien?

—Solo necesito dar un paseo.

Xavi la observó en silencio durante un segundo antes de asentir.
—Vale, pero lleva el móvil.

Claudia salió del apartamento y caminó hasta la farmacia más cercana. Sus pasos eran lentos, como si quisiera ganar tiempo. Pero cuando finalmente entró, no dejó lugar a dudas.

—Quiero una prueba de embarazo, por favor —dijo, intentando mantener la voz firme.

La dependienta le entregó la caja con una sonrisa neutra, y Claudia pagó rápidamente antes de salir de allí. Cuando llegó a casa, escondió la prueba en su bolso y se dirigió directamente a su habitación.

Sabía que tenía que enfrentarse a la verdad, pero no estaba lista. No todavía.

Y mientras el apartamento se sumía en el silencio de la noche, Claudia se tumbó en la cama, mirando al techo, con el peso de una pregunta que podría cambiarlo todo.

El amanecer llegó más rápido de lo que Claudia esperaba. No había dormido ni un minuto, y la prueba de embarazo seguía en su bolso, intacta. Había pasado toda la noche repasando una y otra vez en su mente las posibles consecuencias. ¿Qué haría si salía positiva? ¿Se lo diría a Xavi? ¿Podría seguir adelante con un embarazo en medio del caos de su vida?

Pero había una certeza que no podía ignorar: no podía seguir evitando la verdad. Tenía que enfrentarse a esto.

A las seis de la mañana, mientras el resto del apartamento aún dormía, Claudia se levantó con cuidado para no despertar a Xavi ni a Valentina. Queen, la nueva integrante de la familia, la siguió silenciosamente mientras se dirigía al baño con la prueba en la mano.

Cerró la puerta con suavidad y dejó escapar un suspiro largo y tembloroso. Sus manos estaban frías, y su corazón latía con fuerza mientras leía las instrucciones en la caja, aunque ya sabía exactamente cómo funcionaba.

Cuando finalmente dejó la prueba sobre el lavabo y puso el cronómetro en su móvil, los dos

minutos de espera se sintieron como una eternidad. Claudia se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados y la mirada fija en el pequeño dispositivo.

—Vamos… vamos… —murmuró, como si las palabras pudieran acelerar el tiempo.

Cuando finalmente el cronómetro sonó, Claudia se obligó a mirar. Su corazón parecía detenerse mientras enfocaba la vista en la ventanita de la prueba.

Negativa.

La tensión acumulada en sus hombros se liberó de golpe, y Claudia dejó escapar un suspiro aliviado. Se llevó una mano al rostro, sintiendo cómo la mezcla de emociones la invadía: alivio, sí, pero también una pizca de incertidumbre. Por un momento, una diminuta parte de ella había considerado la posibilidad de un "sí".

Dejó la prueba en la basura y se lavó la cara, mirando su reflejo en el espejo. Todo estaba bajo control… por ahora.

Se preparó un café y se lo tomó en el sofá tranquilamente, en menos de una hora, el apartamento estaba empezando a despertar. Valentina apareció en el pasillo con el cabello desordenado y su pijama de unicornios, abrazando a Queen como si fuera un peluche.

—¡Mamá! ¡Queen me despertó! —dijo con una mezcla de queja y alegría.

Claudia sonrió y se inclinó para besar la frente de su hija.
—Es porque quiere que te levantes temprano. Es una gata muy lista.

En la cocina, Xavi estaba preparando café con una camiseta gris ajustada y esos pantalones de pijama a rayas que tanto le gustaban a Claudia. La escena era tan cotidiana y, al mismo tiempo, tan poco común para ella que no pudo evitar detenerse por un segundo a observarlos.

—¡Buenos días, inspectora! —dijo Xavi con una sonrisa burlona al verla entrar. Luego bajó la voz para añadir—: Hoy no hay alarma de "Mercedes viene, corre, escóndete". Qué decepción.

Claudia le lanzó una mirada que intentaba ser seria, aunque su sonrisa la traicionaba.

—Lo siento si te quito la emoción, Salvatierra. Hoy toca una mañana tranquila… o eso espero.

Valentina, ajena al intercambio, ya estaba sentada en la mesa devorando un tazón de cereales mientras Queen intentaba trepar a su regazo. Xavi se inclinó hacia Claudia y le susurró al oído:
—Me gusta esta versión de ti, ¿sabes? Más relajada.

Claudia le lanzó una mirada rápida, no pudo evitar sentir un cosquilleo. —No te acostumbres —murmuró, robándole un sorbo de su café.

Esa noche, al regresar a casa, Claudia se sentía agotada. La investigación estaba avanzando, pero la presión seguía siendo abrumadora. Cuando abrió la puerta del apartamento, lo primero que vio fue a Xavi y Valentina jugando con Queen en el salón.

—¡Mamá! —gritó Valentina, corriendo hacia ella para abrazarla—. ¡Xavi dice que Queen puede aprender trucos!

Claudia sonrió, dejando el bolso en el suelo y abrazando a su hija.
—Bueno, si alguien puede enseñarle, ese es Xavi.

—Gracias por la confianza, inspectora —dijo Xavi, levantándose del suelo con una sonrisa cansada pero feliz.

La cena fue sencilla pero perfecta: pasta al pesto, preparada por Xavi mientras Valentina hacía de "ayudante de cocina". La niña no dejó de hablar, contando historias del colegio y preguntando si los gatos podían ser astronautas.

Claudia observaba la escena con una mezcla de alivio y gratitud. Por un momento, las tensiones del día desaparecieron, y todo lo que importaba era esa pequeña burbuja de normalidad.

Esa noche, después de acostar a Valentina, Claudia se dejó caer en el sofá junto a Xavi. Él la miró con curiosidad, como si pudiera ver que algo no estaba del todo bien.

—¿Va todo bien? —preguntó, deslizando un brazo sobre el respaldo del sofá.

Claudia asintió, aunque evitó mirarlo a los ojos.

—Ha sido un día largo.

Xavi la estudió por un momento antes de acercarse un poco más.
—Claudia… si hay algo que necesites decir, estoy aquí.

Ella suspiró y se pasó una mano por el cabello. Por un segundo, estuvo a punto de contarle lo de la prueba, pero decidió guardárselo. No era el momento.

—Gracias, Xavi. Es solo cansancio.

Él sonrió y le dio un suave beso en la frente.

El despacho de Claudia estaba sumido en un silencio espeso, solo roto por el clic constante del ratón mientras repasaba una y otra vez los informes forenses y las declaraciones. El caso Castañeda había dejado una marca imborrable en todos, desde los agentes hasta la sociedad. La prensa seguía exigiendo respuestas, y la presión política no hacía más que aumentar.

Sin embargo, esa tarde, algo cambió. Marta irrumpió en su despacho, sosteniendo un informe en la mano. Sus ojos reflejaban una mezcla de agotamiento y triunfo.

—Claudia, lo tenemos —dijo, sentándose delante de ella con una carpeta en la mano.

Claudia alzó la mirada, dejando caer el bolígrafo que tenía entre los dedos.—¿Qué tenemos?

—Su hijo ilegítimo, Alejandro Gómez. Nació hace 29 años de una relación con una mujer llamada Azucena Gómez.

Marta hizo una pausa, observando cómo Claudia procesaba la información. Finalmente, continuó:

—Ella era muy joven cuando lo conoció, apenas 18 años. Se enamoró de él, pero cuando quedó embarazada, Castañeda desapareció de su vida… al menos oficialmente.

Claudia se inclinó hacia adelante, sintiendo que las piezas del puzzle comenzaban a encajar.

—¿Oficialmente?

—La seguía visitando. Según los pocos testimonios que hemos conseguido de vecinos, esas visitas eran todo menos amistosas. Hay indicios claros de abusos físicos y sexuales. La mujer nunca denunció, probablemente por miedo.

—¿Y el niño? —preguntó Claudia, su voz más baja ahora.

Marta asintió.

—El niño lo vio todo. Creció en un ambiente de violencia constante. Azucena era su única protectora, pero estaba demasiado rota para defenderse.

Claudia tomó aire profundamente, sintiendo un peso extraño en el pecho.
—¿Dónde está ese hijo ahora?

Marta sacó una fotografía de la carpeta y se la tendió.
—Aquí. Alejandro Gómez. 29 años. Sin antecedentes penales graves, solo algunas multas de tráfico y una pelea en un bar hace un par de años. Trabaja como repartidor en una empresa de paquetería. Vive en un piso pequeño en Nou Barris.

Claudia examinó la foto. Era un hombre de rostro anguloso, con ojos oscuros y una expresión endurecida, como si la vida lo hubiera golpeado demasiado pronto y demasiado fuerte.

—¿Qué sabemos de su relación actual con los Castañeda? —preguntó Claudia, aunque ya intuía la respuesta.

Marta se sentó frente a ella.

—Según nuestras investigaciones, no había contacto. Alejandro Castañeda padre nunca reconoció oficialmente al hijo. Pero hace cinco años, Azucena enfermó gravemente. En su lecho de muerte, le contó toda la verdad a su hijo: que el hombre que había arruinado sus vidas era su padre biológico.

Claudia cerró los ojos un momento, dejando que las palabras se asentaran en su mente.

—¿Y el hijo? ¿Qué hizo después de enterarse?

—Nada… al principio. Pero hace dos años, dejó su trabajo durante tres meses y desapareció. No sabemos dónde estuvo, pero poco después empezó a buscar información sobre la familia Castañeda. Registró propiedades, investigó sus negocios e incluso llegó a trabajar como jardinero temporal en la urbanización donde vivían.

Claudia sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Estaba planeándolo.

Marta asintió lentamente.

—Y lo hizo con precisión. Sabía cómo entrar en la casa, cómo evitar las cámaras de seguridad, y

cuándo toda la familia estaría allí.

Claudia miró de nuevo la foto del hombre.

—¿Lo tenemos localizado?—Sí. Está en su piso. Pau y un equipo táctico están en camino para detenerlo.

Creemos que los dos millones que sacó Alejandro padre fueron para dárselos a él.

Mientras Claudia esperaba noticias de la detención, no podía dejar de pensar en Alejandro Gómez. Un niño que había crecido en la sombra de la violencia, que había visto cómo su madre era tratada como basura, y que, finalmente, había descubierto que todo su sufrimiento provenía de un hombre que vivía rodeado de lujos, ignorando la miseria que había dejado atrás.

Azucena Gómez había sido una mujer fuerte en sus primeros años, pero la vida la había quebrado. Cuando conoció a Alejandro Castañeda, él era un hombre mayor, encantador y adinerado, que le prometió una vida mejor. Sin embargo, esas promesas se convirtieron rápidamente en amenazas. Cuando ella quedó embarazada, él desapareció, dejándola sola en un pequeño piso con humedades y sin recursos.

Las visitas de Alejandro Castañeda no eran visitas de un padre preocupado, sino de un hombre que usaba su poder para mantener a Azucena bajo control. Cada vez que llegaba, el pequeño Alejandro se escondía detrás de la puerta, observando cómo su madre lloraba después de que él se fuera, cómo recogía los billetes del suelo con las manos temblorosas.

El odio de Alejandro hijo comenzó a formarse temprano, aunque en ese momento no sabía por qué. Todo lo que sabía era que ese hombre era el origen de la tristeza de su madre y de su propia miseria. Cuando Azucena enfermó, el odio se transformó en un fuego imparable. Y cuando ella le confesó la verdad, ese fuego se convirtió en una misión.

Azucena murió sola, en una cama alquilada por horas en un hospital público. Alejandro la enterró con lo poco que tenía, y después, comenzó a planear su venganza.

Horas después, Claudia recibió la llamada que había estado esperando. Alejandro Gómez había sido detenido sin ofrecer resistencia en su piso. El alivio fue instantáneo, aunque se mezcló con una punzada de inquietud al imaginar el encuentro.

Cuando lo vio en la comisaría, sentado frente a ella, no encontró al monstruo que había imaginado tantas veces durante la investigación. En su lugar, había un hombre agotado, con las ojeras marcando su rostro y el peso de toda una vida reflejado en sus hombros. Su mirada estaba vacía, casi resignada, como si ya supiera que todo había terminado. Era la imagen de alguien que había perdido demasiado en el camino.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Claudia, sin rodeos.

Alejandro levantó la mirada lentamente. Sus ojos estaban vacíos, pero había una chispa de algo parecido al alivio.

—Porque era lo único que podía hacer.

Claudia esperó en silencio, dándole espacio para hablar.

—Mi madre me lo contó todo antes de morir. Cómo ese… hombre destruyó su vida. Cómo se burlaba de ella, cómo la golpeaba y la violaba. —Hizo una pausa, apretando los puños—. ¿Sabes lo que es ver a tu madre llorar y no poder hacer nada? ¿Verla morir, sabiendo que todo podría haber sido diferente si ese cabrón hubiera tenido un poco de humanidad?

Claudia no respondió. Sabía que cualquier palabra sería inútil.

—Lo planeé todo. Me aseguré de que sintieran lo que ella sintió. De que supieran que su vida perfecta no los protegería de las consecuencias de lo que hicieron.

—¿Y los niños? —preguntó Claudia, con un nudo en la garganta.

Por un momento, Alejandro pareció quebrarse.

—No… no estaban en mis planes. No quería hacerles daño. Pero estaban allí… gritando… y yo… —Se pasó una mano por el rostro, temblando visiblemente, como si los recuerdos le desgarraran por dentro—. No podía parar.

Claudia se inclinó hacia adelante.

—¿Valió la pena?

Alejandro alzó la mirada, con lágrimas en los ojos.
—Nada de esto vale la pena.

Cuando Claudia salió de la sala de interrogatorios, sintió que el peso del caso Castañeda seguía presionando su pecho. Aunque el culpable había sido detenido, no había satisfacción en el desenlace. Nadie había ganado. Solo quedaban ruinas: una familia destruida, un hombre roto, y un sistema que había fallado en proteger a una mujer y a su hijo durante décadas.

Esa noche, cuando llegó a casa, encontró a Xavi y Valentina jugando en el salón con Queen, que perseguía una pelota de lana. La normalidad de la escena la golpeó con una fuerza inesperada, y por un momento, se quedó quieta en la puerta, dejando que la calidez de su hogar la envolviera.

Xavi levantó la vista y sonrió.

—¿Estás bien?

Claudia asintió, acercándose para besarle la mejilla.
—Todo lo bien que puede estar.

Esa noche, mientras se acurrucaba en el sofá con Xavi y Valentina, supo que había encontrado algo más fuerte que cualquier oscuridad: su propia luz.

La sala de reuniones de la comisaría estaba sumida en un silencio sepulcral. Claudia, Marta, Pau y el resto del equipo repasaban los últimos informes del caso Castañeda. Aunque habían resuelto el enigma, ninguno sentía la satisfacción de otros casos cerrados. Había demasiadas emociones enredadas en esta historia.

Marta fue la primera en romper el silencio, dejando caer una carpeta sobre la mesa con un golpe

seco.

—No puedo creerlo. Este hombre, Alejandro Castañeda, no solo destruyó la vida de su hijo ilegítimo y de Azucena. Mirad esto.

Claudia y Pau se inclinaron hacia adelante mientras Marta abría el expediente. Las pruebas eran abrumadoras: registros bancarios que mostraban pagos miserables a Azucena durante años, informes médicos que describían las lesiones que había sufrido, e incluso notas de vecinos que recordaban las "visitas nocturnas" del empresario a aquel miserable piso.

—Era un auténtico monstruo —dijo Pau, cerrando el expediente de golpe—. Es increíble cómo alguien con tanto poder puede abusar de él durante décadas y salirse con la suya.

Claudia asintió, pero su mente estaba en otra parte. Recordaba las palabras de Alejandro Gómez durante el interrogatorio: "Nada de esto vale la pena". Por muy terrible que hubiera sido su infancia, por mucho que odiara a su padre, los cinco asesinatos que había cometido lo habían condenado. Sin embargo, algo en su mirada había removido algo en Claudia.

—Quiero que se haga público todo esto —dijo de repente, levantando la mirada hacia el equipo —. La prensa necesita saber quién era Alejandro Castañeda. Su imagen pública no puede seguir siendo la de un empresario ejemplar y un padre de familia. La gente necesita saber que el verdadero monstruo no era solo Alejandro Gómez, sino también el hombre que lo convirtió en lo que es hoy.

Marta asintió, aunque con cierta cautela.

—¿Crees que eso ayudará?

Claudia respiró hondo.—No sé si ayudará, pero al menos dará contexto. No estoy justificando lo que hizo Alejandro Gómez, pero el público merece entender qué lo llevó hasta allí.

Pau intervino, levantando una ceja.—¿Y no te preocupa que eso lo humanice demasiado?

Claudia lo miró fijamente. —La verdad no humaniza ni deshumaniza, Pau. Solo muestra los hechos. Y los hechos son que Alejandro Gómez es culpable, pero también es víctima. Que la justicia haga su trabajo.

La noticia del arresto de Alejandro Gómez y su relación con Alejandro Castañeda se propagó como un incendio por los medios. No solo se hablaba de los asesinatos, sino también de la vida secreta del empresario y de la miseria que había dejado tras de sí. Las redes sociales se llenaron de comentarios divididos: algunos pedían una condena ejemplar para Alejandro Gómez, mientras que otros veían en él a una víctima del sistema.

En medio de todo el caos mediático, Claudia recibió una llamada inesperada en su despacho.

—Inspectora Claudia Ferrer, al habla.

—Inspectora, soy Marcos Bellver. Quizás me conozca, soy abogado penalista.

Claudia alzó las cejas. Claro que lo conocía. Bellver era uno de los abogados más reconocidos de España, famoso por tomar casos imposibles y convertirlos en victorias inesperadas.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Bellver? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—He estado siguiendo el caso Castañeda. Quiero ofrecerme para defender a Alejandro Gómez.

Claudia parpadeó, sorprendida. —¿A defenderlo?

—Sí, y no porque crea que no deba ser castigado. Lo que hizo es imperdonable, pero merece un juicio justo. Además, según la ley, tiene derecho a reclamar parte de la herencia de Alejandro Castañeda. Ese dinero debería financiar su defensa y, cuando salga de la cárcel, permitirle tener lo que le corresponda.

Claudia se recostó en su silla, procesando la información.
—¿Por qué este caso, Bellver? Usted no suele aceptar casos como este.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea antes de que Bellver respondiera.

—Porque esto no es solo un caso de asesinato múltiple. Es un caso de abandono, abuso y las consecuencias de un sistema que falló en proteger a los más vulnerables. Creo que la sociedad necesita reflexionar sobre lo que llevó a este hombre a cometer esos crímenes. Y, sinceramente, quiero que su voz sea escuchada.

Claudia se quedó pensativa durante unos segundos. Finalmente, asintió, aunque Bellver no podía verla.

—Señor Bellver me cuesta creer lo que voy a decir, habiendo tres niños muertos de por medio, pero pienso exactamente como usted.

—Gracias inspectora. —Hable con él. No creo que se oponga.

Cuando Bellver llegó a la sala de interrogatorios, Alejandro Gómez lo miró con desconfianza. El joven estaba sentado con las esposas puestas, su cuerpo rígido como si esperara otro golpe de la vida.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz ronca.

—Marcos Bellver. Soy abogado, y quiero representarte.

Alejandro soltó una risa amarga.

—¿Para qué? Ya lo he confesado todo. No necesito un abogado, necesito una celda.

Bellver no se inmutó. Sacó una silla y se sentó frente a él.
—Te equivocas. Necesitas justicia. Y aunque lo que hiciste fue horrible, mereces que se escuche tu historia.

Alejandro lo miró fijamente, sus ojos oscuros llenos de una mezcla de incredulidad y dolor.

—¿Por qué le importa? Nadie se preocupó por mí antes. ¿Por qué ahora?

—Porque creo que tu vida no debería haber llegado a esto —respondió Bellver con firmeza—. Porque creo que, aunque el peso de la ley caerá sobre ti, tienes derecho a que la verdad completa sea contada.

Alejandro bajó la mirada, sus hombros hundiéndose ligeramente. Finalmente, asintió.

—Haga lo que quiera.

Mientras tanto, la noticia de que Alejandro Gómez podría reclamar parte de la herencia de su padre generó un nuevo revuelo mediático. Los titulares no tardaron en aparecer, avivando el debate en redes sociales y programas de televisión. Las propiedades, las cuentas bancarias y los negocios de los Castañeda estaban siendo analizados por las autoridades. El hecho de que el dinero del magnate pudiera ser utilizado para defender al hombre que había asesinado a toda la familia causó una profunda división en la opinión pública.

Xavi, que estaba cortando verduras para la cena, levantó la mirada hacia ella.—Aquí nadie gana, Claudia. Todos han perdido, y mucho.

Claudia suspiró, apoyándose en la encimera. Xavi sonrió, aligerando el ambiente.—¿Y si en vez de estas verduritas pedimos unas pizzas? Claudia soltó una risa suave —Me parece una gran idea.

7

El calor de junio ya se sentía con fuerza en Barcelona, y el aire estaba cargado con esa energía particular que trae el final del curso escolar. Para Valentina, sin embargo, el mes tenía un significado aún más importante: ¡su cumpleaños!

—¡Mamá, voy a cumplir CINCO! —anunció Valentina por quinta vez esa mañana mientras desayunaba un bol de cereales, balanceando las piernas en la silla.

Claudia, con una taza de café en la mano y apenas despierta, sonrió.
—Ya lo sé, terremoto. Lo llevas diciendo desde hace semanas.

—Pero mamá, cinco es un número súper importante. ¡Es como ser mayor! —exclamó Valentina, llevándose una cuchara de cereales a la boca.

Xavi, que desde muy temprano había estado trabajando en su casa, entró a desayunar con ellas, rió mientras se servía café. Vestía una camiseta blanca ajustada y unos vaqueros desgastados, el atuendo perfecto para la tarea que se avecinaba: planificar la fiesta de Valentina.

—Cinco es una edad muy seria, ¿eh? ¿Y ya sabes qué quieres hacer en tu fiesta?

Valentina lo miró con los ojos brillantes.

—¡Quiero unicornios, arcoíris y una piñata gigante! ¿Puedo invitar a toda mi clase?

Claudia alzó una ceja, mirando a Xavi con complicidad.
—¿Toda tu clase, eh? No sé si caben treinta niños en casa, peque.

—Podemos hacerlo en el parque —sugirió Xavi, encogiéndose de hombros—. Un espacio al aire libre, una piñata, un pastel, juegos... Y así no tienes que preocuparte por recoger después.

Claudia le lanzó una mirada divertida.

——Me encanta cómo dices eso, como si no fuéramos los dos los que recogeremos después.

—Ah, ¿no te dije? Yo superviso, pero el caos lo gestionas tú —respondió Xavi con una sonrisa pícara, esquivando el cojín que Claudia le lanzó.

Valentina, ajena a las bromas de los adultos, ya estaba haciendo planes en voz alta.

—¡Y quiero una mesa llena de chuches, y un castillo hinchable, y un pastel gigante!

Preparativos con caos incluido

La semana previa al cumpleaños fue una mezcla de risas, discusiones y carreras de última hora. Claudia había conseguido reservar una zona del parque de la Vila Olímpica, cerca de la playa, y con la ayuda de Xavi, Mercedes y Clara, estaban organizando todo.

El día antes de la fiesta, Xavi y Valentina decidieron encargarse de inflar globos y preparar las bolsitas de chuches.

—Xavi, ¿puedes inflar este de unicornio? —preguntó Valentina, sacando un enorme globo con forma de arcoíris.

—Claro que sí, pero primero ayúdame con estos. —Xavi le pasó un paquete de globos normales, y Valentina se sentó a su lado en la alfombra del salón, inflando globos con una concentración absoluta.

Sonó el timbre de la puerta. Era Clara, que llegaba cargada. —A ver, cazurros, ¿no sabéis que existen aparatos para hinchar globos? —dijo, con una ceja arqueada y un tono de reproche divertido.

Claudia, que había llegado del trabajo, se detuvo en la puerta del salón para observarlos. Valentina llevaba una diadema de unicornio y Xavi tenía un globo en la boca, intentando inflarlo sin reventarlo. Era una escena tan caótica como perfecta.

—¿Sabes? Esto no es lo que imaginé cuando dije que quería una vida tranquila —comentó Claudia, apoyándose en el marco de la puerta con una sonrisa.

—Y mírate ahora —replicó Xavi, levantando la vista y señalando los globos que llenaban el suelo—. ¿Quién necesita tranquilidad cuando puedes tener esto?

Claudia puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír.

El día del cumpleaños amaneció soleado y cálido, perfecto para una celebración al aire libre. El parque estaba decorado con guirnaldas de colores, mesas llenas de dulces y un enorme castillo hinchable que había emocionado a Valentina desde el momento en que llegó.

—¡Mamá, mira! ¡Es un unicornio de verdad! —gritó Valentina, señalando una figura inflable con forma de unicornio que Xavi había alquilado como sorpresa.

Claudia se quedó sin palabras por un momento. Miró a Xavi, que estaba colocando una mesa con pastelitos.

—¿Un unicornio? ¿De dónde sacaste eso?

Él sonrió, encogiéndose de hombros.—Tengo contactos.

—¿Contactos o una tarjeta de crédito muy activa? —bromeó Claudia, pero en el fondo estaba impresionada por el esfuerzo que Xavi había puesto en todo.

La fiesta fue un éxito rotundo. Valentina corrió de un lado a otro con sus amigos, jugando al escondite, lanzándose por el tobogán del castillo hinchable y rompiendo la piñata con una fuerza que sorprendió a todos los adultos.

Durante el pastel, Valentina se subió a una silla para hacer un anuncio.

—¡Gracias a todos! —dijo con una sonrisa que iluminaba su carita. Luego miró a Xavi—. Y gracias a Xavi por traerme a Queen, por los globos y… porque eres el mejor.

La declaración hizo que todos rieran, pero Claudia notó el brillo en los ojos de Xavi. Sabía que, aunque no lo diría en voz alta, el comentario de Valentina significaba mucho para él.

Cuando la fiesta terminó y el parque quedó en silencio, Claudia, Xavi y Clara se quedaron recogiendo los últimos restos de confeti y guardando los regalos en el coche.

—Ha sido un gran día —dijo Claudia, mirando a Xavi mientras doblaba un mantel.

—Sí, ha sido perfecto. Valentina es increíble —respondió él, mirándola con una sonrisa que la hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

Clara, que estaba guardando bolsas de chuches en una caja, interrumpió el momento con una risa.

—Dejad de miraros así, por favor. Me dais envidia.

Esa noche, después de que Valentina se quedara dormida abrazada a Queen y rodeada de sus regalos, Claudia y Xavi se acomodaron en la terraza con una botella de cava.

—Gracias por hoy, Xavi —dijo ella, recostándose contra su hombro. Ha sido más de lo que podía haber imaginado.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti… y por la terremoto—respondió él, deslizando un brazo alrededor de su cintura.

Claudia levantó la vista hacia él, y en ese momento, entre el cansancio del día y la calidez del momento, supo que Xavi ya no era solo un vecino, ni siquiera solo un hombre al que amaba. Era su hogar.

Cuando se besaron, fue un beso suave, lleno de promesas. El tipo de beso que decía, sin palabras, que estaban construyendo algo real.

El cumpleaños de Valentina no solo había sido una celebración de su crecimiento, sino también un recordatorio de cuánto habían cambiado sus vidas desde que Xavi apareció en ellas.

Y aunque el día había terminado, Claudia sabía que lo mejor aún estaba por venir.

La noche de Sant Joan tenía ese aire único que Claudia siempre encontraba hipnótico, aunque no lo admitiera en voz alta. Desde la terraza de su apartamento, el cielo de Barcelona era un mosaico vibrante de luces. Las estrellas competían con los destellos de los fuegos artificiales, que estallaban sin descanso sobre la ciudad. Cada explosión iluminaba la playa cercana, donde se reunían grupos de personas alrededor de hogueras que parecían querer alcanzar el horizonte.

El olor a pólvora se mezclaba con el aroma salado del mar, y desde lo alto, el bullicio de las celebraciones llegaba como un murmullo constante. En las terrazas vecinas, familias y amigos reían, brindaban y compartían momentos. La música flotaba en el aire, cambiando de ritmo y género dependiendo de la esquina de la ciudad de donde proviniera.

Xavi se inclinó sobre la barandilla, con una copa de cava en la mano, observando cómo los colores cambiaban en el cielo. Claudia, sentada en una de las sillas, descansaba con un vaso de cava y la mirada perdida en el horizonte.

Él la miró por un momento, con la intensidad de alguien que quería memorizar cada detalle de la escena: el brillo en sus ojos, la risa de Valentina llenando el espacio, la magia de una noche que parecía suspendida en el tiempo.

Cuando el reloj se acercó a la medianoche, Valentina, más despierta ahora, corrió con una bengala en la mano, riendo mientras la luz chispeante iluminaba su rostro. Xavi y Claudia se apoyarón juntos en la barandilla, con Valentina regresando a ellos poco después, agotada pero feliz. Una última explosión de fuegos artificiales iluminó el cielo, reflejándose en el mar.

—Feliz verbena —susurró Xavi, apoyando su frente contra la de Claudia mientras Valentina murmuraba algo entre sueños.

La noche perfecta de Sant Joan no era solo la celebración, los fuegos artificiales o las hogueras. Era ese momento, ese pequeño respiro en el caos de la vida, en el que Claudia sentía que todo estaba exactamente donde debía estar.

La luz tenue de las farolas de la calle se filtraba por las cortinas, iluminando la piel desnuda de Claudia mientras ella lo miraba con una mezcla de deseo y vulnerabilidad. Xavi deslizó las manos por sus costados, deteniéndose en cada curva como si quisiera memorizarla.

—¿Sabes lo que siento cada vez que me miras así? —murmuró él, sus labios rozando la clavícula de Claudia.

Ella no respondió, solo lo atrajo hacia sí, sus dedos enredándose en su cabello. Los movimientos de Xavi eran lentos, deliberados, como si quisiera grabar cada instante en su memoria.

Claudia arqueó la espalda cuando él deslizó los labios por su abdomen, tomando su tiempo, disfrutando de cada reacción que arrancaba de ella.

—Xavi… —dijo, su voz quebrada por el placer.

8

El sonido de la puerta al cerrarse resonó por todo el apartamento, más fuerte de lo normal. Xavi entró con pasos firmes, el rostro inexpresivo, aunque la tensión en su mandíbula hablaba por sí sola. Claudia, que estaba en la cocina preparando una taza de té, lo notó de inmediato. Algo estaba mal.

—Hola —saludó, intentando sonar natural mientras revolvía el té— ¿Todo bien?

Xavi no respondió al saludo. En lugar de eso, dejó caer las llaves sobre la mesa con un ruido seco que rompió el silencio. Luego cruzó los brazos y se quedó mirándola con una frialdad que Claudia no recordaba haber visto antes.

—¿Hay algo que me quieras explicar? —preguntó finalmente, su voz baja pero cargada de un enfado latente, apenas contenido.

Claudia dejó la cucharilla en el plato, sintiendo cómo su pulso se aceleraba. Se volvió hacia él con una expresión de desconcierto.

—¿Explicarte qué? —murmuró, frunciendo ligeramente el ceño.

Xavi arqueó una ceja, sus ojos clavados en los de ella como si tratara de leerle la mente.

—Por ejemplo… ¿cuándo me pensabas contar que creías que estabas embarazada?

El silencio que cayó entre ambos fue denso, casi sofocante. Claudia sintió un frío repentino recorrerle la espalda. No podía moverse ni encontrar las palabras adecuadas. Era como si la hubieran descubierto en falta, aunque no estaba segura de por qué se sentía culpable.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó al fin, con la voz apenas un susurro.

Xavi soltó una risa breve, amarga.

—Eso ahora no importa —replicó, tensando aún más los brazos cruzados—. Lo que importa es que decidiste ocultármelo. ¿En serio, Claudia? ¿Esto es lo que haces? ¿Tomar decisiones importantes sin siquiera decírmelo?

Claudia bajó la mirada, luchando contra una mezcla de vergüenza y rabia.

—No lo estaba escondiendo… Simplemente no estaba lista para decírtelo —murmuró, alzando los ojos con cautela—. Necesitaba procesarlo yo sola.

Xavi negó lentamente con la cabeza, dejando escapar un suspiro cargado de exasperación.

—¿Procesarlo sola? —repitió con un tono glacial—. ¿Y dónde quedo yo en todo esto? ¿O es que no pensaste que tal vez también tenía derecho a saberlo? ¿Que tal vez esto no es solo algo tuyo, sino de los dos?

Las palabras le cayeron como una bofetada. Claudia levantó la cabeza de golpe, sus ojos ahora chispeando con desafío.

—¡Por supuesto que lo pensé! Pero estaba asustada, Xavi. Era solo una prueba, nada más. ¿Qué querías que hiciera?

Él respiró hondo, como si tratara de no explotar. Caminó un par de pasos por la sala, tensando los puños antes de coger las llaves.

—Decírmelo y hacerme partícipe de un momento que era tan tuyo como mío. Se trata de confianza mutua, Claudia, esa misma por la que tanto he luchado… y que tú estás destruyendo con tu silencio.

Claudia lo miró, con el corazón encogido, sintiendo el peso de sus palabras. Quiso responder, explicar mejor sus razones, pero el nudo en su garganta se lo impidió. Xavi negó lentamente con la cabeza y dio un paso hacia la puerta.

—Hablaremos cuando estés lista para ser honesta. —Con esas últimas palabras, cogió sus llaves y salió, dejando a Claudia atrapada en un torbellino de emociones.

El eco del portazo resonó en la habitación. Claudia se quedó inmóvil, sintiendo el vacío que ahora llenaba el apartamento. "Confianza", pensó. Esa palabra seguía martillando en su mente mientras la sensación de arrepentimiento se hacía cada vez más fuerte.

El calor de Barcelona, siempre sofocante en junio, parecía aún más asfixiante esa tarde. Claudia estaba sentada en su escritorio, repasando los últimos informes del caso Castañeda. El papeleo nunca parecía acabar, y aunque la presión mediática había disminuido desde que Alejandro Gómez fue detenido, las horas en la comisaría seguían acumulándose.

La puerta del despacho se abrió de golpe, y Marta entró con una bolsa de croissants.

—¿Otra noche sin irte a casa, jefa?

—Algo así. —Claudia suspiró y dejó el bolígrafo en la mesa.

—Mira que me caes bien, pero te lo digo en serio: necesitas bajar el ritmo. Te estás quemando.

Claudia no respondió, pero sabía que Marta tenía razón. Había estado sumergida en el trabajo durante días, y aunque intentaba dividir su tiempo entre Valentina y sus obligaciones, algo siempre parecía quedarse corto. Xavi había estado especialmente callado últimamente, y aunque Claudia no lo había mencionado, sabía que la distancia creciente entre ellos no era casualidad.

Cuando llegó a casa esa noche, el apartamento estaba en completo silencio. Valentina dormía profundamente en su habitación, abrazada a Queen, que ronroneaba suavemente a su lado. Claudia dejó las llaves en la mesa del recibidor y entró al salón, donde encontró a Xavi sentado en el sofá, con un guion en las manos, con la mirada fija en algún punto de la pared.

—Hola —dijo Claudia, quitándose los tacones.

Xavi levantó la vista, pero su sonrisa fue débil, casi inexistente.
—Hola. ¿Qué tal el día?

—Largo. —Claudia se dejó caer en el sofá junto a él, notando la tensión en sus hombros y en su voz.

El silencio entre ellos se hizo palpable, incómodo, hasta que Xavi dejó el guion en la mesa con un golpe seco y se giró hacia ella.
—¿Hasta cuándo, Claudia?

Ella lo miró, confundida. —¿Hasta cuándo qué?

—¿Hasta cuándo vas a seguir dejándome al margen de todo? —Su tono era tranquilo, pero la tensión en su mandíbula lo delataba—. Hace días que apenas hablamos. No me dices cómo estás, cómo te sientes. Solo trabajo, trabajo y más trabajo.

Claudia sintió que algo en su interior se revolvía, como si hubiera estado esperando este momento y, al mismo tiempo, temiéndolo.
—Xavi, lo sabes. Este caso es complicado. Necesito estar al cien por cien.

—¿Y dónde quedamos nosotros? —La interrumpió, con un gesto de frustración—. Claudia, no quiero ser un espectador en tu vida. Quiero ser parte de ella. Pero últimamente siento que siempre estoy en segundo plano.

Sus palabras golpearon a Claudia más fuerte de lo que esperaba.
—Eso no es justo, Xavi. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—¿De verdad? Porque yo te veo agotada, desconectada. Y no es solo por Valentina o por el caso. Es como si no quisieras dejarme entrar del todo.

Claudia sintió cómo la ira se mezclaba con la culpa.
—No es tan fácil para mí, ¿vale? He estado sola mucho tiempo. Aprendí a no depender de nadie.

—No te estoy pidiendo que dependas de mí. Te estoy pidiendo que confíes en mí. —Xavi se levantó, pasándose una mano por el cabello con frustración—. Pero si cada vez que intento acercarme, encuentras una excusa para alejarte, no sé cómo seguir.

Claudia lo miró fijamente, sintiendo que las palabras se le atragantaban en la garganta. Quería gritarle que él no entendía la presión constante que sentía, el miedo que aún la consumía en los momentos de calma. Pero, en el fondo, sabía que él sí lo entendía. Eso era lo que hacía todo más difícil.

Xavi respiró hondo y bajó la mirada por un momento. Cuando volvió a mirarla, sus ojos reflejaban algo diferente: una mezcla de resignación y firmeza.

—Hoy duermo en mi casa. Necesito espacio, Claudia. No quiero seguir discutiendo contigo.

La decisión golpeó a Claudia como un jarro de agua fría.
—¿Estás… estás diciendo que te rindes? —preguntó, con voz ahogada.

—No me estoy rindiendo. Solo necesito tiempo. Tiempo para no sentir que estoy chocando

contra un muro cada vez que trato de hablar contigo.

—Xavi, yo…

—No, Claudia. —Él negó con la cabeza suavemente, acercándose a ella solo lo suficiente para rozar su mejilla con los dedos.

Ella asintió lentamente, aunque en su interior todo parecía derrumbarse. Xavi se puso los zapatos y tomó sus cosas sin prisa. Antes de cruzar la puerta, la miró una última vez.
—Cuídate.

Cuando la puerta se cerró tras él, Claudia se quedó en el salón, sintiendo el peso del silencio. El aire, que momentos antes parecía cálido y lleno de vida, ahora se sentía pesado, denso. Sus ojos recorrieron el espacio vacío, desde el sofá hasta la ventana, buscando algo que no sabía definir. Por primera vez en mucho tiempo, la soledad que había aprendido a soportar le pareció insoportable.

El sonido de la alarma del móvil de Claudia rompió el silencio en la habitación. Era jueves y el sol apenas empezaba a asomarse tras las cortinas. Se desperezó con un suspiro profundo. Otra noche en vela.

La rutina era la única constante en su vida desde la discusión con Xavi. Habían pasado diez días sin que se vieran más allá de los saludos forzados en el pasillo o cuando Valentina corría a abrazarlo si lo veía. Nada más. Ni mensajes. Ni llamadas.

En la comisaría, el trabajo la mantenía ocupada hasta altas horas de la noche, pero eso no impedía que su mente divagara hacia Xavi en los momentos más inoportunos. Marta lo notaba. Su mejor amiga había aprendido a leer entre sus silencios.

—Jefa, ¿qué tienes hoy? Estás más tensa que una cuerda de guitarra.

—Marta se apoyó en el borde del escritorio, observándola con una ceja arqueada.

—Nada, solo... el trabajo —respondió Claudia con evasivas.

—Ajá, claro. ¿Y qué tal está nuestro querido vecino? Hace días que no lo mencionas. —El tono sarcástico de Marta la hizo fruncir el ceño.

Claudia suspiró y se dejó caer en el respaldo de la silla.

—No sé nada de él, Marta. Nos peleamos. Bueno, discutimos. Y desde entonces… nada.

Marta cruzó los brazos, adoptando una expresión más seria.

—Claudia, Xavi es un buen tipo. Y tú lo sabes. A veces hay que dejar de ser tan… tú. No puedes controlarlo todo.

Claudia le lanzó una mirada fulminante, pero el comentario de su amiga se quedó flotando en el aire el resto del día.

Valentina salió corriendo con su mochila rebotando a la espalda. Sus ojos se iluminaron al ver a Xavi de pie junto a la puerta del colegio, esperándola.

—¡Xavi! —gritó con entusiasmo, lanzándose a sus brazos.

Él la atrapó al vuelo y le dio vueltas en el aire, riendo.

Claudia, que caminaba unos pasos detrás, se detuvo al ver la escena. Su corazón se encogió ante la complicidad entre ellos. Valentina hablaba emocionada mientras Xavi le acomodaba la gorra que se le había caído. Todo parecía tan natural, tan… familiar.

Claudia apretó los labios, indecisa sobre cómo acercarse. Cuando finalmente dio un paso adelante, Xavi levantó la mirada y sus ojos se encontraron. Hubo una chispa de reconocimiento, seguida de una frialdad calculada.

—Hola, Claudia —dijo él, con una sonrisa educada pero distante.

—Hola. Gracias por venir a buscarla —respondió ella, evitando mirar demasiado tiempo sus ojos.

Valentina tiró de la mano de Xavi, emocionada.

—¿Puedes venir a cenar a casa? Mamá hará mi pizza favorita.

Claudia se tensó.

—Val, cariño, Xavi tiene sus cosas…

—Claro que puedo —interrumpió Xavi, con una sonrisa cálida solo para Valentina—. Pero solo si me guardas un trozo grande.

La niña saltó de emoción y comenzó a correr hacia el coche, dejando a Claudia y Xavi a solas por unos segundos. El silencio entre ellos fue tenso, cargado de cosas no dichas. La tensión parecía casi palpable, flotando en el aire entre ellos.

—No hacía falta que aceptaras —murmuró Claudia.

Xavi la miró con intensidad, sus labios curvándose apenas.

—Es por Valentina. No quiero que ella sufra por lo que sea que esté pasando entre nosotros.

Claudia sintió una punzada de culpa, pero su orgullo le impidió decir algo más. Xavi se limitó a asentir y caminó hacia el coche, dejándola atrás con sus pensamientos.

Valentina estaba en su mejor versión: divertida, chispeante y llena de ocurrencias. Hizo reír a ambos con sus historias del colegio, especialmente cuando relató cómo "salvó" a una oruga que encontró en el patio.

—Mamá decía que era solo un bichito, pero yo sabía que era especial. Así que la llevé a un árbol y le dije: ‘Ahora tienes una nueva casa’.

Xavi rió, levantando su cerveza.

—Eres toda una heroína, Val. Seguro que esa oruga se acuerda mucho de ti.

—¡Claro que sí! —afirmó Valentina, con la confianza que solo una niña de su edad podía tener.

Claudia observaba la escena con una mezcla de gratitud y añoranza. Por unos minutos, se permitió imaginar cómo sería si las cosas entre ellos volvieran a ser como antes. Pero ese pensamiento le dolía más de lo que quería admitir.

Cuando Valentina finalmente se quedó dormida, Xavi se puso de pie.

—Gracias por la cena —dijo, con un tono educado pero distante.

—Xavi, espera… —Claudia se mordió el labio, buscando las palabras—. No quiero que esto sea así entre nosotros.

Él la miró, el dolor y la frustración reflejados en sus ojos.—Yo tampoco, Claudia. Pero no puedo hacerlo solo. No puedo seguir esperando eternamente a que confíes en mí.

Ella asintió lentamente, sintiéndose más vulnerable de lo que jamás había estado. Su corazón latía con fuerza, pero sabía que él tenía razón. No podía seguir evitando esa decisión.

—¿Podemos hablar mañana? —preguntó, su voz más baja de lo que había querido.

Xavi inclinó ligeramente la cabeza, relajando un poco la expresión.—Claro. —Su voz era suave, pero cargada de significado—. Mañana.

Y con esa frase, Xavi se marchó, dejándola con el eco de sus propias inseguridades.

El colegio de Valentina estaba abarrotado. El evento de fin de curso siempre era un acontecimiento importante: padres, profesores y alumnos se reunían para celebrar, entre decoraciones hechas por los niños, actuaciones y discursos interminables. El calor del verano se hacía presente con un sol implacable que se filtraba a través de las ventanas altas del gimnasio. Claudia llegó a última hora, sujeta a un horario de trabajo que no le daba tregua. Aun así, no iba a perderse la actuación de Valentina por nada del mundo.

El eco de los aplausos resonaba en el amplio salón cuando ella entró apresuradamente. Buscó con la mirada a su hija entre el grupo de niños en el escenario y, al encontrarla, sonrió. Valentina estaba preciosa, con una diadema de flores y el vestido de colores que habían elegido juntas la semana anterior.

Todo habría estado perfecto si no fuera por una pequeña pero contundente interrupción a sus pensamientos: Xavi, de pie a unos metros, observando también la actuación. Y no estaba solo. Eva, la espectacular morena del restaurante, estaba a su lado, inclinada ligeramente hacia él mientras le decía algo al oído.

Claudia sintió cómo su estómago se revolvía. “¿Qué hace ella aquí?”, pensó con una mezcla de irritación y desconcierto. Intentó desviar la mirada, pero sus ojos parecían tener vida propia y volvían una y otra vez hacia esa escena. Eva reía, tocando ligeramente el brazo de Xavi de una forma que Claudia encontraba exasperante. Él, aunque parecía relajado, tenía esa sonrisa en los labios que la hacía rabiar aún más.

"Tranquila, no es asunto tuyo", se dijo a sí misma, intentando centrarse en la actuación de Valentina. Pero era imposible ignorar la sensación de incomodidad que se apoderaba de ella.

Marta, que había llegado justo detrás de Claudia, la observó con una ceja arqueada.

— ¿Algún problema? Pareces a punto de lanzar rayos láser con la mirada.

Claudia resopló. —No me hagas empezar…

Marta siguió la dirección de sus ojos y soltó una risita al ver a Xavi con Eva.

—Oh… ya entiendo. Así que la famosa ex aparece en escena. Esto se pone interesante.

—No es nada —replicó Claudia, cruzándose de brazos—. Que haga lo que quiera.

—Claro, claro. Porque a ti no te afecta en absoluto, ¿verdad?

Claudia le lanzó una mirada afilada, pero antes de que pudiera responder, la actuación terminó. Valentina se bajó del escenario corriendo hacia ella.

—¡Mamá, viste mi baile? ¡Lo hice perfecto! —exclamó emocionada, lanzándose a sus brazos.

—Lo hiciste increíble, mi amor —respondió Claudia, abrazándola con fuerza.

Valentina giró la cabeza y, al ver a Xavi, soltó un grito de alegría.

—¡Xavi! —corrió hacia él sin soltar la mano de su madre—. ¿Viste mi baile también?

Xavi se inclinó para abrazarla.

—Claro que lo vi. Eres toda una estrella.

Eva observaba la escena con una sonrisa elegante, aunque algo contenida. Claudia no pudo evitar notar cómo los ojos de la mujer se posaban en ella con una mezcla de curiosidad y evaluación.

—¿Tú eres la vecina de Xavi, verdad? —preguntó Eva con voz melosa, —. Creo que nos conocimos en el restaurante vegetariano…

Claudia asintio esforzándose por mantener una expresión neutral.

El silencio que siguió fue tenso. Valentina, ajena a la situación, seguía hablando emocionada con Xavi sobre la fiesta. Eva, sin embargo, aprovechó cada oportunidad para tocar el brazo de Xavi o mirarlo de una forma que Claudia encontraba excesivamente teatral. Finalmente, incapaz de soportar más la escena, Claudia se excusó.

—Voy a llevar a Valentina a saludar a sus amigos. Nos vemos luego.

Sin esperar respuesta, tomó la mano de su hija y se alejó rápidamente.

Después de un rato, Claudia decidió tomar aire en el patio trasero del colegio, un lugar más tranquilo y alejado del bullicio. Sin embargo, no tardó en escuchar unos pasos detrás de ella. Cuando se giró, Xavi estaba ahí, con las manos en los bolsillos y una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Huyes de algo? —preguntó con una leve sonrisa.

Claudia suspiró, Apretó los puños suavemente, sin moverse.

—Solo necesitaba un respiro.

Xavi asintió, acercándose unos pasos más. —¿De verdad vamos a hacer esto? —dijo, con un tono más serio—Fingir que no está pasando nada.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Claudia. He visto cómo me mirabas antes. No fue precisamente una mirada indiferente.

Claudia sintió el calor subiéndole por el cuello.

—¿Ah, sí? Pues disculpa si no me entusiasma ver cómo una "vieja amiga" te manosea en medio de un evento escolar.

Xavi soltó una carcajada baja, pero había un dejo de tristeza en sus ojos.

—¿Celos? Porque eso es lo que parece.

Ella chasqueó la lengua, negando con la cabeza.

—No seas ridículo.

—Entonces, ¿por qué estás tan a la defensiva? —Xavi dio un paso más, acortando la distancia entre ellos—. Claudia, si hay algo que quiero dejar claro, es que no tengo interés en Eva. Ni en nadie más.

Claudia tragó saliva, sintiendo cómo su corazón se aceleraba. Pero el orgullo seguía aferrándose a sus palabras.

—Mira, Xavi, no tengo tiempo para estos jueguitos. Tengo demasiado en mi plato como para preocuparme por…

—Por mí —la interrumpió él, su voz más baja pero cargada de significado—. Lo entiendo. Pero déjame decirte algo: sigo aquí, Claudia. Estoy esperando a que me dejes entrar. Pero no voy a esperar para siempre.

Ella abrió la boca para responder, pero ninguna palabra salió. La intensidad en los ojos de Xavi la desarmó por completo, dejándola incapaz de encontrar una respuesta. Su mente era un caos, y su corazón latía con tanta fuerza que sentía que se le iba a salir del pecho. Finalmente, se dio la vuelta y se alejó rápidamente, con el corazón en un puño y una mezcla de emociones que no sabía cómo manejar.

Xavi la observó marcharse, Se quedó allí un momento más, la mirada perdida, dejando escapar un suspiro frustrado. Sabía que Claudia tenía sus murallas, pero también sabía que, tarde o temprano, esas murallas tendrían que caer. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Las luces de la ciudad titilaban como pequeños faros en la distancia. Desde su despacho en la

comisaría, Claudia veía el reflejo de los edificios en el cristal de la ventana. El caso Castañeda había sido oficialmente cerrado, pero las secuelas aún la perseguían. No solo era el peso de la tragedia que había investigado, sino también el remolino de emociones en su vida personal.

Después de aquella conversación en el colegio, la relación con Xavi había entrado en un terreno incierto. Había algo roto entre ellos, algo que ninguno parecía dispuesto a reparar todavía. Los mensajes cortos y las llamadas ausentes habían sustituido las conversaciones largas y las noches compartidas. Ahora, todo lo que quedaba era un vacío que la consumía poco a poco.

Marta entró en el despacho, interrumpiendo sus pensamientos.

—Claudia, ¿aún aquí? —preguntó con un tono cansado.

—Sí, solo revisando unos informes pendientes.

—El caso está cerrado. Vete a casa, Valentina te necesita.

Claudia suspiró, pasando una mano por su rostro. Marta tenía razón. Estaba dejando que el trabajo la consumiera una vez más, usando los informes como excusa para no enfrentarse a lo que realmente le dolía.

—Voy a terminar esto y salgo —dijo, intentando sonar convincente.

—Está bien, pero no te quedes hasta tarde. Y por Dios, date un respiro.

Claudia asintió, aunque ambas sabían que probablemente se quedaría unas horas más. Marta se fue, dejándola sola con sus pensamientos. Queen, su gata, le vino a la mente. La imagen de Valentina abrazando al animalito antes de dormir la hizo sentir una punzada de nostalgia. “Debería estar en casa”, pensó, pero el impulso de quedarse en la comisaría era más fuerte.

Fue entonces cuando sonó su teléfono. El nombre de Xavi apareció en la pantalla, y su corazón se aceleró automáticamente. Dudó un segundo antes de responder.

—Hola…

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea antes de que él hablara. Su voz sonaba distante, casi profesional. —Valentina quería saber si estaba todo bien contigo y si hoy volveras tarde otra vez.

La frialdad de su tono la golpeó más de lo que esperaba. Durante un segundo, pensó en preguntarle cómo estaba, en decirle que lo extrañaba, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.

—Dile que estoy bien. Que pronto estaré en casa.

—Se lo diré.

El silencio entre ellos se alargó, tenso y cargado de todo lo que no se atrevían a decirse. Finalmente, Claudia suspiró.

—Gracias, Xavi. Buenas noches.

—Buenas noches.

La llamada terminó, pero el nudo en su pecho no hizo más que apretarse. Claudia dejó el móvil sobre el escritorio y se quedó mirando el vacío. Sentía una mezcla de frustración y tristeza que no podía explicar del todo. Él había sido frío, pero ¿qué esperaba? Ella misma lo había alejado.

Finalmente, se obligó a recoger sus cosas y salir de la comisaría. El aire nocturno le dio un leve respiro, aunque no fue suficiente para calmar la tormenta en su interior. Cuando llegó a casa, el silencio del apartamento la envolvió como una manta pesada. Valentina dormía profundamente, abrazada a Queen. Claudia se acercó para darle un beso en la frente, asegurándose de que estuviera bien antes de cerrar suavemente la puerta de su habitación.

Aún podía notar el olor a Xavi; seguro que se acababa de marchar.

Se dejó caer en el sofá, sintiendo el agotamiento apoderarse de su cuerpo. Queen saltó sobre ella, ronroneando suavemente mientras se acurrucaba en su regazo. Claudia acarició el suave pelaje de la gata, y, sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a caer.

Era demasiado. Todo era demasiado. El trabajo, la presión, el miedo constante de perder lo que más amaba… y ahora, esa distancia con Xavi que la estaba consumiendo poco a poco.

—Lo siento, Queen. Estoy hecha un desastre —susurró, abrazando al animal como si pudiera ofrecerle algún consuelo.

La gata la miró con sus grandes ojos dorados, como si entendiera su dolor. Claudia cerró los ojos, dejando que el cansancio y la tristeza la vencieran. Pero en el fondo, sabía que no podía seguir así. No podía seguir huyendo de sus sentimientos ni de las personas que la amaban. Algo tenía que cambiar. Y pronto.

Al día siguiente, Claudia despertó temprano, con la sensación de haber dormido apenas un par de horas. La imagen de Xavi seguía rondando en su mente. Mientras preparaba el desayuno para Valentina, trató de no pensar en la conversación de la noche anterior. Pero cada vez que miraba a su hija, recordaba cómo Xavi siempre estaba dispuesto a recogerla del colegio, a jugar con ella y, sobre todo, a preocuparse por ambas.

Valentina entró en la cocina, restregándose los ojos.

—Mamá, Queen me despertó otra vez —dijo con un bostezo, mientras se sentaba en una silla.

Claudia esbozó una sonrisa débil y le sirvió un vaso de leche.

—Tendré que hablar con esa gatita traviesa.

Valentina rió suavemente, pero después la miró con cierta seriedad.

—Mamá, ¿por qué Xavi ya no duerme aquí?

Claudia se tensó, pero intentó mantener la calma. —Xavi está ocupado, cariño. Tiene mucho trabajo.

—Valentina jugueteaba con la cuchara, pensativa—. ¿Estás enfadada con él?

La pregunta la dejó sin palabras por un momento. ¿Cómo podía explicarle a su hija algo que ni ella misma comprendía del todo?

—No, no estoy enfadada —respondió finalmente—. A veces los adultos tienen… cosas que resolver.

Valentina pareció aceptar la respuesta, aunque Claudia supo que no estaba del todo convencida.

El aire de junio estaba cargado de emoción en casa de Claudia.

Valentina daba vueltas por el salón, preparando su mochila para el campamento de verano. Serían quince días llenos de actividades al aire libre, juegos y nuevas amistades. Sin embargo, mientras la pequeña no cabía en sí de entusiasmo, Claudia sentía una mezcla de alivio y vacío que no podía definir del todo.

Clara, que había venido a ayudar con los preparativos, le dio un codazo amistoso mientras doblaba una camiseta diminuta de Valentina.

—Venga, no me pongas esa cara de funeral, Claudia. Tu niña va a pasárselo en grande. Y tú… ¿qué harás con tanto tiempo libre?

Claudia suspiró, echando un vistazo a la lista interminable de cosas que Valentina quería llevarse.

—Trabajar. ¿Qué más voy a hacer?

Clara frunció el ceño, cruzando los brazos.

—¿Trabajar? ¿Otra vez? No me jodas, Claudia. Es tu oportunidad para respirar un poco, salir, despejarte. Estás en un estado… no sé, como en piloto automático. ¿Cuánto tiempo hace que no pasas un día entero en la playa?

Claudia evitó su mirada, centrando su atención en cerrar la cremallera de la mochila de Valentina.

—Estoy bien, Clara. De verdad.

—Sí, claro. Y yo soy una astronauta —replicó Clara con ironía—. Mira, puedo hacerme la tonta si quieres, pero sé que lo de Xavi te tiene hecha polvo.

—No quiero hablar de eso.

—Pues deberías. No puedes ignorar lo que sientes solo porque da miedo. Valentina va a estar fuera quince días, y si no haces algo por ti misma, vas a terminar encerrada en la comisaría día y noche. Y te lo digo en serio, eso no es vida.

Claudia dejó caer los hombros, agotada. Clara tenía razón, aunque le costara admitirlo. Había pasado días en ese pozo de emociones del que no sabía cómo salir. Su relación con Xavi parecía rota, y aunque una parte de ella quería arreglarlo, otra seguía atrapada en su miedo a confiar demasiado en alguien.

—Clara… No sé cómo hacerlo —murmuró, con la voz casi quebrada.

Su hermana se acercó, rodeándola con un abrazo cálido y reconfortante.

—Empezando poco a poco. No tienes que resolverlo todo de golpe. Pero no puedes seguir así. Habla con él. Aunque sea para ponerle fin o para aclarar las cosas. Lo que sea, pero no sigas en este limbo.

Claudia no respondió. Sus pensamientos volaron hacia Xavi, imaginándolo en su apartamento, trabajando en uno de sus guiones. Parecía más distante que nunca, como si estuviera protegiéndose de ella. Y, en el fondo, sabía que él tenía razón en estar dolido. Lo había apartado cuando más la necesitaba.

—¡Mamá! —La voz de Valentina irrumpió en sus pensamientos—. ¡Ya está todo listo! ¿Cuándo nos vamos?

Claudia sonrió débilmente, sacudiendo la cabeza para espantar sus preocupaciones.

—Pronto, mi amor.

Horas después, en la puerta del autobús que llevaría a Valentina al campamento, el ambiente era un caos de niños emocionados, padres preocupados y monitores organizando todo a última hora. Claudia se agachó para abrazar a su hija, que sonreía de oreja a oreja.

—Prométeme que te portarás bien y que escucharás a los monitores, ¿vale?

—Sí, mamá. ¡Voy a divertirme muchísimo! —Valentina saltó emocionada y luego abrazó a Queen, que maulló suavemente desde su transportín—. Tú cuida bien de mamá, ¿vale, Queen?

Claudia no pudo evitar reírse ante el gesto.

—Queen y yo estaremos bien. Ve, cariño.

Mientras Valentina subía al autobús, Claudia sintió una punzada en el corazón. Era la primera vez que se separaban tantos días. Cuando el vehículo arrancó, agitó la mano con una mezcla de orgullo y tristeza. Sabía que Valentina crecería gracias a esa experiencia, pero el vacío que dejaba detrás era innegable.

Cuando el autobús desapareció de su vista, Claudia volvió a casa, sintiéndose más sola que nunca.

Esa noche, después de cenar sola, Claudia se encontraba tirada en el sofá con Queen ronroneando a su lado. Encendió la televisión, pero no prestaba atención a nada de lo que emitían. Todo le recordaba a Valentina o a Xavi.

El móvil vibró sobre la mesa, iluminando la pantalla con un nombre que la hizo estremecer. Era Xavi. Dudó unos instantes antes de contestar.

—¿Hola?

—¿Todo bien? —preguntó él, con un tono que mezclaba preocupación y distancia.

Claudia se mordió el labio.

—Sí, todo bien. Hemos dejado a Valentina en el autobús, camino al campamento. Estaba emocionada y feliz.

—Me alegro. Seguro que lo pasará en grande.

El silencio entre ellos se alargó. Claudia quería decirle tantas cosas, pero no sabía por dónde empezar. Finalmente, Xavi fue quien rompió el incómodo mutismo.

—Clara me dijo que no estás bien. Que estás trabajando demasiado.

—¿Ahora mi hermana también se ha convertido en tu informante? —intentó bromear, aunque su voz sonó más tensa de lo que pretendía.

—Claudia… me preocupo por ti, ¿vale? —dijo él con un suspiro—. Sé que estás pasando por mucho y no quiero que te destruyas en el proceso.

Ella cerró los ojos, sintiendo que las lágrimas comenzaban a acumularse.

—Vuelve, Xavi.

Hubo un largo silencio.

—No puedo.

Claudia sintió un nudo en la garganta. La frialdad en sus palabras era un reflejo de todo lo que ella había empujado lejos.

—Xavi…

—Descansa, Claudia.

La llamada terminó, dejándola con un vacío aún mayor que antes. Las lágrimas finalmente se desbordaron, y, abrazando a Queen, se dejó caer en la soledad de la noche.

Sabía que no podía seguir así. Pero la pregunta era: ¿cómo arreglar todo lo que había roto?

El reloj del salón marcaba las once de la noche. Claudia, con una taza de té a medio terminar, se dejó caer en la cama, pero sabía que el sueño no llegaría. Sin Valentina, el apartamento parecía aún más vacío. Queen se acurrucó a su lado, ronroneando suavemente como si intentara consolarla.

Sin poder evitarlo, Claudia empezó a repasar mentalmente los últimos meses. Recordó las veces en que los tres se habían reído juntos. Xavi ayudando a Valentina con los deberes, enseñándole trucos para dominar los videojuegos, o la noche en que él había preparado una cena sorpresa y Valentina lo había ayudado emocionada. En esos momentos todo parecía encajar. Ella se había permitido bajar las defensas, abrirse a una vida en la que no tenía que llevar todo el peso sola. Había comenzado a confiar, a dejar que alguien más se hiciera parte de su mundo.

Pero ahora todo estaba patas arriba.

Suspiró y se frotó la frente con ambas manos. La culpa la quemaba. Sabía que había empujado a

Xavi fuera de su vida por miedo, y ahora no tenía ni idea de cómo recuperarlo.

Se levantó, fue a la cocina y buscó una foto que Valentina había colgado en la nevera: los tres sonriendo frente al acuario. "¿Cómo hemos llegado a esto?", se preguntó, mientras acariciaba el borde de la imagen con los dedos. Queen la observaba desde el sofá, con sus ojos amarillos brillando en la penumbra.

A la mañana siguiente, Claudia decidió trabajar desde casa. Ni siquiera había tenido fuerzas para ducharse. Mientras intentaba concentrarse en su trabajo delante del portátil, sonó el timbre. Queen se desperezó perezosamente, mientras Claudia se dirigía a abrir

Al abrir, se encontró con Clara, sonriendo ampliamente y sosteniendo una bolsa grande.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó al ver a Clara.

—Vengo a salvarte de ti misma —respondió Clara, entrando sin esperar invitación. Dejó la bolsa sobre la mesa del comedor—. Traigo churros. Y antes de que digas nada, ni se te ocurra rechazarme.

Claudia suspiró y cerró la puerta, pero sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—¿De verdad crees que unos churros van a arreglar mi vida? —preguntó, cruzando los brazos.

Clara sacó con dramatismo un churro del paquete y lo agitó en el aire como si fuera una varita mágica.

—No, pero este churro tiene poderes milagrosos. Puede hacerte recordar que existe vida más allá de este apartamento, la comisaría y tus eternos problemas con Xavi. —Le señaló una silla—. Siéntate, come y después nos vamos a la playa.

—¿A la playa? —Claudia arqueó una ceja—. Clara, sabes que odio la playa.

—No seas dramática. No te voy a obligar a nadar. Solo necesitamos aire, sol y, quién sabe, tal vez hasta un cóctel.

—No sé yo si eso sea buena idea...

Clara le dedicó una mirada llena de determinación.

Claudia resopló, pero accedió a sentarse. Mientras mojaba un churro en su taza de café, observó a su hermana con curiosidad.

—¿Por qué haces todo esto?

—Porque te quiero, idiota. —Clara se encogió de hombros, con una sonrisa cómplice—. Y porque estoy harta de verte hundida.

Los ojos de Claudia se suavizaron. Sabía que Clara siempre había estado ahí para ella, incluso cuando no lo pedía. Pero no podía evitar sentir que había un peso que nadie más podía levantar por ella.

—Gracias, Clara.

—Pues demuéstramelo. Vente conmigo a la playa.

Claudia terminó el churro y se levantó con un suspiro.

—Está bien, pero nada de cócteles.

—Lo que tú digas, jefa. —Clara le guiñó un ojo—. Vamos, antes de que te arrepientas.

Mientras se preparaban para salir, Claudia pensó que tal vez este pequeño respiro era lo que necesitaba. A lo mejor, solo a lo mejor, era el primer paso para salir del agujero en el que se había metido.

Los días sin contacto real entre Claudia y Xavi se habían transformado en semanas. La rutina de Claudia se había vuelto un círculo vicioso: comisaría, casa, dormir poco, trabajar mucho. Mercedes se había llevado a Valentina al pueblo hacía ya tres semanas. Claudia se sentía una mala madre por permitir que su hija pasara tanto tiempo fuera, pero sabía que era lo mejor para ella. Valentina, con su alegría y energía inagotable, necesitaba un ambiente diferente, y Claudia no estaba en condiciones de seguirle el ritmo. Sin embargo, su ausencia hacía aún más evidente el vacío que se respiraba en cada rincón del apartamento.

El lugar, que en otros momentos parecía tan acogedor, ahora se sentía demasiado grande, demasiado silencioso. Ni siquiera los maullidos de Queen, que rondaba de vez en cuando buscando atención, lograban llenar esa sensación de soledad.

Aquella tarde, Marta la esperaba en la cafetería al otro lado de la calle. No era una cita casual; Marta había insistido con una mirada que no admitía excusas. Claudia sabía que esa charla iba a ser directa, y probablemente incómoda.

—Aquí tienes, una buena dosis de cafeína para que aguantes lo que te voy a decir —anunció Marta, deslizando un café con leche frente a ella y sentándose con una mirada fija—. Ya no puedo verte así, Claudia.

Claudia suspiró, removiendo el café sin mucho entusiasmo.

—Estoy bien, Marta. Solo tengo… demasiado trabajo.

—No me vengas con esa excusa barata. —Marta entrecerró los ojos, apuntándola con una cucharilla—. Te conozco demasiado. Esto no es solo trabajo.

—Claudia, honestamente, estoy harta de ver cómo te saboteas a ti misma.

Claudia frunció el ceño, pero Marta no le dejó tiempo para replicar.

—Xavi es un buen tipo. Se nota que te quiere, y lo más triste es que tú también lo quieres. Pero, por alguna razón, has decidido levantar un muro entre los dos, como si estuvieras protegiéndote de algo terrible.

—No quiero depender de nadie…

—¿Depender? ¿De verdad? —Marta soltó una risa seca—. Lo tuyo no es dependencia, es miedo.

Miedo a que te hagan daño otra vez. Pero ¿sabes qué? Si sigues dejando que ese miedo te controle, vas a perder lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo.

Las palabras de Marta se clavaron en Claudia como un dardo. Era difícil escuchar lo que ya sabía en el fondo.

—No sé si puedo…

Claudia sintió una punzada en el pecho. Marta siempre había sido directa, a veces brutalmente honesta, pero lo hacía porque se preocupaba por ella. Se conocían desde que aprobaron juntas las oposiciones a los Mossos d'Esquadra, y Claudia sabía que Marta no se rendiría hasta hacerla hablar.

—¿Y si lo arruino todo, Marta? —murmuró, sin mirarla.

—¿Qué es "todo"? Porque si sigues así, lo único que vas a arruinar es lo poco que queda entre vosotros.

El nudo en la garganta de Claudia se hizo más fuerte. Sabía que Marta tenía razón, pero el miedo que la perseguía desde hacía años era difícil de ignorar. Por fin, levantó la vista y se encontró con los ojos insistentes de su amiga.

—A veces me digo que es mejor que se aleje de mí —confesó, y su voz se quebró ligeramente, casi ahogada—. No quiero hacerle daño, ni a él ni a Valentina. No puedo arriesgarme a que todo se desmorone, a que sufran por mi culpa. Pero también me duele… me duele tanto que a veces no puedo ni respirar.

Marta se inclinó hacia ella, apoyando los codos sobre la mesa.

—Claudia, no eres una carga para él. Eso está solo en tu cabeza. ¿Qué es lo que realmente temes? ¿Que te deje como Pablo? Porque te juro que Xavi es de otra pasta.

Claudia negó con la cabeza, tratando de ordenar sus pensamientos.

—No es solo eso. Con Xavi es diferente. Él… me trata con tanta paciencia, pero ahora todo ha cambiado. A veces me dice cosas bonitas, pero su voz suena tan helada, tan distante… Es como si estuviera castigándome sin hacerlo a propósito.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en los ojos de Claudia, y antes de que pudiera evitarlo, se deslizaron por sus mejillas.

—Me duele, Marta. Me duele que no me mire como antes, que me trate como si yo le diera igual.

Marta le pasó una servilleta, dejando que se desahogara sin interrumpirla. Después de un momento, habló con un tono más suave.

—Lo que te duele es porque aún lo quieres, Claudia. Y él también te quiere, eso se nota. Pero si sigues cerrándote en banda, lo vas a perder.

Claudia apretó la servilleta entre los dedos, sintiéndose al borde de un abismo emocional. Permitió que el miedo y la tristeza afloraran, sin ocultarlos tras una máscara de control.

—No sé si puedo…

—Claro que puedes —insistió Marta—. Sabes cómo hacerlo. Confía en él. Y, por favor, confía en ti misma.

▪

Xavi estaba en el despacho de su padre, una habitación forrada de estanterías llenas de libros jurídicos. Había acudido allí bajo el pretexto de consultarle algo relacionado con un contrato, pero su padre, Fernando Salvatierra, no era de los que se dejaban engañar fácilmente.

—Estás hecho un desastre, Javier —declaró finalmente, tras unos minutos de tenso silencio.

Xavi soltó una risa amarga.

—Gracias por la observación, papá.

—¿Todo bien, hijo? —preguntó Fernando, ajustando sus gafas mientras revisaba un expediente.

—Sí, claro. Todo bien.

Fernando levantó la mirada, cruzando los brazos sobre el escritorio.

—No me vengas con esa respuesta automática. ¿Qué te pasa? Llevas días con la cabeza en otro sitio.

Xavi soltó un suspiro y se dejó caer en la silla frente al escritorio.

—Es complicado, papá. Es por Claudia.

—¿La inspectora?

Xavi asintió. —Las cosas se han enfriado entre nosotros. Ella… tiene muchos miedos, y siento que cada vez que intento acercarme, se aleja más.

Fernando lo observó en silencio unos segundos antes de hablar.

—Javier, tú siempre has sido un hombre decidido. No sueles rendirte fácilmente. Pero también sé que tienes poca paciencia cuando algo no sale como esperas.

—No es cuestión de paciencia, papá. Siento que estoy atrapado en una lucha constante por demostrarle que puede confiar en mí.

—¿Y qué quieres hacer al respecto? —preguntó Fernando, con tono sereno.

Xavi se pasó una mano por el cabello, frustrado.

—No lo sé. Parte de mí quiere alejarse, dejarlo estar. Pero otra parte no puede hacerlo. La quiero, pero no quiero seguir siendo un invitado temporal en su vida.

Fernando se quitó las gafas y se inclinó hacia adelante.

—Si realmente la quieres, tendrás que decidir si vale la pena luchar por ella. No te estoy diciendo que te sacrifiques por completo, pero tampoco puedes esperar que todo se resuelva por arte de

magia. Habla con ella. Hazle entender cómo te sientes. Pero también debes estar preparado para lo que pueda pasar.

Xavi asintió lentamente. Sabía que su padre tenía razón. No podía seguir en ese limbo emocional. Tenía que tomar una decisión, por dolorosa que fuera.

8

Claudia se despertó temprano aquella mañana, con una extraña mezcla de determinación y nerviosismo en el cuerpo. Había pasado semanas consumida por el trabajo, la ausencia de Valentina, y sobre todo, el distanciamiento con Xavi. Pero algo dentro de ella había hecho clic después de la conversación con Marta. Había llegado el momento de recuperar el control.

Pasó por la comisaría, donde Pau y Marta se sorprendieron al verla en ropa de deporte.

—¿Y esa pinta de atleta olímpica? —bromeó Pau, alzando una ceja.

—Días libres, chicos. Me los he ganado. Tengo acumulados para una década.

—¡Aleluya! —exclamó Marta, aplaudiendo como si acabara de recibir una bendición—. Por fin haces algo bueno por ti misma.

Claudia se limitó a sonreír. Era cierto, necesitaba estos días, y no pensaba desaprovecharlos.

La brisa marina acariciaba su rostro mientras corría por la orilla de la playa. El sol ya estaba alto, reflejándose en las olas que rompían suavemente contra la arena. Claudia no recordaba la última vez que se había tomado un momento para sí misma, para sentir su cuerpo moverse al ritmo de sus propios latidos.

Cada paso que daba era un recordatorio de que aún era fuerte, de que podía recuperarse. A medida que su respiración se hacía más constante, los pensamientos sobre Xavi y sus recientes enfrentamientos se mezclaban con el sonido del mar. Aún lo quería, claro que sí, pero no estaba dispuesta a suplicar por su amor. Si había algo que había aprendido a lo largo de los años, era que la Claudia que había sobrevivido a Pablo y a la soledad podía soportar cualquier cosa.

No esperaba encontrarse con Xavi. Pero estaba allí, apoyado contra la verja, con las gafas de sol colocadas sobre su cabello. El corazón le dio un vuelco, pero se obligó a mantener la calma.

—Vaya, mira quién ha decidido salir al sol —comentó Xavi, con un tono neutral, pero con una ligera sonrisa que parecía esconder algo más.

—Sorprendente, ¿verdad? Hasta yo necesito vitamina D de vez en cuando —respondió Claudia con una sonrisa sarcástica.

Xavi se cruzó de brazos, mirándola de arriba abajo. Ella llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta que le sentaba estupendamente.

—Parece que también te has tomado en serio eso de cuidarte. Lo digo por esa carrera en la playa esta mañana. Te vi desde el paseo.

Claudia arqueó una ceja, sin inmutarse.—¿Me estabas espiando, Salvatierra?

—Más bien diría que fue un golpe de suerte. Aunque no voy a mentir, fue una vista bastante

agradable.

El comentario le provocó un leve escalofrío. El tono de voz de Xavi era casual, pero la forma en que sus ojos se detuvieron un poco más de lo necesario en sus piernas encendió algo en su interior. Decidida a no dejarse afectar, le respondió con una sonrisa irónica.

—Espero que no te hayas distraído demasiado. No queremos que te tropieces y caigas al mar.

Él soltó una carcajada, pero su mirada permaneció fija en ella.—

Touché.

Esa noche Claudia se relajó en el sofá, viendo una película. Queen estaba enroscada junto a ellas ronroneando suavemente. Pero la tranquilidad se rompió cuando sonó el timbre.

—Perdona, no quiero molestar. Mi madre me dio estos bombones para Valentina y he venido a traerlos.

Claudia se dio media vuelta sin ni siquiera abrir la boca. Mientras volvía al salón, Xavi se acercó a ella, dejando los bombones en la encimera.—¿Qué pasa? —preguntó, notando la tensión en su expresión.

—Nada. Solo que es curioso verte aparecer con bombones cuando hace días que no cruzamos más de tres frases seguidas sin lanzarnos alguna pulla.

Xavi la miró durante unos segundos, su expresión seria.

—Claudia, no estoy aquí para discutir. Pero, ¿sabes qué? Me alegra verte un poco más animada. Parece que la guerrera está volviendo.

Ella levantó la barbilla con un aire desafiante. —Siempre he sido una guerrera. Quizás solo me habías subestimado.

Él se inclinó ligeramente hacia ella, acortando la distancia entre sus cuerpos.

—Nunca te he subestimado. De hecho, creo que es lo que más me atrae de ti. Pero también eres experta en ponerte barreras. Y no soy el tipo de hombre que se conforma con estar al otro lado.

Claudia sintió un nudo en el estómago. La tensión entre ambos se hacía casi insoportable. Sus labios estaban peligrosamente cerca, pero ninguno de los dos se movió.

—¿Vas a quedarte a ver la película o prefieres seguir con tus discursos filosóficos? —preguntó ella, con una sonrisa cargada de ironía.

Xavi sonrió de medio lado.

—Disfruto con tus respuestas afiladas, pero no tengo ninguna intención de ver películas contigo. Además, he quedado con Eva. La saludaré de tu parte.

Claudia sintió un golpe en el estómago al escuchar el nombre de Eva, pero no dejó que su expresión lo revelara. Se cruzó de brazos, alzando las cejas con una sonrisa cínica.

—¿No se te habrá olvidado comprarle flores? —dijo con voz gélida, intentando aparentar indiferencia.

Xavi se encogió de hombros, disfrutando más de lo que debería del sutil tono celoso de Claudia.

—No es necesario. A Eva le gusta la naturalidad. No es tan complicada como otras…

—Dejó la frase en el aire, provocador, mientras la observaba fijamente.

Claudia apretó los labios. Lo estaba haciendo a propósito, disfrutando de su incomodidad.

—Pues me alegra que tengas a alguien "tan fácil" en tu vida —dijo, sin disimular la ironía—. Porque si esperas que me importe lo que hagas o con quién lo hagas, vas a estar esperando mucho rato.

Xavi se rió suavemente, inclinándose un poco más hacia ella, hasta que apenas unos centímetros separaban sus rostros.

—¿De verdad? Porque tienes esa mirada asesina que solo sacas cuando algo te importa más de lo que quieres admitir.

Claudia le devolvió una mirada desafiante, su corazón martilleando en el pecho. Sentía el calor que emanaba de su cuerpo, demasiado cerca, demasiado intenso.

—Te crees el centro del universo, Salvatierra. ¿Qué te hace pensar que todo gira a tu alrededor?

—Tal vez esa manía tuya de no poder evitar mirarme cuando crees que no me doy cuenta —contestó él con un tono bajo, casi ronco, que hizo que el aire entre ellos se electrificara—. Pero tranquila, no te preocupes, Claudia. Esta noche ni siquiera vas a pensar en mí.

Claudia sintió que la sangre le hervía, mezclando deseo con rabia. Dio un paso atrás, alzando el mentón.

—Espero que así sea. No me vendría mal una noche de tranquilidad.

—Perfecto. Que la disfrutes —contestó Xavi con una sonrisa mordaz antes de darse la vuelta y dirigirse a la puerta.

Ella se quedó allí, paralizada, escuchando el sonido de la puerta cerrándose tras él. Una mezcla de frustración, deseo y furia la invadió al mismo tiempo.

—Maldito arrogante... —murmuró para sí misma, llevándose una mano a la frente.

Queen se estiró en el sofá, percibiendo la tensión. Claudia se dejó caer junto a la gata, acariciando su suave pelaje. Sabía que todo lo que acababa de suceder no era más que un juego peligroso, uno en el que ambos parecían atrapados sin saber cómo salir.

Claudia no podía sacarse de la cabeza la última conversación con Xavi. Ese hombre conseguía hacerla perder los estribos con una simple sonrisa, y lo peor era que lo sabía. Estaba completamente consciente del efecto que tenía sobre ella. Pero si él pensaba que iba a doblegarla con juegos mentales, estaba muy equivocado.

Había decidido salir esa noche, algo raro en ella. Marta la convenció para tomar unas copas en un bar del Paseo Marítimo, y aunque al principio no estaba de humor, la idea de desconectar le resultó tentadora.

Llevaba un vestido negro ajustado, sin mangas, con un escote lo justo de provocativo, y tacones altos que acentuaban sus piernas. Se sentía poderosa, como si pudiera enfrentar cualquier cosa… hasta que lo vio.

Xavi estaba allí. Apoyado en la barra, charlando con un par de amigos. Y, por supuesto, Eva no estaba lejos. La rabia comenzó a burbujearle en el pecho, pero se obligó a mantener la compostura. Caminó hacia una mesa con Marta, consciente de las miradas que recibía.

Él la vio al instante. Sus ojos recorrieron su figura, detenidos por un segundo más de lo necesario en sus piernas, antes de encontrar los suyos. Claudia le sostuvo la mirada con una expresión neutra, casi desafiante. Marta se percató del intercambio y sonrió de lado.

—¿Xavi Salvatierra, verdad? —susurró con tono burlón.

—No empieces —advirtió Claudia, levantando una copa de vino que acababan de servirle.

—¿Quién, yo? Si yo no he dicho nada. Pero él no puede quitarte los ojos de encima.

Claudia se encogió de hombros.

—No me interesa.

—Sí, claro. Y yo soy Beyoncé.

Una partida peligrosa

Más tarde, mientras Claudia se dirigía al baño, Xavi la interceptó en un pasillo poco iluminado. Se acercó despacio, demasiado cerca para su gusto.

—¿Huyendo otra vez? —preguntó con una voz suave, pero cargada de provocación.

Ella entrecerró los ojos, sin retroceder ni un milímetro.

—No todo gira en torno a ti, Xavi.

—No, pero parece que esta noche has decidido lucirte, justo cuando sabes que yo estaría aquí.

Claudia soltó una risa sarcástica. —Eres increíble. ¿De verdad crees que necesito vestirme así por ti? —Claudia lo miró desafiante, sus ojos encendidos de rabia.

Xavi avanzó un paso, sin apartar los ojos de ella. Había algo eléctrico en el ambiente, algo que hacía que la discusión tomara un matiz diferente.

—¿Así cómo? ¿Sin sujetador? —La pregunta cayó como un susurro áspero en el aire. Sus palabras eran lentas, calculadas, como si supiera exactamente lo que hacía.

—Xavi, no eres mi padre, y lo que acabas de decir... —Claudia exhaló con fuerza—. Suena muy carca.

Xavi esbozó una sonrisa de medio lado, la clase de sonrisa que siempre conseguía enfurecerla y, al mismo tiempo, desarmarla. Maldito cabrón y su maldita sonrisa, pensó, sintiendo el calor subir por su cuello.

—No intento ser tu padre, Claudia. Créeme, lo último que quiero es eso. —Su voz se volvió más grave, más suave, mientras sus ojos recorrían su cuerpo, deteniéndose apenas un instante en sus clavículas expuestas por el escote.

Claudia se estremeció imperceptiblemente, odiándose a sí misma por la reacción. No podía permitirse sentir esto, no ahora, no con él, no después de todo lo que había pasado.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —preguntó, dando un paso hacia él, desafiándolo con la mirada.

Xavi se acercó, hasta que apenas quedaba un resquicio de aire entre ambos. Ella podía olerlo, esa mezcla familiar de colonia amaderada y algo puramente masculino que siempre lograba desestabilizarla.

—¿De verdad quieres que te lo diga? —La voz de Xavi era un susurro cargado de intención, sus ojos fijos en los labios de Claudia.

Claudia tragó saliva, sintiendo que todo su cuerpo se tensaba, pero esta vez no de rabia. Era otra cosa, algo más visceral. Su pecho subía y bajaba con respiraciones cortas mientras intentaba recuperar el control. No le iba a dar ese poder sobre ella, se dijo, aunque su cuerpo traicionero enviaba señales muy distintas.

—No, Xavi. No tengo tiempo para tus juegos. —Intentó apartarse, pero él fue más rápido, sujetándola suavemente por la muñeca, el contacto quemándole la piel.

—Esto no es un juego, Claudia. —Su voz era un murmullo intenso, como si las palabras llevaran el peso de algo que había estado conteniéndose demasiado tiempo. Sus dedos rozaron la cara interna de su muñeca, donde podía sentir el pulso acelerado de Claudia bajo su tacto.

Ella alzó la barbilla, intentando mostrarse firme, aunque sabía que estaba perdiendo esa batalla interna. Sus ojos se encontraron, y por un instante, el tiempo pareció detenerse. El aire a su alrededor se volvió más denso, cargado de una tensión que no necesitaba palabras.

—Suéltame, Xavi. —Su voz sonó más suave de lo que pretendía, más un susurro que una orden.

—Dime que no sientes nada —le susurró él, inclinándose ligeramente, su aliento acariciando la piel sensible de su cuello—. Dime que no te afecta.

Claudia cerró los ojos, sintiendo cómo su cuerpo se rendía, pero su mente seguía luchando. No iba a caer tan fácil. No después de todo el daño, no después de esas noches solitarias, llenas de rabia y deseo reprimido.

—No seas idiota —murmuró, tratando de parecer indiferente, pero con la voz temblorosa.

Xavi la soltó lentamente, dejando que sus dedos rozaran los suyos al apartarse. La sensación quedó grabada en la piel de Claudia, como si él hubiera marcado un territorio invisible.

—Vete, Xavi. De verdad, vete.

Pero ni él ni ella se movieron. Sabían que esa orden estaba cargada de contradicciones, de todo lo que no se decían pero sentían con cada fibra de su ser.

Y en ese instante, ambos entendieron que esto no había terminado. Que quizá nunca terminaría.

Xavi inclinó la cabeza, sus ojos oscuros brillando con una intensidad que la hizo estremecerse.

—No sé. Tal vez no, pero algo me dice que disfrutas más de esto de lo que admites.

El aire entre ellos se volvió espeso, cargado de tensión. Claudia sintió su cuerpo encenderse solo con su proximidad, pero no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

—¿Sabes qué, Xavi? —dijo, acercándose lo suficiente como para que sus labios quedaran a centímetros de los suyos—. Quizá deberías dejar de imaginar cosas. Porque lo único que va a pasar esta noche es que yo me voy a divertir… y tú puedes quedarte con tu amiguita Eva.

Con eso, se giró para irse, pero Xavi la atrapó suavemente por el brazo, deteniéndola.

—Claudia…

Ella lo miró con desafío, pero antes de que pudiera responder, él bajó la voz.

—No juegues conmigo. Sabes que no quiero a Eva.

—Pues lo disimulas muy bien.

Él soltó un suspiro frustrado, pero no dijo nada más. Simplemente la soltó, y ella aprovechó para marcharse, su corazón latiendo como un tambor. Sabía que esa partida aún no había terminado.

Claudia había decidido marcharse temprano del bar, pero no podía quitarse de la cabeza la mirada de Xavi. Todo en su cuerpo parecía arder por dentro, una mezcla de rabia y deseo que la estaba volviendo loca.

Cuando llegó a su apartamento, encendió algunas luces tenues y se descalzó, dejando los tacones tirados junto a la puerta. La brisa nocturna entraba por la ventana abierta, pero no conseguía enfriar el calor que sentía.

Unos minutos después, el timbre sonó.

Claudia abrió la puerta y allí estaba él, con los ojos oscuros y la mandíbula tensa. No había ni rastro de la sonrisa arrogante de antes.

—¿Qué haces aquí, Xavi? —preguntó, cruzándose de brazos.

—No podía dejarlo así —respondió con honestidad.

Claudia se apoyó en la pared del recibidor, observando a Xavi. Su cuerpo estaba en llamas desde el momento en que lo había visto aparecer en su puerta, pero ahora el calor se volvía insoportable.

Él avanzó con paso lento, como si saboreara la tensión que se respiraba en el ambiente.

—¿Por qué haces esto? —murmuró ella.

—Porque no puedo dejarte ir.

—¿Es esto lo que querías? —susurró él contra sus labios, mordisqueando suavemente el inferior.

Claudia no respondió con palabras. En su lugar, deslizó las manos por debajo de su camisa, acariciando su piel caliente.

—Te odio… —murmuró ella, aunque su voz carecía de convicción.

—Lo sé —respondió Xavi, con una sonrisa que se desvaneció en otro beso ardiente.

—No puedo creer que hayas venido hasta aquí solo para pelear —murmuró Claudia con un tono de falsa indiferencia, apretó los puños suavemente, sin moverse.

—¿Pelea? No es eso lo que quiero —dijo en voz baja, acercándose aún más hasta quedar a un paso de ella—. Pero contigo nunca se sabe. Siempre andas preparada para una batalla.

Claudia entrecerró los ojos.

—Tal vez porque tú siempre me empujas al límite.

—Ah, ¿soy yo? —susurró, bajando la voz hasta que casi fue un ronroneo. Sus manos rozaron ligeramente sus caderas, acariciándola a través de la tela del vestido.

Ella tragó saliva, negándose a ceder a su magnetismo. Pero era inútil. Su cuerpo reaccionaba sin permiso, encendiéndose bajo sus caricias. Xavi la miraba como si quisiera devorarla. Claudia intentó mantener el control, pero él acercó sus labios a su oído y susurró:

—¿Quieres que me detenga, guerrera?

La maldita voz grave la hizo estremecer, y un gemido casi se le escapó de los labios. "No… no voy a caer en esto", pensó, aunque ya era demasiado tarde.

De repente, sus bocas se encontraron con una ferocidad contenida. Los labios de Xavi se movían contra los suyos en una mezcla de deseo y frustración. Claudia lo tiró hacia sí, aferrándose a su camisa, mientras sus lenguas se buscaban en una danza hambrienta.

Las manos de Xavi bajaron por su espalda, apretándola más contra su cuerpo. La intensidad la hizo jadear, y cuando él la levantó por los muslos y la llevó al sofá, Claudia se sintió completamente perdida. Sus piernas rodearon su cintura de forma instintiva.

—Maldita sea, Xavi… —susurró contra su boca, sintiendo cómo él respondía con una presión deliciosa contra su centro.

—Me encanta cuando pierdes el control —contestó él con voz ronca, deslizando una mano bajo el vestido, acariciando sus muslos desnudos.

Claudia arqueó la espalda, dejando escapar un gemido cuando los dedos de Xavi se deslizaron suavemente entre sus piernas, sobre la tela de sus bragas empapadas.

—Mierda, estás tan húmeda… —murmuró, mientras sus dedos la acariciaban con lentitud tortuosa, rozando justo donde más lo necesitaba.

—No pares… —suplicó sin poder evitarlo, moviendo las caderas en busca de más contacto.

Pero Xavi, el muy cabrón, decidió jugar. Aumentó la presión solo un instante antes de detenerse por completo, apartando la mano con una sonrisa arrogante.

—¿Qué haces? —exclamó ella, la voz entrecortada.

—Dije que no iba a terminar esto tan rápido, Claudia. No eres la única que sabe jugar duro.

—Eres un… un idiota —jadeó, sintiendo la desesperación crecer dentro de ella.

Él soltó una risa suave, mientras le mordisqueaba suavemente el cuello, enviando un nuevo oleaje de placer frustrado a través de su cuerpo.

—¿Idiota? ¿Seguro que es eso lo que piensas ahora? —preguntó, deslizando los labios sobre el borde de su escote. Sus dientes rozaron uno de sus pezones a través del fino tejido, arrancándole un gemido que resonó en el silencio de la habitación.

Claudia cerró los ojos con fuerza, mordiéndose el labio. No podía más. Estaba al borde del clímax, su cuerpo completamente tenso, pero Xavi se apartó justo en el momento crucial.

—Xavi… —dijo con un tono entre súplica y amenaza.

Él se incorporó ligeramente, todavía mirándola con deseo oscuro en los ojos.

—Hasta aquí por ahora —anunció, recuperando el aliento. Se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más.

—¿Cómo que hasta aquí? —Claudia se sentó rápidamente, fulminándolo con la mirada—. No puedes dejarme así, ¡maldito engreído!

Xavi sonrió con una mezcla de ternura y arrogancia.

—Claro que puedo. Además… no me lo has pedido por favor. —Se inclinó, besándola de nuevo, pero esta vez con una lentitud exquisita, antes de apartarse de golpe—. Hasta pronto, guerrera.

Y con eso, se levantó, ajustándose la camisa y dirigiéndose a la puerta. Claudia lo observó marcharse, con el cuerpo ardiendo de placer insatisfecho y una furia impotente que amenazaba con estallar.

Cuando la puerta se cerró tras él, soltó un gruñido de frustración y se dejó caer de espaldas en el sofá.

Queen, que estaba enroscada en una esquina, la observó con desinterés antes de ronronear suavemente.

Claudia suspiró, cubriéndose el rostro con las manos. El muy cabrón había ganado esta partida. Pero ella se encargaría de que no se saliera con la suya la próxima vez.

—Prepárate, Salvatierra —dijo en voz baja—. La próxima te haré suplicar.

Claudia despertó sobresaltada, con la luz de la mañana colándose tímidamente por las rendijas de la persiana. Su cuerpo aún estaba sensible, atrapado en ese limbo de placer insatisfecho que Xavi había dejado la noche anterior. Se desperezó, soltando un leve gemido de frustración al recordar la escena. "Maldito cabrón arrogante", pensó, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa irónica.

Estaba a punto de levantarse cuando su móvil vibró en la mesilla. Al verlo, el nombre de Xavi iluminaba la pantalla. "¿Aún estás húmeda?"

Sus ojos se abrieron como platos. ¿En serio? La insolencia de ese hombre no tenía límites. Un escalofrío la recorrió al releer el mensaje. Se mordió el labio, negando con la cabeza. No podía ceder… no podía permitir que él tuviera ese control sobre ella. Pero su cuerpo opinaba diferente.

—Idiota… —susurró, sintiendo el calor volver a instalarse en sus ingles.

Antes de que pudiera decidir cómo responder, otro mensaje llegó.

"Te invito a cenar esta noche. Ven sin ropa interior."

Claudia jadeó, incrédula. El descaro era digno de premio. Durante unos segundos se quedó mirando la pantalla, atrapada entre la indignación y la excitación. ¿Qué haces con este hombre, Claudia? Se preguntó a sí misma. Pero la respuesta era tan obvia como frustrante: Xavi la hacía sentir viva. Y, muy a su pesar, no podía resistirse al juego.

El dilema.

A lo largo del día, Claudia intentó distraerse. Salió a correr de nuevo, se detuvo en una cafetería cercana a la playa y se puso a leer las noticias en el móvil. Pero su mente seguía volviendo a esos mensajes.

La imagen de Xavi invadía cada rincón de su pensamiento. Recordó cómo la había dejado temblando la noche anterior, cómo la había mirado con esa intensidad abrumadora. Y ahora quería más. No, exigía más.

—¿Voy o no voy? —murmuró para sí misma. No estaba acostumbrada a ceder el control, pero algo en ella anhelaba entregarse a ese juego… a él.

Decisión tomada. Finalmente, después de un largo debate interno, se dio una ducha. Dejó que el agua caliente relajara sus músculos mientras repasaba mentalmente lo que iba a hacer. "Sin ropa interior, ¿eh? Pues veremos quién termina sufriendo más esta noche, Salvatierra."

Se vistió con un vestido de seda azul oscuro, que caía justo por encima de las rodillas y dejaba su espalda ligeramente descubierta. Llevaba los tacones justos para estilizar sus piernas sin resultar excesiva. Y, efectivamente, decidió dejar la ropa interior guardada en el cajón, aunque ese simple hecho ya la tenía algo nerviosa.

Antes de salir de casa, se miró en el espejo. Sus mejillas estaban levemente sonrojadas, sus ojos brillaban de anticipación. "No vas a tener el control, Xavi. No esta vez."

Cuando llegó al restaurante, Xavi ya estaba allí, esperándola junto a la barra. Llevaba una camisa blanca ligeramente desabrochada, que dejaba entrever su piel bronceada, y unos pantalones oscuros que le sentaban de maravilla. Al verla entrar, su mirada se oscureció de inmediato, recorriéndola de arriba abajo con una intensidad que la hizo estremecer.

—Vaya… —dijo con voz profunda mientras se acercaba a ella—. Pensé que no vendrías.

—¿Perderme una oportunidad para ver cómo te retuerces? Jamás. —Claudia alzó una ceja, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Mmm… —Xavi se inclinó un poco hacia ella, sus labios casi rozando su oído—. ¿Seguiste mis instrucciones?

—¿Tú qué crees? —susurró ella de vuelta, disfrutando de la sorpresa que se reflejó en los ojos de Xavi al escucharla.

El ambiente entre ellos se volvió eléctrico. Xavi le ofreció su brazo y la condujo hasta la mesa. Desde el primer instante, la tensión sexual flotaba en el aire, palpable y densa.

Durante la cena, las bromas se entrelazaban con miradas ardientes, cargadas de tensión. Cada vez que Xavi le servía más vino o le rozaba la mano al pasarle algo, Claudia sentía el calor subir por su cuerpo, un fuego lento e incontrolable que intentaba disimular tras sorbos de su copa. Pero ella también sabía cómo jugar su parte. En un momento dado, cruzó las piernas de forma lenta y deliberada, dejando que el movimiento sutil de su vestido captara la atención de Xavi.

Él detuvo por un segundo lo que estaba haciendo, sus ojos siguiendo el delicado gesto antes de volver a los suyos con una chispa de desafío. Claudia esbozó una sonrisa apenas perceptible, satisfecha con el efecto que había provocado. La electricidad entre ellos era innegable, como si cada gesto y mirada fuera un mensaje silencioso que solo ellos podían entender.

—¿Estás cómoda? —preguntó él con voz ronca, sus ojos clavados en el movimiento de sus piernas.

—Mucho —respondió ella con inocencia fingida, mientras le sonreía con picardía.

La chispa a punto de estallar.

Para el postre, ambos apenas podían concentrarse. La tensión era demasiado fuerte. Xavi dejó el tenedor en la mesa y se inclinó hacia ella.

—Claudia… no puedo esperar más.

Ella lo miró fijamente, sintiendo cómo su cuerpo respondía a esas palabras.

—¿Qué esperas para sacarme de aquí entonces? —murmuró, desafiándolo.

Xavi se levantó de inmediato y fue a pagar. Luego tomó la mano de Claudia y la guió fuera del restaurante.

Apenas llegaron al coche, él la empujó suavemente contra la puerta, sus ojos brillando con intensidad. Sin dudarlo, capturó sus labios en un beso apasionado. Sus lenguas se encontraron

con urgencia, como si el tiempo se hubiera detenido. Las manos de ambos comenzaron a recorrer sus cuerpos con una mezcla de deseo y necesidad, como si cada toque fuera indispensable.

El aire entre ellos se volvió eléctrico, cargado de esa conexión que solo surge cuando las palabras sobran.

—Eres una maldita tentación —jadeó Xavi, mordisqueando suavemente el lóbulo de su oreja—. ¿Sabes cuánto me costó dejarte así anoche?

—Lo mismo que te va a costar aguantar esta vez… —respondió Claudia, aferrándose a sus hombros.

Xavi soltó una risa grave antes de besarla de nuevo, más profundamente. La noche prometía ser un campo de batalla erótico en el que ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse fácilmente.

La tensión entre ellos seguía aumentando como la temperatura de un horno en pleno verano. Claudia y Xavi llegaron a su edificio sin apenas haberse separado durante el trayecto. Los besos robados en los semáforos y las caricias discretas, pero cargadas de intención, mantenían el ambiente en una mezcla peligrosa de pasión contenida y desenfreno inminente.

Cuando entraron al ascensor, la fina capa de autocontrol que ambos mantenían se hizo añicos. Xavi la acorraló contra la pared, sus manos firmes aferrándose a su cintura. La besó con hambre, devorándola, pero sin perder el ritmo sensual de sus labios contra los suyos. Claudia se rindió al instante, enredando los dedos en su cabello y tirando de él para intensificar el contacto.

—Dios… Xavi… —murmuró contra su boca, sintiendo su erección presionando contra ella.

—Llevo meses pensando en esto, Claudia —confesó, su voz cargada de deseo—. En cada maldita discusión, en cada noche en la que te veía y no podía tocarte…

Claudia soltó un gemido al sentir sus manos deslizándose bajo el vestido, acariciando sus muslos desnudos. No llevaba ropa interior, tal como él había pedido, y eso solo pareció encenderlo más. Xavi la miró fijamente, sus ojos brillando con una mezcla de asombro y deseo puro.

—Lo has hecho… —jadeó, sin poder apartar la mirada—. Sabía que me harías caso.

—No creas que fue por ti —le respondió, intentando mantener el control, aunque sus palabras se deshicieron en un suspiro cuando él le acarició la parte interna del muslo—. Solo quería jugar también.

—¿Ah, sí? —Xavi dejó que sus dedos rozaran suavemente el calor entre sus piernas, haciendo que el cuerpo de Claudia se arquease contra él—. Pues ya estás jugando en terreno peligroso, guerrera.

El "ding" del ascensor interrumpió la escena, arrancándolos del trance en el que estaban. Con dificultad, ambos se separaron lo justo para caminar hacia el apartamento de Claudia. Cada paso era una tortura lenta. Cuando finalmente cerraron la puerta tras ellos, Xavi soltó una risa grave y cargada de lujuria.

—Me vuelves loco, ¿sabes? —dijo mientras aflojaba el cuello de su camisa.

Claudia, apoyada contra la puerta, lo observó con los labios entreabiertos y el pecho subiendo y bajando rápidamente. Su mirada recorría cada centímetro de su cuerpo como si quisiera devorarlo ahí mismo.

—Bien, porque tú no te quedas atrás.

Con movimientos calculados, se deslizó el vestido por los hombros, dejándolo caer al suelo con un susurro. La imagen de Claudia, con la piel desnuda y brillante bajo la tenue luz del salón, fue suficiente para que Xavi se detuviera en seco, tragando saliva.

—No tienes idea de lo que haces, ¿verdad? —murmuró, acercándose a ella con pasos firmes.

Claudia sonrió de lado, con una mezcla de picardía y desafío.

—¿Por qué no me lo demuestras, entonces?

Xavi no necesitó más provocación. La tomó en brazos con facilidad y la llevó directamente a la cama. Allí la depositó con delicadeza, aunque su mirada ardía como una hoguera a punto de estallar.

Juegos de poder. La forma en que la besó esta vez fue más lenta, más profunda. No había prisa, solo una exploración pausada y embriagadora. Sus labios se movían con una sincronía perfecta, y sus lenguas se buscaban, rozándose en un baile íntimo que los hacía temblar a ambos.

—Te deseo tanto, Claudia… —murmuró Xavi contra su cuello, dejando un rastro de besos húmedos hasta llegar a su clavícula.

Ella soltó un gemido bajo cuando él mordisqueó suavemente la piel sensible de su pecho. Sus manos se aferraron a los hombros de Xavi, mientras él bajaba lentamente, trazando el contorno de sus senos con la lengua. Cuando finalmente atrapó un pezón erecto entre sus labios, Claudia no pudo evitar gemir con fuerza, arqueando la espalda.

—Xavi… no juegues conmigo…

Él levantó la vista, con una sonrisa traviesa y esos ojos oscuros que parecían leer todos sus secretos.

—Pero si eres tú quien empezó este juego… —susurró antes de morder suavemente el otro pezón, provocando otro grito de placer.

Sus caricias continuaron durante largos minutos, llevándola al borde de la desesperación. Claudia sentía que se hundía en una espiral de deseo puro, con cada beso, cada toque de Xavi encendiéndola aún más. Cuando él deslizó una mano entre sus piernas, encontró su humedad y rió suavemente.

—Sigues exactamente como te imaginaba… lista para mí.

—No… pares… —gimió ella, al borde del clímax. Pero justo cuando estaba a punto de perderse en la ola de placer, Xavi retiró su mano y se apartó ligeramente.

—No tan rápido, guerrera. Esta vez, yo decido cuándo… —dijo con una sonrisa pícara, mientras

la observaba retorcerse de frustración.

Claudia lo fulminó con la mirada, respirando con dificultad.

—Eres un maldito cabrón…

—Y aún así no puedes evitar querer más de mí.

Ella quiso replicar, pero el fuego que ardía en sus ojos la traicionó. Xavi sabía que había ganado esa ronda, pero ambos sabían que la partida estaba lejos de terminar.

—Ven aquí —gruñó ella, tirando de él por la camisa—. No vas a salirte con la tuya otra vez.

—Ah, Claudia… no sabes lo que me encanta verte así. —Xavi se inclinó sobre ella, besándola de nuevo, pero manteniendo el control, alargando cada segundo como una tortura deliciosa.

La noche prometía más juegos, más tensiones, y un desenlace que ninguno de los dos olvidaría jamás.

Claudia no supo cuánto tiempo pasaron en esa danza de seducción infinita, pero cada segundo era una mezcla deliciosa de placer y agonía. Xavi estaba jugando con fuego, y ella lo sabía… pero también sabía que no era la única que se estaba quemando.

Él había retomado su posición dominante, con su cuerpo prácticamente cubriendo el de ella, manteniendo ese control que parecía diseñado para volverla loca. Su respiración era lenta pero profunda, como si estuviera disfrutando cada segundo de tortura. No se apresuraba, no le daba lo que ambos necesitaban, prolongando la tensión al límite. Los labios de Xavi volvieron a explorar su cuello, dejando un rastro de calor a medida que descendían con una lentitud exasperante por el mismo camino que antes había trazado.

Se detuvo justo antes de llegar a donde Claudia más lo deseaba, dejándola al borde del abismo. La frustración y el deseo se mezclaban en su cuerpo, que temblaba de pura hipersensibilidad. Cada roce, cada susurro de su aliento sobre su piel era una chispa que la hacía arquearse involuntariamente contra él.

—Xavi… —murmuró con voz quebrada, apenas reconociéndose. No podía soportar más aquel juego.

Él sonrió contra su piel, sabiendo perfectamente el efecto que estaba causando. Pero aún no cedía.

—¿Qué necesitas, Claudia? —preguntó en un susurro, su tono bajo y cargado de intención.

—¿Xavi… piensas seguir torturándome toda la noche? —jadeó, aferrándose a sus hombros con desesperación.

—Lo estoy considerando seriamente —contestó con voz ronca, mientras deslizaba los labios por su oído—. Me encanta verte así… completamente perdida.

Claudia cerró los ojos con fuerza, un gemido quedándose atrapado en su garganta. Cada palabra que pronunciaba con ese tono grave la hacía temblar aún más. Su instinto de guerrera se

encendió, y con un movimiento rápido lo empujó hacia un lado, invirtiendo las posiciones.

—Ahora veremos quién pierde el control primero —murmuró sobre sus labios, deslizando sus manos por el torso firme de Xavi hasta llegar a la pretina de sus pantalones.

Los ojos de él brillaron con un desafío juguetón.—Me encanta cuando te pones así… tan mandona.

Claudia sonrió con picardía, sin dejar de bajar la cremallera de sus pantalones. Su mano se deslizó por la tela, rozando su erección con una firmeza que lo hizo gruñir de placer.

—¿Esto también te gusta? —susurró, disfrutando del control momentáneo que acababa de recuperar.

—No juegues conmigo, Claudia —advirtió, su voz más grave que nunca—. Sabes que puedo hacerte pagar por esto.

—¿Es una promesa o una amenaza? —provocó ella, antes de morderle suavemente el lóbulo de la oreja.

Xavi respondió con una carcajada profunda, llena de deseo. En un abrir y cerrar de ojos, volvió a girar sobre ella, atrapándola bajo su cuerpo con una facilidad que la dejó sin aliento. Sus ojos estaban oscuros, cargados de una lujuria intensa que amenazaba con hacerle perder el control definitivamente.

—Promesa.

Sus labios se encontraron de nuevo, esta vez con una ferocidad que hizo desaparecer cualquier otra cosa a su alrededor. Sus manos se buscaban, sus cuerpos se presionaban el uno contra el otro, pero el juego de poder entre ellos continuaba. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

Confesiones entre susurros

—No puedo con esto —confesó Claudia entre jadeos, aferrándose a sus hombros—. Me vuelves loca, Xavi. No puedo pensar con claridad cuando estás cerca.

Él se detuvo un momento, apoyando su frente contra la de ella. Sus respiraciones entrecortadas se mezclaban en el aire cálido que los rodeaba.

—¿Y crees que yo estoy mejor? —contestó, su voz cargada de emoción contenida, temblando ligeramente—. He intentado mantenerme alejado, darte tu espacio, dejar que todo esto se enfríe... pero no puedo. Maldita sea, Claudia, te deseo como nunca he deseado a nadie.

Sus palabras la golpearon directamente en el pecho. Durante semanas había sentido la distancia entre ellos, la frialdad aparente en sus encuentros. Pero en ese momento, entendió que todo era parte de una lucha interna. Xavi estaba tan perdido como ella, intentando protegerse de un dolor que ambos conocían demasiado bien.

—Entonces deja de torturarnos —susurró ella, acariciando suavemente su rostro—. No necesitamos más barreras entre nosotros.

Él asintió lentamente, como si acabara de tomar una decisión importante. Con una ternura que contrastaba con la intensidad anterior, comenzó a besarla de nuevo, esta vez con una profundidad emocional que la hizo estremecerse.

Los besos se hicieron más lentos, más íntimos, mientras sus manos se deslizaban con suavidad por la piel de Claudia, como si quisiera memorizar cada curva. Ella lo recibió sin reservas, permitiéndose sentir cada caricia, cada roce, como si fueran la respuesta a una pregunta que había estado evitando durante demasiado tiempo.

—Eres increíble, Claudia —murmuró Xavi, entrelazando sus dedos con los de ella—. Me tienes completamente atrapado.

—Lo mismo podría decir yo —Respondió ella, esbozando una sonrisa y temblando de deseo.

Pero justo cuando la tensión volvía a alcanzar un punto crítico, Xavi se apartó con una sonrisa traviesa, dejando a Claudia jadeando y completamente frustrada.

—¿De verdad… otra vez? —protestó ella, entre la incredulidad y el deseo.

—Soy un hombre de palabra —bromeó, poniéndose de pie y ajustando sus pantalones—. Esta es la revancha de lo que me hiciste antes.

Claudia lo fulminó con la mirada, aunque no pudo evitar reírse ante su descaro.

—Eres un cabrón, Salvatierra.

—Y tú me adoras por ello.

Con un guiño, Xavi se dirigió a la puerta, dejándola una vez más al borde del abismo. Pero esta vez, Claudia sabía que el juego aún no había terminado… y estaba dispuesta a ganarlo.

Xavi tomó un trago largo de agua, pero ni el líquido frío consiguió calmar la fiebre que lo dominaba. La sed era mucho más profunda, mucho más urgente que la que podía aliviar con un vaso de agua. Sus pensamientos estaban completamente consumidos por Claudia y por esa mirada desafiante y ardiente que lo desarmaba cada vez más.

Encontró un bote de nata montada en la nevera y, sonriendo con una mezcla de travesura y deseo, se imaginó los caminos que podría trazar con esa nata sobre la piel cálida de Claudia, recorriéndolos después con su lengua…

Cuando volvió al dormitorio, su sonrisa se ensanchó al ver que Claudia había desaparecido momentáneamente. Sus ojos vagaron por la habitación, buscando señales de ella, mientras sus propios deseos le apretaban el cuerpo. Su pecho subía y bajaba rápidamente, sus músculos tensos y los pantalones desabrochados por la dureza casi dolorosa de su erección.

Entonces, la puerta del baño se abrió lentamente y Claudia apareció envuelta en una toalla rosa, su cabello húmedo cayendo en ondas brillantes sobre sus hombros. Sus ojos se encontraron en un choque eléctrico que parecía hacer vibrar el aire entre ellos. Xavi tragó saliva, luchando por mantener un poco de control.

Claudia lo miró fijamente, sus pupilas dilatadas por el deseo acumulado. Había tomado una

ducha rápida, casi helada, en un intento desesperado por calmar la tensión que la consumía desde hacía más de 24 horas. Pero al verlo allí, sin camisa, con el torso bronceado y el pantalón abierto, supo que la ducha había sido inútil. Su cuerpo seguía encendido, esperando, exigiendo.

—¿Te has refrescado? —preguntó Xavi con voz ronca, dejando el bote de nata sobre la mesilla de noche y acercándose lentamente a ella.

—Más o menos —contestó Claudia con una sonrisa sarcástica, ajustando la toalla sobre su pecho —. Pero creo que no va a durar mucho por la forma en la que me estás mirando.

—¿Así? —Xavi arqueó una ceja, avanzando aún más. Su mirada recorría cada centímetro de su cuerpo, desde los hombros desnudos hasta la curva de sus piernas.

Ella dio un paso atrás, chocando suavemente contra el borde de la cama. Su cuerpo vibraba con anticipación.

—Xavi, no empieces… —dijo con un tono que era una mezcla entre advertencia y súplica.

Él se detuvo justo frente a ella, deslizando sus manos lentamente por los brazos de Claudia hasta sus caderas. La presión firme de sus dedos contra la tela de la toalla la hizo temblar.

—¿Qué no empiece? —repitió con un tono seductor—. Claudia, hemos estado jugando con fuego toda la noche. No me pidas que me detenga ahora.

Con un movimiento rápido, Xavi tiró suavemente de la toalla, que cayó al suelo con un suave susurro de tela deslizándose por su piel. Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Los ojos de Xavi se oscurecieron, llenos de una intensidad cruda, mientras recorrían cada centímetro de la desnudez perfecta de Claudia, como si estuviera viendo algo sagrado. El calor en su mirada la hizo estremecer, incapaz de sostenerla por mucho tiempo.

Claudia, con las mejillas ardiendo, intentó cubrirse instintivamente, pero Xavi se adelantó. Con una suavidad sorprendente, le tomó las muñecas, sosteniéndolas con firmeza, pero sin agresividad.

—No te escondas de mí —murmuró, su voz baja y cargada de deseo—. Eres hermosa... no tienes idea de cuánto.

El peso de sus palabras le caló hondo, haciendo que se detuviera. Claudia respiró profundamente, sus ojos buscando los de él, encontrando en ellos no solo deseo, sino admiración genuina, casi reverencia. Lentamente dejó caer sus brazos a los lados, permitiendo que él la viera sin reservas, mientras el aire entre ambos se llenaba de una tensión ardiente, imposible de ignorar.

—No te escondas de mí —susurró, bajando la cabeza para besar el hueco de su cuello.

Claudia dejó escapar un gemido suave, cerrando los ojos mientras sentía el calor de su boca deslizarse por su clavícula. Los labios de Xavi eran cálidos y exigentes, pero también llenos de una ternura que la hacía estremecer de placer. Su lengua se movió con lentitud sobre su piel, marcando un camino de deseo que encendía cada rincón de su cuerpo.

—Xavi… —jadeó, aferrándose a sus hombros cuando él empezó a bajar más, hasta atrapar uno

de sus pezones erecto entre sus labios.

Xavi mordisqueó suavemente, arrancándole un grito ahogado de placer. Alternaba entre succionar y lamer, mientras su otra mano acariciaba el otro pecho, dedicándole la misma atención. Claudia arqueó la espalda, presionando más su cuerpo contra el de él, completamente rendida a las sensaciones que la invadían.

—Por favor… —susurró entre gemidos, apenas consciente de lo que pedía.

Xavi sonrió contra su piel. Había estado esperando ese momento, ese punto en el que ella se entregara por completo. Se levantó lentamente, besándola profundamente, mientras sus manos se deslizaban hasta sus caderas, acercándola más a su cuerpo.

Con un movimiento suave, la levantó en sus brazos y la llevó hasta la cama, depositándola con cuidado sobre las sábanas. Claudia lo miró, respirando agitadamente, mientras él se deshacía del resto de su ropa. Su cuerpo musculoso se tensó al completo cuando se unió a ella, sus pieles chocando en una sinfonía de calor y necesidad.

—Claudia… —murmuró su nombre como una oración, mientras posicionaba su cuerpo entre sus piernas.

Ella le acarició el rostro, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y deseo.

—Hazlo, Xavi. No me hagas esperar más.

Y él lo hizo.

Con una lentitud casi torturante, Xavi la penetró, llenándola por completo. Ambos dejaron escapar gemidos entrecortados, perdiéndose en la sensación de finalmente estar unidos. Sus cuerpos se movían al unísono, en un ritmo que aumentaba poco a poco, llevando a ambos al borde de la locura.

Las manos de Claudia se aferraron a su espalda, sus uñas dejando marcas leves en su piel mientras las olas de placer se intensificaban. Los gemidos de ambos se mezclaban con el sonido de sus respiraciones agitadas, creando una melodía de deseo que llenaba la habitación.

—Dios… Claudia… eres perfecta —jadeó Xavi, aumentando el ritmo.

Claudia apenas podía responder, perdida en el torbellino de sensaciones. Finalmente, el clímax la golpeó con una fuerza arrolladora, haciendo que su cuerpo se arquease bajo el de Xavi. Él la siguió segundos después, hundiéndose profundamente en ella mientras liberaba toda la tensión acumulada en un suspiro de éxtasis.

Se quedaron abrazados, temblando levemente, mientras sus respiraciones volvían a la normalidad. Xavi enterró su rostro en el cuello de Claudia, depositando pequeños besos sobre su piel húmeda.

—No sé cómo he podido soportar tanto tiempo sin esto —murmuró él, con voz ronca.

—Yo tampoco… —admitió ella en un susurro, acariciando suavemente su cabello.

El juego había terminado, pero el amor y el deseo entre ellos solo acababan de empezar.

La luz del amanecer se filtraba suavemente a través de las cortinas. El ambiente en la habitación aún estaba cargado de la intensidad de la noche anterior. Claudia se despertó con una ligera sonrisa, notando el espacio vacío a su lado en la cama. Se incorporó lentamente, envuelta en las sábanas. Con un suspiro se levantó y se dirigió al baño. Dejó que el agua de la ducha la despejara mientras sus pensamientos se aclaraban poco a poco. Al terminar, se puso una camiseta blanca que le quedaba un poco grande. Fue entonces cuando escuchó ruidos provenientes de la cocina.

Xavi estaba allí, sin camisa, con unos pantalones de pijama que se ceñían peligrosamente a sus caderas. Preparaba café de espaldas, relajado, pero su espalda tensa delataba que tenía cosas en la cabeza. Claudia se apoyó en el marco de la puerta, observándolo en silencio unos instantes.

—¿Sabías que es ilegal provocarme tan temprano? —dijo finalmente, con una sonrisa juguetona.

Xavi se giró, con una taza en la mano y una ceja arqueada. Su sonrisa era igual de peligrosa.

—¿Provocarte? Yo solo estoy haciendo café. Ahora, si lo que quieres es otra cosa... — Su mirada descendió lentamente desde el rostro de Claudia hasta sus piernas, deteniéndose instante en sus senos, que se intuían a pesar de lo holgada que era la camiseta.

Ella puso los ojos en blanco, intentando mantenerse tranquila.

—Necesitamos hablar, Xavi. De verdad hablar.

El tono serio de su voz lo hizo asentir. Le extendió una taza de café y ambos se sentaron a la mesa, frente a frente. Queen, la gata, dormía hecha un ovillo en el sofá. Claudia tomó un sorbo, cerró los ojos por un instante y respiró hondo.

—Lo de anoche... —comenzó ella, con voz suave—. No es solo sexo, ¿verdad?

Xavi se inclinó hacia adelante, dejando su taza en la mesa. Sus ojos, siempre intensos, la perforaron con honestidad.

—No. Jamás lo fue. Pero me tenías a kilómetros de distancia durante meses, Claudia. Tenía miedo de que lo nuestro se convirtiera en una guerra constante de muros. Así que intenté protegerme, mantenerme a raya.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —preguntó ella, mordiendo su labio inferior, algo nerviosa.

Xavi soltó una risa suave y amarga.

—Porque cada vez que intentaba acercarme, tú me cerrabas la puerta en la cara. O te refugiabas en el trabajo. Me cansé de intentarlo sin resultado... hasta que te volviste a cruzar en mi camino con esa mirada que me vuelve loco.

Claudia apartó la vista un momento. Sabía que Xavi tenía razón. Había estado escondiéndose detrás de sus miedos, incapaz de bajar la guardia.

—Tienes razón, he sido una cobarde... —admitió en un susurro.

Xavi se levantó y caminó hasta ella. Se inclinó, colocando dos dedos bajo su barbilla para hacer que lo mirara a los ojos.

—Claudia, yo no quiero que seas perfecta. Solo quiero que estés aquí, conmigo, de verdad.

Ella sintió que las lágrimas amenazaban con caer, pero las contuvo. En su lugar, se acercó más a Xavi, rodeando su cintura con los brazos.

—Lo estoy intentando. No quiero perderte, Xavi.

El silencio entre ellos fue breve, pero cargado de emociones. Y entonces él, en ese tono grave que la derretía, susurró:

—No me vas a perder, Claudia. No pienso irme a ninguna parte.

La brisa del mar acariciaba el rostro de Claudia mientras avanzaban por el paseo marítimo en busca de un restaurante. Lucía impresionante en su maxivestido boho de color azul con estampados discretos en tonos beige y dorado y sus alpargatas de cuña en color crema que alargaban sus piernas, unos aros dorados brillaban bajo su coleta alta, dándole un toque de frescura. Xavi no podía evitar mirarla, atrapado por la combinación de serenidad y fuerza que desprendía.

Xavi hizo un comentario con tono casual, pero su mirada era intensa.

—No estás solo preciosa… estás deslumbrante.

Claudia arqueó una ceja con una sonrisa divertida. La tensión entre ellos seguía presente, pero ahora era más liviana, más íntima. No se trataba de reproches o silencios incómodos, sino de esa expectación que se siente cuando algo está a punto de cambiar.

—¿Qué te parece este? —preguntó Xavi, señalando un restaurante con una terraza amplia, decorada con plantas y cortinas blancas que se movían suavemente al compás del viento.

Claudia asintió con una sonrisa ligera. Desde que salieron de casa, había estado observando con curiosidad a Xavi. Su porte relajado, la manera en que el El sol resaltaba los tonos cálidos de su cabello castaño incluso el aroma a sal y a su colonia suave, todo en él parecía diseñado para desarmarla por completo.

Se sentaron en una mesa con vistas al mar. Las olas rompían suavemente contra las rocas cercanas, creando un sonido relajante que se mezclaba con las risas de los otros comensales y el tintineo de los cubiertos.

—¿Qué quieres pedir? —preguntó Xavi, mirando la carta, aunque sus ojos se desviaban a Claudia con frecuencia.

—Algo ligero… quizás una ensalada de marisco —respondió ella, inclinándose hacia adelante para revisar el menú. Los flecos de su cabello se deslizaron por sus hombros, y Xavi se distrajo momentáneamente con ese movimiento antes de volver la vista a la carta.

—Perfecto. Yo pediré arroz negro. Y una botella de vino blanco para acompañar, ¿te parece bien?

Claudia asintió y dejó la carta a un lado. Cuando el camarero tomó nota, Xavi entrelazó los dedos sobre la mesa y la miró con una expresión tranquila pero firme.

—Claudia, hemos estado evitando esta conversación durante demasiado tiempo.

Ella inhaló profundamente, consciente de que ese momento había llegado.

—Lo sé. —Sus dedos jugueteaban nerviosamente con la servilleta— No es que no quiera hablar de ello, es solo que… me asusta.

—¿Por qué te asusta? —La voz de Xavi era suave, sin rastro de reproche.

Claudia se tomó un momento para ordenar sus pensamientos.

—Porque he pasado demasiado tiempo controlando cada aspecto de mi vida. Soy madre, inspectora… siempre he tenido que ser fuerte, independiente, hacerme cargo de todo. Abrirme a alguien… confiar en que estará ahí, en que no desaparecerá… es algo que no sé cómo manejar.

Xavi la observó en silencio durante unos segundos antes de inclinarse hacia ella.

—Claudia, no estoy aquí para complicarte la vida. Quiero estar a tu lado para compartirla, no para hacerte elegir entre tu independencia y nosotros.

Sus palabras la golpearon con una mezcla de alivio y emoción.

—¿Y cómo sería ese "nosotros"? —preguntó, intentando ocultar el nudo en su garganta.

Xavi sonrió de medio lado.

—Para empezar, sería caótico. Valentina y Queen ya se encargan de eso —dijo con una sonrisa —. Pero también... veo cenas juntos, risas resonando. Escapadas al mar como esta, con Valentina recolectando conchas y nosotros simplemente disfrutando del momento.

Hizo una pausa, buscando sus ojos.

—Veo noches tranquilas, películas bajo una manta, días en los que la rutina sea menos pesada porque estamos juntos. No digo que vaya a ser perfecto... pero puedo verte en mi vida, Claudia. Puedo vernos construyendo algo real.

—¿Y qué más ves, señor guionista?

Él se encogió de hombros, fingiendo modestia.

—Veo noches largas hablando hasta quedarnos dormidos en el sofá. Veo a Valentina insistiendo en que le contemos una historia más antes de acostarse. Y… te veo a ti. Feliz, sin miedo.

Claudia no pudo evitar que una lágrima se escapara y se deslizara por su mejilla.

—Lo haces sonar tan fácil.

—No lo será. —Xavi tomó su mano, apretándola suavemente—. Pero tampoco tiene que ser imposible. Estoy aquí, Claudia. Y siempre que necesites o quieras algo, aquí estaré.

Ella apretó su mano con fuerza, dejando que el calor de su piel le transmitiera esa seguridad que siempre le había resultado tan esquiva.

—También quiero que tú te sientas seguro conmigo —dijo finalmente, mirándolo a los ojos con determinación—. No tienes que ser siempre el fuerte. Yo también soy una guerrera, ¿recuerdas? Si alguna vez necesitas a alguien, estaré aquí.

Xavi apartó la mirada un segundo, claramente emocionado, pero lo ocultó con una sonrisa irónica.

—Vaya, la inspectora Claudia Ferrer ofreciéndome su protección. Me siento como un VIP.

—Idiota —murmuró ella entre risas, pero le devolvió una sonrisa cálida.

El camarero llegó en ese momento con la botella de vino y los entrantes. Ambos se relajaron poco a poco, dejando que la conversación fluyera hacia temas más ligeros. Hablaron de anécdotas del trabajo de Claudia, de los proyectos de escritura de Xavi y de las ocurrencias de Valentina.

—¿Sabes? Este es el tipo de tarde que nunca me permito —confesó ella mientras le daba un sorbo al vino.

—¿Por qué no? —preguntó Xavi con curiosidad.

—Porque siempre siento que tengo que estar haciendo algo útil, planificando el siguiente paso. Con Valentina, el trabajo… es difícil bajar el ritmo.

—Pues yo creo que este momentos son indispensables —dijo Xavi, fijando la mirada en sus ojos —. Nos estamos permitiendo algo necesario: cuidar lo que tenemos.

El sol comenzó a descender, tiñendo el cielo de tonos dorados y naranjas. Cuando terminaron el postre, se levantaron y caminaron por la orilla del mar. Los pies descalzos de Claudia se hundían en la arena húmeda, y Xavi la rodeó con un brazo, atrayéndola hacia él.

—Claudia… gracias por esta tarde.

Ella lo miró sorprendida. —¿Por qué me das las gracias?

—Porque hoy hemos dado un paso importante. Por fin puedo ver un futuro brillante, lleno de posibilidades, sin ese miedo constante de que todo se desmorone.

Claudia se detuvo y le acarició el rostro con ternura, sonriendo con una nueva confianza.

—Yo tampoco quiero vivir con miedo, Xavi. Quiero esto… quiero apostar por nosotros.

Xavi se inclinó y la besó suavemente, un beso lleno de ternura y emoción, como si el mundo se hubiese detenido solo para ellos. Las olas continuaban rompiendo a sus pies, testigos silenciosos de una promesa renovada.

Y en ese instante, supieron que juntos no solo podían enfrentar cualquier obstáculo, sino construir un futuro lleno de amor y sueños compartidos.

El juicio de Alejandro Gómez se convirtió en uno de los más mediáticos del año, atrayendo la atención de la prensa nacional e internacional. Cada día, los alrededores del tribunal estaban abarrotados de cámaras, periodistas y curiosos que querían conocer los detalles más escabrosos de aquel caso que había conmocionado a toda la ciudad. Las primeras sesiones estuvieron marcadas por un silencio casi sepulcral en la sala. Nadie se atrevía a moverse cuando los testimonios comenzaban a desvelar las atrocidades que Alejandro Castañeda había cometido en vida y el impacto devastador que dejaron en su hijo.

El abogado de Alejandro Gómez, Ramón Bellver, expuso con habilidad un relato desgarrador. Presentó pruebas y testigos que demostraban cómo el abuso, la pobreza y el abandono sistemático habían moldeado la vida de su cliente desde la infancia. La declaración más impactante fue la de una antigua vecina de Azucena, que detalló entre lágrimas cómo había presenciado años de violencia y humillación. Describió noches enteras en las que se oían gritos sofocados y sollozos a través de las paredes, y cómo Alejandro Castañeda visitaba a la madre de su hijo únicamente para abusar de ella, tratándola como una sombra sin importancia.

El testimonio de Alejandro Gómez fue el momento cumbre del juicio. Con voz contenida pero firme, relató los años de miseria en los que había crecido, los golpes y las palabras hirientes que marcaron su infancia. A medida que hablaba, la sala entera quedó en completo silencio, incluso

los miembros del jurado parecían contagiados por la gravedad de sus palabras. No buscaba justificar sus actos, sino mostrar el contexto en el que su odio se había forjado, el veneno que se había ido acumulando hasta explotar en una venganza brutal.

A pesar de la empatía que muchos sintieron hacia él, el veredicto fue claro. Alejandro Gómez fue declarado culpable de homicidio múltiple. Sin embargo, Bellver logró que la condena fuera más leve de lo que inicialmente se había previsto: 25 años de prisión, con posibilidad de libertad condicional después de 15. Fue una decisión controvertida, que dividió la opinión pública. Algunos consideraban que la justicia había sido indulgente, mientras que otros creían que la verdadera culpabilidad estaba enterrada con Alejandro Castañeda.

Cuando Claudia vio el anuncio del veredicto en las noticias, sintió una mezcla de alivio y tristeza. El caso estaba cerrado, pero las cicatrices que había dejado permanecerían mucho tiempo, tanto en las víctimas como en ella misma. Durante meses, aquellas imágenes de los cuerpos, los testimonios desgarradores y las noches de insomnio en la comisaría habían estado presentes en cada rincón de su mente.

Esa noche, después de acostar a Valentina, Claudia se dejó caer en el sofá junto a Xavi, quien la miró con preocupación. No le hizo falta preguntarle cómo se sentía; ya lo sabía. Sin decir nada, la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia él. El calor de su cuerpo era el ancla que necesitaba en ese momento.

Al principio, Claudia se mantuvo en silencio, con la mirada perdida en el parpadeo de las luces del televisor. Pero poco a poco, la barrera que había mantenido durante tanto tiempo se derrumbó. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro sin control.

Xavi no la soltó en ningún momento. Le acariciaba el cabello suavemente, dejando que ella se desahogara sin presiones, ofreciéndole el consuelo silencioso que solo él sabía darle. Después de unos minutos, Claudia levantó la vista y sus ojos, todavía brillantes por las lágrimas, se encontraron con los de Xavi.

Xavi le dio un suave beso en la frente y le sonrió con ternura.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el constante latido de su corazón.

Y aunque el mundo fuera caótico y complicado, en ese momento, todo parecía estar en su lugar.